

NÚM. 4

INVIERNO AUSTRAL 2023

corsario rojo

REVISTA TRIMESTRAL DE LA PÁGINA KALEWCHE

ALEXIS CAPOBIANCO VIEYTO

Algunas hipótesis sobre el progresismo latinoamericano y sus límites

JOSÉ R. LOAYSSA

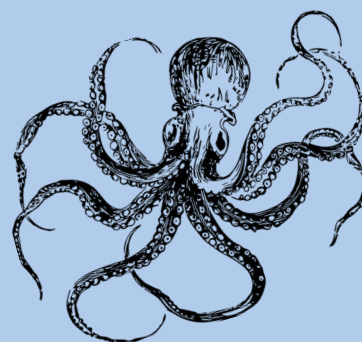
El Dr. Juan Erviti y las vacunas Covid-19

M. LUISA BATTEGAZZORE

Una lanza por la Historia

ANDREAS L. DOESWIJK

¿Estado o cuestión indígena?



DIEGO ALEXANDER OLIVERA

La Grecia clásica como paradigma en la modernidad occidental

FEDERICO MARE

Edelmiro Mayer: Un oficial argentino en la guerra de Secesión

FERNANDO LIZÁRRAGA

Entrevista a Roberto Gargarella

ARIEL PETRUCCELLI

Reseña de El Jardín de Babilonia de Bernard Charbonneau



ÍNDICE

Bitácora de Derrotas

Alexis CAPOBIANCO, <i>Algunas hipótesis sobre el progresismo latinoamericano y sus límites</i>	1
José R. LOAYSSA, <i>Juan Erviti y las vacunas Covid-19</i>	15
M. Luisa BATTEGAZZORE, <i>Una lanza por la Historia</i>	27
Andreas L. DOESWIJK, <i>¿Estado o cuestión indígena?</i>	48

Mar de los Sargazos

Diego A. OLIVERA, <i>La Grecia clásica como paradigma en la modernidad occidental</i>	78
Federico MARE, <i>Un oficial argentino en la guerra de Secesión</i>	103

Al Abordaje

Entrevista a Roberto GARGARELLA, <i>“Rawls te espera, como el tango”</i>	129
Ariel PETRUCCELLI, <i>En los orígenes de la ecología política</i> (reseña)	139

ALEXIS CAPOBIANCO VIEYTO

ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE EL PROGRESISMO LATINOAMERICANO Y SUS LÍMITES

Este es el problema que nos sirve de disparador en el presente artículo: ¿son viables hoy las políticas progresistas en América Latina? La pregunta es relevante porque posiblemente, en este siglo XXI que transitamos, se estén confundiendo varios sentidos de la palabra «viabilidad». Pero es también relevante por otra razón: necesitamos trascender cierto *tacticismo* que dificulta la reflexión más allá de los límites del presente y su inmediatez.

Habría que definir primero qué entendemos por *progresismo*, tarea que no es sencilla dada la diversidad de tendencias que se agrupan con ese nombre. Intentaremos diferenciarlo de lo que podemos llamar *izquierda revolucionaria* o *radical*. El progresismo agrupa a sectores que van desde el centro del espectro político hasta expresiones de izquierda moderada que no tienen como horizonte estratégico la superación del capitalismo y la construcción de una sociedad sin clases, sino la reforma del capitalismo para hacerlo «más justo» o «más humano». Tales sectores son, en general, favorables a la ampliación de derechos de minorías étnicas u oprimidas, y promueven una mayor igualdad de género. También suelen plantear alguna preocupación ecológica, pero que no alcanza una profundidad que lleve al cuestionamiento del capitalismo como tal. Algunos no han abandonado ideas como el socialismo, pero lo entienden en términos bastante acotados como cierta regulación estatal del mercado, mayor participación del sector público en algunas actividades económicas y algunas políticas de redistribución de la riqueza; o lo visualizan como una posibilidad histórica desplazada a un muy lejano futuro, y no como una posibilidad de transformación que, si bien llevará su tiempo –con contradicciones, luchas, retrocesos, etc.–, puede empezar a concretarse en un plazo relativamente corto, como largo proceso de transición. Si Lukács nos hablaba de la “actualidad de la revolución”¹, los progresismos, por razones diversas, parecen coincidir en su «inactualidad». En este sentido, la diferencia no estriba en si podemos o no construir el socialismo mañana, sino cuándo empieza el camino hacia el socialismo. ¿Puede ser en un corto o mediano plazo, o se posterga a un porvenir remoto, donde estén dadas determinadas condiciones objetivas –como el desarrollo de las fuerzas productivas– que hagan viable, en ese futuro indefinido, iniciar la senda? De lo antedicho se infiere que no es incompatible una cierta retórica socialista con una tendencia política progresista. La cuestión radica en el *cómo* y el *cuándo*, y también en el *qué*, es decir, qué entendemos exactamente por *socialismo*.²

¹ György Lukács, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*, disponible en www.archivochile.com.

² Podríamos pensar el socialismo solo como *socialización de los medios de producción*, aunque la experiencia histórica nos demuestra que esta expresión puede ser interpretada en una forma restrictiva y un tanto errónea, porque hoy parece claro que no es posible que esta socialización tenga sus alcances más profundos si no va de la mano con una efectiva socialización del poder y del patrimonio cultural de la humanidad. Las transformaciones económicas deben ser acompañadas por la efectiva construcción de una nueva democracia, en que los trabajadores y el pueblo en general pasen de ser objetos meramente pasivos a sujetos activos de la «cosa pública». Asimismo, para que este objetivo se pueda lograr, parece imprescindible un amplio desarrollo cultural, que permita o estimule esos procesos; fundamentalmente, una educación integral que esté orientada –como señalaba Albert Einstein en *¿Por qué socialismo?*– no hacia el éxito individual, sino hacia las metas sociales. En este sentido, socialismo no debe ser confundido con

Pero volvamos a nuestra pregunta inicial: ¿es viable hoy el progresismo?

Tal vez lo sea en algún sentido, pero en otro no.

Se suele visualizar al progresismo como una política «realista», en contraste con los sueños utópicos de los «trasnochados» revolucionarios radicales sesentistas o setentistas. A esto se suma lo que un espectro importante de la opinión pública entiende como el “fracaso del socialismo”. El modelo socialista, se aduce, no llevó a la sociedad de igualdad, democracia y abundancia prometida. Lo admitan o no, la mayoría de los progresistas suelen pensar que la historia ha llegado a su fin en un sentido bastante similar al de Fukuyama, aunque tal vez con matices menos optimistas que el filósofo estadounidense de origen japonés. ¿Pero es realmente realista el progresismo? ¿Son realizables sus objetivos?

Economía

El progresismo latinoamericano se propone construir una sociedad «inclusiva». Los progresistas de nuestra región a veces han planteado claramente que aspiran a un capitalismo desarrollado que logre formas de vida similares a las de los países más «welfaristas» del llamado «Primer Mundo»: Suecia, Finlandia, Holanda, Canadá, etc. En este sentido, prevalece en gran medida el «desarrollismo» o «neodesarrollismo», que suele ser la orientación en lo económico del progresismo. Si vamos a la experiencia histórica, es claro que los proyectos desarrollistas o neodesarrollistas en América Latina nunca lograron los objetivos propuestos, o los lograron solo muy parcialmente. Ninguno de los países de Latinoamérica ha dejado de ser una economía subordinada en la división internacional del trabajo. Ninguno ha superado su carácter periférico y dependiente. Puede haber mayores o menores niveles de desarrollo en diferentes estados de América Latina, pero ninguno puede ser definido como un país capitalista central y desarrollado. Todo esto no parece más que confirmar lo que tempranamente señaló Mariátegui: en la fase imperialista del capitalismo esto no es posible. El desarrollo en el capitalismo es desigual y combinado, como planteara Trotsky: el desarrollo de algunos exige el subdesarrollo y la dependencia de otros. Esto se ha confirmado en general a nivel mundial, y más claramente en América Latina, cuyas economías adquirieron en el siglo XX una fisonomía claramente capitalista, donde las relaciones de producción capitalistas eran hegemónicas.³

En Uruguay, algunas voces muy optimistas de este desarrollismo o neodesarrollismo, basándose en los niveles de crecimiento de los primeros años del siglo XXI (*boom* de los *commodities*), pronosticaban que el país ingresaría en el capitalismo desarrollado hacia el año 2030. Pero esas voces poco tuvieron para decir cuando el crecimiento se estancó hacia mediados de la segunda década. El sueño de un «país de primera» terminó diluyéndose en el olvido. Como *El astillero* de Juan Carlos Onetti, la promesa terminó siendo una mera ilusión, una quimera. Quienes hacían estas previsiones olvidaban unas cuantas cosas. En primer lugar, que siempre hubo etapas de crecimiento impulsadas por el auge de determinadas materias primas, ya fuera el caucho, el guano, las vacas gordas, etc., pero esas bonanzas siempre han sido temporarias, y al auge suele suceder un declive y una crisis más o menos profunda. Un segundo error fue confundir crecimiento

estatización de los medios de producción. Si bien la estatización de determinados medios de producción estratégicos resulta fundamental, el socialismo debe apuntar a una sociedad de productores libremente asociados, donde políticas como las de colectivización forzosa o estatización total de los medios de producción (incluyendo los pequeños medios de producción y comercios) se han demostrado contraproducentes. El camino de «cooperativización» que planteó Lenin en algunos de sus últimos escritos parece ser una línea a explorar en la construcción de una sociedad socialista, así como también la efectiva participación de trabajadores y población en general en la gestión de aquellos medios que sean de propiedad estatal, evitando la formación de tecnoburocracias que, tarde o temprano, desarrollarán sus intereses propios.

³ Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur serían las únicas excepciones, pero en los tres primeros había razones geopolíticas asociadas al contexto de la Guerra Fría; mientras que en el caso de Singapur, si bien podría considerarse una excepción, se trata de un país extremadamente pequeño, un microestado. Los casos de desarrollo capitalista tardío en el Asia-Pacífico combinaron, además, relaciones opresivas a nivel laboral con un intervencionismo estatal fuerte, tanto a nivel político como económico.

económico con desarrollo, lo que no es sostenible ni siquiera en términos capitalistas. Los capitalismo latinoamericanos conservan estructuras económicas que impiden o dificultan que la plusvalía se reinvierta localmente, y que favorecen su transferencia a los países centrales del sistema-mundo (y unos cuantos estudios prueban que esto no es parte de un pasado colonial o imperialista ya superado). Esas estructuras no impiden períodos de crecimiento, algunos bastante prolongados, pero eso no significa *desarrollo*. En tercer lugar, no se tuvo en cuenta que determinados procesos se vuelven mucho menos viables una vez consolidado el capitalismo en su fase imperialista. Los países centrales difícilmente admitirán que nuevos estados entren al exclusivo club de las economías centrales. Cuando lo hicieron, como en el caso de Corea del Sur, había razones geopolíticas muy concretas, como hemos señalado más arriba. En una economía capitalista, no todos pueden ser burgueses. A nivel nacional, la mayoría de los habitantes deben ser trabajadores asalariados productores de plusvalía. Del mismo modo, a nivel internacional, cuando el capitalismo ha alcanzado su fase imperialista, no todos pueden ser países centrales, potencias. A algunos les toca ser países periféricos y dependientes que transfieren sus riquezas a los países centrales. Esto último adquiere una dimensión más profunda si tomamos en consideración que los recursos del planeta son finitos, no infinitos como alguna vez puede haber soñado la mayor parte del espectro político, incluidas las izquierdas. Desde esta perspectiva, que parece confirmarse una vez más en la práctica, resulta claro que el sueño progresista es más que nada una ilusión, un espejismo, una construcción ideológica en el sentido de esa *falsa conciencia* de la que hablaron Marx y Engels. Eso se puede visualizar también en la incompreensión y negación de algunos conceptos planteados por la izquierda latinoamericana en los 60 y 70, como el de “crisis estructural”. Algunos progresistas reinterpretaron este y otros conceptos en términos de sus propias ideas desarrollistas, que poco tenían que ver con el marco marxista en el que estas ideas se elaboraron. Así llegaron a la conclusión que, debido a los altos niveles de crecimiento de la primera década y media del siglo XXI, la “crisis estructural” había sido superada, y que se trataba hoy de otro dogma trasnochado y sesentista o setentista. Pero este concepto poco tenía que ver con la ausencia o no de crecimiento. Significaba que vivíamos en formaciones sociales que no podían resolver los problemas de muy amplios sectores de la población, ni tampoco lograr un desarrollo económico autocentrado y no dependiente, lo que se expresaba a nivel político, cultural y en todas las esferas de la vida social. Los progresistas parecen no haberse percatado que, en su momento, estos problemas más profundos nunca fueron resueltos por tímidas políticas de redistribución. Tal vez la prueba más contundente de esto último es que, poco tiempo después que retornaran al gobierno fuerzas abiertamente neoliberales, arrasaron en un breve lapso con algunas de las políticas de los gobiernos progresistas, lo que hizo que se dispararan los índices de pobreza, indigencia y muchos otros problemas sociales supuestamente resueltos, pero que en realidad pendían de un hilo. Esto se produjo, precisamente, porque no se realizaron transformaciones estructurales. Se hicieron solo algunos cambios que no afectaron las estructuras, y que, en nuevas condiciones, mostraron claramente que nuestras sociedades estaban lejos de haber superado determinados problemas endémicos del capitalismo latinoamericano, aquellos que precisamente se relacionaban con lo que el marxismo latinoamericano de los 60 y 70 llamaba *crisis estructural*.

En términos de Nancy Fraser,⁴ y siguiendo predominantemente en el ámbito económico, que los clásicos del marxismo siempre diferenciaron del político e ideológico (sin caer en una frontera muy rígida que funcione como una suerte de «Muralla China»), las medidas a las que apuntó el progresismo, salvo algunos casos bastante puntuales, fueron las políticas de redistribución económica con un criterio de justicia afirmativo y no transformativo, es decir, políticas que no transformaban radicalmente las estructuras económicas y que no se proponían superar las causas más profundas de la pobreza extrema, la superexplotación y explotación. Hablamos, en concreto, de reasignaciones superficiales de recursos. Las políticas estuvieron orientadas no a superar la explotación del trabajo asalariado, sino a que los grados de explotación fueran menores,

⁴ “De la redistribución al reconocimiento”, en N. Fraser, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores-Universidad de Bogotá, 1997. Puede descargarse el libro completo en PDF desde el siguiente enlace: https://www.academia.edu/29529747/Iustitia_Interrupta_Reflexiones_criticas_desde_la_posicion_postsocialista_pdf.

promoviendo hasta cierto punto la negociación colectiva y la sindicalización, y también los planes sociales de asistencia a los sectores de trabajadores más precarizados, subempleados o desempleados; aunque también esto puede ser debatible, por lo menos en el caso de algunos gobiernos progresistas y en algunos períodos concretos, por ejemplo, cuando las exportaciones ya no eran tan favorables. Pero, dadas las políticas impositivas predominantes en América Latina, la mayor carga fiscal recaía sobre fracciones de la clase trabajadora que estaban en mejores condiciones que otras fracciones de esa clase, y también sobre capas medias, no existiendo fuertes cargas hacia el capital, que a menudo se beneficiaba de diferentes formas de exoneración fiscal (hablo más que nada de Uruguay, pero en general, con sus especificidades, esto ha sido lo que predominó en América Latina). Dicha situación generó contraposición y resentimiento en sectores populares y medios, una consecuencia que Nancy Fraser señala como propia de las políticas afirmativas. Lo que fue inteligentemente explotado ideológica y políticamente por la derecha: *el estado les saca a los que trabajan para darles a los que no trabajan*, parece haber sido una creencia y consigna muy extendida en América Latina. Con esta verdad parcial, la derecha obtenía una ventaja política, a la vez que ocultaba algunas verdades más profundas: que el gran capital tiene bajas cargas fiscales, o que muchas veces es exonerado y subsidiado por toda la sociedad; y también que el desempleo y la pobreza extrema no son producto de la falta de esfuerzo, sino un fenómeno estructural del capitalismo, y en gran medida un fenómeno casi exclusivo del capitalismo (difícilmente haya desempleo en las economías de cazadores-recolectores o en las economías agrarias de subsistencia).

La promoción de organismos de negociación colectiva, o la sindicalización, no son propias solo de una política de justicia afirmativa. Una perspectiva transformativa también las propondría e incentivaría. La diferencia está en que esta última apuntaría a cambios estructurales profundos, como en general promovía gran parte de la izquierda décadas antes, en que la reforma agraria –en medio de estructuras caracterizadas por la gran propiedad de la tierra– y la nacionalización de algunos de los grandes medios de producción, eran elementos esenciales. Pero esas medidas no fueron las que se promovieron en general, y cuando se realizó algo en ese sentido, fue de manera muy acotada. Para la mayor parte de la izquierda, hasta hace algunas décadas –cosa que no sucede hoy– era bastante claro que la persistencia de una gran oligarquía agraria con gran poder económico y político era incompatible con un desarrollo autocentrado y con la democracia misma. Por el contrario, el latifundismo históricamente intentó impedir el desarrollo de repúblicas democráticas. Su apuesta, durante el siglo XIX, una vez derrotadas las tendencias jacobinas en las luchas por la Independencia, fue la de instaurar regímenes oligárquicos que se prolongaron hasta muy entrado el siglo XX, en algunos casos. Y una vez que se instauraron regímenes democráticos, el latifundismo promovió las políticas más retrógradas, escuadrones de la muerte, golpes de estado, etc., monopolizando grandes parcelas del poder político y también de los medios de comunicación. Esa oligarquía agraria, además, fue desarrollando vínculos con el imperialismo y con el gran capital en nuestros países, en una madeja de intereses y fuerzas a veces difíciles de diferenciar, y que constituyen el poder real en nuestras sociedades. Y acá nos encontramos con otra ilusión: el progresismo apunta a democracias consolidadas, donde el *nunca más* sea posible, donde no se vuelvan a repetir las peores experiencias del pasado, pero eso parece poco viable en América Latina mientras no se toquen los intereses del capital imperialista, del gran capital nacional y de la oligarquía agraria; algo que, para muchos revolucionarios de ayer, solo lo podía hacer en forma consecuente la clase trabajadora, lo que ya implicaría una clara orientación socialista de esas transformaciones. Planteado de otra forma, la existencia de esos grandes poderes económicos resulta incompatible con la república –entendida en un sentido no meramente jurídico– y con una democracia realmente profunda.

Algunas veces se argumenta estar de acuerdo con medidas transformativas, pero para pasar a aclarar de inmediato que *no es fácil* o que *la correlación de fuerzas no es propicia*. Nadie dice que sea fácil o que no haya que tomar en cuenta la correlación de fuerzas, pero para afrontar las dificultades o modificar la

correlación de fuerzas es necesario plantear los problemas políticos y señalar cómo eso está en la raíz de toda otra serie de dificultades. Pero esto último, en la mayor parte de las ocasiones, ni siquiera se lo intentó. O cuando se lo intentó, al poco tiempo se lo dejó en el olvido, o simplemente se retrocedió, haciendo muchas veces concesiones con poca o casi ninguna lucha contra las clases dominantes. “El que le tiene miedo a los lobos que no entre al bosque”, dicen que decía Lenin. En sectores importantes de la izquierda, el miedo parece haber actuado como un límite muy importante. Faltó la necesaria audacia de una política que se propone transformar profundamente la realidad. También parece haber una concepción que Marx llamaría metafísica y contemplativa, la cual no es capaz de visualizar que la realidad que nos condiciona y produce también puede ser modificada.

Política

Si en los 60 gran parte de la izquierda tenía muy claro que era esencial «la toma del poder», o que el deber del revolucionario era «hacer la revolución» (lo que implicaba la toma del poder), o bien que –como se le atribuye a Lenin– “salvo el poder todo es ilusión”, y que eso suponía mucho más que gobernar en las actuales coordenadas político-jurídicas, en los progresismos de hoy, por el contrario, la toma del poder se suele confundir con ganar el gobierno en los marcos de la legalidad existente. Tras la caída del socialismo real, una gran culpa parece haber pesado sobre amplios sectores de la izquierda, fueran o no de origen comunista. La burocratización de esos regímenes, la transformación de las otrora burocracias «comunistas» en oligarquías capitalistas ansiosas de riquezas y poder, los procesos de Moscú y los crímenes del estalinismo, parecían convertir aquella vieja consigna de la izquierda de «tomar el poder» una expresión de deseos pecaminosa. Tales deseos habían llevado inexorablemente, se creía, a toda una serie de tragedias. No es casual que fuera en ese contexto donde se planteara transformar el mundo «sin tomar el poder», cosa que tanto Marx y Engels como los bolcheviques, los espartaquistas, los revolucionarios cubanos, chinos, vietnamitas, coreanos y yugoeslavos verían como un oxímoron. Una de las principales polémicas que sostiene Rosa Luxemburgo contra Bernstein en *Reforma y Revolución* es, precisamente, sobre la necesidad de tomar el poder por el proletariado, lo que era rechazado por el revisionista alemán. El problema es que, tras la crisis de los 90, se solía confundir la toma del poder con la imposición de una burocracia que construía el socialismo sin participación real de los trabajadores o con una participación muy limitada. Dicho de otra forma: las revoluciones socialistas no dieron lugar, en general, al desarrollo de una democracia socialista, donde el poder estuviera efectivamente en los soviets, o en organismos que combinaran la democracia participativa y directa con diversas formas de representación. O esto fue solo una etapa pasajera, que poco a poco se fue transformando en una consigna vacía cuando el partido se impuso sobre el conjunto de la sociedad, sustituyéndola, y no *dirigiéndola* en el sentido que le daba Gramsci a esta palabra.

Desde nuestro punto de vista, la toma del poder por la clase asalariada es fundamental. Pero también lo es que ese nuevo poder desarrolle una democracia socialista efectiva, con su institucionalidad y sus normas, tan directa o participativa como sea posible. Consolidar un verdadero poder democrático del proletariado y el pueblo, y no un poder burocrático donde el partido impida la intervención activa de los trabajadores y la sociedad civil en la cosa pública. Tomar el poder y construir una democracia socialista auténtica son dos aspectos fundamentales en la transformación revolucionaria de la sociedad. Ninguno podría ser excluido. Deben ir de la mano.

El progresismo, en cambio, no planteó ese problema, entre otras cosas porque no solía ver a las actuales democracias como un régimen de dominación de clase,⁵ sino como «la Democracia», la única posible, la democracia electoral representativa. Esta visión era en última instancia coherente con una política que dejaba

⁵ Véase Waldo Ansaldi (dir.), *La democracia en América Latina: un barco a la deriva*, Bs. As., FCE, 2008.

el poder económico, militar y mediático sin cambios sustantivos. Pero, si no se aborda esta cuestión fundamental, no es posible avanzar en una democratización real y profunda de la sociedad, en la construcción de espacios de poder donde el pueblo sea protagonista efectivo de las decisiones y no un mero espectador, o, a lo sumo, un «soberano» que solo cada tanto es consultado.

Este problema adquiere mayor gravedad si tomamos en cuenta que el gran desarrollo de los medios de comunicación ha permitido que no solo parte de las ideas políticas estén condicionadas, sino también los mismos deseos –que tal vez se vivencian como muy profundos y personales–, las formas de vida, de actuar, y hasta el mismo «tiempo libre». Dicho de otro modo, el sistema capitalista alcanzó una gran capacidad para condicionar y volver heterónoma a la subjetividad. En esa capacidad cumple un rol fundamental la maquinaria ideológico-cultural, que es –la mayor parte de las veces– propiedad directa de la gran oligarquía capitalista, como aseveró Einstein señeramente en su ensayo *¿Por qué socialismo?* El poder económico, el poder político y el poder ideológico-cultural suelen fundirse y confundirse en verdaderos latifundios mediáticos, cada vez más transnacionalizados. Tienen una incidencia social de alcances verdaderamente totalitarios, con la que hubieran soñado figuras como Hitler y Mussolini. En este sentido, el carácter manipulador de la ideología dominante –del que hablaba Lukács– parece dar un salto cualitativo difícil de negar. Se acentúa el carácter oligárquico de las democracias capitalistas, su naturaleza de *régimen de dominación de clase*, porque hoy tienen posibilidades inéditas de construir una hegemonía ideológica que no tuvieron las clases dominantes de modos de producción anteriores, ni tampoco la burguesía del siglo XIX o principios del XX.

Las llamadas redes sociales no dejan de ser parte del problema, porque no son espacios horizontales, donde las ideas fluyan sin condicionamientos, como ingenuamente algunos pensaban, incluyendo gran parte de la izquierda. Algoritmos mediante, o a veces con mecanismos más o menos explícitos de censura, se privilegia la circulación de determinadas ideas, a esto se suman los bots y los trolls financiados por los sectores más reaccionarios. Esto no supone una tesis absolutamente pesimista, que vea en los medios un poder omnipotente e insuperable. La alienación nunca es tan absoluta ni está tan exenta de contradicciones que impida potenciales movimientos transformadores. Siempre hay posibilidades y espacios para el trabajo gris y cotidiano de los revolucionarios, que es el que ha hecho posible a lo largo de la historia los grandes estallidos y transformaciones revolucionarias, cuando se producen determinadas condiciones. En primer lugar, porque la ideología puede negar en un plano subjetivo la existencia de contradicciones, pero estas no dejan de ser reales y de vivenciarse de una u otra forma por parte de los sectores subalternos, y, en segundo lugar, porque la ideología del capital cada vez se hace más contradictoria con la realidad y la verdad objetiva, que, como han señalado algunos revolucionarios en el pasado, siempre es revolucionaria.

Pero no podemos soslayar algunos problemas que han agravado las denominadas *redes sociales* y las tecnologías de la comunicación en general. Bajo su manto, la *espectacularización* de la política no hizo más que crecer, al tiempo que las organizaciones populares se debilitan y los debates políticos ven degradarse su calidad intelectual. Sean conservadores o progresistas, los líderes políticos se orientan cada vez más a hacer política a golpe de tuits. Con independencia de las políticas que se defiendan, esta forma de hacer política deteriora la democracia. Va dejando de ser una forma de deliberación de masas y se convierte en un entretenimiento público. La política vía Twitter, por decirlo de algún modo, es fundamentalmente de «derecha» incluso cuando difunde consignas de «izquierda». Es esencialmente acrítica, aunque coloque la palabra «crítica» en cada línea.

El progresismo se declara democrático, y no es posible dudar de la sinceridad de estas declaraciones. Pero al no plantearse el problema del poder ni el carácter de clase de las actuales formas de democracia, no puede llevar adelante una lucha política efectiva para que la democracia sea realmente un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Se conforma en la práctica con formas limitadas de democracia, que no excluyen

formas tecnocráticas de gestión. Se supone que los técnicos y especialistas progresistas serían más comprometidos y «sensibles» hacia los «vulnerables» y todos aquellos que están en peores condiciones, pero no dejan de hacer de la población un objeto pasivo de las políticas, en vez de un sujeto activo de las mismas. Pueden hacer cosas *por el pueblo*, pero *sin el pueblo*. Y tarde o temprano, suelen desarrollar, como toda burocracia, sus intereses propios, que suelen no coincidir con los intereses generales. También tienden a subordinar los objetivos políticos a su propia perpetuación como corporación o estamento burocrático. El uso de términos como «vulnerables» y no «clase trabajadora», «pueblo» u otros, tiene toda una implicación político-ideológica que es muy indicativa de cómo se toma a una población como objeto de determinadas políticas y no como sujeto activo de las mismas, estando muy en sintonía con las omnipresentes «políticas focalizadas». A lo que se suma que es muy cuestionable que exista alguien «no vulnerable» en esta sociedad, a no ser aquellos que son parte del gran capital, lo cual parece develar un cierto optimismo sobre el capitalismo en general.

Este carácter limitado de la democracia en el marco de las políticas progresistas se ve en las fuertes resistencias que ha habido –por lo menos en el caso de Uruguay, aunque esto se encuentra mucho más extendido seguramente– a abrir espacios de participación real, a impulsar la intervención activa de los trabajadores y de la sociedad en general en la gestión de las empresas públicas, o a ampliar las instancias de cogobierno y autonomía de la educación, que sí concedieron en el pasado sectores de la burguesía reformista.

Nos parece pertinente señalar aquí algo que en general resulta bastante soslayado, y es que la caída del socialismo real parece haber eclipsado otro fracaso: la socialdemocracia europea tampoco cumplió sus objetivos proclamados. Ningún régimen socialdemócrata europeo o de alguna otra parte del mundo lograron superar el capitalismo como era su promesa inicial, menos aún construir una democracia socialista. Se aceptó en general, de forma bastante clara, los límites de las democracias electoral-representativas, y el protagonismo popular fue sustituido por un paternalismo estatal que no permitía el desarrollo de una participación activa del *demos*. Además, a diferencia de los regímenes del socialismo real, estos gobiernos socialdemócratas del oeste europeo gestionaron países que, en general, ocupaban un lugar central en la economía capitalista, y que por tanto se beneficiaban del flujo de riquezas que provenía de las economías periféricas (miremos si no la actual situación en África de las excolonias francesas, expoliadas por mecanismos neocoloniales que no permiten siquiera que manejen su propia moneda, y cuyas riquezas son adquiridas por precios irrisorios por parte de Francia, que estuvo gobernada más de una vez por el Partido Socialista). Asimismo, es relevante recordar que, para mantener ese estatus, muchas veces se impulsaron golpes de estado y dictaduras sanguinarias a lo largo y ancho del «Tercer Mundo» con el objetivo de impedir todo proceso revolucionario que pusiera en cuestión el capitalismo y la subordinación al imperialismo. Gran parte del «bienestar» y la estabilidad de las democracias en el Norte Global tienen como contracara la pobreza e inestabilidad de las periferias capitalistas dependientes.

La lucha por un gobierno obrero y popular fue cediendo terreno a un «cretinismo parlamentario» creciente. La lógica electoral fue condicionando cada vez más a la izquierda y sus formas organizativas. Siempre es un riesgo que el sistema que se quiere modificar termine domesticando a aquellas organizaciones que se propusieron en algún momento cambios revolucionarios o reformas radicales, sobre todo cuando no hay claridad ideológica ni firmeza estratégica. Los índices de popularidad y el objetivo de ganar las elecciones comenzaron a tener un peso cada vez mayor. En este contexto, los medios –controlados por los sectores dominantes– juegan su juego: promueven determinadas agendas, polémicas y candidatos de las fuerzas de izquierda (por lo general, los más «responsables» y «moderados»), al tiempo que atacan a aquellos que plantean consignas o ideas que se salen del sentido común dominante. El ganar las elecciones se ha ido convirtiendo en una lucha cada vez más exclusiva, casi única. Seducir a un amplio electorado es la principal prioridad, en particular al fantasmagórico centro. La movilización de masas, que es la principal forma de

lucha de la izquierda para transformar la realidad, progresivamente se va minimizando. Se adopta un lenguaje cada vez más *políticamente correcto*, que excluye cualquier concepto que pueda ser definido como «radical». Los políticos que quieren competir por los principales puestos de responsabilidad o por la candidatura a presidente se muestran, en general, como «serios», «prudentes» o «responsables», alejados de todo radicalismo. Algunos militantes y sectores más radicales pueden cuestionar estas formas de hacer política, pero asesores de imagen y publicistas las recomiendan encarecidamente. Las elecciones funcionan como un mercado, y para vender un producto o candidato es necesario hacerlo vendible, «seductor». Los políticos más moderados o centristas son los que muchas veces llegan a ocupar las principales responsabilidades, condicionando cada vez más a las fuerzas políticas por las que fueron electos, interpretando el programa en la forma más moderada o minimalista posible, o dejando de lado como impracticables las propuestas más antisistema. La prensa hegemónica y los sectores de derecha no dejan de atacar al gobierno, aunque este solamente proponga pequeños cambios, y las fuerzas de izquierda tienden a dividirse. Una parte se alinea acríticamente con el nuevo gobierno, aunque haya dejado de lado algunas propuestas fundamentales, entendiendo que, ante el ataque constante de la derecha y los grandes medios de comunicación, se vuelve imprescindible *encolumnarse*, “defender a nuestro gobierno” y “no hacerle el juego a la derecha”. Muchas políticas –que hasta ayer tal vez eran rechazadas por muchos militantes de izquierda– empiezan a ser aceptadas. Se olvidan las críticas y propuestas alternativas. Si han predominado en el gobierno las fuerzas más moderadas, tampoco hay interés en un fuerte protagonismo popular ni en las masas movilizadas. Se prefiere, más bien, una actitud política básicamente pasiva. Algunos sectores no dejan de ser críticos y señalar las limitaciones, errores, claudicaciones o francos retrocesos que pueden suponer algunas medidas y leyes. Pero las fuerzas militantes encolumnadas con el gobierno no aceptan esas críticas. “Hay que dejar hacer”, “hay que apoyar a nuestros gobernantes”, “no podemos transformarnos en un palo en la rueda”, “no podemos ser funcionales a la derecha”, etc. Sectores importantes de la izquierda militante, desilusionados con las inconsecuencias, se alejan, fortaleciéndose así la hegemonía de los sectores más moderados....

Asimismo, al no ahondarse en transformaciones sustantivas, al dejarse de lado toda discusión teórica y política profunda sobre el problema del estado, no se visualizó –o no se quiso visualizar– que esa negación no suponía la desaparición práctica de algunos problemas. Tarde o temprano, en la América Latina de estos últimos años, los aparatos represivos y judiciales demostraron su carácter de clase, no tanto para desplazar gobiernos revolucionarios (no los hubo), sino para imponer gobiernos firmemente dispuestos a realizar los ajustes que las clases dominantes consideraban imprescindibles, y que las fuerzas progresistas no estaban dispuestas a realizar o solo realizaban en forma muy tímida, según los criterios de quienes nunca dejaron de tener el poder fáctico o real. Parecía haber en determinados sectores progresistas un temor al protagonismo popular, porque esa participación activa de masas podría desencadenar fuerzas «incontroladas». Es decir, un gran miedo a cambios profundos, revolucionarios.

Una mención específica merece el tema de los aparatos represivos en América Latina. Si a la salida de las dictaduras se hablaba de dismantelar los aparatos represivos, poco a poco estas consignas fueron cayendo en el olvido. También se relativizó o negó su función y carácter de instrumento de las clases dominantes, a veces en nombre de una crítica a la “teoría instrumentalista del estado”, que puede tener aspectos correctos, pero que tiende a negar uno de los aspectos esenciales de la teoría marxista del estado, que la experiencia histórica no ha hecho más que confirmar, en algunos casos de forma trágica, como en el Chile de Allende. Este tema fue olvidado, pero la pesada carga de aparatos represivos cuya función real no es defender al país de una posible invasión extranjera, sino mantener el *status quo* vigente, no dejó de existir, y se pudo visualizar más de una vez en la práctica. Algunos esperaban rupturas en esos aparatos en los momentos de crisis o intentonas golpistas por parte de los sectores más reaccionarios, movimientos de resistencia de parte de la oficialidad y la tropa... Pero salvo en el caso de Venezuela a comienzos del siglo XXI, eso no se

produjo en ningún país.⁶ Cuando no funcionaban como fuerza coactiva directa, actuaban igualmente en el imaginario como potencial amenaza, lo que llevaba a muchos a evitar ciertos cambios para *no despertar a las fieras*. Pero las fieras seguían estando ahí, y a veces son otros quienes las despiertan. Pensar que se puede «transformar radicalmente» el carácter de estos aparatos –como planteaba Poulantzas– parece, vista nuestra historia latinoamericana reciente, de una gran ingenuidad. Más ilusoria es aún la idea de que son necesarios para defender nuestra soberanía de potenciales amenazas imperialistas, cuando son fuerzas que han funcionado más que nada como apéndices militares del imperialismo, y a las que EE.UU. han destinado particulares esfuerzos de adoctrinamiento, en los que parece haber tenido un gran éxito.

Si en Bolivia apoyaron abiertamente un golpe, en otros lugares la policía y las FF.AA. colaboraron sin renuencias –en una forma que parecía bastante entusiasta– contra las grandes movilizaciones populares que se produjeron en el continente. Si hubo insubordinaciones, no parecen haber sido para nada significativas. En Chile, Ecuador y Colombia se pudo ver claramente. Nadie niega que en el seno de esas fuerzas no pueda haber «lucha de clases», pero la experiencia histórica nos dice claramente que ciertos movimientos de ruptura que se produjeron en otros momentos, no se han constatado en las últimas décadas. Por el contrario, parece que ha habido un sólido trabajo por parte de las clases dominantes y el imperialismo estadounidense para alinear firmemente a esos aparatos con sus intereses y reducir las posibles fricciones o contradicciones al mínimo, con un adoctrinamiento ideológico que está en línea de continuidad con la llamada *Doctrina de la Seguridad Nacional* de la Guerra Fría, aunque hoy pueda haber adoptado otros nombres.

Todo esto parece plantearnos claramente que, para poder avanzar hacia una sociedad profundamente democrática, determinadas tareas que planteaban los clásicos del marxismo son imprescindibles, como desmontar, desarticular o destruir esos aparatos represivos, que operaban como una constante amenaza (potencial o real) contra la democracia y los intereses populares. Aparatos que, además, resultan una pesada carga presupuestal; carga que impide que esos fondos se puedan invertir en educación, salud, vivienda o el desarrollo de una economía autónoma y de orientación socializante.

Retomar el estado como problema, su carácter represivo y burocrático, que tiene como función esencial la perpetuación de la dominación de clase, es esencial para la izquierda. Hemos cedido a la derecha la crítica al estado y la defensa de las libertades, sobre todo en relación a las medidas tomadas en la última pandemia. El discurso antiestadista de los neoliberales muchas veces llevó a la izquierda a una suerte de visión hegeliana del estado como realización de la razón y de los intereses comunes, olvidando su carácter represivo y burocrático, soslayando el hecho de que su función principal es garantizar los privilegios de la clase dominante, por más que se lo haga en nombre del bien común, la igualdad jurídica y la libertad. No es que el estado no haya ampliado funciones, como las educativas, económicas, sanitarias y de otro tipo. Pero ahí

⁶ Una objeción que algunos pueden oponer a esta tesis del marxismo es el hecho de que ha habido a lo largo de la historia algunos gobiernos surgidos de golpes militares, como el de Velasco Alvarado en Perú o Tomás Sankara en Burkina Faso (antes Alto Volta), que tenían un carácter reformista radical o incluso revolucionario. Pero estos gobiernos fueron desplazados precisamente por contragolpes de estado promovidos por otros sectores de las FF.AA., en connivencia, por lo general, con el imperialismo, ya sea estadounidense o francés. Desde nuestro punto de vista, estas experiencias confirman –y no refutan– la necesidad de promover en tales procesos una revolución popular y destruir los aparatos represivos de la clase dominante, si se quiere realizar y consolidar las transformaciones que se proponen.

Con respecto a los recientes acontecimientos políticos en África occidental, donde se han producido una serie de golpes militares de carácter antiimperialista contra gobiernos de dudosa legitimidad democrática, Ben Norton señala: “Pero si no consolidan la autoridad y la legitimidad del gobierno mediante una revolución popular, la posibilidad de que sean derrocados con otro golpe, o por una intervención militar extranjera, es muy real. Muchos líderes anticoloniales fueron derrocados en golpes de derecha patrocinados por Estados Unidos, desde Patrice Lumumba, de la República Democrática del Congo, en 1961; hasta Kwame Nkrumah, de Ghana, en 1966; o Thomas Sankara, de Burkina Faso, en 1987. En América Latina también ha habido ejemplos de ello. La lección de muchos de estos episodios históricos es que, si no hay una revolución popular, como ocurrió en China en 1949, en Cuba en 1959, o en Nicaragua en 1979; si simplemente hay un golpe militar dirigido por un líder revolucionario progresista o incluso socialista, entonces el gobierno tiende a ser mucho menos estable, y es significativamente más fácil que sean derrocados”. Ben Norton, “EE.UU. y Francia amenazan con intervenir en Níger”, en semanario *Kalewche*, sección Brulote, domingo 20 de agosto de 2023, disponible en <http://kalewche.com/ee-uu-y-francia-amenazan-con-intervenir-en-niger>.

también habría que apostar a profundas modificaciones, «desestatizando» al estado, como alguna vez planteó el comunista francés Lucien Seve: sustituyendo los mecanismos verticales y burocráticos por formas de gestión democrática, y sin olvidar que al aparato represivo hay que dismantlarlo. En cierta manera, habría que apuntar a una serie de transformaciones cuya meta debería ser la extinción del estado, en tanto aparato burocrático-represivo destinado a garantizar los intereses de la clase dominante, fortaleciendo lo que podríamos llamar una *esfera e institucionalidad públicas de gestión democrática de los problemas comunes*.

Nuevamente, aquí se pueden esgrimir argumentos muy similares a los que aducen quienes que comparten «teóricamente» la necesidad de determinados cambios a nivel económico, pero son renuentes a impulsarlos en la práctica: “es muy difícil”, “esto puede generar violentas resistencias”, “no está dada la correlación de fuerzas”, etc. Pero el problema es que, en muchos casos, ni siquiera se llegó a plantear el debate. Ni siquiera se intentó promover en forma consecuente un cambio en las condiciones políticas que hicieran viable tal o cual transformación. Eso en el mejor de los casos, porque también hubo situaciones de resistencia activa de determinados sectores «progresistas» a otros sectores –a veces aliados– que impulsaban algunas medidas que afectaban los intereses dominantes, aunque más no fuera tímidamente.

Ideología

Si vamos al terreno ideológico-cultural, tampoco se apuntó a políticas de modificaciones profundas. Los límites en las transformaciones económicas y políticas eran sintomáticos de límites ideológicos, de visiones que no propugnaban cambios radicales sino «humanizar» la realidad existente. No solo se eludieron cambios esenciales en el terreno político y económico, sino también el debate ideológico. A menudo, el lenguaje de los políticos progresistas difícilmente se diferenciaba del de los de centroderecha menos reaccionarios. No es una exageración decir que, en muchas ocasiones, en los intercambios televisivos o radiales, uno solo podía saber quién era el político de centroizquierda y el de derecha cuando esto era aclarado explícitamente por el conductor del programa, o cuando había carteles que señalaban las pertenencias partidarias. Viejos pero actualísimos conceptos como explotación, imperialismo, clase y otros desaparecieron del lenguaje político. Fueron sustituidos por «vulnerables», «deciles», y una noción de globalización que excluía la consideración de relaciones de explotación y dominación a nivel internacional. El saber académico y el de fundaciones y ONGs vinculadas con la socialdemocracia europea, o con asociaciones filantropocapitalistas «progres», empezaron a cumplir un rol fundamental, sustituyendo a los partidos de izquierda como «intelectuales colectivos» que producen su propia teoría e intentan superar los límites de la ideología dominante. No se trata tampoco de pregonar el aislamiento sectario ni la infravaloración del saber académico. Pero una cosa es respetar ese saber, y otra, subordinarse a él. La academia muchas veces puede hacer aportes relevantes, pero en general no deja de estar dentro de los parámetros de la ideología dominante. Dicho de otro modo, el intercambio del diálogo y el debate fue en gran medida sustituido por la subordinación ideológica, haya o no conciencia de esto. Muchos tomaban categorías de Gramsci, como hegemonía, consenso, etc., pero al desligarlas de un análisis de clase les hacían perder la sustancia revolucionaria que tenían en el intelectual sardo, transformándolas en conceptos confusos y manipulables en varios sentidos, que a menudo poco tenían que ver con el marxismo. De hecho, esta izquierda estuvo lejos de promover la formación de bloques contrahegemónicos que impulsaran una nueva cultura y valores, que propusieran una nueva visión del mundo, revolucionaria y comunista. El cuestionamiento a ideas hegemónicas muchas veces no fue más que una crítica a ideas muy reaccionarias que no sólo eran rechazadas desde perspectivas marxistas o revolucionarias, sino desde perspectivas más o menos liberales, y que no conducían a un cuestionamiento del capitalismo como sistema de explotación y como régimen de dominación de clase basado en la coerción y el consenso ideológico.

El predominio de visiones relativistas llevó también a todo tipo de confusiones. Se asimiló la cultura popular con la cultura de masas impuesta por los grandes medios de comunicación. El populismo estético propio de la posmodernidad, según Fredric Jameson, fue una característica de parte significativa de los progresismos. Al paternalismo tecnocrático estatal parecía corresponderse ese otro populismo, que miraba con condescendencia supuestas expresiones de la cultura popular que, con bastante frecuencia, no eran más que una imposición heterónoma de las industrias culturales. Industrias que en América Latina están particularmente dirigidas desde Miami y vinculadas a los sectores más reaccionarios del exilio cubano. Este relativismo y otras concepciones que no salían de los marcos del pensamiento hegemónico, combinados con un temor no del todo consciente a la reacción de las clases dominantes, coadyuvó a que los cambios a nivel del oligopolio mediático fueran muy limitados o casi inexistentes.

El consumismo como fenómeno cultural y forma de vida fue aceptado en gran medida acríticamente. Una política que no promovió la participación popular efectiva, constante y no meramente simbólica, parece haber encontrado en la ampliación de los niveles de consumo una forma de mantener e intentar ampliar el apoyo político electoral... Aunque posteriormente esto se volviera en su contra, cuando –por los vaivenes del mercado mundial–, bajara el precio de nuestros productos primarios de exportación y se ralentizara el crecimiento económico.

El progresismo latinoamericano no fue ajeno a la despolitización, sobre todo de las nuevas generaciones, porque al promover ciertos cambios –aun cuando fueran muy limitados– temía que la participación popular pudiera «radicalizarse». Gran parte de los sectores más radicales de la izquierda se vieron en un dilema que no siempre resolvieron de la mejor manera: si criticaban a los sectores progresistas gobernantes, podían favorecer a una derecha que podía arrasar con algunos de los derechos y avances conquistados. Pero si no los criticaba, podía habilitar un corrimiento creciente de esos progresismos gobernantes a políticas cada vez más limitadas y cercanas al centro del espectro ideológico. Unas políticas que, no pocas veces, se tornaban poco diferenciables de las políticas de antaño promovidas por los sectores menos radicales de la derecha.

Mientras las viejas elaboraciones teóricas de los revolucionarios latinoamericanos caían en el olvido, se adoptaron en forma bastante acrítica diversas ideas y teorías que no salían de los marcos de la ideología dominante, en particular el posmodernismo, o sus versiones latinoamericanas decoloniales, así como también el neodesarrollismo o un tibio keynesianismo en economía. Hablamos de perspectivas que, en general, no superaban el liberalismo, y cuyos antecedentes teóricos habían sido objeto de duras críticas por pensadores revolucionarios latinoamericanos en décadas anteriores, como es muy claro en el caso del antecedente desarrollista del neodesarrollismo.

En este marco, la «agenda de derechos» se transformó en el «programa» de amplios sectores del progresismo y de la izquierda más moderada. Algunas corrientes de la izquierda radical reaccionaron fuertemente contra esa agenda, y no fueron capaces de dar una respuesta a ciertos desafíos que la misma planteaba. La agenda de derechos proponía una serie de medidas o leyes que muy a menudo eran compatibles con el socialismo revolucionario, pero su marco ideológico no superaba los límites del pensamiento dominante. El mismo nombre parece bastante significativo: *agenda de derechos*. Si no en la teoría, al menos en la práctica supuso la exclusión de una «agenda de cambios estructurales» que posibilitaran que algunos de esos derechos se volvieran realizables en profundidad y perdurables a largo plazo. Consciente o inconscientemente, ambas tendencias presuponían (las de la «nueva» y «vieja» izquierda, por llamarlas de alguna manera) una falsa dicotomía entre los cambios a nivel jurídico-cultural y a nivel material-estructural.

Pero la tendencia predominante fue que amplios sectores de la izquierda comenzaron a moverse –en mayor o menor medida– dentro de ese marco ideológico. Poco a poco, el análisis de clase fue siendo sustituido por perspectivas con pocas o ninguna referencia a las clases sociales. Se actuó de un modo diferente a como lo

hicieron dirigentes como Clara Zetkin, Alexandra Kollontai o José Carlos Mariátegui ante las reivindicaciones feministas, que tomaron el problema de la emancipación de la mujer como propio, desarrollando elaboraciones teóricas y una visión estratégica desde una perspectiva clasista. Por el contrario, una parte significativa de la izquierda de esta época se sumó y subordinó a los presupuestos ideológicos de dicha «agenda», que promovía algunas medidas que eran absolutamente compatibles, pero otras que merecían un debate más profundo o alternativas desde una perspectiva consecuentemente anticapitalista, es decir, desde referencias ideológicas que no podían ser, en general, las de la mera «agenda de derechos». Faltó la elaboración de una «concepción del mundo propia». La filosofía espontánea no dio lugar al segundo momento que reclamaba Gramsci, el de una filosofía crítica. No es incorrecto apoyar una medida que pueda beneficiar al medio ambiente planteada en el marco de esta agenda de derechos, como puede ser el uso de energías renovables. Pero esto no nos puede dejar de hacer ver que estas medidas son superficiales, mientras no se cuestione un capitalismo que destruye cada vez más la tierra, como señalara Marx. Tampoco debe hacernos olvidar que las limitadas políticas progresistas asociadas al paradigma de la «ecoeficiencia» no han generado avances sustanciales. De hecho, el progresismo latinoamericano apostó por un modelo extractivista y primario-exportador vinculado a la megaminería, el monocultivo y la deforestación de amplias regiones. Otras medidas, como las cuotas para tal o cual grupo étnico o sexual oprimido, tal vez merezcan apoyo como medidas puntuales y pasajeras. Pero si se dejan intactas la estructura de clases y la explotación económica subyacentes, las formas de opresión que están en la base de la sociedad, esas medidas no serán más que paliativos. Paliativos que, además, como sostiene Nancy Fraser, pueden llegar a producir resentimiento en las mayorías populares. Se corre el riesgo –de hecho, ya está pasando– de que esos grupos étnicos o sexuales oprimidos empiecen a ser visualizados como «privilegiados» por sectores significativos de la sociedad, reforzando –en vez de debilitar– las tendencias racistas, sexistas o discriminatorias de gran parte de la población.

El problema es que las políticas de «inclusión», que tanto pregona el progresismo, no cuestionan la estructura que una y otra vez produce y reproduce la «exclusión» sistemática de gran parte de la población en nuestras sociedades. Más cuestionables aún son las medidas que tienen un carácter meramente punitivo, en nombre de lo *políticamente correcto*, y que no hacen más que reforzar un malestar generalizado que es aprovechado por los sectores más reaccionarios para llevar agua para su molino. Tampoco son reivindicables aquellas políticas que condicionan los financiamientos o premios a actividades científicas o artísticas en función de criterios político-ideológicos propios de la «agenda de derechos» (nunca jamás de la «agenda de clases», por supuesto), y que hacen recordar al realismo socialista, pero sin el compromiso con una sociedad sin explotados ni explotadores que pregonaba aquella política, sino, a lo sumo, con un capitalismo un poco «más humano». En cierta forma, las políticas que no apuntan a transformaciones radicales, que son meramente “afirmativas”, al decir de Nancy Fraser, producen condiciones políticas e ideológicas propicias para la derecha reaccionaria. No es su producto mecánico y automático, pero las políticas parciales, focalizadas y asistencialistas –leyes y medidas de «discriminación positiva» para minorías étnicas o racializadas y personas sectorizadas según el sexo o género– parecen tener bastante que ver con el auge de ciertas derechas populistas reaccionarias y políticamente incorrectas, que saben explotar demagógicamente el malestar de los sectores populares, donde el tradicionalismo o conservadurismo cultural (machismo, homofobia, oposición al aborto legal, etc.) sigue siendo predominante o muy extendido, y que en muchos casos se ha vuelto algo más sistemático, organizado y militante en virtud del crecimiento masivo del evangelismo –especialmente de las iglesias pentecostales y bautistas– en las barriadas latinoamericanas. Retomar políticas universalistas, que transformen las estructuras más profundas que están en el origen de las injusticias económicas y culturales, no es tarea fácil. Pero parece ser el único camino que realmente puede terminar con esas diversas formas de opresión.

También en el ámbito internacional, la renuncia a conceptos como «imperialismo» ha solido llevar a confusiones y grandes errores, cuando no al alineamiento con EE.UU. y la «comunidad internacional» (léase:

Occidente colectivo) desde una perspectiva a menudo no muy lejana al «imperialismo humanitario» que ha caracterizado a muchas de las últimas empresas hegemónicas del Tío Sam y sus laderos otanistas, como ha señalado con claridad Jean Bricmont.

Pero uno de los ámbitos donde más claramente se expresó esta subordinación ideológica del progresismo latinoamericano a las ideas dominantes fue el de la educación. Se dejó de lado toda la rica tradición de producción intelectual propia. El movimiento de reforma educativa latinoamericano cayó en el más absoluto olvido, para adoptar las teorías hegemónicas a nivel educativo y pedagógico. El lenguaje del progresismo fue el de la llamada *teoría de las competencias*. Sus políticas estuvieron orientadas a logros cuantificables como los exigidos por los organismos internacionales, y la apuesta a una educación integral fue sustituida por contenidos cada vez más escasos y subordinados a las necesidades del mercado, aunque a veces se sustituyera eufemísticamente a este último por finalidades vaporosas como “para la sociedad” o “para la vida”. Primaron criterios de claro corte asistencialista, que transformaron crecientemente a las instituciones de enseñanza en instituciones que priorizaban otro tipo de funciones, entre ellas los cuidados. No se democratizó la gestión, o se lo hizo muy limitadamente. Las tradiciones autonómicas y de cogobierno fueron vistas más como un problema, que como un posible camino a seguir o profundizar, en aras de una educación y una sociedad más democráticas. Campeó a sus anchas el fetichismo tecnológico, sobre todo desde la crisis pandémica, que aceleró la generalización de la virtualidad o bimodalidad, con consecuencias desastrosas en términos de pedagogía, universalidad y calidad educativa. Muchos de los principales referentes progresistas tampoco fueron ajenos a los discursos que construyeron una “crisis educativa” desligada del contexto social, y que culpabilizaba mayormente a los docentes de todos los males de la educación. También se perpetuó una política que mantenía sus estímulos a la escolaridad privada, con subsidios abiertos y a veces encubiertos. Pero hubo tal vez otra privatización, a la que posiblemente no se le prestó la debida atención: al apostar a contenidos cada vez más reducidos, simplificados y/o utilitarios, en un marco de exigencias mínimas para que «los números cierren» y puedan ser exhibidos no solo al electorado, sino también –y sobre todo– a los organismos internacionales y el *establishment* económico local (siempre preocupados por las «necesidades del mercado»), no se apostó a una educación integral para la cual “nada de lo humano fuera ajeno”, valor propio de nuestras mejores tradiciones educativas. Dicho de otra forma, no se apostó a una amplia y profunda socialización del saber, a que las nuevas generaciones se apropiaran del patrimonio cultural de la humanidad en toda su riqueza y diversidad (que es tal vez uno de los principales «bienes comunes» de la humanidad). Que haya mejorado el presupuesto educativo y que aumentaran los salarios de los educadores (algo que no siempre ha sucedido), no puede dejar de hacernos ver que las orientaciones pedagógicas generales no se alejaron de lo que proponen las tendencias políticas dominantes. Hubo algunos matices diferenciadores o énfasis peculiares aquí y allá, pero no afectaron, en lo fundamental, las políticas educativas hegemónicas a nivel mundial, promovidas por el Banco Mundial, la OCDE y la UNESCO, uno de cuyos objetivos fundamentales es la producción de *capital humano* para satisfacer las necesidades de los mercados, aunque estas no coincidan o vayan en contra de las necesidades de la mayoría de la sociedad.

La lucha ideológica tiene sus dificultades específicas, pero estas son diferentes de la lucha en el terreno económico y político, que depende mucho más de la correlación de fuerzas y factores objetivos. Y por eso que, en este ámbito, es donde se pueden ver más claramente las limitaciones del progresismo; y también, por desgracia, cómo gran parte de la izquierda más radical se fue subordinando ideológicamente a aquel.

Algunas consideraciones finales

Algunas de las consideraciones que aquí hemos realizado se basan en la experiencia de Uruguay, y tal vez no sean trasladables a otros contextos. Otras probablemente sí, aunque siempre reconociendo especificidades y matices concretos.

Habíamos planteado que el progresismo latinoamericano puede ser viable en un sentido, pero en otro no. Si tomamos en cuenta algunos objetivos del progresismo como lograr un capitalismo humano y desarrollado, amigable ecológicamente, con una democracia firme y consolidada, la respuesta, en función de la argumentación dada, es negativa. Pero si tomamos en cuenta la viabilidad electoral, la respuesta es, en general, afirmativa (desde nuestra perspectiva).

Años atrás, algunos autores planteaban la idea de un “fin del ciclo progresista”, idea que a nuestro juicio se vio refutada por la pronta elección de toda una nueva serie de gobiernos progresistas en la región. La idea de un «ciclo» cerrado parecía tributaria de una concepción de la historia que no le daba la suficiente relevancia al factor humano y a las contradicciones objetivas existentes en el capitalismo latinoamericano, que son más agudas y se expresan más violentamente, en general, que en los capitalismos centrales. Tampoco parecía advertir algunas características de las democracias electorales.

La alternancia con gobiernos neoliberales, que arrasan con las modestas políticas sociales y conquistas logradas durante las gestiones progresistas, permite que las fuerzas progresistas se recompongan y ganen nuevamente las elecciones. Como así también, una vez que pasa un cierto período de progresismo en el poder, las expectativas populares se ven frustradas y la derecha recompone sus fuerzas –en general apoyada por la mayor parte de los oligopolios mediáticos– para nuevamente implementar políticas de ajuste salvaje; lo que permitirá, a su vez, un nuevo crecimiento y posible victoria del progresismo a nivel electoral; y así sucesivamente, en una dinámica de tipo cíclica. La lógica de las elecciones y la propia dinámica capitalista, con sus períodos de expansión y crisis (que hacen necesarios ajustes en determinados momentos, mientras que en otros una recomposición de la demanda interna y ciertas políticas activas de expansión económica a través de la inversión estatal), son muy propicias para esta alternancia entre progresismo y neoliberalismo puro y duro. Es cierto que con el tiempo el progresismo tiende a proponer políticas cada día más superficiales y muchas veces de reparación simbólica. Pero las políticas de la derecha suelen ser tan duras para los sectores populares, que hasta las minimalistas medidas del progresismo son bienvenidas por franjas muy importantes de la población.

En América Latina existen, sin embargo, contradicciones muy agudas. Dicho de otra forma, las condiciones «objetivas» para procesos revolucionarios no son las que están ausentes, y las grandes movilizaciones populares de nuestro continente son un indicador muy fuerte en ese sentido. Se puede decir que se han dado «situaciones revolucionarias», pero no se han consumado revoluciones, como bien ha hecho notar Mauricio Lazzarato. Lo que parece faltar es el *factor subjetivo*: el desarrollo de una «teoría revolucionaria», que se pueda transformar en patrimonio de amplios sectores de la clase trabajadora y el pueblo en general, y fuerzas políticas capaces de dirigir esos procesos, con flexibilidad táctica y firmeza estratégica, con amplitud y evitando todo sectarismo.

Qué política de alianzas adoptar con respecto al progresismo es algo que deberán determinar las fuerzas de izquierda en cada lugar. En algunos, podrá haber alianzas circunstanciales y en otros más permanentes. En ciertos países, el progresismo se ubica más hacia la izquierda y en otros más hacia el centro. Cada país tiene sus peculiaridades y sus coyunturas específicas. Lo que parece relevante es profundizar el estudio y el análisis de nuestras realidades latinoamericanas, como así también la reflexión crítica sobre aspectos teóricos fundamentales. Hay que producir un pensamiento propio, que apunte a superar, en el campo popular, la hegemonía ideológica y política de las ideas progresistas.

JOSÉ RAMÓN LOAYSSA

JUAN ERVITI Y LAS VACUNAS COVID-19. UN ANÁLISIS SÓLIDO, COMPLETO Y ACTUALIZADO A LA LUZ DE LAS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

El texto que reproducimos a continuación está basado totalmente en la conferencia que Juan Erviti, experto en evaluación de fármacos, ofreció vía internet el 25 de abril de 2023. En esa conferencia y en el presente texto, suerte de transcripción no literal redactada por el médico José Ramón Loayssa, se analizan las vacunas diseñadas contra la enfermedad Covid-19, centrándose fundamentalmente en las basadas en la tecnología ARNm, que han sido las más empleadas en Europa, en los Estados Unidos y en buena parte de la América Latina.

Juan Erviti es doctor en Farmacia y especialista en Farmacia Hospitalaria. Entre 1994 y 1996 trabajó en el Servicio Vasco de Salud-Osakidetza como técnico asesor en el uso racional del medicamento. Entre 1996 y 2003 desarrolló labores equivalentes en el Servicio Navarro de Salud-Osasunbidea. Entre 2003 y 2017 trabajó como jefe de la Sección de Información y Asesoría del Medicamento del SNS-O. Fue coordinador del *Boletín de Información Farmacoterapéutica* del SNS-O durante esos quince años, y vicepresidente del Comité Ético de Investigación Clínica de Navarra entre 2004 y 2014. Fue secretario general de la *International Society of Drug Bulletins* (Sociedad Internacional de Boletines de Medicamentos). Durante el curso académico 2020-2021, trabajó de profesor visitante en la Universidad de British Columbia (Vancouver, Canadá). En la actualidad, trabaja en la Unidad de Innovación y Organización del Servicio Navarro de Salud-Osasunbidea, de la que fue jefe hasta que no se renovó esa jefatura (de forma poco transparente). Es director del Centro Cochrane Navarra, asociado a Cochrane Iberoamérica. Ha publicado más de cincuenta artículos sobre farmacoterapia y revisiones sistemáticas Cochrane y colabora en distintos proyectos de investigación en farmacoepidemiología. Es voluntario de la ONGD Medicus Mundi desde hace muchos años.

Su detallado y muy informado análisis concluye afirmando que estamos ante vacunas que:

- a) su efectividad dista mucho de ser la prometida;
- b) tienen efectos secundarios alarmantes y, por lo tanto;
- c) el balance costo-beneficio, cuando se utilizan de forma prácticamente universal, aparece como muy probablemente desfavorable.

Por ello el doctor Erviti, en sintonía con otros muchos científicos del mundo, solicita una suspensión cautelar del uso de estos preparados y la puesta en marcha de estudios rigurosos que permitan aclarar las dudas teóricas y tener mayores precisiones sobre sus resultados prácticos. Unos resultados que, en estos momentos,

no aparecen como positivos desde el punto de vista de controlar la pandemia causada por el virus SARS-CoV-2 y minimizar su impacto en términos de enfermedad, hospitalización y muerte.

* * *

La campaña de vacunación de la Covid-19 ha sido un éxito si se considera el número de vacunas administradas. Casi el 70% de la población mundial ha recibido al menos una dosis de una vacuna Covid, incluyendo más del 25% de la población de países pobres. Sin embargo, el panorama cambia por completo si consideramos su *efectividad* para prevenir la infección, la hospitalización y la muerte por esa enfermedad: los resultados son más que modestos. Y el «éxito» es todavía más dudoso si se consideran los efectos secundarios asociados a su administración.

Dado que estas vacunas no han sido descartadas como alternativa médica, es necesario hacer un análisis centrado en la farmacovigilancia de estos preparados. El 25/4/23, el Dr. Juan Erviti, brindó una conferencia en la que ofreció una revisión-balance de las vacunas Covid centrándose en las de ARNm. Su balance puso de relieve un panorama preocupante. Los preparados basados en tecnologías génicas, especialmente las nuevas «vacunas» de ARNm, fueron utilizadas profusamente en la campaña de vacunación, aunque se trata de una tecnología que apenas había sido empleada previamente y, cuando lo fue, mostró poco éxito y muchos problemas asociados. La situación no se modificó con las vacunas génicas anti-Covid, con la salvedad nada menor de su aplicación mundial masiva. Estamos ante vacunas cuya efectividad dista mucho de ser la prometida, sus efectos secundarios son alarmantes y, por lo tanto, el balance costo-beneficio, cuando se utilizan de forma prácticamente universal, aparece como probablemente desfavorable.

En esta exposición resumiremos la exposición de Erviti, que incluye una panorámica de la breve historia de las vacunas ARNm y un análisis de su mecanismo de acción, como preámbulo a un detallado y fundamentado examen de su eficacia y efectividad, recopilando las evidencias y los datos derivados tanto de los ensayos clínicos como de los estudios observacionales, sin olvidar los datos epidemiológicos ni los provenientes de estudios serológicos. Toda la exposición es en base a estudios científicos cuidadosamente analizados.

Unos ensayos clínicos cuestionables. Una efectividad y una seguridad en entredicho

Una de las cuestiones que se analiza con detalle son los ensayos clínicos iniciales que sirvieron para la autorización por procedimiento de emergencia. Son ensayos que presentan irregularidades llamativas, a tal punto que hacen dudar de la fiabilidad de sus resultados. La proclamada eficacia del 95% en proteger frente a la infección se basó en el resultado de un análisis plagado de irregularidades, y sobre el que recaen incluso fundadas sospechas de manipulación. En el ensayo de Pfizer, la diferencia entre el grupo de vacunados y el grupo control tratado con placebo en el número de PCR+ (criterio utilizado para determinar la ocurrencia de infección) puede estar condicionado por el hecho de que el criterio para indicar estas pruebas no fue uniforme en ambos grupos: muchos sujetos con síntomas compatibles con Covid en el grupo vacunado no fueron sometidos a ese test, mientras en el grupo de no vacunados lo eran con mucha más frecuencia. Por si esto no fuera suficiente, en el grupo vacunado se produjeron 311 abandonos, mientras que entre los no vacunados los abandonos fueron solamente 60 (véase *Tabla I en la siguiente página*). Esto llevó a que ya el 4 de enero del 2021 se publicara una nota en el *BMJ* escrita por Peter Doshi solicitando más datos.¹

¹ Peter Doshi, “Pfizer and Moderna’s “95% effective” vaccines—we need more details and the raw data”, en *BMJ*, 5/2/21, disponible en <https://blogs.bmj.com/bmj/2021/01/04/peter-doshi-pfizer-and-modernas-95-effective-vaccines-we-need-more-details-and-the-raw-data>.

TABLA I: RESULTADOS EN EL ENSAYO CLÍNICO. POBLACIÓN VACUNADA Y NO VACUNADA

	<i>Población</i>	<i>Infectados</i>	<i>Sintomáticos</i>	<i>Hospitalizados</i>	<i>Casos graves</i>	<i>Muertes</i>
No vacunados	596.618	6.100 (1,02%)	3.607 (0,60%)	259 (0,04%)	174 (0,02%)	32 (0,005%)
Vacunados	596.518	4.460 (0,75%)	2.389 (0,40%)	110 (0,02%)	55 (0,01%)	9 (0,002%)
Riesgo absoluto		0,27%	0,20%	0,02%	0,02%	0,004%
Riesgo relativo		26,89%	33,77%	57,73%	68,39%	71,88%

Cortesía: Dr. Juan Erviti

Pero las irregularidades no acaban ahí. Las irregularidades de los ensayos quedaron patentes cuando una de las personas responsables del seguimiento del estudio en algunos emplazamientos las denunció en una revista médica.²

Previamente, esta persona había informado a la FDA de las anomalías que se estaban produciendo, solicitando una inspección, que nunca tuvo lugar. Otra de las irregularidades detectadas en el ensayo clínico fue que la apariencia de la vacuna y el placebo eran diferentes, por lo cual no había un enmascaramiento real de los participantes: se podía identificar a los que recibían cada preparado. El enmascaramiento, denominado *doblo ciego*, es esencial para garantizar que los resultados de un ensayo clínico sean fiables. La falta de transparencia llegó hasta tal punto, que los nombres y afiliación de los miembros independientes (es decir, que no son empleados de Pfizer) del comité de seguimiento del ensayo no se han hecho públicos.

Suspensión del ensayo, liberación de nueva información y retraso en los estudios postautorización

Sorprendentemente, el ensayo clínico pivotal de las vacunas fue desmantelado cuando solo habían transcurrido dos meses desde la autorización de las vacunas. Por fortuna, un juez estadounidense ordenó a las compañías comercializadoras publicar todos los documentos de los ensayos. Pfizer pretendió mantener esa información oculta durante 75 años. Pero un recurso en base a la ley de transparencia de EE.UU., por la que los ciudadanos pueden reclamar la liberación de todos los datos que se consideran de carácter público, no aceptó ese plazo y le dio once meses. Aunque aún no ha concluido el análisis, ya han aparecido datos muy importantes.³

Entre ellos, que se había realizado pruebas PCR a todos los participantes para determinar la presencia de anticuerpos que indicaran si los sujetos habían padecido la infección por SARS-CoV-2. Esos resultados, no incluidos en el ensayo, develaban que la efectividad como máximo era del 54%, y probablemente mucho menos. Dado que, a menudo, los vacunados no desarrollan anticuerpos frente al virus a pesar de haberse infectado por SARS-CoV-2, *un número importante de vacunados infectados durante el ensayo no fueron contabilizados*, por lo que *la eficacia real fue muy inferior al 50%*. Aun así, la FDA autorizó su uso (en teórica situación de emergencia). Todo ello a pesar de que, en el *momento de la autorización*, se daban las condiciones más favorables para la eficacia de las vacunas. Las posteriores variantes «escaparán» más a estas, por lo que cabía suponer que la eficacia futura sería incluso menor.

En la exposición a la cual nos referimos se abordó también la cuestión de los estudios postautorización. Las vacunas Covid-19 fueron autorizadas por una vía excepcionalmente rápida que se justificó en la considerada emergencia sanitaria existente. Esto llevó a los reguladores a solicitar a las compañías comercializadoras estudios adicionales que abordaran las incertidumbres existentes sobre su eficacia y seguridad.

² Paul Thacker, “Covid-19: Researcher blows the whistle on data integrity issues in Pfizer’s vaccine trial”, en *BMJ*, 2/11/21, disponible en <https://www.bmj.com/content/375/bmj.n2635>.

³ Los mismos pueden ser consultados en *Public Health and Medical Professionals for Transparency*, disponible aquí: <https://phmpt.org/pfizer-court-documents>.

Pero no se subsanaron tampoco las incógnitas existentes y las que iban apareciendo al ponerse en marcha los estudios previstos y requeridos por las agencias reguladoras en el momento de la autorización por emergencia sanitaria. La mayoría de esos estudios no se han ni siquiera iniciado en muchos casos, especialmente aquellos que podrían proporcionar la información más relevante. De hecho, solamente se han completado aquellos que interesaban a las farmacéuticas, porque implicaban ampliar sus indicaciones.⁴

Estudios en la vida real

Muy pronto, las dudas sobre la efectividad de las vacunas –que los estudios iniciales ya planteaban– se intentaron esconder tras el «éxito» de las vacunas en la práctica. Pronto las noticias se llenaron de declaraciones oficiales que aseguraban que los vacunados experimentaban una tasa de infección muy baja, pero sobre todo una baja tasa de hospitalización y muerte. En los primeros momentos se afirmó con rotundidad que las vacunas prevenían el contagio en una gran proporción. Una afirmación que pronto se demostró falsa. Los estudios en los que se apoyaban esos relatos triunfalistas no estaban exentos de grandes limitaciones.

Se trataba de estudios observacionales que, expuestos a sesgos significativos y problemas de medición, como la clasificación errónea del estado de vacunación, las diferencias de exposición, las divergencias en las pruebas, los problemas de atribución y la confusión de los factores de riesgo de la enfermedad. Muchas de estas preocupaciones son difíciles de confirmar dentro de estudios específicos, debido a la falta de disponibilidad de datos (p. ej., diferencias de prueba), o bien, no se pueden solucionar analíticamente (p. ej., exposición y otras cantidades no medidas). Entre los sesgos más extendidos, se encuentra que el periodo en que se considera a alguien no completamente vacunado es más amplio que el periodo en que se computa la infección de los vacunados (no menos de 35 días más). Muchos de esos estudios observacionales no se basaban en una equiparación adecuada de la edad de los grupos a comparar y, sobre todo, las compensaciones que se llevaban a cabo para eliminar ese sesgo no eran apropiadas. Otro sesgo de notable repercusión es la relación temporal entre vacunación y ondas de transmisión viral independientes de las vacunas. La rápida difusión de las vacunas, particularmente en las naciones más ricas, coincidió con un período de caída de las tasas de infección. Sin embargo, determinar con precisión la contribución de las vacunas a esta disminución está lejos de ser sencillo. La fuerte caída de las infecciones complica la estimación de la efectividad de la vacuna a partir de datos de observación de una manera similar al sesgo de edad. Se han señalado otros factores que pueden sesgar las estimaciones de la efectividad de la vacuna Covid-19, como son la clasificación errónea del estado de vacunación, las diferencias en las prácticas de pruebas y la confusión de factores de riesgo de la enfermedad.⁵ Todos esos sesgos pueden hacer comprensible, al menos en parte, las triunfalistas afirmaciones sobre la efectividad de las vacunas, sin necesidad de atribuciones de mala fe. Porque se trata más de una ficción estadística (producto de sesgos) antes que una constatación fehaciente de lo que ocurre en el mundo real.⁶

Un ejemplo de estudio observacional cuestionable es el llevado a cabo en Israel, uno de los países que vacunó con mayor rapidez cuando las vacunas aparecieron.⁷ Este estudio, realizado sobre una amplia muestra de población, tiene no obstante limitaciones que afectan a su validez externa, como es la exclusión de ciertas

⁴ Christof Prugger, Angela Spelsberg, Ulrich Keil, Juan Erviti y Peter Doshi, “Evaluating covid-19 vaccine efficacy and safety in the post-authorisation phase”, en *BMJ*, 23/12/21, disponible en <https://www.bmj.com/content/375/bmj-2021-067570.long>.

⁵ John Ioannidis, “Factors influencing estimated effectiveness of COVID-19 vaccines in non-randomised studies”, en *BMJ*, disponible en <https://doi.org/10.1136/bmjebm-2021-111901>.

⁶ Kaiser Fung, Mark Jones y Peter Doshi, “Sources of bias in observational studies of covid-19 vaccine effectiveness”, en *Journal of Evaluation in Clinical Practice*, 26/03/2023, disponible en <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/jep.13839>.

⁷ Noa Dagan, et al., “BNT162b2 mRNA Covid-19 Vaccine in a Nationwide Mass Vaccination Setting”, en *The New England Journal of Medicine*, disponible en <https://www.nejm.org/doi/full/10.1056/nejmoa2101765>.

categorías de personas, entre ellas, los trabajadores sanitarios y los pacientes frágiles y con comorbilidades. En conjunto, la población estudiada era joven y sin factores de riesgo. Por ello, no es extraño que, cuando se analizan los resultados en términos de riesgo absoluto, las diferencias sean muy pequeñas. Como se puede ver en la Tabla I (pág. 17), una efectividad de casi el 72% implica una minúscula reducción del riesgo *absoluto* del 0,004%, ya que entre los 596.618 vacunados hay 9 muertos y entre el mismo número de no vacunados 32, tasas bajísimas ambas.

No hay que olvidar que, cuando las diferencias en números absolutos son muy pequeñas, los resultados deben ser tomados con cautela porque cualquier circunstancia no tenida en cuenta puede explicar esa diferencia. De hecho, las normas y los procedimientos del estudio podrían haber traído como consecuencia que a los vacunados se les realizaran menos PCR.⁸

Un estudio que presentaba una altísima efectividad en la protección de los ancianos que vivían en residencias, lo hacía sin tener en cuenta la evolución de las ondas epidémicas. Pero una vez que se toma en consideración esta evolución, la supuesta efectividad se evapora.⁹ De hecho, otro estudio realizado también en residencias de ancianos (pero de los EE.UU.) no encontró evidencias de la efectividad de las vacunas.¹⁰

Datos del mundo real: evolución de la pandemia en diferentes países y vacunación

Sin necesidad de recurrir a estudios concretos, la primera estimación de la efectividad de una intervención sanitaria es la propia evolución temporal del problema de salud que se trata de mitigar o controlar. La famosa frase de que era necesario “aplanar la curva” representa un objetivo esencial de cualquier intervención masiva en una epidemia: se trata de disminuir el número de casos de forma que la curva de la onda epidémica se aplane y disminuya su pendiente. Tenemos que decir que, de forma global, a pesar de que la inmunidad natural por infección iba aumentando, la aparición masiva de las vacunas Covid no logró «aplanar la curva», y los datos de la evolución de las ondas epidémicas no respaldan la efectividad de las vacunas, ya que no se asociaron de una forma clara a una disminución paralela de infecciones, hospitalizaciones y muertes. Las diferencias del impacto de la Covid-19 entre países y regiones no se asocia de forma consistente con la proporción de población vacunada, e incluso se observan casos paradójicos. Así, por ejemplo, países como la islas Seychelles o Australia, que no habían experimentado mayores consecuencias en los primeros meses, justamente después de una vacunación masiva (en torno al 90%), sufrieron varias olas de casos, hospitalizaciones y muertes. En Chile, Uruguay o Bahréin ocurrió el mismo fenómeno, acerca del cual la OMS declaró que iba a investigarlo. Aunque esa investigación nunca se produjo, o no se publicó. Con posterioridad, datos parecidos se repitieron en otros países, como Corea del Sur o Australia. Este último, además, había practicado un control exhaustivo para evitar la entrada de personas no vacunadas. En realidad, la mayoría de los países –entre ellos España– con una gran proporción de la población vacunada han experimentado con posterioridad ondas epidémicas considerables, y muchas veces mayores que las de muchos países donde la vacuna ha sido mucho menos difundida.

Estos hechos son especialmente llamativos porque, con el discurrir de la pandemia, la proporción de la población que ha padecido la infección natural ha ido aumentando. No hay que olvidar que la inmunidad natural se ha demostrado más protectora que la vacuna, como un estudio de seroprevalencia realizado en

⁸ Cfr. <https://www.bmj.com/content/372/bmj.n567>.

⁹ Carmen Cabezas *et. al.*, “Associations of BNT162b2 vaccination with SARS-CoV-2 infection and hospital admission and death with covid-19 in nursing homes and healthcare workers in Catalonia: prospective cohort study”, en *BMJ*, 18/8/21, disponible en <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC8371258>.

¹⁰ Elizabeth White *et. al.*, “Incident SARS-CoV-2 Infection among mRNA-Vaccinated and Unvaccinated Nursing Home Residents”, en *National Library of Medicine*, disponible en <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC8174028>.

Navarra (mayo de 2022) ha puesto de relieve una vez más.¹¹ Ese estudio confirma lo dicho anteriormente sobre la mayor tasa de infección entre los más jóvenes; y que entre estos, el porcentaje de los que nunca han sido diagnosticados de Covid-19, pero realmente han sufrido la infección, es mucho mayor que entre los de mayor edad. También refleja la mayor tasa de protección entre los que han sufrido la infección frente a los que solamente se han vacunado. De hecho, en el estudio, la protección frente a la reinfección de aquellos que estaban vacunados pero no habían sufrido la infección era similar (no había diferencias significativas) a la de aquellos que no habían sido vacunados ni tampoco tenían inmunidad natural (8,5% vs. 10,4%). A esto hay que añadir que el porcentaje de reinfección aumenta paradójica y contraintuitivamente con el número de dosis de la vacuna.

Efectividad de las vacunas Covid

Pero este hecho paradójico –el aumento de la probabilidad de infectarse conforme aumentan las dosis de vacunas– se ha evidenciado en otros estudios, por ej., en uno de EE.UU. cuyo objetivo era evaluar la vacuna bivalente.¹² Si observamos la evolución de los relatos oficiales, constatamos que inicialmente se autorizaron las vacunas basándose en una eficacia del 90-95% en la prevención de la infección por Covid. Luego se publicaron numerosos estudios en los que se demostraba que la vacuna no evitaba la transmisión del virus, y la propia compañía Pfizer lo reconoció. A pesar de ello, se recurrió a medidas tan autoritarias como absurdas, como los pasaportes sanitarios, e incluso los despidos de trabajadores no vacunados. Después, se pasó a afirmar que, aunque no evitaran la infección, reducían la incidencia de casos graves. Es una afirmación llamativa sostener que una vacuna no evita la enfermedad, pero sí los casos graves; y mucho más aún cuando ya había estudios que demostraban que la carga viral era similar en vacunados y no vacunados, e incluso en aquellos que tenían una tendencia a eliminar el virus antes que los que habían recibido la vacuna.¹³

Hoy se sigue afirmando que las vacunas han sido una contribución esencial para terminar con la pandemia y limitar sus consecuencias, a pesar de que la evolución de esta en diferentes países no se asocia a la proporción de la población vacunada. Si reflexionamos sobre los factores que han contribuido a que las ondas virales hayan disminuido, tenemos que apuntar a la inmunidad natural por la infección (que ofrece protección de alta calidad), a la evolución de las variantes virales (que se han atenuado) y al «efecto cosecha», que hace que la población más susceptible al virus y a sus consecuencias se haya infectado al principio, y en muchos casos haya fallecido.

Efectividad sin confirmar, seguridad en duda

Todo apunta a que se han infraregistrado los daños producidos por las vacunas en línea con lo que ocurre habitualmente con los fármacos.¹⁴ Pero desde los primeros meses, a pesar de la probable infranotificación, se comenzaron a observar efectos secundarios, algunos entre los propios participantes del ensayo clínico. En noviembre del 2021, un senador de EE.UU. convocó un encuentro de afectados por las vacunas Covid en ese país.¹⁵ Algunos de los participantes del propio ensayo señalaron las dificultades que existían para notificar reacciones graves a través de la *app* proporcionada por las compañías farmacéuticas. Además, a los pacientes

¹¹ “Seroprevalencia de anticuerpos frente al SARS-CoV-2 en Navarra”, en *Boletín de Salud Pública de Navarra*, mayo de 2022, disponible aquí <http://www.navarra.es/NR/rdonlyres/AECCD760-AB2A-4841-818A-FA53478FD6DC/481453/BOL11922.pdf>.

¹² K. Nabin *et al.*, “Effectiveness of the Coronavirus Disease 2019 (COVID-19) Bivalent Vaccine”, en *BMJ*, 19/12/22, disponible en https://www.medrxiv.org/content/10.1101/2022.12.17.22283625v1.full?utm_source=substack&utm_medium=email#T1.

¹³ Julie Boucau *et al.*, “Duration of Shedding of Culturable Virus in SARS-CoV-2 Omicron (BA.1) Infection”, en *New England Journal of Medicine*, 21/7/22, disponible en <https://www.nejm.org/doi/full/10.1056/NEJMc2202092>.

¹⁴ Lorna Hazell *et al.*, “Under-Reporting of Adverse Drug Reactions”, en *Springer Link*, 20 de noviembre de 2012, disponible en <https://link.springer.com/article/10.2165/00002018-200629050-00003>.

¹⁵ Se lo puede visualizar aquí: <https://rumble.com/vokrf7-sen.-johnson-expert-panel-on-federal-vaccine-mandates.html>.

afectados, en algunos casos se les retiró del ensayo y sus quejas no fueron atendidas por los organismos reguladores. También revistas como *New England Journal of Medicine*, que publicó los ensayos, colaboraron en el ocultamiento de los casos de personas que habían sufrido daños por las vacunas y negaron que algunas se hubieran retirado del ensayo (como está comprobado). Asimismo, se denunció que los propios servicios sanitarios que atendían a los afectados no daban credibilidad a los síntomas ni a su asociación con la vacuna, especialmente en los primeros meses. Estas historias hacen pensar que muchos efectos secundarios no han sido diagnosticados ni asociados a las vacunas. En la denuncia por parte de una profesional que trabajaba en el ensayo que hemos citado, uno de los puntos que se señalaba era el deficiente seguimiento de los efectos secundarios dentro del ensayo.

Datos fisiopatogénicos de la acción biomolecular de las vacunas

En primer lugar, hay que anotar que las vacunas génicas se basan en estimular la producción de proteína S para que esta, a su vez, produzca una reacción inmunitaria. Por otra parte, y al contrario de lo esperado o afirmado por los fabricantes, parece que la producción de la proteína S es masiva, se extiende por todo el organismo y permanece de forma prolongada en él.

Poco antes de la autorización de las vacunas, hubo expertos –como P. Whelan– que advirtieron que la proteína S no era inocua, señalando que había sospechas de que pudiera causar daños, especialmente a nivel microvascular y del sistema nervioso.¹⁶ Los organismos reguladores hicieron caso omiso y dieron luz verde a las vacunas, sin responder a las cuestiones planteadas en la carta de Whelan. A pesar de ello, sí que había preocupaciones, las cuales se expresaron en una lista de efectos secundarios de especial interés, que debían vigilarse especialmente (véase *Tabla II*).

TABLA II: LISTA DE TRABAJO DE POSIBLES EFECTOS SECUNDARIOS DE ESPECIAL INTERÉS

- | | |
|--|--|
| - Síndrome de Guillen-Barre | - Enfermedades autoinmunes |
| - Encefalomiелitis aguda diseminada | - Muertes inexplicadas |
| - Mielitis Transversa | - Daños en el embarazo y en el recién nacido |
| - Encefalitis/mielitis/encefalomiелitis | - Trombocitopenia |
| meningoencefalitis, meningitis/encefalopatía | - Coagulación intravascular diseminada |
| - Convulsión Crisis Comiciales | - Tromboembolismo venoso |
| - Narcolepsia y cataplejía. | - Artritis y astralgia |
| - Otras enfermedades desmielinizantes | - Enfermedad de Kawasaki |
| - Anafilaxis y otras reacciones alérgicas | - Síndrome inflamatorio sistémico (niños) |
| - Infarto agudo de miocardio | - Enfermedad aumentada por anticuerpos |

Entre esos efectos preocupantes, se encuentra la enfermedad aumentada por anticuerpos. Se reconocía que era una posibilidad con las nuevas vacunas. La enfermedad aumentada por anticuerpos consiste en que, cuando los anticuerpos producidos no se fijan perfectamente al virus (por ej., porque se trata de una nueva variante) ello puede facilitar la replicación viral, incluso en las propias células del sistema inmunitario.

Pronto apareció un informe difundido por Byram Bridle, un profesional dedicado al desarrollo de vacunas, de gran importancia. Sus datos procedían de la agencia japonesa de farmacovigilancia, que poseía

¹⁶ Véase “Comment from J. Patrick Whelan MD PhD Posted by the Food and Drug Administration”, 9/12/20, disponible en <https://www.regulations.gov/comment/FDA-2020-N-1898-0246>.

información sobre los estudios preclínicos del desarrollo de las vacunas. En concreto, el informe versaba sobre la biodistribución de la vacuna y la proteína S producida por ella. Contrariamente a lo que se afirmaba, no había permanencia de los productos en el lugar de la infección, ni tampoco en los ganglios linfáticos adyacentes: se distribuían por todo el organismo y atravesaban la barrera hematoencefálica. Al mismo tiempo, se supo que la vacuna había sido genéticamente manipulada, modificando el ARNm para darle estabilidad. Esto provoca que su permanencia sea mucho más prolongada de lo habitual y provoque la producción de mayores cantidades de proteína S. A esto debe sumarse el hecho de que ha habido voces que han señalado que las vacunas están sobredosificadas. Se publicaron diversos estudios al respecto, algunos de los cuales mostraban que la vacuna y sus productos están presentes en el organismo hasta 60 días después de la inoculación.¹⁷ A la vista de todo esto habría que preguntarse: ¿hasta cuándo se podrían producir efectos secundarios debido a la vacunación Covid-19?

Datos de farmacovigilancia

¿Con qué panorama nos encontramos en los sistemas de notificación de efectos adversos, como la europea Eudravigilance? En primer lugar, es necesario reconocer que los efectos secundarios reportados (a pesar de los límites de la declaración pasiva para dar un panorama fiable) son numerosos y afectan a mujeres y niños. Sorprendentemente, la mayoría de las declaraciones de efectos secundarios –que son notificaciones de sospecha que hay que analizar– son realizadas por los pacientes y sus familiares (más del 60%), a pesar de que habitualmente son los profesionales de la salud quienes declaran el mayor porcentaje de efectos secundarios de los fármacos (por ejemplo, en los relacionados con la vacuna de la gripe, la denuncia profesional es tres veces superior a la de pacientes y familiares). Sin embargo, con las vacunas anti-Covid la pauta se ha invertido, lo que hace sospechar de la existencia de presiones abiertas u ocultas sobre el personal médico.

Se observa también que los efectos secundarios declarados son muy amplios, incluyendo tanto aquellos sobre los que había preocupaciones previas, como los relacionados con los riesgos que la tecnología vacunal suponía (y de los que se ha hablado más arriba). Se notifican muertes –incluyendo fetales–, problemas cardiovasculares de todo tipo y también daños neurológicos. Se reportan enfermedades autoinmunes, y también endocrinas. Asimismo, se pueden encontrar problemas fetales, como anomalías en el desarrollo.

Mecanismos fisiopatogénicos de los efectos secundarios

La exposición detallada de los efectos secundarios no es tan interesante, sin embargo, como comprender los mecanismos por los cuales las vacunas los producen. Todos los componentes de estas, como la proteína S, tienen capacidad de dañar el organismo, comenzando por las nanopartículas lipídicas que envuelven al RNA. Estas tienen capacidad de provocar reacciones alérgicas (como *shock* anafiláctico), desencadenar enfermedades autoinmunes y dar lugar a lesiones directas de diversos tipos. También el propio ARNm, que es diferente a los que se producen en el organismo humano, tiene propiedades proinflamatorias. Estas propiedades son más intensas porque, como hemos dicho, hay un acúmulo de este elemento por las modificaciones estructurales realizadas en él. Otro problema relacionado con el ARNm de las vacunas son las proteínas de fusión. Estas tienen que ver con una cuestión que ha surgido una y otra vez, y es si el ARNm

¹⁷ Sandhya Bansai *et al.*, “Cutting Edge: Circulating Exosomes with COVID Spike Protein Are Induced by BNT162b2 (Pfizer–BioNTech) Vaccination prior to Development of Antibodies: A Novel Mechanism for Immune Activation by mRNA Vaccines”, en *The Journal of Immunology*, 15/11/21, disponible en <https://journals.aai.org/jimmunol/article/207/10/2405/234284/Cutting-Edge-Circulating-Exosomes-with-COVID-Spike>.

inyectado puede incorporarse al genoma (ADN) de los vacunados. Hay que recordar que la transcripción de ARN a ADN es un proceso que ocurre en los seres humanos, y que contribuye a aumentar la variabilidad genética, facilitando de este modo la evolución adaptativa de la especie. Las autoridades sanitarias afirmaron una y otra vez que eso no era posible. Sin embargo, un equipo de investigación sueco demostró que, en determinadas circunstancias, esa transcripción del ARNm de la vacuna a ADN celular es posible, aunque de momento solo se lo ha demostrado *in vitro*.¹⁸ En ese trabajo se observa que la vacuna aumenta la actividad de las enzimas encargadas de esa transcripción (retrotransposones). No se sabe si eso ocurre *in vivo*, ni si ocurre en las células germinales, lo que podría producir que las modificaciones genéticas se transmitieran a la descendencia. Tampoco se sabe si se producen proteínas de fusión con actividad en nuestro organismo (estas proteínas se producen en base a información genética combinada de la vacuna y de nuestro propio ADN). Pero no acaban aquí los riesgos relacionados con el ARNm exógeno contenido en la vacuna. Se puede producir una interferencia en los denominados microARN, tanto inactivando los que poseemos como aportando otros nuevos. Los microARN son fragmentos pequeños cuya misión no es servir para la producción de proteínas, sino que actúan como una especie de interruptores para activar o desactivar determinados genes interviniendo en numerosos procesos. Los microARN derivados de la vacuna podrían deteriorar el sistema inmune, obstaculizar la eliminación de células cancerosas y contribuir a que se desarrollen procesos inflamatorios.

Finalmente, una responsabilidad decisiva en los efectos secundarios de la vacuna la tiene la proteína S producida bajo su influencia. La proteína S tiene una acción tóxica celular directa, pero también interfiere con el sistema inmune y afecta el funcionamiento de los oncogenes que nos protegen del cáncer. La proteína S induce infiltrados linfocitarios en los tejidos donde está presente. Estos infiltrados indican que nuestro sistema inmunitario ataca a la proteína S producida por nuestras propias células, y también a las células que la están produciendo. Un ejemplo es la miocarditis, que aparece porque en las células cardíacas se encuentra proteína S y nuestro sistema inmune actúa contra ellas. Finalmente, la proteína S podría tener una función de prión, ocasionando enfermedades neurodegenerativas (aspecto que se está investigando).

Un tema en el que merece la pena insistir es la posibilidad de que las vacunas favorezcan la aparición de cáncer y aceleren la evolución de tumores establecidos. Un famoso caso de aceleración de un linfoma en un médico conocido se publicó hace meses.¹⁹

Pero la pauta vacunal se ha ido ampliando, y nuevas dosis se han añadido (refuerzos). Curiosamente, la propia Agencia Europea del Medicamento (EMA, por sus siglas en inglés) advirtió, en un momento dado, que añadir dosis podría causar una saturación del sistema inmune. Pero de esa advertencia no se ha deducido ninguna medida.

Las vacunas y la mortalidad

Una dimensión vital para establecer el beneficio de una intervención médica (análisis costo/beneficio) es comparar las muertes que la intervención evita frente a las que produce. Más intervenciones médicas de las que se cree provocan muertes directas e indirectas. No hay duda que las vacunas Covid, al menos las génicas, lo hacen. Y lo hacen de hecho en una cantidad no despreciable. Según las estadísticas estadounidenses, las vacunas Covid están asociadas a 19,1 muertes por millón de dosis administradas. Este es un número elevado. Para tener un parámetro comparativo, cabe señalar que, en el caso de la vacuna gripal, las muertes

¹⁸ Mohammad Barghouth *et al.*, “Intracellular Reverse Transcription of Pfizer BioNTech COVID-19 mRNA Vaccine BNT162b2 In Vitro in Human Liver Cell Line”, en *Current Issues in Molecular Biology*, 25/2/22, disponible en <https://www.mdpi.com/1467-3045/44/3/73>.

¹⁹ Serge Goldman *et al.*, “Rapid Progression of Angioimmunoblastic T Cell Lymphoma Following BNT162b2 mRNA Vaccine Booster Shot: A Case Report”, en *National Library of Medicine*, 5/11/21, disponible en <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/34901098>.

provocadas por la inoculación se estiman en 0,35 por millón de dosis. Esta proporción supone que las muertes asociadas a las vacunas Covid son 55 veces mayores que las que produce la vacuna antigripal. Esa cantidad, como decimos, dista de ser despreciable; sobre todo si se considera que no está demostrado que sean capaces de reducir la mortalidad por todas las causas. Si se vuelve a los ensayos clínicos, hallamos datos inquietantes de muertes en el grupo vacunado y no vacunado que fueron publicados por la FDA.²⁰ Son los datos del ensayo en los tres meses posteriores a la autorización de la vacuna, antes del desmantelamiento del estudio. En el grupo vacunado hubo 42 muertes, 23 por causa cardiovascular; mientras en el grupo placebo (el que no recibió la vacuna) hubo 31 decesos (11 por causa cardiovascular). Respecto al deceso registrado como efecto de la Covid, en el grupo vacunado hubo dos; y en el placebo, nueve. Pero este aparente beneficio debe ser matizado al menos en dos sentidos. En primer lugar, debe ponerse de relieve que la Covid-19 no causa una alta mortalidad entre no vacunados; y, en segundo término, hay que apuntar que son los primeros meses tras la vacunación cuando la efectividad de la vacuna es más alta. La conclusión tentativa más lógica, a la luz de los datos disponibles (y con toda la precaución necesaria, dado que las cifras absolutas son pequeñas), es que la vacuna podría evitar alguna muerte por Covid en el periodo inmediato tras su administración, pero a costa de aumentar las muertes por otras causas –especialmente cardiovasculares– en ese mismo lapso. En suma, las vacunas no ofrecen, en términos de costo-beneficio, ningún impacto positivo sobre la mortalidad. El panorama es similar si recurrimos a otra fuente de datos (Euromomo) sobre el exceso de mortalidad en Europa. Esta fuente muestra un exceso de mortalidad en 2020 –primer año de la pandemia, cuando aún no había vacunas– de 400 mil personas. Pero ese exceso de mortalidad no disminuyó (y es incluso ligeramente superior) en los dos años siguientes, 2021 y 2022, en los que la vacuna ya se había administrado masivamente. Es decir que no hay ningún indicio de que las vacunas hayan contribuido a evitar muertes.

Pero en el grupo etario 0-14 años, los datos son aún más preocupantes. En 2020 no hubo ningún exceso de mortalidad en dicho grupo: al contrario, el número de muertes de niños fue menor a lo previsto. Eso refleja que la Covid-19 no tenía consecuencias graves en la población infantil. Pero la situación cambió a mediados de 2021, cuando se empezó a dar un aumento de la mortalidad por encima de lo esperable en base al promedio de los años anteriores. Señalemos que, a mediados de 2021, se realizó la vacunación de menores entre 12 y 15 años con Pfizer (semana 21). Poco después, se hizo la vacunación en la franja etaria 12-17 con Moderna (semana 27). Al final de 2021 (semana 47), las dos vacunas se administraron a infantes entre 5 y 11 años. Finalmente, un año más tarde (semana 42 de 2022), se autorizó la vacuna para niños mayores de 6 meses. Esto no significa que se pueda afirmar con rotundidad que las vacunas son la causa del exceso de mortalidad en ese grupo etario. Pero constituye un indicio que debería ser investigado, aunque desgraciadamente no lo ha sido.

Se podrían añadir, al panorama de indicios de los riesgos de las vacunas Covid, los datos aparecidos en series de autopsias. Se ha podido encontrar, en vacunados que han sufrido complicaciones fatales tras la vacunación, hallazgos como la expresión de la proteína S en músculo cardíaco o sistema nervioso central. También se han podido identificar coágulos intravasculares inusuales, algunos de hasta 10cm de longitud; hallazgo que pone de relieve el carácter pro-trombótico de las vacunas Covid.

Efectos adversos en los ensayos de las vacunas

Así como la publicación de los documentos del ensayo por orden judicial sirvió para estimar la mortalidad en los primeros meses tras la vacunación del grupo que la recibió y del grupo placebo, también se pudieron conocer los efectos adversos en ese periodo. Con esos datos se publicó un artículo que los describía.²¹ Este

²⁰ Vid. <https://www.fda.gov/media/159602/download>.

²¹ Joseph Fraiman *et al.*, “Serious adverse events of special interest following mRNA COVID-19 vaccination in randomized trials in adults”, en *National Library of Medicine*, 31/8/22, disponible en <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/36055877>.

trabajo identificó un exceso de riesgo de efectos adversos de especial interés (aquellos que las agencias reguladoras consideraron que era prioritario vigilar). Se encontraron entre los vacunados 12,5 efectos cada 10 mil sujetos, con un incremento del 43% en relación con los registrados en el grupo placebo. Los efectos secundarios graves fueron 13,2 cada 10 mil sujetos; con un incremento, respecto al grupo que recibió placebo, del 16%. El riesgo de efectos secundarios graves fue mayor que la reducción de riesgo de hospitalización por Covid y, de hecho, el riesgo de los vacunados de hospitalización –si se suman las tasas de hospitalización por Covid y por efectos secundarios de los vacunados–, es superior a la de los no vacunados (grupo placebo). Los autores de este estudio, antes de su publicación, se contactaron con los organismos reguladores (CDC y FDA), comentándoles los datos encontrados y sugiriéndoles tomar medidas, sin conseguir ninguna respuesta.

Comentarios finales. ¿Tiene sentido seguir aplicando vacunas génicas? Los documentos Pfizer

Ya se ha comentado que fue por una orden judicial que la compañía Pfizer –comercializadora de la vacuna más utilizada en los países desarrollados– se vio forzada a hacer público lo que pretendía mantener en secreto por 75 años. Estos documentos fueron analizados en el libro *Pfizer Documents Analysis Reports*.²² Allí se explica que Pfizer previó un máximo de 158 mil reacciones adversas en las primeras doce semanas de administración de la vacuna. Sin embargo, la compañía se vio desbordada y tuvo que contratar 2.400 personas adicionales para gestionar esa información de efectos secundarios. Otro dato es que durante los primeros 90 días de la vacunación, Pfizer recibió la notificación de 1.233 muertes presuntamente relacionadas con la vacuna. Estos documentos también identifican un elevado número de efectos adversos, de especial interés. Pero al eliminarse los datos sobre el número de vacunados y dosis no se pudo calcular la proporción de vacunados que sufrían los distintos efectos secundarios.

A pesar de estos indicios, y no obstante el hecho de que se han solicitado oficialmente modificaciones en la ficha técnica (en concreto, se pedía informar los resultados del ensayo clínico en embarazadas, supuestamente finalizado en julio de 2022, pero todavía no publicados), las autoridades no han hecho nada. Asimismo, se ha requerido que se incluyan los efectos indeseables descubiertos, como el síndrome inflamatorio multisistémico en niños (MIS-C, por sus siglas en inglés), la embolia pulmonar, la muerte súbita cardiogénica, neuropatías, etc. Entre los efectos secundarios a añadir, se encuentran los relacionados con la reproducción y la lactancia: reducción de la concentración de espermatozoides, sangrado menstrual abundante y presencia de ARNm en leche materna, entre otros. También se debería actualizar los datos de incidencia de miocarditis clínica y subclínica, e incluir los datos de ensayos clínicos observados que fueron inicialmente ocultados.

Pero lo que hay que plantearse realmente es si tiene sentido seguir aplicando estas vacunas. Debe considerarse que la proteína S es probablemente el agente patógeno fundamental del virus. Estas vacunas la producen en gran cantidad, y la misma se distribuye por todo el organismo. Además, está modificada para durar hasta 60 días, algo que podría interferir en la inmunidad natural. Por otro lado, vemos que, hasta el momento, el virus muta hacia formas más leves y menos patógenas, y que la proporción de población que ya ha sido expuesta y ha desarrollado inmunidad directamente por el virus (una inmunidad muy poderosa) es enorme, y crece cada día. ¿Por qué seguir vacunando? ¿Para qué? ¿Tiene sentido hacerlo? Son preguntas a las cuales algunos países ya han respondido. Dinamarca, por ejemplo, prácticamente dejó de vacunar a principios del 2022, y desde entonces su exceso de mortalidad ha sido escaso y, de hecho, mucho menor que otros países que siguieron vacunando, entre ellos España. Es decir que la suspensión de la vacunación no se

²² War Room/Daily Clout, *Pfizer Documents Analysis Reports*, 2023.

acompañó de consecuencias negativas sobre la mortalidad (más bien parece lo contrario). Otro país que ha tomado la misma decisión es Suiza, que ni siquiera la aconseja expresamente para la población de riesgo. A estas personas (una lista restringida) se les recomienda que consulten a sus médicos de referencia.

La evidencia disponible nos dice que las vacunas producen efectos adversos graves, cuya incidencia y consecuencias probablemente han sido subestimadas y que, en realidad, suponen un problema importante de salud pública. Como mínimo, debería exigirse que los profesionales sanitarios estén vigilantes ante la posibilidad de efectos adversos asociados a las vacunas anti-Covid, y que los notificaran. Esta actitud no solo mejoraría la estimación de las complicaciones que se producen, sino que también, en algún caso, ayudaría a tratar algunas de ellas. Asimismo, permitiría identificar, antes de nuevas dosis, a aquellos que sufrieron posibles consecuencias negativas con las dosis anteriores que no fueron registradas. No hay que olvidar que la probabilidad de sufrir eventos negativos con las nuevas dosis de vacuna aumenta considerablemente. Por otra parte, se debería facilitar a la población información objetiva y actualizada sobre el beneficio/riesgo de las vacunas, y restaurar la práctica de un verdadero consentimiento informado.

Los responsables sanitarios y políticos deberían promover estudios más válidos sobre la efectividad y seguridad de las vacunas Covid. Unos estudios que deberían contemplar la implicación de la comunidad científica en su diseño, análisis y evaluación, permitiendo un debate honesto basado en el respeto y la libertad. Queda mucho por conocer de los daños potenciales de las vacunas.

Las agencias reguladoras, por su parte, deberían facilitar información transparente y actualizada, sin retrasos injustificados. No seguir ocultando información esencial.

Es el momento de reclamar, mientras esos estudios no se completan, una suspensión cautelar de las vacunas Covid génicas hasta que su exacta relación beneficio/costo haya sido establecida de forma clara y fundamentada.

MARÍA LUISA BATTEGAZZORE

UNA LANZA POR LA HISTORIA ¿HAY LUGAR PARA CLÍO EN EL REINO DE LAS COMPETENCIAS?

Para pasar del hombre abstracto de Feuerbach a los hombres reales y vivientes, no hay más que un camino: verlos actuar en la historia.

Friedrich Engels¹

En suma, que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es, a las cosas, es la historia –como res gestae– al hombre.

José Ortega y Gasset²

Examinando la malla curricular establecida por las autoridades de la educación uruguayas, en diciembre de 2022, para el profesorado de historia impartido por el Consejo Nacional de Formación Docente, descubrí, entre otras muchas falencias, la supresión del estudio de la Prehistoria, así como el de los pueblos originarios de nuestra América. Esta omisión fue una verdadera sorpresa, ya que todas las grandes síntesis de historia universal importantes escritas en el siglo XX, de diferentes épocas y orientaciones historiográficas, empezaban estudiando la Prehistoria. Podemos mencionar la *Historia general de las civilizaciones*, la *Historia universal Siglo XXI*, la *Historia de la humanidad* de la UNESCO, la *Nueva Clío*, en las que participaban destacados historiadores de diversos países. En la gigantesca colección francesa *La evolución de la humanidad*, hay cinco volúmenes dedicados al tema.

Puesto que la transformación educativa en curso es tributaria de los modelos impuestos desde los organismos internacionales y los países centrales, ayuna de cualquier atisbo de originalidad, me pregunté si ese criterio respondía a alguna moda moderna, o más bien, posmoderna. Desde esa hipótesis de trabajo, exploré los currículos de la carrera de grado en Historia, de diversas universidades de Latinoamérica y Europa.³ No siempre los planes de estudio son accesibles para el navegante solitario, que no maneja todos los idiomas, así

¹ *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, 1886, III.

² “Historia como sistema”, VIII, en J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, 1941.

³ Se consultaron los planes de estudio de la Universidad de la República (UDELAR) de Uruguay, la Universidad Autónoma de México (UNAM), la Universidad de Santiago de Chile (USACH), la Universidad de Oxford, la Universidad de Montreal, la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad de Costa Rica (UCR), la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC-Chile), la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur (PUCRS) de Brasil, la Universidad de La Plata (Argentina), la Universidad de Córdoba (Argentina), la Universidad de Barcelona, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Salamanca y la Universidad Católica del Uruguay (UCU). En adelante, se hará referencia por las siglas.

que la búsqueda estuvo acotada desde el inicio. Tampoco la organización de los estudios es igual en todas las universidades, ni los títulos de grado son los mismos. En la UCU, por ejemplo, no existe esa carrera.

En general, las licenciaturas o los bachilleratos⁴ apuntan a una doble calificación: investigación y docencia, incluso en UDELAR, aunque la formación docente dependa en lo esencial de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP), habiéndose frustrado la creación de una universidad de educación, autónoma y cogobernada. En algunos casos, también se enfoca hacia la gestión cultural y otras actividades, como la museística o la archivología.

Brindar información sobre las perspectivas laborales resulta fundamental, sobre todo cuando hay que conseguir consumidores de educación en un clima tremendista que vaticina la sustitución de los humanos por la IA. Quizás la historia pueda ser escrita por el GPT-3, o mejor aún, por el GPT-4. De las más prolijas en el detalle de las salidas laborales, así como de las tarifas y la financiación, son las universidades de Oxford y Montreal.

En este cuadro mercantil, tampoco faltan piezas de estilo publicitario como “Diez razones para estudiar en Oxford”, una de las cuales es la abundancia y excelencia de los *pubs*. Se dirige al público internacional a través de EF Academy, que ofrece programas en distintos lugares, para todas las edades, desde los diez años, para “convertirse en alumnos seguros, resilientes y preparados para un futuro global”, “empoderados” para triunfar. EF significa *education first*, y se describe como “una comunidad inclusiva y vibrante donde la diversidad es nuestro terreno común”. Lo común, como se ve, es la retórica.

El rédito más notable –e insólito– surge con la *Historia aplicada*, que suena a oxímoron, pero puede ser signo y símbolo de un ambiente intelectual.

La desvalorización del conocimiento y de la noción de verdad, dos elementos centrales de la investigación y los estudios históricos, conduce a enfoques utilitaristas como la Historia aplicada, constituida en una disciplina o un campo, que prepara para consultorías bien remuneradas. La retribución exigible por esta aplicación es un asunto que se aborda explícitamente en algún *paper*, según una idea de acumulación de capital académico.

Hay ofertas de doctorados en la materia, frecuentemente *online*, y una maestría en UCR. Consecuentemente, el plan de estudios 2014 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de UDELAR (FHCE) plantea “Ejercicios de investigación que permitan integrar la reflexión epistemológica a la generación de nuevos saberes en el campo de la Historia aplicada”.

Hayden White introdujo la categoría de *practical past*, aún más paradójica. En su línea de pensamiento, para la que no hay realidad histórica sino discursos históricos, sería más bien la producción de una narrativa sobre el pasado que atienda a los propósitos del presente. Así como Margaret Thatcher negó la sociedad, White cuestiona la realidad objetiva del pasado histórico. Podemos elegirlo, así como elegimos el presente, y viceversa. En palabras de Wilson Picado Umaña,

La Historia puede ser aplicada de diferentes maneras o modalidades. El abanico de opciones es amplio e incluye desde la utilización del conocimiento histórico para implementar en el presente sistemas de cultivo de tipo orgánico y con variedades locales, hasta la interpretación historiográfica de un pasado, con el objetivo de recrear una identidad nacional o regional y legitimar así un sistema de poder. El conocimiento es potencialmente aplicable según se quiera ver.⁵

⁴ En francés, *Baccalauréat*; en inglés, *Bachelor of Arts* (BA).

⁵ Wilson Picado Umaña. “El juego académico y la historia aplicada”, en *Revista de Historia*, n° 67, ene.-jun. 2013, disponible en <https://repositorio.una.ac.cr/handle/11056/20686>.

Podríamos agregar que es potencialmente adaptable.

Además de una confusión entre la historia *en tanto proceso objetivo*, con la historia *en tanto investigación y análisis de ese proceso*,⁶ hay una inflexión relativista y descarnadamente pragmática en el fundamento de esta supuesta disciplina que se ansía incorporar. O descaradamente, según el Quijote por Pierre Menard, que resulta profético:

La historia, *madre* de la verdad; (...) no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió, es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales *–ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir–* son descaradamente pragmáticas.⁷

Chau, Prehistoria

El estudio de la Prehistoria tiene de precioso –para el historiador mismo– que con fuerza de evidencia muy particular impone al espíritu la idea de que el hombre es un ser natural que produce históricamente su propia humanidad.

A. Pelletier y J.-J. Goblot⁸

Lejana región retrospectiva de brumas feraces, hoy opaca, / (...) eres compacta matriz del Todo en el Todo. (...) Íncrito embrión inicial y enjundioso, que fue nuestro ascendiente, / para alcanzar la dignidad de primate ya hubo de luchar, de bregar y de sufrir, / cuando se irguió afanoso, como los demás, por afirmarse; se arma hombre...

Pedro Figari⁹

Para la paz de mi espíritu, una buena cantidad de universidades, entre las que señalo las de Córdoba, La Plata, Barcelona, Salamanca y Complutense de Madrid, mantienen un diseño curricular tradicional, estructurado según una periodización con criterio cronológico y geográfico, y más peso del tronco de asignaturas obligatorias. Asimismo, tienen mayor importancia relativa –en créditos y horas de clase– los cursos de estudios históricos propiamente dichos, sobre los de carácter metodológico, instrumental o interpretativo. En estos casos se incluye el estudio de la Prehistoria y de la América precolombina.

En el plan de estudios de la UDELAR, que data de 2014, no figura el estudio de la Prehistoria ni de los pueblos originarios de nuestro continente. Tampoco en el anterior, de 1991. El primer curso estrictamente de Historia es un semestre de Historia Antigua, y la historia americana y nacional comienza con la colonia. La

⁶ Esta confusión es explícita en el plan de estudios de UDELAR y descubierta como una “doble conceptualización”.

⁷ Jorge Luis Borges, *Ficciones*, 1971, Madrid, Alianza, p. 57.

⁸ *Materialismo histórico e historia de las civilizaciones*, 1973.

⁹ “Prehistoria”, en P. Figari, *El arquitecto. Ensayo poético, con acotaciones gráficas*, 1928.

evolución de la especie y la Prehistoria, general o americana, se confinan al dominio de la antropología, aunque sea un abuso incluir en esa disciplina a las grandes civilizaciones precolombinas. El *Área de formación Uruguay y América* “Examina los procesos políticos, sociales, económicos y culturales del espacio americano desde la Conquista hasta nuestros días...”.

En la USACH, varios de los cursos que presumiblemente son de historia tienen abstractos nombres de fantasía que hacen difícil discernir el contenido, por ejemplo: *Ruralidad y relaciones de poder: Occidente y ultramar*. Se instauran categorías como “Occidente”, que resulta, por lo menos, discutible como concepto, sin hablar de la fuerte carga connotativa del vocablo.

La primera unidad dedicada a la historia se llama *Mundo clásico y formación de Occidente*, lo cual deja claro, ante todo, qué entienden exactamente por ese término; por no mencionar que desaparecen los estudios de la Prehistoria, igual que los de las antiguas civilizaciones del Oriente. Como habla de “la formación de Occidente”, quise suponer que incluía a la Edad Media; pero luego, revisando las equivalencias con el plan anterior, descubrí que no es así. El llamado “Occidente” proviene directamente del mundo grecolatino, sin intermediarios ni discontinuidades. Las invasiones de los pueblos germánicos nunca tuvieron lugar si las ignoramos.

Se dedica un curso a los pueblos originarios de América y otro a los de Chile. La historia nacional es la única que sigue un proceso más o menos continuo y completo.

En la UBA, donde quizás el curso de Antropología en el Ciclo Básico Común aporte algún conocimiento de la Prehistoria, hay un semestre dedicado a la América precolombina. La historia argentina comienza en 1776. Antes del Virreinato del Río de la Plata, el vacío.

La Universidad de Montreal tampoco incluye la Prehistoria en el plan de estudios. Los pueblos originarios podrían o no estar contemplados en la Historia de los EE.UU. o de América Latina. Por otra parte, aquí *todos* los cursos de historia son opcionales.

En la UNAM, donde también *todas* las asignaturas del área curricular *Conocimiento Histórico* resultan opcionales, la Prehistoria se trata dentro de la unidad *Historia de África* y en un punto de *Historia de España*: “del Paleolítico superior a la Edad del Bronce”. Un triunfo de los bisontes de Altamira y la Dama de Elche.

¿Cuál es la razón de localizar en África la evolución de la especie –limitada al *Homo sapiens*– y las culturas prehistóricas, excluyendo la información de la arqueología para ese continente y el resto del mundo? No se puede evitar la sospecha de cierto sesgo ideológico, que identifica lo “primitivo” con el continente africano. Sobre todo cuando, en la fundamentación, se habla del “África negra” y del “África blanca”, y se hace una afirmación bastante desinformada, por no decir disparatada, como: “La multiplicación y la diversificación de los tipos humanos se acentúa *cinco milenios antes de nuestra era*, de entre ellos destaca el tipo ‘negroide’, los antepasados de los egipcios y de los africanos fueron los mismos”. Dejando de lado que los egipcios son también africanos, podríamos decir que los antepasados son los mismos para todos nosotros. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que se trata de un curso semestral que abarca hasta el siglo XIX, por lo que los contenidos deben estar ferozmente recortados. Las extensas páginas de bibliografía parecen una ficción utópica en esas condiciones.

Hay dos cursos sobre México antiguo y colonial, que se ocupan de las culturas mesoamericanas; y otros dos semestres sobre la civilización maya. Un poco incomprensible que sea la única cultura americana que merece especial estudio. Y no olvidemos que todas estas asignaturas son opcionales y pueden ser cursadas, a texto expreso, “en cualquier semestre”.

Ni la PUC-Chile ni la PUCRS incluyen la Prehistoria en los currículos de la licenciatura. En la primera hay una asignatura sobre *Chile y América indígena*.

Volviendo al origen, la malla curricular para formación docente de ANEP propone, en primer año, un único curso de historia propiamente dicha: *De las Primeras Civilizaciones a la Edad Moderna*, en un semestre, por lo que sería apenas una sinopsis con cámara rápida. La fundamentación plantea que habrá una introducción “a las ciencias que permiten conocer y revisar teorías y explicaciones acerca de la evolución humana en tanto especie, antes del registro histórico de las primeras civilizaciones”. Estrictamente, se dará noticia de las ciencias, no de la evolución humana en esos cientos de miles de años que se saltan alegremente, sin indagar en el proceso que conduce a las ciudades y los estados.

El concepto mismo de “civilización” también tiene su historia, pero vamos a ahorrar esas digresiones. Si bien suele asociarse con la existencia de registros escritos, me parece que lo esencial radica en que se busca comenzar la historia con la humanidad *organizada en estados*. A veces también se amputan las primeras civilizaciones que, incidentalmente, no son “occidentales”, para partir de Grecia o “el mundo clásico”.

Aclaremos que el término “Prehistoria”, aunque pudo tener otras connotaciones, termina por ser convencional: simplemente significa que, estando los estudios históricos fundamentalmente basados en fuentes escritas, cuando la paleontología y la arqueología empezaron a descubrir las huellas de seres, sociedades y culturas más antiguas e insospechadas, se usó el prefijo para expresar que *eran anteriores a la historia conocida*. Pero nunca se dudó de que ese período integrara la historia de la humanidad. A tal punto que con Teilhard de Chardin se incorpora a la reflexión teológica. La supresión del estudio de la Prehistoria implica un retroceso intelectual de un par de siglos. De algún modo, es la resurrección de la dicotomía “civilización y barbarie”.

Lucien Febvre, en sus “virutas”, recuerda la orientación positivista en la que se formó a comienzos del siglo pasado, que definía la Historia “no por su objeto, sino por su material: la Historia se hace con textos”.

“La fórmula ligaba la historia a la escritura con estrecho lazo. Era el momento en que la Prehistoria –nombre claramente significativo– se dedicaba a redactar *sin textos*, el más largo de los capítulos de la historia humana”¹⁰. Y revela cuántos campos de los estudios históricos, además de la Prehistoria, eran amputados por esa definición que transformaba a la investigación en un trabajo “sedentario, oficinesco y de papeleo”, ocupado en abstracciones, con lo cual la Historia afirmaba su respetabilidad, su aristocrático desinterés por la materialidad de los hechos.

Jacquetta Hawkes, una de las autoras de la *Historia de la Humanidad* emprendida por la UNESCO en la década del 60, dice que “el comienzo de cualquier historia completa del hombre debe ser su Libro del Génesis”. “La herencia que la Edad Prehistórica recibió de la Edad Prehumana fue inmensa y poderosa. [...] nuestra especie no heredó solamente de lo pasado su equipo corporal, dominado por su sutilmente detallado cerebro, sino también centros emocionales muy cargados y todo el extraño mobiliario antiguo de la mente inconsciente. [...] No puede dudarse de que, sea cual fuere el sentido que les demos, estas herencias mentales y emocionales que el hombre recibió del pasado prehumano iban a proporcionar una fuerza poderosa en extremo en la creación de la cultura”¹¹.

Esto fue escrito mucho antes de que se iniciara el proyecto para descifrar el genoma humano. Hoy, nuevos descubrimientos arqueológicos y paleoantropológicos, unidos a estudios genéticos, conducen a abandonar una visión lineal de la evolución humana como una sucesión de especies cada vez más avanzadas; una mirada que ya se venía superando hace décadas por el examen anatómico y los avances de los métodos de

¹⁰ Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Seix Barral, 1982, pp. 17-18.

¹¹ Jacquetta Hawkes, *Historia de la Humanidad*, t. I, Bs. As., Sudamericana, 1966, pp. 31-33.

datación absoluta por radioisótopos, como el carbono 14. El reciente descubrimiento del *Homo naledi*, en un excepcional yacimiento en una cueva en Sudáfrica, enriquece y complejiza la visión sobre la evolución y sobre la condición humana.

Otra cuestión que puede plantearse es: si el estudio histórico empieza cuando disponemos de fuentes escritas, ¿el criterio es objetivo o subjetivo? Hubo pueblos que poseían escritura, pero no la podemos leer; a veces ni siquiera conocemos su lenguaje, fuera de algunas palabras, como sucede con los etruscos. ¿Significa eso que la historia los excluye? ¿O los admite cuando se logra descifrar su escritura, como en el caso del Lineal B? Y además, ¿qué se entiende por escritura? No se puede desconocer que existieron otros medios de registro y comunicación, como los quipus de las civilizaciones andinas. Según el jesuita José de Acosta,

Son quipus unos memoriales o registros hechos de ramales, en que diversos nudos y diversos colores significan diversas cosas. Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque cuanto los libros pueden decir de historias, y leyes, y ceremonias y cuentas de negocios, todo eso suplen los quipus tan puntualmente, que admiran.¹²

Me pregunto si uno de los elementos que explican que muchos centros de estudios terciarios, con bastante coincidencia, rechacen la inclusión de la Prehistoria en la historia de la humanidad, no es el intento de mostrar al Estado como la forma natural de la vida, eludiendo las épocas en que las comunidades humanas tenían otras formas de convivencia establecida y ordenada. Estudiar la Prehistoria y los orígenes de la civilización implica analizar los procesos que condujeron al nacimiento de la organización en Estados.

El estudio de la Prehistoria, por entonces en sus inicios, interesó enormemente a Engels, que relacionó el origen de la familia patriarcal y del Estado con el desarrollo de la propiedad privada y los antagonismos de clase. Temas que más vale no menear, porque todo lo que nace está destinado a morir. Hasta las estrellas. La historicidad asusta cuando se vive en la infinita meseta de la economía de mercado.

Por tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad.¹³

Cuando tanto se insiste en la interdisciplinariedad, la transversalidad y otros recitativos, ¿no se ve que, justamente, en el estudio de la Prehistoria confluyen, por sí mismos e inevitablemente, los conocimientos y las investigaciones de las ciencias humanas y las ciencias naturales? De hecho, encuentro actualizaciones interesantes –en publicaciones como la revista *Nature*– para entender, por ejemplo, cómo los estudios genómicos pueden dar indicios sobre la organización social de los neandertales.

En la Prehistoria confluyen la historia humana y la historia natural, confirmando la idea de Engels, de que también la naturaleza “se mueve por los cauces dialécticos”. El marxismo puede ser considerado, en ese sentido, como la superación del dualismo hombre-naturaleza.

Al mismo tiempo, es una primera oportunidad para que el estudiante se acerque, en un contexto comparativamente más sencillo, a problemáticas como el desarrollo tecnológico, la economía, la organización social, las manifestaciones estéticas y espirituales, y sus interrelaciones, así como a la metodología de la investigación y sus límites y condicionantes.

¹² José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1590, lib. VI, cap. 8, disponible en <https://cervantesvirtual.com>.

¹³ F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1884, disponible en www.marxist.org (español), p. 95.

Y, ya que coincide esta mutilación de los estudios históricos con las constantes apelaciones a una dimensión ética, de aquel remoto pasado –cuya cronología retrocede más y más con los descubrimientos científicos– podría provenir también la conciencia de nuestra unidad como especie y de nuestra pertenencia a la naturaleza, de ser uno más entre los seres vivos que pueblan la Tierra; y de que también el cosmos, el planeta y la vida tienen una historia.

Aunque quizás, todo lo que me parece excelente desde el punto de vista intelectual y educativo podría repugnar a la sensibilidad posmoderna y a la doctrina del capital humano, rectora en la educación renovada.

Otra hipótesis interpretativa, no excluyente sino confluyente, podría ser que desvincularnos de nuestro remoto pasado de recolectores y cazadores, facilite en la actualidad el exterminio o la aculturación de los llamados *pueblos primitivos*, para mejor explotación de sus territorios por el capital. Porque en América, la Prehistoria comporta un componente acusatorio, una antigua culpa, que quizás contribuya a una suerte de encubrimiento.

No había considerado los motivos de orden religioso, pero leyendo una extensa y documentada publicación del *Geoscience Research Institute* de California, tengo que revisar esa omisión. Se ocupa del descubrimiento del *Homo naledi*, y sus acotaciones no necesitan mayores comentarios.

Para aquellos que valoran el conocimiento, la ciencia, y la Palabra de Dios, descubrimientos así evocan siempre una reacción ambivalente. Estamos asombrados por las nuevas evidencias del pasado, pero entristecidos al ser presentados a las masas con el teñido de evolución darwiniana. (...) El objetivo de este artículo es utilizar el ejemplo del *Homo naledi* para ilustrar la diferencia entre dato e interpretación, y debatir algunas de las preguntas que un creacionista bíblico podría tener en relación con este nuevo descubrimiento. El conjunto fósil de *Homo naledi* es un ejemplo excelente de las limitaciones intrínsecas en la práctica de las ciencias históricas.¹⁴

De todas formas, más allá de suspicacias y sospechas, hay una inconsistencia filosófica básica: la impregnación del escepticismo posmoderno acaba por coincidir con el reduccionismo positivista de «la historia se hace con textos».

El fin de la historia

*La capacidad de comprender el pasado
es solidaria de la capacidad de sentir el
presente y de inquietarse por el porvenir.*

J. C. Mariátegui¹⁵

El proclamado “fin de la historia”, que significa la derogación de la dimensión del futuro, de un mañana distinto al presente, también implica la anulación del pasado, del reconocimiento de los procesos históricos. Ambas cosas van juntas, como bien lo expresa Menjívar Ochoa con la categoría “presentismo”, que define la mirada según la cual el presente es su propio horizonte.¹⁶ El conocimiento de los procesos históricos, de la

¹⁴ Véase <https://www.grisda.org/espanol>.

¹⁵ “Pasadismo y futurismo”, en *Mundial*, Lima, 24 de noviembre de 1924.

¹⁶ “En el presentismo, en el cual cada momento presente es ya un evento histórico, no parece llenarse la expectativa respecto del futuro ni respecto del pasado. Ya la historia no se hace y el futuro es más que incierto. Se pone en crisis la idea de progreso, de utopía, de revolución y de modernidad, a la vez que la relación con el pasado”. M. Menjívar Ochoa, *Los estudios sobre la memoria y los usos del pasado: perspectivas teóricas y metodológicas*, FLACSO, Cuadernos de Ciencias Sociales, n° 135, 2005, p. 23.

acción de los hombres en la consecución de sus intereses y objetivos, y de las condiciones en las que se produce, introduce en la conciencia social la posibilidad de actuar en el presente, en pos de un proyecto alternativo o antisistémico.

Según Marc Bloch, “...la ignorancia del pasado no se limita a entorpecer el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, a la acción misma”¹⁷. Y sostiene que se cumple la recíproca: si no se comprende la época en que se vive, es difícil entender el pasado. Aquí posiblemente radica uno de los problemas que enfrenta la Historia: la visión de nuestro presente está pautada por una fuerte carga ideológica. Tampoco esto es nuevo ni extraño. La dificultad deriva de que la crítica se inhibe desde postulados dogmáticos, que han sido adoptados también por las izquierdas y por la academia. “La tiranía del decoro”, la llama Philip Roth; “como si Sinclair Lewis no hubiera existido”¹⁸. Por cierto, hace un siglo el Consejo de la Universidad de Columbia arrebató a Lewis, dos veces, el premio Pulitzer que le había otorgado el jurado. Aunque sin revestirse con el discurso de la tolerancia y la agenda de derechos, también fue en nombre de los biempensantes.

Hay que subrayar que el objeto de la Historia no es el pasado, en tanto tal, sino los hombres y mujeres, las sociedades, que vivieron y actuaron en el pasado. Esa vida y esa actividad, las relaciones de los seres humanos entre sí y con el mundo, es lo que indaga el historiador, que Bloch compara con el ogro de la leyenda: “Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa”¹⁹.

En el bello y terrible documental de Patricio Guzmán, *Nostalgia de la luz*, un joven astrónomo, Gaspar Galaz, plantea un concepto profundo, infrecuente pero exacto, sobre el tiempo. Lo que no existe es el presente: en una conversación, lo que escucho sucedió en el pasado, aunque el lapso transcurrido sea infinitesimal. Cuando miramos las estrellas estamos viendo, inevitablemente, el pasado. La materia de trabajo del astrónomo, como la del historiador, el arqueólogo o el geólogo, es el pasado.

Es notable la coincidencia conceptual con Marc Bloch.

¿Qué es, en efecto, el presente? En lo infinito de la duración, un punto minúsculo que sin cesar se esquivo; un instante que muere tan pronto como nace.

Acabo de hablar, acabo de actuar y mis palabras o mis actos se hunden en el reino de Memoria. Éstas son las palabras, a la vez triviales y profundas, del joven Goethe: no hay presente, sólo devenir, *nichts gegenwärtig, alies vorübergehend*. Una pretendida ciencia del presente, condenada a una eterna transfiguración, se metamorfosearía, en cada momento de su ser, en ciencia del pasado.²⁰

Por ende, el «presentismo» no puede postular, estrictamente, la inexistencia objetiva del pasado: su verdadera tesis es la negación de un futuro-otro. La supuesta eternidad del presente radica en que no admite otra posibilidad que la conservación del sistema, de las estructuras –también negadas–, aunque se puedan ir actualizando algunos decorados, instalando distintas pautas en el terreno del comportamiento. El conductismo goza de buena salud.

Modificar el pasado

Recientemente, la Comisión Permanente de la Asamblea Técnico-Docente (ATD) de Formación Docente señalaba que, en la malla curricular de los profesorados, Historia ha sido la disciplina más perjudicada. No es de extrañar, ya que en las coordenadas del pensamiento posmoderno, la Historia ha perdido todo carácter

¹⁷ M. Bloch, *Apología para la Historia*, México, FCE, 2001, p. 68.

¹⁸ Philip Roth, *La mancha humana*, España, Penguin-Random House, 2008, p. 195.

¹⁹ Bloch, *op. cit.*, p. 57.

²⁰ *Ibid.*, p. 74.

científico y su aspiración universalista, para ser considerada un mero relato, o diversos relatos, de acuerdo a las miradas y preferencias de cada uno.

Bloch escribe, en el contexto de la derrota militar: “Cada vez que nuestras tristes sociedades, en perpetua crisis de crecimiento, empiezan a dudar de sí mismas, uno las ve preguntándose si han tenido razón en interrogar al pasado o si lo han interrogado bien”²¹.

No es la primera vez que se dan esos cuestionamientos, ni que se niega el carácter científico de la Historia. En mis tiempos de estudiante, se planteaba, un poco anacrónicamente, si la historia era o no una ciencia. Curiosamente, los partidarios de la negación, lo hacían aplicando una concepción de las ciencias (físicas, biológicas) que había perimido. Como dijera Bloch, “Ya no sentimos la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado prestado de las ciencias de la naturaleza física, porque incluso en ellas mismas ese modelo ya no se aplica por completo”²².

Pero una cosa es dudar de la capacidad de conocer el pasado, de la exactitud de los conocimientos históricos, y otra, muy distinta, poner en tela de juicio la existencia misma de un pasado objetivo.

En *nuestras tristes sociedades*, la mayor pesadumbre es que la negación se ha extendido y convertido en un método. La reciente propuesta de transformar el águila nazi del *Graf Spee* en paloma de la paz sugiere la difusa noción de que se puede modificar la realidad del pasado, convirtiendo un símbolo en otro. Nos conduce a la caverna del voluntarismo idealista, donde sólo veremos sombras sin memoria. Descontamos la faceta demagógica, cuando la propuesta sobreviene en el 50° aniversario del golpe de estado, coincide con un nuevo descubrimiento de restos humanos en un cuartel y con el cumplimiento –a regañadientes– de la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, reconociendo crímenes del terrorismo de estado. Por suerte hubo una oposición tan fuerte, que el presidente debió anular la decisión, anunciada con bombos y platillos apenas dos días antes. Ciertamente es que la reacción más rotunda y pronta provino de la derecha, mientras el progresismo no parecía saber muy bien qué posición adoptar, porque la mayor carencia actual de la autopercebida izquierda es la debilidad e inoperancia de un pensamiento antihegemónico. Si bien en el Uruguay fue dominante, por décadas, el nacional-reformismo batllista, debió enfrentar cuestionamientos orgánicos, desde la izquierda y la derecha. Socialistas, anarquistas y comunistas tuvieron claro el carácter de clase del batllismo y, si bien fueron influidos por un ambiente intelectual, no cayeron en el seguidismo y dieron la batalla de ideas.

Esa iniciativa presidencial es parte de la misma tendencia que lleva a destruir monumentos, eliminar conmemoraciones, reformar textos literarios o agregar cartelitos recriminatorios en una exposición, si los hechos o las personas no se correspondieron con las normas de la inapelable *corrección política*. Lucien Febvre dice que “la historia que se nos enseñaba a hacer no era, en realidad, más que una deificación del presente con ayuda del pasado”²³. Rodney Arismendi, por su parte, ha señalado:

Quizá la versión más grosera del marxismo fue pretender asignarle ser una idea absoluta acerca de la validez de una sola dimensión del arte y la literatura, puestos al servicio de la política. Como en la Edad Media la filosofía era sirvienta de la teología. [...] Hace muchos años que rechazamos la trivialidad peligrosa de situar el arte o la literatura como un territorio de la didáctica política.²⁴

Es significativo que en Oxford una de las asignaturas para el Master of Arts (MA) sea “*La Historia que no fue: historia contrafáctica y alternativa*”. En buen romance, las falsas narrativas históricas, en los medios, la

²¹ *Ibid.*, pp. 42-43.

²² *Ibid.*, p. 51.

²³ Febvre, *op. cit.*, p. 23.

²⁴ Rodney Arismendi, *¿Qué hacer por amor al arte?*, ponencia, 1988, disponible en www.fundacionrodneyarismendi.org.

literatura, el cine. De ninguna manera es lo mismo que alternativa ni *counterfactual*²⁵, porque la historia busca descubrir lo que fue, no se dedica a especular sobre «lo que pudo haber sido», lo cual implicaría alterar las circunstancias y el juego de las infinitas casualidades. Sin duda Fidel Castro pudo haber sido muerto en la Sierra Maestra, pero no lo fue. Luis XVI pudo no haber intentado la fuga o no haber sido atrapado en Varennes; pero ambas cosas sucedieron. Todo lo demás es ficción.

El curso se enfoca en problemas filosóficos como la causalidad histórica, cuando debería explorar los intereses y objetivos que hay detrás de esas adulteraciones. Noam Chomsky nos ha enseñado, con hechos, cómo se usó la construcción de un relato histórico para manufacturar el consenso en apoyo de la participación de EE.UU. en la Primera Guerra Mundial. Se pueden visitar *El nacimiento de una nación* o *Intolerancia*, para ver el uso de invenciones históricas con claros designios político-sociales, más allá de sus maravillas técnicas y estéticas.

En Historia, la revisión crítica y la propuesta de nuevos temas, enfoques y perspectivas siempre existieron y son enriquecedoras, pero no lo es la búsqueda de la innovación y la deconstrucción por sí mismas. El posmodernismo ha conducido a un relativismo absoluto y a una abdicación en el campo histórico. Eric Hobsbawm señala cómo, al compás de la “actitud antiobjetiva y antiestructural” de las ciencias sociales y de versiones de la “llamada teoría crítica”, los historiadores retroceden “al análisis narrativo (sobre todo políticamente narrativo)”, la cultura y las ideas, así como a “las experiencias históricas individuales”. “Una importante corriente rechazaba no sólo la generalización social e histórica y las previsiones, sino el propio concepto de estudiar una realidad objetiva”²⁶.

El EPC mete la cola

Aun cuando no se utilice el término *competencia* –la USACH prefiere “desempeño”; otros, directamente, *skills* o «habilidades»–, los planes de estudios más modernizantes están permeados por el *enfoque por competencias* (EPC), su discurso y su vocabulario, como llamar *cohorte* al alumnado y *trayectos* a los cursos (*cheminement* en Montreal). El léxico es fundamental cuando hay una tendencia a sacralizar el lenguaje. La CEDEFOP produjo algunos libros a fin de establecer la terminología prescriptiva para hablar de educación.²⁷ La Universidad de Costa Rica usa siempre el sintagma “personas estudiantes”, probablemente para cumplir con el lenguaje inclusivo y evitar sus duplicaciones.

El llamado *Proceso de Bolonia* implantó el EPC en la enseñanza universitaria. Se propuso reestructurarla en base a “criterios académicos, competenciales y de cualificación profesional que respondan a la demanda del mercado laboral europeo y que permitan responder a los retos educativos, laborales y sociales actuales”.

Es extraordinario, por la claridad y el caudal de significados, un video de dos minutos y medio en YouTube, con gráficos animados. Fue mi primer contacto con la malla curricular de la USACH. Por suerte, luego la encontré en una presentación tradicional y me libré de hacer una captura de pantalla para poder leer los contenidos. El video está pensado como una pieza publicitaria, en la que el currículo es precedido por la imagen de un muñequito marchando, bajo consignas como “Capacitados para desempeñarse en un mundo globalizado”, “Formación académica interdisciplinaria con perspectivas transnacionales y globales”, “Ética ciudadana y profesional para enfrentar desafíos de la sociedad contemporánea”. Este último eslogan merece una decoración especial: una trinidad en lo alto, coronada por ¡un corazoncito!, mientras una línea curva

²⁵ Según el *Cambridge Dictionary*, significa “pensar en lo que no sucedió, pero pudo haber sucedido”.

²⁶ Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, Bs. As., Crítica, 2013, p. 198.

²⁷ *European Training Thesaurus; Terminology of education and training policy; Glossary: quality in education and training*. Allí, por ejemplo, *training* se traduce púdicamente al francés como “formación”. No encontré traducción al español.

aparece y desaparece, sugiriendo un círculo que no llega a cerrarse, mientras el macaquito camina y camina hacia la malla de la licenciatura y nuevos o repetidos “desempeños”.

La oferta académica se ajusta a los cánones de la corrección política: énfasis en las categorías de raza, género, clase y etnicidad y, asimismo, en el estudio de procesos comparados, algo difícil en un campo de estudio asombrosamente limitado y autorreferencial: *Historia de Chile, América Latina y otras regiones*. Las “otras regiones” comprenden, por fuerza, insignificancias como Europa, Asia, la otra América y África.

Además de la obvia mercantilización de la enseñanza, hay una inevitable sensación de infantilismo en semejante presentación, que se centra en una promesa de éxito individual, dentro de una concepción del mundo que, en forma bastante ahistórica, se presenta como la única posible.

Se constata una relación inversa entre la relevancia de los estudios históricos y la orientación competencial de los centros, así como el grado de actualización del currículo. En general, se abunda en literatura justificativa, de carácter genérico y retórico, con énfasis en perfiles de egreso donde el conocimiento de la disciplina es secundario.

Es común la insistencia en la flexibilización del currículo, su actualización y mejora continuas, ya que está “*en su esencia*” adaptarse al cambio de las circunstancias. No asoma la menor consideración de que los hombres contribuyen a producir sus circunstancias, algo también bastante ahistórico. Ese determinismo metafísico no extraña en una época que cree en la mano invisible del mercado.

Es de rigor destacar el incremento de asignaturas electivas, de modo que cada estudiante confeccione su carrera para que pueda ser «única», como un traje a medida. Y como la escuela de papagayos del cuento de Alejandro Dolina.

El rechazo de los saberes estructurados, ordenados, sistemáticos, se encuentra en la entraña del EPC. Todo debe parecer en construcción, hasta el mismo alumno, que en el Marco Curricular de ANEP es llamado “ser” o “persona en construcción”, dejando de ser sujeto en la educación para convertirse en un objeto a manufacturar.

El EPC tiene, según Nico Hirtt, su raíz ideológica en lo que denomina “constructivismo filosófico”, que se nutre del relativismo epistemológico posmoderno, la negación de la noción de verdad, en un nuevo avatar del idealismo subjetivo para el que no existe realidad fuera del sujeto pensante.

Carlo Ginzburg ha escrito:

Hoy en día, términos como verdad o realidad se volvieron, para algunas personas, impronunciables a menos que estén encerrados entre comillas, escritas o mimadas. Este gesto ritual, difundido en los ámbitos académicos estadounidenses, antes de volverse una moda espontánea e involuntaria [*irriflessa*] fingía exorcizar el espectro del positivismo ingenuo: la actitud de quien considera posible conocer de manera directa, sin mediaciones, la realidad.²⁸

Como se dijo, en algunas universidades, *todas* las asignaturas del área *Conocimiento Histórico* son opcionales y se pueden cursar en cualquier oportunidad, sin orden ni concierto. Según algunas encuestas, los propios estudiantes de la UNAM hallan que esa modalidad les dificulta la comprensión de los procesos históricos y sus interrelaciones,²⁹ diagnóstico que comparte la comisión formada en 2019 para formular una reforma del plan de estudios.

²⁸ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas*, Bs. As., FCE, 2010, p. 19.

²⁹ Un 62% considera que las asignaturas del área deben ser obligatorias y seriadas; un 70% coincide en que las optativas deben cursarse recién a partir del tercer semestre.

La UBA siente la necesidad de *sugerir* un “recorrido para la cursada”, “no sea que luego se extrañen contenidos en las cursadas sucesivas”. “Cursada” es otra palabra del lenguaje académico más innovador, pues no existe en el diccionario de la RAE como sustantivo sino como participio o adjetivo.

Al igual que en los ejemplos anteriores, en Oxford y Montreal los módulos obligatorios son los referentes a metodología y teoría. Las asignaturas de Historia, en cambio, son opcionales.

La palma del desconcierto se la lleva Oxford que, luego de exaltar la flexibilidad del currículo para el grado de MA, enumera temas electivos tan dispares y parciales –en el doble sentido de tendenciosos y acotados– como: *El Coloso Americano: la política doméstica e internacional de los Estados Unidos, 1945-2012*; *El camino al Brexit: Gran Bretaña y las comunidades europeas, 1945-2016*, *Ejércitos, inmigrantes y pandillas: la historia de la frontera México- Estados Unidos*; *El terrorismo en la historia*. Algunos prometen bastante diversión, pero difícilmente una comprensión histórica coherente, pues “un fenómeno histórico nunca se explica plenamente fuera del estudio de su momento”³⁰. Veamos algunos ejemplos: *La blasfemia de la Antigüedad al mundo contemporáneo*; *Portándose mal: crimen, transgresión y civilización, del 1500 a la actualidad*; *Monstruos y seres mágicos: de la tradición medieval a la cultura pop*.

Pensar todo el transcurrir desde 1945 al presente como el “camino al Brexit”, más que una simplificación es una simpleza. Estudiar la historia *desde el presente*, como aconsejan el duplicado profesor de Saramago y algunas corrientes didácticas, tiene el peligro de inducir a seleccionar en el pasado *aquellos* elementos que expliquen el presente, según el más o menos leal saber y entender de cada uno. La compleja contradictoriedad del acontecer histórico se suplanta por reconstrucciones lineales, casi teleológicas, con el diario del lunes en la mano. Permite pensar los procesos históricos como predeterminados, como calles flechadas hacia un destino ineludible. Podríamos sacar, con Pangloss, la conclusión de que la UE se constituyó para que Gran Bretaña pudiera romper con ella.

En los ejemplos mencionados, la continuidad y la linealidad son totales, aunque los temas sean microscópicos y propicios a la anécdota. No asoma la noción de rupturas, virajes, retrocesos, crisis, conflictos ni, mucho menos, estructuras sociales o económicas.

No se debe confundir lo anecdótico con la microhistoria. Carlo Ginzburg, el más reconocido representante de esa orientación, se preocupa por situar el caso particular que investiga en el contexto sociopolítico y cultural de un lugar y una época. Sabe que, si bien la microhistoria plantea el problema de la generalización, abre perspectivas para la historia comparada y para la posibilidad de otro enfoque histórico global, en el que la categoría de «individuo» y su relativa autonomía, no esté confinada a las clases dirigentes. No es poca cosa, desde el punto de vista de la comprensión de los procesos del pasado, rescatar las ideas, los sentimientos y las acciones de los hombres y mujeres de las clases subalternas.

En la corriente historiográfica conocida como *Historia de las Civilizaciones*, que impulsaron en el siglo pasado Maurice Crouzet y, más radicalmente, Fernand Braudel, predomina la idea de “larga duración”; se privilegian las superestructuras, las representaciones colectivas; y se subrayan las continuidades, “la realización progresiva de cierto número de valores absolutos”, mientras que “el tiempo y el movimiento adquieren (...) un ritmo y una lentitud que los hacen casi imperceptibles”³¹.

Pero Crouzet y Braudel, continuadores de los *Annales* y su saludable reacción al paradigma positivista, produjeron valiosas obras históricas; mientras que el posmodernismo no ha producido, en general, textos históricos, sino abstracciones filosóficas o teóricas.

³⁰ Bloch, *op. cit.*, p. 64.

³¹ A. Pelletier y J.-J. Goblott, *Materialismo histórico e historia de las civilizaciones*, México, Grijalbo, 1975, pp. 32-33 y 21.

Esa teoría ha sido revisada críticamente, incluso por historiadores de la siguiente generación de los *Annales*, en el sentido de jerarquizar los hechos, los acontecimientos, y no sólo pensarlos, según la conocida –y a veces mal entendida– frase de Georges Duby, como “la espuma de la historia”, que no significaba desdeñar lo fáctico, sino no quedarse en lo manifiesto y superficial; exigía bucear para descubrir las corrientes que producen la ola. Porque sin duda Duby fue un minucioso investigador, cuya atención a la dimensión regional, usando múltiples fuentes y métodos novedosos como la fotografía aérea, le permitió romper muchos esquemas sobre la historia rural de la Edad Media. Recuerdo de mi lejana época de estudiante el deslumbramiento ante los tempranos trabajos de Duby y las polémicas que suscitaban.

Edgar Morin piensa que, precisamente, la Historia “es la ciencia más apta para aprehender la dialéctica del sistema y el acontecimiento” y que, si se abandona la consideración de los hechos, la Historia se autodestruye, “cae en el hegelianismo, es decir, la reducción de la historia en la lógica”. Es significativo que Morin remita a Marx, “el teórico más rico de la autogeneratividad”, justamente porque integra, en el proceso histórico, a través del concepto de la lucha de clases, el elemento estructural y las relaciones activas, conflictuales, de los sujetos sociales. “La noción misma de la lucha de clases (...) revela un aspecto aleatorio, como toda lucha, y nos dirige a los acontecimientos, cuyas batallas decisivas son las revoluciones y contrarrevoluciones”³². De hecho, Marx fue más allá: “la historia sería totalmente mística si las casualidades no desempeñaran en ella ningún papel”³³.

Según Hobsbawm, los *Annales* fueron víctimas del embate posmoderno al igual que los marxistas. No extraña entonces que Roger Chartier, cuarta generación de la escuela, haya asumido, como Bloch y Febvre, “el combate por la Historia”, como producción de un saber “verdadero, controlado y demostrado”, y su lugar entre las ciencias sociales. O, dice Febvre, “conocimiento científicamente elaborado”, que plantea problemas, analiza, formula hipótesis y explicaciones.

La historia interpretada: las asignaturas obligatorias

...la historia no existe más que para servir al acto de consumo del comer teórico, de la demostración. El hombre existe para que la historia exista, y la historia existe para que exista la demostración de las verdades.

K. Marx y F. Engels³⁴

...los principios no son el punto de partida de la investigación, sino sus resultados finales; no se aplican a la naturaleza y a la historia humana, sino que se abstraen de ella; no son la naturaleza y el mundo humano los que se rigen por los principios, sino que éstos sólo tienen razón de ser en cuanto concuerden con la naturaleza y con la historia.

F. Engels³⁵

En buena parte de estas mallas curriculares se constata un predominio de los contenidos de carácter teórico, instrumental o interpretativo. En la USACH, por ejemplo, hay varios cursos sobre metodología y epistemologías (uso el plural porque aparentemente se piensa en una epistemología para cada objeto, y aun

³² Edgar Morin, “Le retour à l’événement”, en *Communications*, n° 18, 1972, pp. 13 y 15. Trad. de la autora.

³³ K. Marx, *Carta a Kugelmann*, 17 de abril de 1871, disponible en www.marxist.org (español).

³⁴ *La sagrada familia*, 1845.

³⁵ *Anti-Dühring*, 1877.

para los diversos sujetos), tres semestres de “escritura académica”, talleres y seminarios de “construcción historiográfica”. La terminología es sugerente. «Construcción» es otra palabra sagrada y omnipresente. En publicaciones académicas, encontramos conceptos aún más alarmantes como “construcción de las fuentes” o “construcción del dato”. No sólo se sugiere que todo está inacabado, haciéndose, en la fluidez inmaterial de la «modernidad líquida», sino que induce al subjetivismo, individual o de grupos, y, por consiguiente, a la fragmentación. Habrá miradas de género, de raza, de nación, de etnia, en función de las identidades asumidas. Si fue miope y ahistórica la esencialización de las identidades nacionales en la historiografía del pasado, que cometió todos los pecados del anacronismo, dicha fragmentación reproduce los mismos errores. La objeción posmoderna de que las narraciones históricas no nos hablarían de la realidad sino de quien las construyó, se viene a cumplir gracias a su hegemonía.

No hay duda, por otra parte, de que en el trabajo del historiador hay una cuota de construcción, de selección, de jerarquización de las fuentes y de la narrativa que usa para transmitir, oralmente o por escrito, los resultados. Los historiadores, asimismo, son conscientes de que sus investigaciones están influidas por las preocupaciones de su tiempo y por sus posiciones personales.

Alguna vez escribí que “la forma en que se entienden los procesos históricos tiene una estrecha relación con la forma en que se hace política –es decir, en que *se hace* la historia”³⁶. También se cumple la recíproca: las orientaciones políticas presentes condicionan la investigación del pasado histórico. Nuestra mirada a la historia es también histórica.

Lucía Sala, en su última expresión pública, habla justamente del fenómeno de revisión, anotando que “... el análisis de Artigas, como el de cualquier otro personaje de tal gravitación en la historia, *no es sólo* un fenómeno científico; es también un fenómeno ideológico”³⁷. Es éste un aspecto bien conocido –aunque, por lo mismo que ideológico, menos reconocido– y universal. Robert Ashton decía, respecto a los estudios sobre la Revolución Inglesa, que, en los años 60 del siglo pasado, el interés de los historiadores se centraba en los movimientos democráticos radicales y comunistas mientras que, a fines de la década siguiente, se privilegiaba el pensamiento conservador. En la entrevista mencionada, Sala agrega: “Porque en cierto modo el historiador busca aquello que a él le parece más importante. Y eso que a él le parece lo más importante entra ahí como un producto de su propia época”.

El posmodernismo no descubre la relatividad de la elaboración historiográfica. Todo el discurso neoescéptico exorciza un fantasma de su propia creación, en tanto el buen historiador sabe, como señalara Ginzburg, que “no existen los textos neutrales; incluso un inventario notarial conlleva un código que debemos descifrar”³⁸.

En la USACH, un semestre está alineado con la teoría decolonial, una corriente que, como señala Andrea Barriga, “se ha ido fortaleciendo no sólo en los ámbitos universitarios, sino que además su propuesta ha ingresado en diferentes áreas de formación profesional docente (...). La ‘pedagogía decolonial’ (...) ha pasado a ser, de hecho, prácticamente la visión oficial”³⁹.

Entre los objetivos de la licenciatura en UDELAR, figura desarrollar “la capacidad de explicar diversos procesos y problemáticas históricas *a partir de enfoques* distintos propuestos por las principales corrientes historiográficas contemporáneas”. Aunque no define el alcance de la contemporaneidad, al menos atiende a

³⁶ M. Luisa Battagazzore, “Marxismo, historia y política (II)”, en *Estudios*, n° 121, Montevideo, 2008.

³⁷ Entrevista a Lucía Sala, en *La Onda Digital*, sep. 2006 (énfasis del original).

³⁸ Ginzburg, *op. cit.*, p. 404.

³⁹ A. Barriga, “Aníbal Quijano y la colonialidad del poder: todo lo sólido se desvanece en el aire”, en *Políticas de la Memoria*, n° 20, CEDINCI, Bs. As., 2020, pp. 63-78, disponible en <https://doi.org/10.47195/20.641>.

la diversidad de escuelas. El conjunto es convenientemente ecléctico, pero deja claro que los “enfoques” teóricos, según sistemas, priman sobre los procesos históricos mismos.

Es visible una tendencia a aprender interpretaciones y descuidar los hechos históricos de los que se debería deducir la interpretación. Ciertamente la historia no es una crónica de hechos, pero no admite disquisiciones desprendidas de lo fáctico. En este sentido, *El Estado absolutista*, de Perry Anderson, podría constituir un paradigma: presenta una interpretación del absolutismo, que contradice en gran medida la visión tradicionalmente aceptada, pero comprende un examen de los concretos regímenes absolutistas, país por país. Igualmente, *Las revoluciones burguesas*, de Manfred Kossok y otros, tiene un contenido teórico, pero es un libro de historia, en tanto estudia diversos procesos que corresponden a esa categoría, en el marco de la historia comparada. Según Kossok, la historia comparada puede ser un camino para descubrir “las leyes y los rasgos fundamentales de validez general y, en conexión orgánica con ello, las variantes que se producen dentro de los procesos tipológicamente análogos”, y asimismo, “como parte de lo ‘general’ y ‘típico’, la individualidad histórico-concreta e irrepetible...” de cada uno.⁴⁰

Previene Jacques Le Goff; “Dialogar con la sociología, sí; la historia necesita de esos intercambios con las otras ciencias humanas y sociales. Confundir historia y sociología, no. (...) Renovar la historia, sí, en particular al contacto de esas ciencias; sumergirla en ellas, no”⁴¹.

En la UNAM, entre los cursos obligatorios sobresale, en términos de créditos y horas de clase, la *Historiografía, general y mexicana* (8 semestres). “En la Facultad de Filosofía y Letras, la formación del historiador se articula en torno a la historiografía, es decir, alrededor del conocimiento de lo que han sido las preguntas, ideas, métodos y conclusiones de los historiadores del pasado”. Aparentemente, importa más cómo los historiadores vieron el pasado que el pasado mismo. Al decir de Ginzburg, “la historia de la historiografía sin historiografía”⁴².

Otro tanto, aunque con menor evaluación en créditos, corresponde al *Área de Teoría*, con ocho semestres y sólo dos opcionales. Los cursos con más baja tasación en créditos y horas de clase son los del *Área Conocimiento Histórico*.

Según Febvre, si el método sustituye al contenido, la historia “renuncia a su verdadero cuerpo por una sombra”. Si hace más de 70 años él se ocupó de refutar esa tendencia, es evidente que no es tan innovadora.

En el currículo para formación docente de ANEP, el primer año incluye dos unidades semestrales (*Epistemología de la Historia y su enseñanza*, *Civilizaciones actuales y Globalización*), que serían desconcertantes al inicio de la carrera, si no fuera porque la primera corresponde a la obsesiva “metacognición” del EPC y a una tendencia de larga data que prioriza la metodología didáctica en detrimento del contenido de las disciplinas.

La segunda tiende al adoctrinamiento ideológico, a cuento de la ética: “Esta UC es, además, una instancia académica de *adquisición de referencias éticas* fundamentales acerca de las diferentes y a la vez semejantes formas de ver el mundo, que inciden en la educación en general, y en las generaciones de estudiantes de hoy”. La inconsistencia no atemoriza al discurso dogmático; el eclecticismo es fundamental.

La malla contrabandea otros aspectos ideológicos. Cuando el estudiante por fin accede a la historia de América, se topa con la curiosa dualidad de “América” y “América Latina”. O sea que se adopta la adjudicación norteamericana del nombre para sí mismos. Tiene razón Uslar Pietri: somos el continente al que

⁴⁰ M. Kossok y otros, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 17. Énfasis del autor.

⁴¹ Jacques Le Goff, “Prólogo” a la *Apología para la historia*, de Marc Bloch, *op. cit.*, p. 17.

⁴² Ginzburg, *op. cit.*, p. 58.

se le ha robado el nombre. Peor aún, aceptamos el despojo. Que ése es el criterio, queda claro en la fundamentación, donde se habla de “ambas realidades” y su comparación.

La “metacognición” refiere al “aprender a aprender”, de ahí la insistencia en la epistemología, suponiendo que esa capacidad se adquiere impregnándose de recetarios y teorías, sumados a una autoevaluación y monitoreo permanentes, desde la primera infancia. “Un currículo orientado a competencias favorece el desarrollo de aprendizajes significativos, pertinentes, y a la vez *se enfoca en el desarrollo del conocimiento del propio sujeto sobre la forma en que aprende*”⁴³.

En el nivel universitario, el impulso reformista se inició con el Proceso de Bolonia, la creación del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), que tendió a homogeneizar y compatibilizar la enseñanza terciaria. Se justificó en el axioma de la “sociedad del conocimiento” y la socorrida fórmula de que el saber ha suplantado al trabajo y al capital como fuente de la riqueza, el desarrollo y, convenientemente, de la desigualdad social. Es paradójico que, partiendo de ese postulado, las reformas tiendan a una mengua de los contenidos, o sea, precisamente, de los conocimientos.

Las mallas curriculares están llenas de agujeros, lo que está de acuerdo con su naturaleza. Las carencias se pueden suplir con el aprendizaje permanente, de acuerdo a las Declaraciones de los ministros de Educación de la UE reunidos en Praga en 2001, y en Berlín en 2003. “En la Europa futura, construida sobre una sociedad y economía basadas en el conocimiento, las estrategias del aprendizaje de toda la vida son necesarias para encarar los desafíos de la competitividad y el uso de nuevas tecnologías y para mejorar la cohesión social, la igualdad de oportunidades y la calidad de vida”⁴⁴. Esta cita también es reveladora: “El proceso de aprendizaje continuo que permite a todos los individuos, desde la infancia a la ancianidad, adquirir y actualizar conocimientos, destrezas y competencias (...) en variedad de contextos de aprendizaje (...) maximizando su desarrollo personal, *oportunidades de empleo* y fomentando su participación activa en una sociedad democrática”⁴⁵.

En vista de las reformas jubilatorias en curso, resulta bien necesaria la actualización de los ancianos.

En 2000, decía la Comisión de la Comunidad Europea, en forma no menos ampulosa:

En el seno de las sociedades del conocimiento, el papel principal corresponde a los propios individuos (...) El factor determinante es esta *capacidad que posee el ser humano de crear y explotar conocimientos de manera eficaz e inteligente*, en un *entorno en perpetua evolución*. Para sacar el mejor partido de esta aptitud, los individuos deben tener la voluntad y los medios de *hacerse cargo de su destino*.⁴⁶

Desde que el aprendizaje vitalicio es una capacidad humana, la UE se propone explotarla, cargando a los individuos con la responsabilidad de seguir teniendo o no empleo. Porque todas las monsergas sobre la sociedad del conocimiento, el entorno en perpetua evolución, la incertidumbre, son metáforas de los requerimientos del mercado laboral y de la doctrina del capital humano.

Se tiende a confundir el aprender toda la vida con la escolarización permanente, para acumular títulos y grados en una interminable carrera de los honores. Esta tendencia, que se traduce en un floreciente y estable mercado educativo, significa una sujeción intelectual sin fin. Como dijera el escritor George Bernard Shaw,

⁴³ ANEP, *Marco Curricular Nacional (MCN)*, 2022.

⁴⁴ Vid. https://www.ehea.info/media.ehea.info/file/2001_Prague/47/4/2001_Prague_Communique_Spanish_553474.pdf.

⁴⁵ Montero Curiel, M. *El proceso de Bolonia y las nuevas competencias*. Tejuelo, n° 9 (2010) <https://dialnet.unirioja.es>

⁴⁶ Cit. por Nico Hirtt, *Los tres ejes de la mercantilización escolar*, SUATEA-STEs, 2015, p. 2, disponible en https://www.researchgate.net/publication/268254850_LOS_TRES_EJES_DE_LA_MERCANTILIZACION_ESCOLAR.

“Pronto todos estarán escolarizados, mental y físicamente, desde la cuna (...) hasta la edad de la jubilación. Siempre más escolarización, más compulsión. (...) Debemos reconciliar la educación con la libertad”⁴⁷.

Al fin, aprender a lo largo de la vida es algo que muchos hacemos sin tanta alharaca; mejor o peor, según la calidad de la educación recibida y el gusto de cada uno. Esa calidad no refiere a estudiar epistemología sino a la sólida formación en el estudio, así como al caudal importante de conocimientos, con el cual relacionar la nueva información y las nuevas problemáticas. Y, sobre todo, amplios intereses y experiencias y un entorno estimulante. Aprender también debe suponer placer, algo que está ausente en la línea pedagógica actual, al igual que la categoría *vocación*. Y debería comportar madurez e independencia.

Los perfiles de egreso

...la palabra “educación” tiene un sonido perverso en política; se habla de educación, pero la meta verdadera es la coacción sin el uso de la fuerza.

Hannah Arendt⁴⁸

Empecemos por aclarar que, en muchos centros, los perfiles de egreso atienden a los aspectos académicos y algunos, para mi alegría, ni siquiera usan ese término de origen empresarial.

En las universidades cuya orientación está más permeada por el EPC, el perfil de egreso se define por desempeños o habilidades, o sea, la capacidad de realizar tareas o cumplir con cometidos, que van más allá de la demostración de conocimientos, para incluir actitudes, comportamientos y hasta rasgos de personalidad.

En la USACH, por ejemplo, se busca obtener “... personas reflexivas y críticas que contribuyan de manera rigurosa, autónoma, creativa y ética al estudio e investigación del pasado *para la comprensión del presente*”. Contiene exigencias como *aportar al diálogo social* o *tomar posición* frente a los procesos históricos, así como frente a la disciplina, para proponer investigaciones “pertinentes y novedosas” y ajustarse a la “normativa ética establecida por la universidad”.

¿Cómo se evalúa la “pertinencia” de una investigación? Muchas investigaciones que parecían sin interés resultaron extraordinariamente relevantes con el tiempo. ¿Qué significa “tomar posición” frente a los procesos históricos? A nadie se le ocurre “tomar posición” frente a un virus, un teorema o las leyes de Kepler. Por supuesto, las ciencias no son idénticas, por más que todas, aún las llamadas *duras*, estén influidas por su contexto histórico, y también haya en ellas un elemento constructivo. Pero, sobre todo, hay que evitar lo que Bloch considera “otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar”⁴⁹.

El historiador se aproxima a los hechos del pasado condicionado por sus propias ideas, por sus preocupaciones, por su contexto histórico. Pero siempre debe tratar de entender las ideas, preocupaciones y circunstancias –hasta las palabras– de los hombres y sociedades que son su objeto de estudio. A pesar de su cercanía emocional con las víctimas, en sus investigaciones, Ginzburg desarrolla una aproximación intelectual con el inquisidor, como expone en su ensayo *El inquisidor como antropólogo*.

⁴⁷ G. B. Shaw, *Treatise on parents and children*, 1910, disponible en www.online-literature.com. Trad. de la autora.

⁴⁸ *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, Península, 1996, p. 188.

⁴⁹ Bloch, *op. cit.*, p. 61.

Las exigencias de tipo moralizante y de «responsabilidad social» sobresalen en los perfiles de egreso de muchos centros, y necesariamente impregnan los contenidos. Asimismo, incluyen características personales que supuestamente se adquieren en los cursos. Algunas universidades españolas se toman tan en serio el compromiso político o moral que encabezan sus portales con una declaración de apoyo a Ucrania. Estas propuestas innovadoras padecen un extraño retorno al pasado: en el Collège de France, hasta 1892, la cátedra en la que enseñó Michelet reunía Historia y Moral.

En UNAM, el “Perfil de Egreso” incluye, además de conocimientos metodológicos, contenidos históricos y principios didácticos, habilidades y aptitudes *para la difusión* de la historia, la adquisición de nuevos saberes y la *construcción de su propio conocimiento; actitud crítica y creatividad* para enfrentar la vida profesional.

La PUC-Chile pretende que los egresados “...Están capacitados para *dialogar y comunicar* los resultados de su labor en una diversidad de ámbitos en Chile y el exterior, *contribuyendo a la construcción de una sociedad inclusiva, democrática y solidaria*”.

En la más fundamentalista y abstrusa expresión del EPC, los perfiles de la malla de formación docente de ANEP “interrelacionan *conocimientos, habilidades y actitudes* para responder a los principales componentes del currículum (por qué y para qué se aprende; qué y cómo se aprende) enfocado al aprendizaje profundo”.

En este sentido, el primer aspecto que se explicita es *la fundamentación académica (ontológica, epistemológica y metodológica) de cada una de las unidades curriculares*. Estas unidades curriculares, en cada trayecto, han sido definidas teniendo en cuenta la relación entre las competencias del perfil de egreso de los educadores y las competencias específicas con las que contribuyen a la formación competencial en cada una de las especialidades. Dicho de otro modo, cada una de las unidades curriculares se constituye en un elemento cohesivo e integrador de saberes básicos de un campo de conocimientos, articulado con *metodologías y dispositivos* para promover aprendizajes, así como criterios y formas de evaluación.

En ese orden, cada “Unidad Curricular” expone los perfiles y competencias que se pretende que el estudiante incorpore con ella. El enunciado empieza con un verbo: asume, se apropia, reconoce, gestiona, articula, aborda, aporta, analiza, etc., que se replican al infinito, como no podía ser de otra manera. Aun cuando son abstractas y genéricas, refieren al “aprender a hacer”, con algunos toques de “aprender a ser”. Veamos una competencia: “Actúa de acuerdo con los principios éticos que rigen la profesión, *reconociendo su identidad de educador* y su *compromiso* con el mejoramiento del sistema educativo en su conjunto”.

Es quimérico o ridículo que, con la información paupérrima que pueden brindar esos cursos compendiados, se pretenda que el estudiante desarrolle competencias como: “Adquiere una perspectiva superadora del Eurocentrismo, sin desconocer las contribuciones históricas occidentales”. A duras penas tendrá tiempo de aprender algo de las civilizaciones occidentales, pero se trata de una banalidad de circunstancia, con el eclecticismo y la moralina de la corrección política. Es otra vía del presentismo utilitario: se estudia y valora el pasado según su supuesta “contribución” a nuestro presente.

Para otras competencias, el contenido del curso resulta irrelevante: “Genera climas y relaciones empáticas de trabajo con miembros de su comunidad educativa y otros actores sociales”.

Esta tendencia moralizante excede a la disciplina. En la licenciatura en Filosofía de la UDELAR los perfiles de egreso son taxativos en cuanto a las cualidades esperables:

La Licenciatura en Filosofía de la FHCE procurará, en general, *contribuir a la sociedad* a través de la formación de egresados capaces de cultivar *los valores democráticos, tolerantes y solidarios* propios de la Universidad de la República tal como lo explicita su Ley Orgánica.

Se espera, a través de la formación propuesta, la promoción de egresados capaces de insertarse en los más diversos ámbitos, con *la capacidad y la vocación* de participar en la *construcción del desarrollo integral* del país.

Es llamativo que la misma UDELAR, que invoca la Ley Orgánica en la FHCE, no plantea exigencias de orden ético o de responsabilidad social en las licenciaturas de la Facultad de Ciencias o en la Facultad de Ingeniería, que sin duda tendrían lo suyo para aportar al desarrollo nacional. La llamada *dimensión ética* sólo contempla a la ideología, de la que serían portadoras las humanidades. No se consideran los ingentes desafíos que en ese terreno plantean hoy la IA, la automatización, la ingeniería genética y otros desarrollos técnico-científicos. Hay un tácito acuerdo global de invocar el cambio climático como un riesgo para la vida en el planeta y nuestra propia especie, pero poco se tienen en cuenta los peligros de una ciencia y una tecnología guiadas por los criterios del mercado y de la guerra.

Este énfasis en fines morales o sociales no deja de ser una forma de utilitarismo, y parece un retorno a los que Bloch llama “positivistas de estricta observancia”, que valoraban una ciencia según su posible aplicación como guía para la acción. Bloch defiende la legitimidad de la Historia, como satisfacción del hambre de saber, o mejor aún, de comprender.

Sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, fuera de toda preocupación de bienestar, cómo sosegar su hambre intelectual. Aunque la historia fuera eternamente indiferente al *Homo faber* o *politicus*, para su defensa le bastaría que se reconociera cuán necesaria es para el pleno desarrollo del *Homo sapiens*.⁵⁰

Por otra parte, están prolijamente establecidos los códigos y criterios de la llamada *formación ética*, que abarca hasta el lenguaje y la gramática. Nada que ver con la autonomía moral e intelectual que reclama Reina Reyes, para quien la responsabilidad es inseparable de la libertad.

Es bastante escalofriante la referencia a “dispositivos” de aprendizaje. Por si la palabra no alcanzara, se proporciona su definición, siguiendo a autoridades europeas: “...llamo dispositivo todo lo que tiene –de una manera o de otra– la capacidad de *capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, conductas, opiniones y discursos de los seres...*”. “Un dispositivo es una construcción didáctica elaborada a partir de una *operación mental que queremos hacer efectuar al sujeto* con el propósito de que consiga una determinada adquisición. El dispositivo pone en práctica unos materiales y unas consignas estructura que, juntos, *encarnan la operación mental...*”⁵¹

La Historia se disuelve en literatura

Como se vio, en los perfiles de egreso se pone especial énfasis en la capacitación para construir una narrativa y difundirla, especialmente en los medios. La historia corre peligro de volver a considerarse, como en la Antigüedad, una rama de la retórica, con mayor acento en la verosimilitud que en la verdad, en el atractivo para el público que en la prueba.

UDELAR plantea estos objetivos: “Desarrollará las posibilidades de análisis de las *diferentes formas de escritura de la Historia...*”. Estrictamente, se analizarán las “formas de escritura de la Historia”, como si de

⁵⁰ M. Bloch, *op. cit.*, p. 45.

⁵¹ ANEP-CODICEN, *Marco Curricular de Referencia Nacional* (MCRN), 2017, p. 38.

un taller literario se tratase, con independencia del carácter científico de los textos. Y además, se preparará al estudiante “para producir *textos escritos y mediáticos* dirigidos a públicos distintos”, una formulación algo misteriosa, ya que puede haber escritos destinados a los medios y comunicaciones orales destinadas a la academia o la enseñanza.

Como señala Roger Chartier, necesariamente el historiador utiliza formas literarias para comunicar, pero con la diferencia de que debe atenerse rigurosamente al criterio de la *prueba* y la *demostración*, que pasa por el examen crítico de las fuentes, de las interpretaciones, todo sujeto al control de los pares y de la misma historiografía.

En los perfiles y objetivos, hay una reiterativa y general referencia a lo mediático. ¿Cómo se define un texto o comunicación mediáticos? ¿Por cumplir las reglas del entretenimiento o por difundir el conocimiento partiendo del criterio de verdad, de comprobación científica? ¿O por lograr instalar en la conciencia social determinados conceptos y códigos? Así como en los primeros tiempos de la recuperación institucional cada programa de TV tenía su cientista social de cabecera, ahora abundan las columnas radiales a cargo de profesores de Historia, que abordan todo tipo de temas en un breve espacio.

En pos de la corrección política y del impacto seductor, se puede ingresar impunemente en la invención del pasado. Escuché en una entrevista radial a la última visitante ilustre de Montevideo, la escritora Irene Vallejo, declarar como un hecho que Aspasia le escribía los discursos a Pericles. Una reciente *biopic* sobre Mme. Curie cultiva el victimismo vindicativo del feminismo –el actual, no el histórico– a través de una presentación contrafáctica que acusa de machismo a Pierre Curie. Podrían haber puesto el énfasis en los virulentos ataques que recibió Marie de los medios franceses de ultraderecha, y en su reivindicación con un segundo premio Nobel.

El peligro radica en que esas versiones se instalan en el imaginario social y se amplifican fácilmente, ya que son sencillas y seductoras. Las antiguas y ficticias continuidades glorificadoras de las historias y las identidades nacionales son sustituidas por la fragmentación inorgánica, o sistemática; lo anecdótico y llamativo, si es posible excepcional.

Comunicar el conocimiento científico al gran público es necesario y valioso si se atiene al criterio de verdad y se es capaz de transmitir los procesos en su complejidad. Esa actividad debe regirse, en todos los órdenes, por discernir entre divulgar y vulgarizar; entre simplificar y banalizar, una identificación que estuvo oficialmente en boga en los documentos de la fallida reforma educativa de 1995, patrocinada por la CEPAL. La cultura de masas no puede convertirse en una masificación de la cultura, ni lo popular caer en el populismo, del signo que sea. En palabras de Rodney Arismendi,

Lenin dijo cierta vez que el arte debe ser comprendido por el pueblo y se lo cambió, en imposible y espantosa sinonimia, por la afirmación empuñecedora de que el arte debe ser comprensible para el pueblo. O sea que la labor de la revolución de elevar y ennoblecer al pueblo, por la nueva vida, la educación y la cultura, se la cambió por una rebaja del arte a los niveles de la ignorancia.⁵²

El anclaje en el mito del *eterno presente* de la posmodernidad desnaturaliza a la educación, que necesariamente implica un proyecto de futuro, y que, aun en su acción cotidiana más modesta, aspira a ser transformadora. La educación que tengamos depende del ideal de hombre y de sociedad que sustentemos. Sin una perspectiva de futuro, sin comprender el devenir histórico, chapotaremos en un lodazal de agua estancada.

⁵² R. Arismendi, *op. cit.*

La historia debe ser algo molesto –peligroso, según Paul Valéry–, si tantos historiadores se han tenido que dedicar a hacer su defensa o su apología. Carlo Ginzburg rastrea alegatos de esta clase en el siglo XVI.⁵³

Salvadas las inconmensurables distancias, también me he sentido obligada, por simple amor y vocación, a quebrar una lanza por la historia.

⁵³ Se trata del *Artis historicae penus*, de Francesco Robortello; y del *Dialogo della Historia*, de Sperone Speroni. Véase Ginzburg, *El hilo y las huellas*, ob. cit., pp. 31 y 39 (respectivamente) *et sq.*

ANDREAS L. DOESWIJK

¿ESTADO O CUESTIÓN INDÍGENA? UNA VELADA LEGITIMACIÓN DE LA CONQUISTA DEL «DESIERTO» Y SUS CONSECUENCIAS

*Ya rugen las votaciones,
se escuchan por no dejar,
pero el quejido del indio
¿por qué no se escuchará?
Aunque resuene en la tumba
la voz de Caupolicán,
levántate, Inakayal.¹*

¿ Por qué publicar en 2023 un amplio comentario de una obra editada en 2002, primero, y en una versión revisada y ampliada, en 2010? Tener que explicar esto al inicio del artículo me da la impresión de alguien saliendo de un cine gritándole a la fila que está por entrar: *¡El asesino es el mayordomo!* Bueno, no fue el mayordomo: fue Roca. Y aquí va el intento de explicación.

No existen, a mí entender, buenos trabajos académicos que sinteticen adecuadamente la llamada «Conquista del Desierto». El libro *Estado y cuestión indígena*, de Enrique Hugo Mases, es el único que trata de dar una interpretación panorámica de las consecuencias de dicha conquista, consecuencias desastrosas para la población ancestral del territorio pampeano y patagónico. La obra presenta una síntesis del siglo XIX en la cual no aparece la expedición de Rosas (la «Campaña al Desierto» de 1833-34), y la de Roca es despachada en pocas páginas, ya que se consideró que el tema del libro era —como reza literalmente el subtítulo— “El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1930)”. Ya en 2010, hablar de “indios” era un anacronismo y la categoría de “destino final” trae toda la carga de «civilización y barbarie» que el autor pretende haber desmontado en la historiografía indígena del Sur.

Si los antecedentes parecen extraídos de un manual de la década del 50, la “distribución” de los indígenas prisioneros en los ingenios tucumanos, el Ejército, la Marina, la policía o como peonada para las nuevas estancias, sí aporta novedades sustanciales. Pero, aunque una y otra vez denuncia los abusos del sistema, nunca enjuicia al sistema en sí de distribución bajo el régimen de servidumbre. La figura de Roca es preservada y los errores y excesos son atribuidos a algunos militares, estancieros, inspectores de tierras, etc. Por otra parte, el interesantísimo tema de las colonias y las reservas indígenas se trata en escasas diez páginas, bastante menos que las dedicadas a su *caballito de batalla*: las fallidas reducciones salesianas.

¹ Recreación libre de la última estrofa de la canción “Arauco tiene una pena”, de Violeta Parra, también conocida popularmente por el nombre de “Levántate, Huenchullán”. Parra la compuso a comienzos de la década del sesenta. Fue originalmente publicada en el álbum *Violeta Parra en Argentina* (Bs. As., Odeón, 1962). El autor ha modificado el último verso de la letra. En vez de “levántate, Huenchullán”, dice “levántate, Inakayal”. Se comprenderá la razón de esta licencia con la lectura integral del presente artículo.

La obra tuvo cierto peso en la historiografía patagónica, pero ni su contenido, ni su peculiar metodología del uso de las fuentes oficiales, ni su hilo rojo –que consiste en la integración de todas las parcialidades étnicas a las sagradas leyes de un estado y una nación únicos–, jamás fueron sometidos a un análisis crítico académico por parte de sus colegas.

Por eso este artículo.

Prólogo

Sin duda que la frase más citada del historiador inglés Edward Palmer Thompson es esta: “Estoy intentando rescatar al pobre tejedor de medias, al campesino luddita, al trabajador anacrónico del telar manual y hasta al seguidor engañado de Joanna Southcoatt del aire de enorme condescendencia con que la contempla la posteridad”². La hipótesis de este escrito es que el profesor Enrique Hugo Mases, en su libro *Estado y cuestión indígena*, a pesar de su proclama explícita, no rescató a los pueblos originarios de la Pampa y la Patagonia de la condescendencia de sus lectores, y ni siquiera de sí mismo, por una sencilla razón: no son los protagonistas de la historia que narra. El protagonista es el estado nacional; y el tema, la integración a él de todos sus habitantes.³

La palabra clave aquí es “condescendencia”, que significa el acto de transigir espontáneamente, dar permiso, consentir o empatizar. Un historiador del *establishment* académico intenta «entender» a huelguistas, campesinos rebeldes, a las luchas de los pueblos originarios por sus derechos conculcados, o de las mujeres por la igualdad de género. Condescender es entender desde otro lugar, y no revivir las experiencias del pasado ni compartir sus luchas del presente.

La frase de Thompson nos quiere explicar por qué le dedicó tantos años de investigación a reconstruir las experiencias de luchas colectivas de los trabajadores ingleses del comienzo de la Revolución industrial. Fue para que esos proyectos, luchas y fracasos del pasado no cayeran en el olvido ni en esa fácil complacencia sin compromisos de la sociedad actual y, en especial, de los académicos que usan las luchas del pasado para justificar y afianzar su discreto bienestar y poder en el presente. Hay profesores que se travisten con los ropajes de pueblos originarios u otros sectores sociales postergados, sólo para aumentar sus currículums, sus incentivos de fuentes financiadoras o su estatus intelectual entre los colegas de las instituciones hegemónicas. Parafraseando al Borges chileno: se está demasiado cómodo repantigado en ese club de polo, hábilmente disfrazado de pantano, desierto, suburbio o de novela espejo para mirarse sólo a sí mismo.⁴

Considero que Thompson, en lugar de hacer museología, sentarse sobre una pila de archivos gubernamentales y militares, o sea, sobre la memoria de los vencedores, propone un tipo de rescate en el cual expone las experiencias de los protagonistas del pasado no como memorial en homenaje a los vencidos, sino como mito movilizador de las luchas del presente.

En una entrevista concedida a Rafael Aracil y Mario Bonafé, E. P. Thompson da un consejo al historiador social que quiere conferir voz a los que no la tuvieron o nunca se los escuchó. La cita es larga, pero tal vez puede llegar a interpelar a algún historiador o historiadora joven:

² Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera inglesa*, Barcelona, Crítica, vol. 1, 1989, pp. 12-13.

³ Este artículo se refiere al libro de Enrique H. Mases, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1930)*, Bs. As., Prometeo, 2010. Aunque hay una edición anterior, que data de 2002.

⁴ Muy libre *apud* Roberto Bolaño, “Los mitos de Chtulhu”, en *El gaucho insufrible*, Barcelona, Anagrama, 2007, p. 167. Lo que quiero resaltar es que una gran parte de los investigadores académicos procuran más agradar a sus pares y a las fuentes financiadoras, que prestar un servicio real a la ciencia y a la sociedad que los mantiene.

Lo que los socialistas nunca deben hacer es entrar en la completa dependencia de instituciones establecidas: casas editoras, medios de comunicación comerciales, universidades, cargos. Los intelectuales socialistas deben ocupar un espacio propio sin condicionamientos, tener sus revistas propias y sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para obtener títulos o cátedras sino para la transformación de la sociedad; lugares donde la crítica y la autocrítica sean duras, pero donde haya también solidaridad en el intercambio de los conocimientos teóricos y prácticos; lugares que anticipen en cierto modo la sociedad del futuro.⁵

Es decir, en términos más criollos, no formar una asociación de compadres y comadres en dependencia de jefes locales, y con referentes en las universidades centrales, para escalar en los puestos políticos de la academia y tener acceso a los organismos de financiamiento, fomentando el sistema de la grieta, es decir, dividir a la comunidad universitaria en dos partes para mejor combatir a los adversarios y premiar a los obsecuentes.

Como tantos otros, también Mases menciona el párrafo de Joanna Southcoatt en su libro/tesis, agregando: “Nosotros también, salvando las distancias, buscamos rescatar del pasado el destino final de estos indígenas sometidos reconstruyendo sus experiencias de individuos comunes (*common people*) pero con historia”⁶. La oración subordinada –“salvando las distancias”– está muy bien elegida; pero no se trata tanto de la gran distancia entre Londres y Mataderos, sino de la infinitamente mayor lejanía entre Mases y Thompson.

Una página más adelante asevera:

Para finalizar, creemos que el contenido de este libro (...) cumple con los objetivos propuestos: llenar un vacío historiográfico importante a partir de una mirada renovadora acerca de la temática en cuestión y, a la vez, como sostiene Jim Sharpe haciendo referencia al significado de historia desde abajo: “ofrecer también el medio de restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dada por perdida o de cuya existencia no eran conscientes”.⁷

En una entrevista de 2015 a Carlos Torrenço, publicada en el diario *Río Negro* de General Roca, Mases sostuvo enfáticamente que el mérito de su obra fue haber desmontado el discurso de «civilización y barbarie» en lo que él llama “la cuestión indígena”. Examinaré aquí si esto es real, y en qué medida y términos se ejecutó ese desmonte. ¿Será que estamos frente a una historia desde abajo que consiguió rescatar las experiencias de los pueblos ancestrales de la condescendencia de sus lectores? ¿Será que se trata de una “historia o visión de los vencidos”, como las de Miguel León Portilla con respecto a los aztecas (1959), Nathan Wachtel para con los incas (1971) u Osvaldo Bayer con referencia a las peonadas patagónicas del Trienio Rojo (1974-1978)? Su historia, ¿tiene por protagonista al incipiente estado nacional en manos de grupos oligárquicos federales y unitarios o liberales, o bien, está centrada en las experiencias de los pueblos originarios?⁸

Redondeando, ¿estamos en presencia de una historia desde abajo o del relato de la consolidación de un estado oligárquico a costa de las naciones originarias? ¿O, como me lo caracterizó una historiadora mapuche de San Martín de los Andes, ante una *velada legitimación de la Conquista del Desierto*?

⁵ Rafael Aracil y Mario Bonafé, “Marxismo e historia en Gran Bretaña”, en R. Aracil y M. Bonafé, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, Serbal, 1983, p. 8.

⁶ Mases, *op. cit.*, p. 14.

⁷ *Ibid.*, pp. 19-20.

⁸ Miguel León Portilla. *La visión de los vencidos*, 1959. Nathan Wachtel, *La vision des vaincus*, 1971. Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, 4 vols., 1972-78. Ninguno de los tres autores se menciona en la obra.

Capítulo I. Antecedentes

El primer capítulo se refiere a todo lo que antecede a la incorporación, integración y asimilación, no ya a “nuestra civilización” –como en una comunicación que Mases presentó en 1979–⁹, sino a la sociedad argentina. El texto va desde los tiempos de la Colonia hasta la campaña de Roca inclusive. El tema es relevante porque –a su entender– no existen buenas síntesis de la historia de los pueblos originarios pampeanos y patagónicos del siglo XIX con anterioridad a las campañas iniciadas en 1878.

“Antecedentes” parte de la premisa de la necesidad absoluta de eliminar la frontera interior entre «el blanco» y el que –hasta hace 30 años atrás– era denominado «el indio», término peyorativo que los racistas de hoy continúan utilizando, más en Argentina, Chile y Brasil que en el resto de América Latina. El capítulo discurre sobre algunas características coloniales, pero no se destaca el período de armonía relativa cuando el mapuche se llevaba los caballos cimarrones para su guerra en el Biobío contra los españoles y criollos; y cuando los rioplatenses, en sus vaquerías, arriaban el ganado vacuno para su comercio de cuero y sebo, destinado a Europa, y tasajo para las regiones esclavistas de Brasil y el Caribe: proteínas para el inhumano trabajo de los esclavos africanos.

La historia posterior a 1810 parte de las expediciones militares de Pedro A. García, Martín Rodríguez y Federico Rauch, entre otros, y ya manifiesta el creciente enfrentamiento entre ambas culturas que comenzó aparentemente por la época de la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, cuando comenzó a escasear el ganado cimarrón y a incrementarse el comercio del ganado vacuno desde las pampas hasta el Valle Central de Chile, a través de la cordillera de los Andes. El autor cita en este contexto a Susana Bandieri y reproduce una frase que, a mi parecer, romantiza una situación plagada de conflictos: “En realidad se mantuvo en la etapa independiente en la que distintos grupos indígenas oficiaron de excelentes intermediarios entre la producción ganadera de las pampas y la demanda de la sociedad mercantil del Valle Central chileno”¹⁰.

Esa realidad de estancieros criollos “productores” y parcialidades indígenas como “excelentes intermediarios comerciales” suena bastante irreal o, al menos, refleja sólo una parte de la realidad, y se contradice también con lo que el autor comenta sobre la “violencia institucionalizada aborigen”, concepto que toma de Marta Bechis.¹¹ Más que intermediarios, parece que los indígenas eran duros competidores de españoles y criollos en el comercio vacuno, sobre todo a partir de la creación del virreinato en 1776 (ya que antes, los indígenas se llevaban los caballos; y los criollos, las vacas).

Entre los abordajes que me llamaron la atención en este primer capítulo del libro de Mases está el tema de que las divisiones interétnicas, o hasta étnicas, ejercidas en la *guerra a muerte* en Chile (1817-1820), fueron trasladadas a la Argentina a partir de ese último año. Vorogas, puelche y rankulche militaron del lado realista; los huiliche del lado de los independentistas. Sin embargo, aquí no hay que subestimar que esas alianzas y oposiciones no siempre eran permanentes y que, por más que Rodríguez, Rosas, Mitre y sus generales alimentaban esas divisiones, frecuentemente los indígenas se negaban a expedicionar contra sus hermanos.¹²

⁹ Enrique H. Mases, “La incorporación de los indios reducidos. Los intentos salesianos, (1880-1881)”, ponencia presentada en el Congreso en homenaje al Centenario de la Conquista del Desierto, Gral. Roca, 6-10 de noviembre de 1979. *Actas del Congreso de general Roca*, 1980, vol. III, pp. 169-178.

¹⁰ Susana Bandieri *apud* Mases, p. 25. El artículo de Bandieri se titula “Entre lo micro y lo macro: la historia regional”, en *Entre pasados*, n° 11, 1996.

¹¹ *Ibid.*, p. 28.

¹² Fue el caso de los vorogas, que se negaban a expedicionar contra los rankulche y pehuenche en la época de Rosas, y de las parcialidades de Coliqueo y Catriel en la batalla de San Carlos contra Calfulkurá, en 1872, cuando hubo que poner fusileros a las espaldas de los aborígenes para que entraran en combate. Véase Meinrado Hux, *Coliqueo el indio amigo de Los Toldos*, Bs. As., Elefante Blanco, pp. 269-282.

El texto no ofrece un mapeo de la localización de las diferentes comunidades indígenas, ni de la relación de muchas etnias con Chile, ni de las causas que impulsaron a las parcialidades de posicionarse en favor o en contra de Rosas, Mitre o Roca. Llama también la atención la ausencia casi total en el texto de la gente de las totoras, los ranculche (o ranquelinos), así como de los tewelche. Si Roca en sus campañas no hacía ninguna distinción entre parcialidades amigas o enemigas, entre tewelche o mapuche y entre los de este o del otro lado de la cordillera, tampoco lo hace Mases: tal vez porque su objetivo principal es el “destino final” o la “integración” de todos a la sociedad argentina.¹³

La historiografía de la relación de los pueblos originarios con los independentistas rioplatenses, altoperuanos o chilenos tampoco encuentra un espacio, aunque sea somero, en este capítulo sobre los antecedentes. Por ejemplo, los intentos de Juan José Castelli de atraer a los indígenas para su causa, o los de su primo Manuel Belgrano, el cual, con el apoyo de San Martín, forzó la declaración de la Independencia de las Provincias Unidas Sudamericanas –y no del Río de la Plata o del Sur, por ejemplo– con capital en Cusco, en 1816. Tampoco aparecen los importantes parlamentos que tuvieron José Miguel Carreras, Bernardo O’Higgins, Freyre y otros independentistas chilenos, que pusieron la estrella mapuche de ocho puntas en un cuadro azul, la *Wünelfe*, en la primera bandera chilena, símbolo que luego fue remplazado por la actual estrella blanca cuando los patriotas ya no necesitaban más del apoyo militar mapuche. En una carta de 1817, O’Higgins hasta llega a reconocer la independencia o autonomía de Wallmapu,¹⁴ aunque se debe tener en cuenta que los patriotas querían atraer a su causa a los pueblos de Araucanía que amenazaban con aliarse con los españoles en la *guerra a muerte*. Tampoco se recuerda que, en 1812, apenas llegado a Buenos Aires, San Martín denominó Lautaro a su logia y, para que le franquearan el paso de sus tropas a Chile, tuvo que negociar con los mapuche. Por lo demás, muchos patriotas independentistas de Méjico, Chile, Paraguay y hasta de Argentina pretendían fundar las nuevas naciones sobre las raíces de los pueblos originarios. El caso de Belgrano, de querer entronizar a una princesa incaica en Cusco, no fue un lamentable equívoco o un lapsus, como pretendió la historiografía oficial *a posteriori*.

La campaña de Rosas de 1833-34 es descrita como “una estrategia que combinaba tanto intervenciones pacíficas y belicosas (...) de acuerdo a las distintas comunidades indígenas”¹⁵. A los que se sometían, se les suministraba ganado y *vicios* (tabaco, yerba, azúcar y, sobre todo, aguardiente); y a los que se resistían, se los exterminaba, no sólo en esa campaña al Choele Choel, elogiada tanto por Mases como por Sarmiento, sino en los continuos «contramalones» a los vorogas, ranculche, puelche y tewelche. Sólo para la campaña al Choele Choel, Martínez Sarasola menciona la cantidad de 3.200 indígenas muertos, 1.200 prisioneros y 1.000 cautivos rescatados.¹⁶ Es verdad que Rosas diferenciaba a los originarios entre amigos o enemigos, pero jamás entre mapuche o tewelche, chilenos o argentinos. Aliado de Calfulcurá, expedicionaba contra los tewelche y rankulche.

Sobre toda la época de Rosas, Mases elogia el avance de la frontera interior, el rescate de cautivos y cautivas, y el sometimiento de algunas parcialidades; pero no menciona el número de víctimas pampeanas y patagónicas, el cual, para todo el período, superaría –según Martínez Sarasola– los 6.000 muertos, un guarismo incluso superior a la campaña de Roca. La tan elogiada concepción de Rosas de diferenciar entre etnias amigas y enemigas estaba puesta al servicio de la expansión ganadera de estancieros criollos, vascos,

¹³ Tengo una explicación complementaria: como hábil estrategia político, Mases evita entrar en ciertos debates polémicos, en especial el furcio *todos los mapuche son chilenos*.

¹⁴ Pedro Cayuqueo, *Historia secreta mapuche 1*, Santiago, Catalonia, 2019. Sobre la primera bandera, *vid.* p. 52. Para el resto, véase pp. 54-55.

¹⁵ Mases, *op. cit.*, p. 36.

¹⁶ Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios*, Bs. As., Emecé, 2005, p. 207. En esta página también concluye: “Durante la campaña se rubricaron algunos tratados con grupos tehuelches y vorogas, se persiguió a araucanos, ranqueles y sectores vorogas, y se buscó fracturar la unidad indígena, a través del agudizamiento de sus contradicciones”.

ingleses, etc. Una estrategia que no va a cambiar demasiado después de Caseros (1852) con Urquiza, Mitre, Sarmiento o Roca. Rosas sólo adquiere alguna apariencia positiva si comparamos su estrategia con el plan de Avellaneda/Roca de someter o exterminar a todos los aborígenes, sin distinción entre amigos y enemigos, federales o unitarios/liberales. Pero esta diferencia con Roca no lo hace menos genocida que su sucesor. El revisionismo de derecha promocionó la *procerización* de Rosas. Y para la ceguera nacionalista, la batalla de la Vuelta de Obligado y algunos intentos de limitar la arrogancia mercantil francesa e inglesa no solo le dan un carácter de prócer, sino que también le confieren impunidad historiográfica, en especial con referencia a sus crímenes contra la oposición política y las parcialidades indígenas no obsecuentes.

Para la campaña de Roca, el autor menciona el número de 1.313 lanceros muertos, cifra que aumentará a casi 3.000 en una entrevista con el periodista Carlos Torrenco.¹⁷ En una nota a pie de página, reconoce que esos guarismos oficiales se refieren sólo al período comprendido entre agosto de 1878 y mayo del año siguiente; pero hay que enfatizar que esos números provienen del Ministerio de Guerra y Marina, presidido por el mismo Roca.¹⁸

La extrema condescendencia para con el federal Rosas, se esfuma ante las presidencias de Mitre y Sarmiento. No me siento llamado a defender a ninguno de los dos, y una historia mitrista me parece tan sesgada como cualquier variante del llamado revisionismo histórico, que generalmente encumbra a Rosas. Hoy por hoy, tanto el mitrismo como el rosismo huelen a naftaliana: no resisten un juicio mínimamente crítico de ningún historiador actual serio. Sobre las desastrosas campañas de los hermanos Bartolomé y Emilio Mitre, escribe Mases que la confederación de Calfulkurá y sus aliados “sembraron el terror y obligaban al despoblamiento de los establecimientos fronterizos de la indefensa población de la campaña”¹⁹, lenguaje que no se diferencia del de Barros, Zeballos y Roca.

La época posrosista comienza con un furcio historiográfico: “La caída de Rosas marca el inicio de un período caracterizado por los enfrentamientos internos y externos”²⁰. El equívoco estriba en que la época de Rosas no fue de paz, ni con los aborígenes, ni con los unitarios, ni entre los caudillos federales. Es verdad que los gobiernos de Mitre y Sarmiento buscaron la alianza con los enemigos de Calfulkurá para mejor combatirlo, pero ésta era la estrategia perfeccionada por Rosas. La diferencia reside únicamente en que sus sucesores invirtieron las alianzas. Se mencionan los “estrucendosos fracasos” de las expediciones de los hermanos Mitre, Hornos y Granados, pero no se valora el “éxito” de la derrota de Calfulkurá en San Carlos en 1872 durante la presidencia de Sarmiento. La infantil grieta historiográfica del revisionismo no consiste en otra cosa que usar distintas varas o medidas.

La parte dedicada a la campaña al río Negro es despachada en dieciocho carillas, incluidas las tres con las abominables estrofas del *Martín Fierro* que envilecen al indio en la toltería donde busca refugio el protagonista gaucho de la obra.²¹ Lo que más me llamó la atención en estas páginas es el debate de 1878 sobre la ley del Congreso que debía aprobar la expedición militar para trasladar la frontera interior a los ríos Negro y Neuquén, y que fue sancionada en agosto de ese año. La interpelación del diputado Lozano al ministro Roca planteaba la posibilidad de un plan pacífico fundamentado en la Ley 215 de 1867, al tiempo que expresaba que “no conviene extinguir esa raza que representa la soberanía en el desierto”.²² Roca le respondió:

¹⁷ Carlos Torrenco, entrevista a Enrique H. Mases, *Río Negro*, 15/3/2015.

¹⁸ Mases, *op. cit.*, pp. 63- 64.

¹⁹ *Ibid.*, p. 39.

²⁰ *Ibid.*, p.38.

²¹ *Ibid.*, pp. 51-53. Mi crítica se dirige, en especial, al racismo de Hernández contra el indígena y el negro, no contra la obra de *Martín Fierro* en su conjunto.

²² Para este debate, véase *ibid.*, pp. 57-58.

El propósito del Poder Ejecutivo no puede ser de ninguna manera conseguir a sangre y fuego el sometimiento de los indios; y que de apelar a la fuerza, echará mano a todos los medios pacíficos para someterlos; y sólo en caso si resisten y no aceptan las condiciones que fije el gobierno serán tratados como enemigos hasta arrojarlos al otro lado del río Negro, o reducidos por las armas.²³

El discurso del general Roca es traicionero y paradójico, no sólo por lo que, de hecho, sucedió después en su campaña, sino también en sus propios términos, ya que, “entre los medios pacíficos”, se encontraba “la reducción por las armas”. Pero oficialistas y opositores votaron la ley. El autor señala sólo que el discurso de Roca de 1878

Encerraba una serie de elementos característicos del clima de ideas que predominaba en aquellos momentos (...) entre los cuales sobresale un no disimulado determinismo racial, expresado al visualizar a los indígenas como pertenecientes a una raza inferior que marcha fatalmente hacia su definitiva desaparición, ya sea por las consecuencias de la guerra o bien por el camino de la asimilación.²⁴

Aquí Mases toma distancia del discurso de Roca, aunque lo licúa en el “clima predominante de la época”, que siempre parecería reflejarse más en los discursos políticos y en algún vocero partidario, que en una sociedad que parece estar agazapada anónimamente en la distancia, sin intervenir en ese “clima”. Leyendo esta parte desde el lugar en que escribe el historiador porteño, muchas veces lo encuentro resbaladizo. Casi siempre, como en el caso de la época de Rosas, se posiciona del lado del estado nacional en expansión. O sea, implícita y a veces explícitamente, en contra de los pueblos originarios.

El argumento de que la conquista no era contra el «indio» sino contra el «Desierto» –y así quedó el nombre de la campaña en los manuales de historia– no podría ser más burdo. Ni en los propios términos de la época se trataba de «civilizar» o «poblar», sino de despoblar, fiscalizar las tierras y darlas en grandes proporciones a los antihéroes de la conquista: hacendados pampeanos y especuladores de la Bolsa de Buenos Aires. Además, una guerra o conquista no se hace jamás contra una geografía, sino contra una potencia enemiga. Y, ya que estoy hablando de geografía, el territorio «conquistado» no era estrictamente un desierto: era, en buena medida, una estepa semiárida patagónica, pero comprendía también a más de la mitad de la Pampa húmeda, a toda la pampa de los bosques de caldenes y a muchos valles irrigables y zonas boscosas y húmedas de la cordillera. Cuando decimos «Desierto», evocamos en primer lugar al Sahara: inmensos arenales sin vegetación, con algunas caravanas de camellos con beduinos yendo de oasis en oasis. Nada de eso era el suroeste rioplatense. El nombre debe señalar más a un desierto de civilización, de cultura, de vida «verdaderamente humana»: así es como se pensó también al *Sertão* o Sertón (aféresis del sustantivo aumentativo portugués *desertão* o «desertón», es decir, «desierto grande») brasileño en la «opinión pública» de la época.

Con respecto a la cuestión «Desierto» o indígenas, Mases introduce falsas divisiones entre los mandatarios argentinos del momento:

Si para Alsina y Avellaneda la guerra era contra el desierto y no contra los indígenas, en cambio, para Roca y el resto de los militares de la época, el enfrentamiento también los incluía según lo expresaba taxativamente el propio ministro de Guerra y Marina en el mensaje que acompaña al proyecto de ley que envía al Congreso en 1878.²⁵

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*, p. 58.

²⁵ *Ibid.*, p. 77.

Y la perogrullada continúa después de una cita del discurso de Roca: “A partir de estas definiciones es fácil deducir que los indígenas son, tanto para Roca como para el resto de los militares argentinos, enemigos de igual o mayor porte que el mismo desierto”²⁶.

El debate sobre si el enemigo era el «Desierto» o el indígena era ya un dislate en el siglo XIX; y ahora, en el siglo XXI, lo es mucho más. Para todos los gobernantes, desde Rosas hasta Roca pasando por Mitre, Sarmiento y Alsina, el enemigo era el «indio» que ocupaba el «Desierto». La diferencia entre ellos era sólo estratégica: ir venciendo a los indígenas para tomarles sus tierras gradualmente, o mandar una expedición con todas las divisiones militares disponibles para tomar de un solo golpe todo el territorio hasta el río Negro y Neuquén, como ya se había aprobado en una Ley de 1867 en épocas de Mitre y de la guerra del Paraguay.

Ocupación gradual contra ocupación súbita y total: esa era la grieta que dividía a estos políticos, y no una fantástica guerra contra el «Desierto» versus una guerra contra sus habitantes. Alsina, Avellaneda o Roca no se caracterizaron por dividir las parcialidades en amigas y enemigas, y se jactaron de romper todos los pactos y acuerdos que habían sido establecidos con los pueblos ancestrales. La lucha contra el «Desierto» no pasa de una patraña hiperbólica o una maniobra lingüística para conformar a algunos falsos opositores en el Congreso.

Los raídes exterminadores de 1878 comandados por los futuros latifundistas Levalle, Villegas, Racedo, Vintter, Uriburu, Godoy, el hermano de Roca –Atavila– y otros, no son descritos en el capítulo “Antecedentes” como lo que fueron: robo de caballadas, ganado y pertenencias como ponchos y platería; asesinato de mujeres y niños; quema de las tolderías cuando los *aukas* habían salido a bolear avestruces.²⁷ No. Se lo describe bajo el épico título del libro de Estanislao Zeballos: *La conquista de 20.000 leguas*.

“Desierto”, “Conquista del Desierto”, “cuestión o problema del indio” y “destino final” son todas expresiones atiborradas de una ideología que debería eliminarse del léxico historiográfico. Como también apelar a una supuesta o real crisis económica que llevaría a la necesidad perentoria de incorporar tierras nuevas a la producción en el sistema del proyecto agroexportador vigente. No hace falta ser especialista en análisis de discurso para sacar algunas conclusiones primarias.

Capítulo 2. Las alternativas

Aquí el autor anticipa una síntesis de lo que va a presentar en los capítulos posteriores. Es como una conclusión anticipada. Las alternativas para «solucionar» el «problema del indio» serían básicamente cuatro, aunque la cuarta posibilidad —«darles» tierras y no restituirles sus antiguas posesiones— aparece sólo tímidamente al final del libro.

Las tres primeras alternativas serían las reducciones salesianas, las colonias militares-estatales mixtas (es decir, con inmigrantes europeos) y el sistema de “distribución”²⁸, el cual, de hecho, era la dispersión geográfica, la disgregación violenta de comunidades y familias y su reducción a servidumbre en establecimientos ganaderos, ingenios tucumanos, el Ejército o la Marina. Ahora bien, esta tercera alternativa fue, en realidad, cronológicamente la primera: se comenzó a poner en práctica desde los comienzos de la ocupación militar, es decir, desde agosto de 1878. El destino final de la masacre (unos 3.000 muertos según

²⁶ *Ibid.*

²⁷ El libro comparte con casi todos los textos similares el hecho de que jamás se menciona la violencia de género o los secuestros y violaciones de mujeres y niñas indígenas.

²⁸ Lo escribo entre comillas para darle un énfasis de concepto.

las fuentes oficiales) no aparece como alternativa, aunque lo fue. La mayoría de ellos no murió en combate, ya que la última gran batalla había sido entre Calfulkurá y Rivas el 8 de marzo de 1872.²⁹

Aunque menos que en el congreso del 79, Mases trata de preservar en lo posible la figura del general Roca. Comenta una frase de él anterior a la campaña de 1879, pero con las *razzias* sobre las tolderías pampeanas en plena ejecución. Reza así:

Roca planteaba que lo más conveniente era la diseminación de los indios prisioneros respetando la integridad familiar, en las poblaciones rurales, lejos de la frontera, en donde (y ahora comienza a citar textualmente a Roca) “sometidos al trabajo que regenera y a la vida y ejemplo cotidiano de otras costumbres que modificarán insensiblemente las propias, despojándolas hasta del lenguaje nativo como instrumento inútil, se obtendrá su transferencia rápida y perpetua en elemento civilizado y fuerza productiva”.³⁰

El párrafo citado comienza parafraseando un artículo de Roca de *El Nacional* y, de repente, se transforma en un comentario propio del autor. Y eso es lo que pasa muchas veces en el libro. ¿Habla Roca o Mases? ¿Hablan Álvaro Barros, Zeballos, Olascoaga o Mases? Esto nunca queda demasiado claro porque el texto se resbala continuamente desde la legitimación de la falsa epopeya de Avellaneda y Roca a la condescendencia y conmiseración para los que deberían ser los protagonistas de su historia, aquellos que denomina en el subtítulo como “los indios sometidos del sur del territorio”.

Como la parte de la “distribución” –a mi parecer, la sección de más valía de la obra– va a ser tratada en el capítulo siguiente, aquí me detendré sólo en los comentarios sobre las otras alternativas mencionadas: las reducciones salesianas y las colonias militares mixtas. La cuarta alternativa no hubiera sido “proyectar”, ni “dar tierras”, sino devolverlas a las comunidades originarias para que siguieran viviendo en el suelo que siempre fue su hábitat; pero esto no se menciona en este capítulo, aunque aparecerá –medio avergonzadamente– en el último capítulo, en el acápite “Una primera alternativa: nuevamente la tierra”.³¹

De hecho, toda la tierra es rápidamente fiscalizada y repartida por el estado como premios a militares (hayan participado o no de las campañas) o ventas, a precios irrisorios, a estancieros y especuladores de la Bolsa. Cuando las leguas cuadradas eran semiáridas, muchas veces se trocaban por tierras más productivas en la Pampa húmeda.³² Un muy buen trabajo sobre este tema, de 50 años atrás, fue el presentado por el equipo de Enrique Barba en el II Congreso de Historia Argentina y Regional en Comodoro Rivadavia, entre el 12 y 15 de enero de 1973. Allí se especifica la ley de 1885 de premios militares que le otorgaba a Roca y a los herederos de Alsina, etc., 15 mil hectáreas.³³

²⁹ Imposible obtener una idea cabal de los muertos durante las campañas de 1878 a 1885. La magnitud de la alternativa que no se menciona –la eliminación lisa y llana de combatientes, mujeres y niños– no la sabremos nunca. Tampoco la mortandad en los campos de concentración, los ingenios y las colonias por epidemias (sobre todo de viruela, gripe o tuberculosis).

³⁰ Mases, *op. cit.*, p. 83. Glosa que se desliza a una cita textual de Roca de *El Nacional*, con fecha 30/11/1878.

³¹ *Ibid.*, pp. 230-240. Versa, como comentaré luego, sobre las diez colonias y la reserva creadas por Roca y sucesores a partir de 1898.

³² La conquista de Roca fue el tercer capítulo de la apropiación de la tierra en grandes latifundios. Los noveles estancieros siempre estaban conectados, o formaban parte, del estado (rivadaviano, rosista, mitrista o roquista). La primera oleada fue la enfiteusis de Rivadavia, en que, supuestamente, hacendados como Anchorena o Rosas, le arrendaban al estado las nuevas tierras pampeanas que luego se apropiarían. La segunda fue la del propio Rosas, seguida durante los gobiernos de Urquiza y Mitre. Y la tercera oleada, la que termina incorporando a toda la Pampa húmeda y también las estepas semiáridas y toda la región patagónica, se realizó con el gobierno de Roca y sus seguidores, desde 1878 hasta entrado el siglo XX.

³³ Enrique Barba *et al.*, “La Campaña del Desierto y el problema de la tierra. La Ley de premios militares de 1885”, en el tomo III del congreso mencionado, pp. 145-183. Relata también los nombres –con la extensión de propiedades y su ubicación geográfica– de los que se beneficiaron con esa ley sancionada sólo en 1885 y puesta en práctica en la década del 90 del siglo XIX. Los beneficiados eran los expedicionarios, sus herederos, los cesionarios y también sus herederos. En total, el artículo presenta una lista de no menos de 28 hojas. Me llamó la atención que, en enero de 1973, Barba presentara este trabajo y, seis años después, en el Congreso de Roca (cuya presidencia compartiera con el general Albano Harguindeguy), se prestara a ser el portavoz historiográfico de Videla al comparar, de manera elogiosa, la represión a la guerrilla con la «Campaña del Desierto». Barba tuvo suerte. Después de la vil dictadura, siguió presidiendo la Academia Nacional de la Historia. Lo cual no habla bien de la Academia.

La alternativa de las colonias militares mixtas se redujo a una sola experiencia fracasada: Colonia Conesa, sobre el río Negro, donde fue confinada la parcialidad tewelche de Juan José Catriel, la misma que vivió bajo una relativa paz en el zona de Azul, pero se rebeló en 1875, pocos años antes que se viniera el Armagedón, aliándose a Namunkurá, Pincén y otros: mapuche, tewelche, rankulche y puelche, mancomunados en un último intento de detener con las tacuaras a los que se venían con los rémingtons. En general, el texto no avanza mucho sobre lo ya dicho en 1979, solo que ahora, en democracia, se permite algunas críticas a los funcionarios estatales y militares. La causa del fracaso de esta “maravillosa” propuesta de Álvaro Barros sería la desenfrenada corrupción de la administración económica. No se comenta la epidemia de viruela, y nada se dice sobre las relaciones sociales entre los tewelche e inmigrantes europeos, porque estos, posiblemente, nunca llegaron, o nunca quisieron llegar, a Conesa.

Originalmente, Conesa no era una colonia sino un campo de concentración de prisioneros indígenas. Transformarlo en una colonia agropecuaria bajo la dirección de los militares hubiera sido como transformar, en 1945, a Sobibor o Bergen-Belzen en una colonia agrícola bajo la administración nazi.

Así como no se entiende la condescendencia del autor para con Roca, tampoco se entiende su admiración por el primer gobernador de la Patagonia, Álvaro Barros, ni la bondad de su proyecto de colonias militares mixtas, de las cuales la Colonia Conesa fue –por suerte para los indígenas– la única experiencia llevada a cabo.

A los fracasados proyectos de reducciones salesianas –que pretendían emular a las jesuíticas de la época colonial– el autor le dedica unas quince páginas, cinco más de las dedicadas a las colonias del fin de siglo (y modificando bastante su investigación de 1979). En efecto, en esa, su primera contribución a la historiografía patagónica, defendía que las reducciones salesianas hubieran sido la única solución al “problema del indio”. En el libro, 31 años más tarde, argumenta que “La imagen que Don Bosco tendría en sus sueños de la Patagonia y de sus primitivos habitantes en muy poco o nada difería de la que tenían políticos, científicos y militares de los sectores predominantes de la sociedad local de entonces”³⁴.

Sin embargo, unas páginas más adelante, Mases vuelve a la carga con uno de sus viejos caballitos de batalla: un “gobierno hostil” a los proyectos salesianos, aunque esta vez amplía el número de los que se oponían tanto a las colonias militares como a los proyectos salesianos:

Sin embargo, más allá de las promesas del propio general Roca, los proyectos del salesiano [habla de Fagnano] no llegaron a tener eco favorable pues chocaron, una vez más, con la intransigencia del ministro Del Viso y con un clima hostil a todo lo que tuviera que ver con la Iglesia Católica, caracterizado por un fuerte anticlericalismo del que no eran ajenos numerosos funcionarios y políticos del gobierno así como cierta prensa porteña. Es el caso de *El Librepensador*, órgano de la masonería argentina y *La Tribuna Nacional*, vocero oficioso del gobierno central, periódicos que llevaron adelante una fuerte campaña contra el accionar de la Iglesia y de sus representantes.³⁵

Pero, a pesar de repetir aquí el juicio de 31 años antes, reconoce ahora que a los proyectos salesianos les faltó el apoyo estatal no sólo de Antonio del Viso, sino también de parte de Roca, y señala también que a los salesianos italianos les faltaba “El conocimiento de la realidad política que vivía el país en la época y que el gobierno liberal no estaba dispuesto a compartir la autoridad con ningún sector y menos con la Iglesia católica”³⁶. En 1979, la reducción salesiana era el único proyecto adecuado; en 2010, entiende que el

³⁴ Mases, *op. cit.*, p. 97. Cien años después, en ocasión del centenario de la conquista del «Desierto», el obispo salesiano de Neuquén, don Jaime de Nevares, sí se oponía al gobierno de Videla y su patético festejo de la efeméride en el Congreso de Historia más subsidiado de todos los tiempos.

³⁵ *Ibid.*, p. 105.

³⁶ *Ídem*, pp. 107 y 108

gobierno de Roca no quiere compartir su autoridad con la Iglesia y, en 2015, histeriquea ante Torrenge afirmando que “Roca también metió en caja a la Iglesia”.

En este capítulo, concluye que, en definitiva, acabó prevaleciendo el sistema de “distribución”. Dos proyectos fracasaron a pesar de la buena voluntad de Roca y Álvaro Barros. Hubo un proyecto hegemónico genocida, que tuvo continuidad en la “distribución”. Se le da poca relevancia, en esta parte del libro al menos, a la alternativa de devolver las tierras que se les quitaron a las comunidades originarias.

En cuanto a su política para con los pueblos originarios –con todos los pueblos originarios–, Rosas, Mitre, Sarmiento, Alsina, Avellaneda y Roca eran el mismo perro con distinto collar. Sí, el historiador debe establecer distinciones, pero estoy hablando del objetivo “final” de todos los políticos republicanos argentinos y chilenos del siglo XIX: eliminar al indígena física y/o culturalmente, y apoderarse de sus tierras. Había tierra para todos, pero no les dejaron casi nada. Los cálculos poblacionales revelan que los habitantes de las pampas y la Patagonia no pasaban de unos 100 mil, el número actual (censo 2022) de los moradores de la ciudad de Junín, provincia de Buenos Aires.

Capítulo 3. El sistema de “distribución”: su aplicación

Este capítulo es, sin dudas, el más relevante de una obra ambigua y contradictoria. Es el que mejor intenta responder al tema propuesto por el subtítulo: “El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio”. Después de la masacre, la principal respuesta del gobierno de Avellaneda, primero, y de Roca después, fue la desintegración y la distribución por la geografía del país de un gran número de indígenas pampeanos y patagónicos.

La “distribución” consistió en la repartición de mapuche, tewelche, ranculche e integrantes de otras naciones preexistentes –inclusive los tobas, wichi, pilagás, etc. de la zona chaqueña– para el servicio doméstico, como peones de estancias ganaderas, mensuales (*mensús*) explotados en los ingenios tucumanos de los amigos y parientes de Avellaneda y Roca (trabajo para el cual, según señala el autor, los inmigrantes europeos no servían) y también, *last but not least*, para cubrir las plazas vacantes en la Policía, el Ejército y la Marina, o sea en las instituciones del estado que los secuestró, desmembró a sus familias y robó sus tierras, ganado y pertenencias.

Concuerdo con Mases en que la principal medida para ese triste “destino final” (término escabroso al cual no me puedo acostumbrar) fue la “distribución”, y es loable que reconozca que las estadísticas consultadas no le permiten una aproximación al número real de los «distribuidos». Cabe suponer, entonces, que los 10.539 prisioneros secuestrados por Roca para el trabajo subalterno que nadie quería hacer –y que figuran en las fuentes oficiales como “indios no combatientes prisioneros”–, sumados a los 1.271 “indios de lanza prisioneros”, son estadísticas surrealistas originados en el Ministerio de Guerra y Marina presidido por Roca. Asimismo, los guarismos de 12.859 cautivos y de 1.313 muertos son engañosos, pues se refieren sólo a los meses que transcurren entre agosto de 1878 y mayo de 1879, cuando la campaña duró hasta 1885. Pienso, por ejemplo, en la larga marcha de 1.200 kilómetros de a pie de las parcialidades prisioneras de Sayhueque, Foyel e Inacayal desde Junín de los Andes hasta Carmen de Patagones: ¿cuántos niños, mujeres y hombres habrán sucumbido en ese trayecto?³⁷

En repetidas ocasiones, el autor se lamenta por el hecho de que muchos particulares –como las mujeres de la “Sociedad de Beneficencia” o “Defensoría de Pobres e Incapacitados”) pasaban por encima de las autoridades legítimas para apropiarse, por ejemplo, de empleadas domésticas gratis. Pero, más que condenar

³⁷ Vid. Martínez Sarasola, *op. cit.*, p. 268.

al “sistema de distribución” en sí mismo, una y otra vez condena sólo los abusos dentro de ese sistema. No fueron las prácticas corruptas las principales causas del fracaso, sino el sistema de las colonias militares y la “distribución” en sí. Tal vez haya otras lecturas posibles, pero para mí la obra es un acervo de contradicciones y mimetizaciones con las fuentes oficiales. Aunque se condenan los abusos, se comparte el objetivo principal de toda la conquista: integrar, en forma subsidiaria, a los indígenas dentro de algo llamado “comunidad nacional”.

Una frase sintetiza bien ese lamento sobre los defectos del sistema: “Sin embargo, el sistema adoleció de una serie de irregularidades que se evidenciaron apenas se puso en práctica, y que lo convirtieron más en un instrumento de ‘explotación’ que de civilización”³⁸. Esta frase revela que el mencionado desmonte del esquema civilización/barbarie, está lejos de manifestarse en toda su obra. Sin las irregularidades, ¿el sistema de “distribución” habría sido un instrumento de civilización, con o sin comillas reticentes?

Resulta claro que no fue sólo la anomia en las prácticas que rigieron en los sistemas de “distribución”, o en el confinamiento en campos de concentración (como el de la isla de Martín García), la verdadera culpable del genocidio cultural indígena de las últimas dos décadas del siglo XIX. Era totalmente imposible que esos “sistemas”, al servicio del estado opresor y sus amigos, pudieran llevar a algo llamado “civilización”, la cual, por lo demás, nunca se define, aunque se intuye su sentido en los entresijos de toda la obra: la prioridad absoluta del estado nacional y su élite dirigente por encima de los derechos de los ciudadanos.

Sin duda, el texto presenta un gran avance con respecto al de la comunicación del congreso presidido por el general Albano Harguindeguy y el historiador Enrique Barba en 1979. “Civilización”, ahora, casi siempre se escribe entre comillas, aunque a veces se las olvida. La cuestión es: ¿qué es lo que se le cuestiona a la civilización? ¿Sus modos de operar, sus prácticas económicas, su cosmovisión, o meramente sus «consecuencias colaterales»?

En todo caso, entre las prerrogativas del estado oligárquico y los derechos de los pueblos, la balanza se inclina casi siempre para el lado del estado como sistema de poder, y no hacia el de la “cuestión indígena”. Por ejemplo, se naturaliza que el estado fiscalizara todas las “tierras ganadas a los indios”, expresión tan cara a los historiadores e historiadoras que fueron a Fiske Menuko en ese noviembre de 1979.³⁹ Una lectura de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de Mariátegui, hubiera ayudado. Pero Mariátegui, Bayer, Portilla, Wachtel o Caio Prado Junior no figuran en su bibliografía. *Muéstrame tu bibliografía y te diré quién eres*. ¿Olascoaga, Zeballos, Barros, Villegas? Todo bien, son fuentes de la época que hay que aprender a leer a contrapelo. Pero el exceso de Belza, Braun Menéndez, Santiago Copello, Argeri, Bertoni, Botana y algunos créditos locales del Comahue, muestra una situación de alguien que se quedó en el tiempo o se perdió en los pasillos de la Academia Nacional de la Historia, por más que meche en la edición de 2010 algunos autores más *sociales* en su obra. Llama la atención —en alguien que invoca en su introducción a Thompson— la total ausencia de autores socialistas-humanistas en su obra.

Continuando con el tema de la “distribución”, notoriamente más opresivo que el reparto colonial, el autor se acerca a esta idea:

La particular persistencia de las irregularidades producidas en el sistema de la distribución, continuadas a lo largo de toda la etapa militar, haciendo caso omiso de las normativas y distorsiones [sic], nos lleva a pensar cuál era la verdadera intencionalidad de aquellas autoridades encargadas de los indígenas prisioneros. Es decir, ¿hasta qué punto estas irregularidades no fueron consentidas y apañadas por estas

³⁸ Mases, *op. cit.*, pp. 116-117.

³⁹ Siento como un deber mencionar que la única docente del Comahue (de Neuquén, Roca o Viedma) que defendió el derecho sobre sus tierras de los mapuche en ese Congreso de Roca fue la profesora Gladys Varela. Vaya aquí mi reconocimiento.

mismas autoridades, más preocupadas por la necesidad de una rápida desaparición de los pueblos indígenas dada la pesada carga económica significada tanto por la manutención como por la necesidad de su transformación en «seres civilizados».⁴⁰

Por fin parece acercarse a una posición en la cual no sólo hay abusos, sino que el sistema mismo es abusivo. Pero lo hace tímidamente, usando el plural mayestático “nos lleva a pensar” y sin denunciar claramente a las autoridades supremas, sino refiriéndose sólo a aquellas encargadas de los prisioneros. Otro elemento presente es la preocupación por el costo fiscal que significaba la manutención de los prisioneros y, en definitiva, no hay una clara condena del sistema de dispersión, secuestro y reducción a la servidumbre en los servicios domésticos, ingenios tucumanos y corporaciones militares. Como en el caso de la acción de Del Viso y cierta prensa anticlerical, nuevamente se ignora que, frente a esas autoridades, Roca era el vencedor de las rebeliones mitristas y otras, que dirigió la poca gloriosa «Campaña al Desierto» de 1879 y fue el vencedor en la lucha por la capitalización de la ciudad de Buenos Aires; y de que era tucumano como Avellaneda y socio de los barones del azúcar, a quienes obsequiaba trabajadores baratos. O sea que, en el pináculo de su poder político y militar, era él quien dirigía la política corrupta de “distribución” y también, lo mismo que Avellaneda, exigía la entrega de *chinitas* para su servicio doméstico.⁴¹

Al ver que entre los apropiadores de niñas y niños no sólo estaban Saturnino Unzué y otros hacendados, a los cuales sí se menciona en el texto, sino también todos los generales de la Campaña, los azucareros tucumanos y también Avellaneda y el clan de los Roca, no hay cómo no trazar un paralelismo con los apropiadores de hijos de desaparecidos del período 1976-1983. La dictadura de Videla se espejaba en el genocidio de Roca de 1879, como descubriría agudamente Julio Vezub en ocasión de comentar los festejos del centenario de la «Conquista del Desierto». El discurso inaugural de Enrique Barba, presidente de la Academia de la Historia, todavía da vergüenza ajena –y más aun viniendo de un catedrático prestigioso– por su cursilería, pretensión y obsecuencia. Postulaba sin medias tintas que la conquista acabó con el «salvaje» del «Desierto» así como el “Proceso de Reorganización Nacional” de Videla estaba extirpando a la subversión guerrillera y estudiantil.⁴²

El caso de los prisioneros enviados a los ingenios de Tucumán es paradigmático. El diario local *El Orden* descalifica a los inmigrantes europeos para promocionar la llegada a los ingenios de los aborígenes; trata a los inmigrantes como “inútiles”, “incapaces”. “una plaga”. “Casi todos los colocados en la industria azucarera no han durado ni 8 días”⁴³. El contrato diseñado para los indígenas era de dos años y cuatro pesos por mes; liquidación anual del salario, previo descuento de lo gastado en la proveeduría y retención de los saldos hasta el fin del contrato. O sea, un régimen de explotación semejante o peor que el de los mensús de la selva misionera, tan bien descrito por Horacio Quiroga. Los inmigrantes europeos y de Medio Oriente, que vinieron al país para mejorar sus condiciones de vida, hacían muy bien en no aceptar esos lugares de trabajo, y esos periodistas de *El Orden* seguro que jamás rebolearon un machete en un cañaveral de su Tucumán querido.

La descripción que hace Mases de la situación del millar de indígenas del sur en los ingenios tucumanos es bastante realista. Pero, en un comentario, nuevamente le echa la culpa sólo a los abusos de los azucareros tucumanos, y no al sistema de “distribución” roquista: “Resulta evidente que el interés de los empresarios distaba de ser coincidente con la enunciación de propósitos hecha por Roca, y veían a los indígenas como

⁴⁰ *Ibid.*, p. 133.

⁴¹ Véase Alexis Papazian y Mariano Nagy, “De todos lados, en un solo lugar”, en Walter Delrio, Diego Escolar, Diana Lenton y Marisa Malvestitti, *En el país del nomeacuerdo*, Quilmes, Ed. UNRN, 2018, pp. 69-98, en especial la cita de la página 85 que menciona: “El jefe de la isla Donato Álvarez, hizo cumplir tres órdenes del presidente Avellaneda que solicitaba que envíen a 6 chinas de entre 10 y 12 años y un chino de la misma edad y se dispongan de las chinas de entre 8 y 10 años y sean remitidas tres al mismo Excmo. Señor Presidente”. En otra parte de este artículo sobre el campo de concentración de Martín García, aparece un pedido similar por parte de Roca.

⁴² Véase Enrique Barba, “Discurso Inaugural”, en *Actas del Congreso de General Roca*, 1980, vol. I, p. 37.

⁴³ Mases, *op. cit.*, p. 156.

mera solución transitoria a la escasez de la mano de obra”. Y remata la frase con esta reflexión: “Paradójicamente, estas mismas condiciones de vida y de trabajo acercaron a los indígenas más rápidamente a su aniquilamiento y exterminio que a los objetivos de la civilización [sin comillas] e integración que en su momento había planteado el ministro Roca”⁴⁴.

La verdadera paradoja no estriba en que los empresarios tucumanos no respetasen el proyecto de Roca de «civilizar» mediante el trabajo, sino en la tendencia del autor a sustituir continuamente las prácticas reales por el relato parlamentario y los documentos oficiales. No había ninguna divergencia de Avellaneda y Roca con sus amigos o socios tucumanos como los Posse, Nougés, Tornquist y los hermanos de Julio Argentino, Ataliva y Rudecindo.

La incorporación de los prisioneros mapuche y tewelche al Ejército y la Marina es otro tema que da vergüenza ajena, como el discurso de Barba. Escribe Mases: “De esta manera los ‘bárbaros y altivos’ enemigos de ayer pasaron a ser rápidamente disciplinados y eficientes reclutas, valientes soldados de la patria y respaldar la Autoridad del Estado que los había sometido, en la opinión de sus superiores y de las autoridades de turno”. Y termina la frase con esta acotación lanzada al aire: “en algunos casos perduraron formas de resistencia”⁴⁵.

En el Ejército no había suficientes candidatos para ocupar las plazas, y lo mismo sucedía en la Marina, lo que remite a la falta de «voluntarios» o inmigrantes para trabajar en los ingenios tucumanos. Con referencia a la Armada, el autor levanta una bandera nacionalista rayana en la xenofobia: “había que remplazar con nativos del país a las tripulaciones de origen extranjero”. ¿La razón? Un posible conflicto con Chile. “Las autoridades entendían que sería más seguro contar con tripulaciones de origen nativo imbuidas de espíritu patriótico, y no con marineros extranjeros que sólo prestaban sus servicios por un interés pecuniario”⁴⁶. Qué mal, ¿no? Esos extranjeros, italianos o chilenos, trabajando por un salario en la Marina argentina...

No me cansaré de recalcar que no eran sólo las «autoridades» las que entendían eso. La tortuosa relación del autor con sus fuentes lo coloca a ambos lados de la grieta. Así, oscila entre la condescendencia por el “destino final” de los indígenas y la legitimación del patriotismo roquista. El tema de ese “destino final” es la integración y, aunque lamenta frecuentemente las formas en que se realizó, el resultado final fue positivo: el estado amplió su soberanía; detuvo el posible avance de Chile sobre el territorio; repartió la tierra a militares, hacendados y especuladores; y los primitivos habitantes, a pesar de los abusos, son «civilizados» e integrados a la Patria, aunque no a la patria grande de Miranda, San Martín, Belgrano, Castelli o Bolívar.

La lectura de los ejemplos y ejemplitos de la exitosa integración de las etnias –que jamás se mencionan por sus nombres– a la sociedad nacional produce tanto malestar como esas viles estrofas del *Martín Fierro* sobre la vida en la toltería que mal ocupan, con poco ton y menos son, tres páginas del libro. Aquí sólo comentaré los casos de Mariano Molina (*sic*), de Ceferino Llancapán y de Martina (*sic*), esta última recluida en un convento junto a sus amas apropiadoras, y que se puede ver en la única fotografía que presenta el libro en el “Anexo Documental”.

Los ejemplos de adaptación e integración no deslumbran. Mariano Molina, «adoptado» a los seis años por el estanciero Juan Francisco Font de Luján, muere en 1935 como empleado doméstico. Ceferino Llancapán fue reconstruido como Eduardo Pechman por su apropiador, el alférez y cronista Guillermo Pechman, y es de suponer que, cuando las hermanas Delgado decidieron entrar a un convento, no le pidieron el parecer a su criada indígena María, y la reconvirtieron en la “hermana Martina”. Para matizar un poco esas historias de

⁴⁴ *Ibid.*, p. 169.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 172.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 183.

integración forzada, se relata el caso romántico de Juana Ranguren, que se fugó con su hijo pequeño a Trenque Lauquen para reencontrarse con su marido mapu enrolado en el Ejército.

También el cacique tewelche Orkeke, de Puerto Deseado, fue deportado en 1883 con 54 miembros de su comunidad y recluido en los cuarteles de Retiro. El diario *La Prensa* criticó a las autoridades del gobierno: “La mente del Gobierno no fue asaltar tolderías amigas, ni menos traer a sus moradores hasta aquí”. Y continúa que todo fue “el resultado de malas interpretaciones dadas a las órdenes del Ministerio”. El diario echa la culpa al coronel Vintter y al comandante Lino Oris de Roa, pero no al presidente Roca. Orkeke y su parcialidad fueron despojados de sus pertenencias y exhibidos a la morbosidad de los porteños en el Teatro de la Alegría y el Café París como rarezas antropológicas o falsos trofeos de una guerra no menos falsa.⁴⁷

Un rasgo que el autor posee en común con muchos otros es la particular reverencia hacia el perito Francisco Pascasio Moreno.⁴⁸ También el omitir o minimizar la reclusión en calidad de prisioneras-ordenanzas a las familias de los lonkos Foyel, Inacayal y Sayhueque. Estas parcialidades fueron deportadas como prisioneras de guerra después que se entregaran, no sin antes ofrecer una resistencia mancomunada entre hombres y mujeres tewelche y mapuche en la batalla de Apeleg, Chubut, en febrero de 1882. Recluidos en los cuarteles de Retiro y en el puerto de Tigre, unas quince personas habrían sido «rescatadas» después de un año de prisión por el perito Moreno, para ser «empleadas» en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Este Museo era una réplica de sus similares europeos y estadounidenses, y pretendía estar en el *ranking* de los diez mejores del mundo. El perito Moreno no era más que eso: un experto en agrimensura, aunque desde joven actuara de antropólogo y arqueólogo diletante, depredando cementerios indígenas en busca de la mayor cantidad posible de cráneos. Pero el museo contrató, entre otros, al «preparador» francés Émile Beaufils y a Herman ten Kate, un holandés errante como yo, e hijo giróvago y homónimo de un famoso pintor de escenas históricas y militares.

A Beaufils le llamaba la atención la apatía de los hombres, que sólo tomaban mate y fumaban mientras las mujeres tejían ponchos y matras para comprarles alcohol. El antropólogo bátavo ten Kate tampoco se quedaba atrás: “Ni la bondad, ni las atenciones que les brindaban y el atractivo de una remuneración pudieran vencer su apatía, a pesar de todos los esfuerzos del Perito Moreno”⁴⁹.

Sobre la muerte de Inacayal, no se entiende por qué Mases considera fidedigna una conferencia de 1931 del italiano Clemente Onelli en el Círculo Militar, o sea, 43 años después de este trágico suceso del 26 de septiembre de 1888.⁵⁰ En esa conferencia rebosante de cursilería, Onelli, reconstruido en novel patriota ante los militares en Círculo, peroraba:

Y un día, cuando el sol poniente teñía de púrpura el majestuoso propileo de aquel edificio engarzado sobre los sombríos eucaliptos, (...) sostenido por dos indios aparecía Inacayal allá arriba en la escalera monumental: se arrancó la ropa, la del invasor de su patria, desnudo su torso dorado como metal corintio, hizo un ademán al sol, otro larguísimo al sur, habló palabras desconocidas y en el crepúsculo la sombra agobiada de ese viejo señor de la tierra se desvaneció como la rápida evocación de un mundo. Esa misma noche Inacayal moría, quizás contento de que el vencedor le hubiera permitido saludar al sol de su patria.⁵¹

⁴⁷ Mases, *op. cit.*, p. 143, que cita a *La Prensa*, 1/8/1883.

⁴⁸ El único perito con mayúscula de Argentina.

⁴⁹ Cit. por Mases, *op. cit.*, p. 146. El autor muestra la misma veneración por el perito que todos los de su generación, con excepción de unos pocos, como Osvaldo Bayer. El “majestuoso propileo” y el “metal corintio” realmente me matan.

⁵⁰ Autores más confiables que Onelli datan la fecha de la muerte de Inacayal, junto a otros cinco decesos «misteriosos», en septiembre de 1887. O sea, un año antes. Y no avalan el cuento patriotero del italiano.

⁵¹ *Ibid.*, p. 146.

Pobre lonko, asesinado por la ciencia universal, la historia patria y la literatura italiana...

No hay comentarios sobre este alarde de fantasía itálica y es mucho más probable la versión historiográfica de que el joven cacique de 55 años se haya tirado por la escalinata de acceso al museo, no para saludar al sol de la patria, sino para morir después que “muertes misteriosas” acabaran con parte de su familia, y luego de tener que presenciar que el cráneo de su sobrina Margarita Foyel, de 33 años, fuese expuesto en una vitrina para orgullo de la ciencia mundial.⁵² También el cráneo de Inacayal fue a parar a las vitrinas, donde lo llegué a ver en la década del 70 antes de que fuese retirado bajo las protestas antropológicas, en 1991.

Asimismo, se ha construido un mitema sobre el cacique Valentín Sayhueque, el cual era hijo del tewelche Chocorí y una *lamgen* mapuche. Se habla de su patriotismo y de la bandera argentina flameando en su toldería. Pero generalmente no se menciona que, hacia 1882, se alió con otros caciques tewelche y mapuche para resistir a la invasión de las tropas nacionales.

El currículum de Moreno como filántropo de los prisioneros indígenas ya no era creíble en los años en que Mases editó su libro. Osvaldo Bayer describió a Moreno, poco académica pero muy acertadamente, como “alcahuete, racista y fundador del fascismo”⁵³. Los términos son fuertes, pero no aleatorios. *Alcahuete*, porque el impenitente viajero estuvo en la región al sur del Nahuel Huapi, donde fue hospedado en las tolderías, y así pudo informar sobre las fuerzas reales de esas naciones antes de la invasión. Como *Racista*, no se diferenció de los paleontólogos extranjeros del Museo de La Plata; y como ellos, pensaba colaborar con la ciencia llevando a los aborígenes como prisioneros y ordenanzas al museo para dar lugar a que, en caso de fallecimiento, sus cráneos y esqueletos formasen parte del acervo museológico. Por lo demás, su afiliación a la Liga Patriótica Argentina sustenta la acusación de *fundador del fascismo*, aunque se afilió tres años antes de la marcha de Mussolini sobre Roma.⁵⁴ Su busto sobre un pedestal blanco en el propileo de entrada del Museo de La Plata es casi tan ignominioso como la estatua ecuestre de Roca en el Centro Cívico de Bariloche. Algún día serán removidos. Pero que permanezcan el caballo y el propileo.

En un punto crucial, sin embargo, el capítulo “Distribución” está en lo cierto. Lamentablemente, fue la modalidad hegemónica para el «destino» que –por suerte para muchos– no fuese el “destino final”, a menos que se siga creyendo que un crisol de razas haya fundido o todos los argentinos y argentinas en un mismo “ser nacional” sin huellas de las culturas ancestrales, sea de originarios o de inmigrantes europeos o americanos. Los prisioneros fueron distribuidos como empleadas domésticas, peones de estancia, mensuales en ingenios de azúcar, en el Ejército, la Marina o la Policía. Y de los que se quedaron en la Patagonia y la Pampa, y no se «disolvieron» en la sociedad argentina, algunos –una minoría– fueron localizados en colonias y reducciones esteparias, es decir, no pudieron volver a los parajes fértiles, con aguadas, en los que vivían.

Si en líneas generales este capítulo está en lo cierto respecto a la forma cruel en que se desmembró a las familias y se dispersó a sus integrantes, no lo está en numerosos aspectos y, menos aún, en el hilo rojo que lo recorre y que atraviesa toda la obra: la integración. Porque la integración, a pesar de todos sus defectos, se ve como positiva, en tanto que su fracaso es atribuido a los defectos del sistema, siendo que ese sistema era justamente la causa principal de la marginalización que provocó.

En el caso de los prisioneros del Museo de La Plata, la edición de 2010, corregida y ampliada, no tuvo en cuenta los trabajos publicados desde 1994, y que denuncian una situación macabra de los prisioneros como

⁵² Vid., entre otros trabajos, Alejandro Colli, “El martirio de Inacayal. Una historia de crueldad”, 11/2/2022, disponible en <https://acoplado.com.ar/el-martirio-de-inacayal-una-historia-de-la-crueldad>. Véase también <http://colectivoguias.blogspot.com>.

⁵³ <https://www.diarioandino.com.ar/noticias/2015/02/12/167256-osvaldo-bayer-perito-moreno-fue-un-alcahuete-racista-y-fundador-de-fascismo>.

⁵⁴ En mi investigación para la tesis de doctorado, ya había descubierto la afiliación de Moreno a la Liga Patriótica Argentina. Aparece en una lista de *La Nación*, órgano oficioso de la Liga, en los primeros meses de 1919. Elijo no mencionar mi libro de tesis, ya demasiado criticado y plagado.

trofeos de la guerra, rehenes de la ciencia y del depredador serial de cementerios indígenas, Francisco Josué Pascasio Moreno.⁵⁵ Pero aun con anterioridad a estos trabajos más amigables para con los pueblos originarios, no hubiera estado de más un comentario crítico acerca de la sorpresa de Beaufils, ten Kate y otros sobre la apatía de los prisioneros a pesar de la «bondad» del perito, procerizado por la oligarquía liberal, los radicales y los peronistas. ¿En qué estado psíquico estarían esos paleontólogos, verdaderos o autoconstruidos, si vivieran prisioneros en un museo y tuvieran que ver los cráneos de sus seres queridos exhibidos a la curiosidad del público?

Hay frases que revelan esa ideología ambigua de Enrique Hugo Mases sobre la “distribución” y la –a pesar de todos los obstáculos– exitosa integración. Una de ellas es esta:

Si tenemos en cuenta que estos mismos indígenas, otrora dueños y pobladores del “desierto” con sus propios hábitos y costumbres –es decir, con una cultura propia– han devenido según este relato de (ten) Kate y de otros que hemos transcripto, en anónimos y disciplinados habitantes de la ciudad, que han modificado no sólo sus costumbres y vestuario sino también su propio lenguaje, entonces debemos acordar que esta experiencia ha resultado sumamente positiva teniendo en cuenta que, en un tiempo relativamente corto, se cumplieron ampliamente los objetivos de aquellos que determinaron la aplicación del sistema de distribución.⁵⁶

La cita que transcribí comienza con un “si tenemos en cuenta”, pasa a “según el relato de (ten) Kate”, pero vuelve a un “entonces debemos concordar”. El estilo busca quedar bien con Dios –el Estado– y el diablo –los originarios– deslizándose del comentario de la fuente a los juicios propios. Pero está claro que, en el fondo, Mases reconoce un solo protagonista: el estado.

Capítulo IV. Sistemas de colonias: debates y controversias

Por si alguna duda cabía, el segundo párrafo de este capítulo resume y define todo lo que el autor piensa sobre el sistema de “distribución”, al menos de 1878 a 1885. Lo ve como legítimo y necesario: “Si bien el sistema de distribución adoptado durante el período de beligerancia se había justificado por esa misma razón, el final de la etapa militar determinó un cambio sustancial en la realidad y, por ende, ya no legitimaba ese sistema”⁵⁷.

A continuación, llama nuevamente la atención sobre “los abusos e injusticias bastante llamativos de ese sistema los que, a pesar de los intentos oficiales de detenerlos, se seguían sucediendo”⁵⁸. Como en 1979, nuevamente trata de salvarle la piel a Roca. Pero la denuncia de los abusos del sistema no consigue encubrir la legitimación de la masacre, los campos de concentración, la desintegración de las familias y comunidades, y la reducción a trabajo servil o forzado en beneficio de la clase del genocida Julio Argentino Roca.

Considerar que la etapa de beligerancia (iniciada por el propio estado argentino) justificaba el sistema de eliminación, confinamiento y distribución; y denominarla como “etapa militar”, a la cual le sucedería una “nueva etapa de paz y colonización”, parece enraizarse en el común denominador del congreso racista de 1979. No hubo una guerra de 1878 a 1885, ni contra los originarios ni contra una geografía apodada “desierto”; ni hubo batallas grandes o medianas, ni militares heroicos combatiendo por la patria. Existieron enfrentamientos, el último de ellos en Apeleg, Chubut, el 22 de febrero de 1882; y los “héroes”, comenzando por la familia Roca, quedaron con ingentes extensiones de tierras.

⁵⁵ Vid. Daniel Badenas, “Trofeos de Guerra”, en *La Palabra*, n° 43, La Plata, sep. 2006.

⁵⁶ Mases, *op. cit.*, pp. 147-148.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 197

⁵⁸ *Ibid.*

En una página de *El Nacional* se los apea de sus caballos a los caciques Orkeke, Namunkurá y Sayhueque y se los imagina “detrás del arado civilizador para conseguir su felicidad con el sudor de su frente”⁵⁹. Y los huinkas, con el sudor de los de enfrente. Es decir, después de la “distribución” vendría la colonización. Pero no para todos.

El invento roquista de las colonias agrícolas sería sólo para aquellos que sobrevivieron al *awkan* u holocausto, y que no fueron «distribuidos» país adentro. En el proyecto presentado, treinta hectáreas para cada grupo familiar; cien “para los jefes principales de buena conducta”; y una legua cuadrada para Saihueque, Namunkurá y Reuquekurá.⁶⁰ El debate parlamentario revela un gran desconocimiento sobre el tema. Treinta hectáreas de estepa árida pueden alimentar tal vez a poco más de cien ovejas; y ya en su campaña, Roca había prohibido la poligamia, de forma que muchas mujeres y niños quedaban fuera del proyecto.⁶¹ Cada colonia sería administrada por un “subcomisario de indios”, sus “auxiliares” y un lenguaraz, secundados por una comisión de cinco miembros elegidos por la comunidad. Esta comisión, como el cacique, serían rentados.

El proyecto de ley de 1885 establecía que cada familia construyera su rancho, que los niños (no se menciona a las niñas) concurrieran a la escuela y que los hombres adultos deberían enrolarse en el Ejército dentro de los escuadrones militares de la colonia. Por lo demás, el proyecto sólo menciona a las parcialidades de Sayhueque y Namunkurá. Reuquekurá ya parece haberse perdido en el camino.

El autor menciona que este proyecto es una copia de un proyecto chileno sobre colonias que estaban siendo fundadas en la Araucanía recién conquistada, pero el proyecto argentino es de 1885 y el chileno del año siguiente. Queda en pie el hecho de que ambos gobiernos nacionales proyectaron «otorgar» una ínfima porción de tierras a los pueblos mapuche y tewelche (los rankulche y otros parecen perderse en una nebulosa).

A pesar de su alcance acotado, la ley de 1885 tenía aspectos aceptables, y por eso surgieron sus detractores, que no estaban dispuestos ni siquiera a “dar” migajas de las grandes extensiones pampeanas y patagónicas que habían recibido. Mientras el diputado Juan Darquier abogaba por las colonias mixtas, “para eliminar las primitivas organizaciones tribales”, su colega Nicolás Calvo defendía la continuidad del proyecto gubernamental de “disolver las tribus y diseminar a las familias indígenas y civilizarlas mediante la misión católica y la escuela” ya que el indígena, “no es apto para ser ciudadano ni su cultura posee nada de rescatable”⁶².

Otro gladiador salió a la palestra para terciar en el debate, nada menos que el famoso sobrino de Rosas, autor de un libro que todavía hoy pasa por bueno, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Como Calvo, Lucio Victorio Mansilla –el hijo del saladero de Ramallo que, en sus ratos libres, solía matar franceses e ingleses en la Vuelta de Obligado (“Pascual Echagüe los mide / Mansilla los mata”, cantará Alfredo Zitarrosa)⁶³–, se manifestó en el debate en completo desacuerdo con el proyecto de las colonias, y pontificó que “los indios son absolutamente refractarios a toda civilización y que resultaba un contrasentido

⁵⁹ *El Nacional*, 4/3/1885. Cit. en Mases, p. 200.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 205

⁶¹ Véase Remigio Lupo, *La Conquista del Desierto. Crónica de la Campaña de 1879*, Bs. As., Freeland, 1968, p. 83. El joven Remigio de 20 años acompañó, al igual que el fotógrafo Antonio Pozzo, a Roca hasta Choele Choel y, de abril a julio de 1879, enviaba sus artículos al diario *La Pampa*. Una de las cosas interesantes que hallé en el relato es que las toponimias de Chimpay, Chelforó, Chichinal (*sic*) o Fiske Menuko (que escribe como Fisque Menoco) y, por supuesto, Choele Choel, Neuquén, Limay, eran nombres preexistentes a la expedición de Roca.

⁶² Ambas citas en Mases, p. 207.

⁶³ Versos de la canción “La Vuelta de Obligado”, del álbum *Canta Zitarrosa* (Tonal, 1966). Lucio Victorio, más que matar ingleses como su padre Lucio Norberto, prefería salir con francesas.

considerarlos ciudadanos argentinos”⁶⁴. La vertientes federal y liberal transcurrían por el mismo cauce anti-indígena y racista, y sólo se podría detectar diferencias como colonias mixtas o de aborígenes regenteadas por el estado o, lisa y llanamente, la oposición a cualquier tipo de colonia. De cualquier modo, el debate de 1885 resultó estéril porque ambos proyectos de ley –el de Julio A. Roca y el de la Comisión de Diputados– fueron vetados.

Hubo que esperar hasta 1888 para que los señores diputados debatieran de nuevo el destino de los despojados. El resultado fue la formación de una colonia de 15 mil hectáreas para la parcialidad de Namunkurá en Chimpay. 2.500 hectáreas para el cacique y sólo 25 para cada familia. En Diputados, el proyecto –que también incluía aperos de labranza y una escuela– fue aprobado rápidamente, pero en el Senado hubo que esperar una década para su sanción. Durante años, se siguió discutiendo cuál de los dos proyectos era el mejor, si el del gobierno o el de la comisión parlamentaria. El primero es el ya comentado para indígenas; el de la comisión defiende a las colonias mixtas con inmigrantes. Pero ambos proyectos coinciden en integrar –hacer único– y civilizar, según el modelo del liberalismo oligárquico. La tercera posición –la de Darquier, Calvo y Mansilla– rechazaba ambos proyectos, y pretendía continuar con el modelo de “distribución” para mejor eliminar a las naciones originarias.

En realidad, no sólo Mansilla y sus partidarios, sino también el roquismo en su conjunto, descreían de la posibilidad de que los indígenas sean, o pueden llegar a ser, ciudadanos argentinos. La oligarquía política reinante estaba a años luz del pensamiento de Castelli en Tiahuanaco (1811), de Belgrano y San Martín proclamando la independencia de las Provincias Sudamericanas con capital en Cusco (1816), o de O’Higgins reconociendo la autonomía de la Araucanía al sur del Biobío en 1817, tal como ya había hecho su padre Ambrosio O’Higgins en varios parlamentos, como los de 1782 y 1784, o los dos que se celebraron con los tokis mapuche en 1792 cuando era gobernador de Chile.⁶⁵

El apartado “Las cuestiones implícitas” se refiere a la colonización de las “tierras ganadas a los indígenas”, expresión tan cara a muchos historiadores del pasado. Entre esas cuestiones están la nacionalidad, la ciudadanía y la inmigración masiva del período, con sus efectos sobre la integración nacional; temas que constituyeron una verdadera obsesión en la historiografía de los 80 y 90 del siglo pasado. El texto nuevamente se mimetiza con sus fuentes y sacraliza, naturaliza y eterniza los conceptos de *ciudadanía*, *nacionalidad* y –una vez más– *integración*, el hilo rojo del libro.⁶⁶

Las cuestiones implícitas forman parte de la historiografía académica argentina de moda en las décadas de los 80 y 90 del siglo pasado, en la cual los trabajos sobre la construcción de la nación y un proyecto

⁶⁴ Mases, *op. cit.*, p. 208. El libro de Lucio V. Mansilla (1831-1913) fue galardonado en Argentina y Europa. Como apoyó la candidatura de Sarmiento, éste le otorgó la comandancia de fronteras en Río Cuarto, que él aprovechó para ir con una comitiva de 18 personas a Leuvucó, actual provincia de La Pampa, a proponerles uno de esos tratados de paz *flojos de papeles* a los lonkos rankulche Mariano Rosas, Baigorrita y Ramón. Pasó de Rosas a Urquiza, y de éste a Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca; aunque en el debate de 1885 no apoyó a su líder político, quien, en 1900, lo nombró ministro plenipotenciario ante los imperios de Rusia, Austria-Hungría y Alemania. Su libro sobre los «ranqueles», a quienes visitó por 18 días, se publicó primero como «cartas» en el diario *La Tribuna*, hacia 1870; y luego, al final de ese mismo año, apareció como libro. Literariamente original y espontáneo, su concepción del indígena pampeano refleja el espíritu de la oligarquía de la época y no diverge en nada de la cosmovisión de su protector, Roca. Por más que el sobrino de Juan Manuel de Rosas le tenía afecto al excautivo y ahijado de su tío, el cacique Mariano Rosas, políticamente, la excursión a los rankulche en marzo de 1870 fue un espionaje militar (como el del perito Moreno en el sur patagónico) para preparar su eliminación; y lo dice explícitamente en el epílogo de su libro. Afirma que los «indios ranqueles» no pasaban de 8.000 a 10.000 personas, con unos 1.300 *aukas*. Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Bs. As., CEAL, 1980, vol. 2, p. 197.

⁶⁵ Cayuqueo, *op. cit.*, p. 59. Estos pactos o parlamentos tardocoloniales que reconocían la autonomía mapuche tal vez explican por qué parcialidades como la de Ignacio Coliqueo optaran por el bando realista y no por los patriotas. Es probable que consideraran más confiable al padre Ambrosio O’Higgins que al hijo Bernardo Riquelme, más tarde, O’Higgins.

⁶⁶ Al decir “sacralización”, quiero significar la conversión en verdad incuestionable; por “eternización”, la inmutabilidad de conceptos como nacionalismo o patriotismo; y por “naturalización”, la conversión en normales o legítimos a elementos que no son tales, como la desintegración familiar y comunitaria, la dispersión y la “distribución” de los prisioneros.

económico a futuro del período de las presidencias fundadoras de 1852 a 1886,⁶⁷ suelen ser desdoblamientos de la obra *Una nación para el desierto argentino* (1982) de Tulio Halperín Donghi; un trabajo pionero, por cierto, pero que no toma en cuenta la historia de los sectores subalternos (como los trabajadores) y tampoco se interesa por la suerte de los pueblos originarios, aquellos que habitaban su irónico “desierto”. La élite organiza y transforma –igual que en el proceso de la Independencia– mientras que el pueblo obedece –con pocas resistencias– las consignas desde arriba.⁶⁸

Tampoco el posible debate sobre la ciudadanía aporta demasiado, fuera del consabido temor sarmientino de una república sin ciudadanos, y de la más que vapuleada cuestión de la integración de gringos e indígenas a la nación argentina. Hay una naturalización extrema de los conceptos de argentinidad, nación, estado nacional, pueblo y ciudadanía. Pareciera *Billiken*: desde que salió el sol del 25 de mayo de 1810, surgieron mágicamente una identidad, un sentido de pertenencia y una autoadscripción sin diferencias de estamentos o clases sociales, sin diferencias entre propietarios y desposeídos, entre habitantes de la ciudad o de la campaña, entre gauchos, coyas, esclavos, comerciantes, hacendados y políticos. Una identidad con elementos congelados y difíciles de identificar, a la cual tienen que adaptarse e integrarse los pueblos originarios y los inmigrantes europeos recién llegados.⁶⁹ En el libro no parece que se pueda formar parte de un estado o una nación conservando características originarias, y tampoco que puedan convivir en un estado varias naciones, como establece la Constitución de Bolivia o como pretenden vivir los chiapanecos. Y si me dicen que esto era algo ilusorio para la época, contesto que esto era la práctica en el Reynado de Chile anterior a la Independencia; y que los ejemplos –muy imperfectos, por cierto– de los *homelands* en África del Sur, las reservas en Estados Unidos y aun la santacruceña de Aike Camusu, apuntan también en esa dirección.

En “las cuestiones implícitas” reina una vez más la sacrosanta *integración*. Se comentan algunas consideraciones xenófobas de Sarmiento o Víctor Molina (quien denuncia el peligro que encerraría para la integridad nacional “el accionar disociador de la colonia italiana”), y, sobre todo, las de Eugenio Cambaceres, el cual, en su novela *La Sangre* (1887), alerta contra la irrupción de extranjeros en la sociedad argentina. Llamar “asimilacionista intransigente” a Sarmiento puede contener visos de verdad, pero, una vez más, Mases recurre a la grieta historiográfica que separa en dos bandas, tal como se aplica también a la política partidaria e, inclusive, al manejo de una universidad o facultad de (des)humanidades. Rosas quería importar y «civilizar» a esclavos africanos y *indentured servants* (siervos endeudados) gallegos (*sic*); Sarmiento, pretendía prohibir las escuelas italianas; Roca asimilaba enviando a los mapuche, tewelche y tobas a los ingenios de azúcar y a las instituciones armadas del estado.⁷⁰

⁶⁷ Sin duda que esta tendencia pensaba colaborar con la construcción de una nueva sociedad democrática, en un país que había sido avasallado por golpes y dictaduras. Se buscaba en las raíces de la organización nacional (las presidencias fundadoras de Mitre a Roca) y en el pensamiento decimonónico (Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre y otros) las claves de esta nueva sociedad emergente desde 1983. En este contexto, presumo que se subestimó el factor autoritario de esas presidencias, sobre todo la de Roca; y quizás Enrique Barba, en su infeliz discurso para el congreso del 79 en Fiske Menuko, operaba sobre alguna base de realidad: Videla realizó con la contestación de izquierda, lo que Roca con los pueblos originarios, es decir, la sometió por las armas.

⁶⁸ En realidad, el libro de Halperín es un prólogo, sin notas al pie, de una colección de documentos históricos publicada en la Biblioteca Ayacucho de Venezuela. Esta Biblioteca fue fundada por el gran uruguayo Ángel Rama y el venezolano José Ramón Medina hacia 1974 en Caracas. Por 1982, ya llevaba publicados cien volúmenes, entre obras historiográficas, documentales y literarias. Fue, sin duda, la mayor editorial de cultura de América Latina.

⁶⁹ No quiero dar la impresión que igualo la situación de los inmigrantes europeos a la de los pueblos originarios. “Nosotros”, para incluirme en mi propio relato, fuimos mucho mejor tratados –o menos maltratados– que los habitantes ancestrales. Sólo quiero destacar que el racismo contra los indígenas, por parte de la clase oligárquica, presentaba ciertas semejanzas con la xenofobia y el desprecio hacia los gringos pobres. Una anécdota personal para *caretearla*: En 1950, en la estancia San Luis de Las Marianas, mi familia estaba ordeñando unas 80 vacas a mano en un corral de barro, cuando apareció el dueño, Juan José Blaquier Elizalde, quien nos quiso exhibir ante su señora, Magdalena Nelson Hunter, como curiosidades de un zoológico. Él creía que ganábamos demasiado dinero en uno de sus decenas de tambos, y le comenté a su esposa, “Viste, querida, si te hubieras casado con un tambero estarías mucho mejor”. Era nuestro primer año en el país, pero le entendimos muy bien. A pesar de que ganábamos demasiado, a él tampoco le fue mal, porque llegó a ser el presidente de la Sociedad Rural en épocas del general Aramburu. Agradezco a la memoria de mi hermana Johanna poder contar esta anécdota un poco autorreferencial. Yo, en ese momento, tenía 10 años, y también me acuerdo de la vez que vino el patrón a vernos.

⁷⁰ Para las referencias sobre Sarmiento, Molina y Cambaceres, véase Mases, *op. cit.*, pp. 224-226.

La sociedad argentina pasó de 1.877.000 habitantes en 1869 a 7.885.000 en 1914. Para el autor, este temor a los “peligrosos inmigrantes” hizo revalorizar en algunos legisladores la figura del indígena en confrontación al extranjero. El nacionalismo es atemporal. Historiadores cuyos antepasados, en 1885, todavía no llegaron a la región o eran, de hecho, inmigrantes, alertan contra el peligro de los gringos:

Los indígenas ya no son considerados como lo eran pocos años antes, sólo salvajes asesinos productos del desierto acostumbrados a los actos de barbarie, sino también –y principalmente– como ciudadanos argentinos susceptibles de ser incorporados a la sociedad civil y, por lo tanto, merecedores de recibir por lo menos el mismo trato y consideración por parte del estado que el que recibían los inmigrantes.⁷¹

En la práctica, nada de eso se notó. Sólo parece obedecer a una fantasía del autor. Como siempre, la integridad del estado nacional está muy por encima de los derechos de los trabajadores argentinos e inmigrantes, para no hablar de los indígenas. La frase citada confunde relato parlamentario con realidad, discurso con experiencias prácticas; hasta el punto que, muchas veces, tuve la impresión que la obra versa sobre el parlamento porteño, y no sobre la situación de los originarios del Sur después de la ocupación y despojo de Roca.

Por suerte, constata al final del capítulo que “los debates parlamentarios no alcanzaron para resolver la cuestión”, es decir, la cuestión de la integración, hacer únicos pero no iguales; “y sólo dejó en el plano enunciativo las intenciones del gobierno y de la oposición”⁷². Parcialmente, esta afirmación no deja de ser verdadera. Pero, ¿quién esperaba de ese gobierno y de ese parlamento una política digna para esa cuestión, erróneamente llamada “destino final”? ¿Y cuáles eran esas buenas intenciones del gobierno roquista que se malograron? ¿Acaso las colonias regenteadas por un comisario de indios?

En la misma página, Mases concuerda ampliamente con una frase de Lilia Bertoni, y remata:

Por lo tanto –como advierte Lilia Bertoni– el indígena, ya desaparecido como enemigo y ahora respetuoso de la Constitución y de las leyes es ya un individuo capaz de concurrir a la consolidación de la Nación, al contrario del inmigrante que con su diversidad cultural y su acendrado nacionalismo que cultivan algunas colectividades más numerosas, tal el caso de la italiana, conlleva el peligro de la disgregación.⁷³

En otras palabras, desaparecido el peligro indígena, el principal problema pasaba a ser la resistencia de la naciente clase obrera, principalmente de los libertarios, (que no eran los de Milei), los socialistas y los «sindicalistas» (que tampoco eran los jeques de la CGT y CTA).

Capítulo V. Hacia el destino final

En este capítulo, nos encontramos con un apartado de escasas diez páginas, denominado “Una primera alternativa: nuevamente la tierra”. Pero antes de comentar esta cuestión central, la de la tierra para las comunidades originarias, el autor constata una realidad que levanta grandes dudas: “a los ojos de esa misma sociedad, la mayoría de las llanuras y valles feraces, han pasado rápidamente del dominio del Estado a manos privadas mientras que las que todavía no han sido ocupadas sólo esperan ser explotadas por quienes

⁷¹ Mases, *op. cit.*, pp. 225-226.

⁷² *Ibid.*, p. 226.

⁷³ Ídem. ¿Y de dónde vendrían los ancestros de Lilia Bertoni, Mases y otros nacionalistas? ¿Son todos descendientes de lonkos tewelche, princesas incaicas o de conquistadores españoles? ¿Desconocen que la mayoría de los inmigrantes también fueron explotados en el campo y las fábricas por el «sistema» implantado por ese estado oligárquico de Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca, aunque en un grado mucho menor que los pueblos originarios?

están dispuesto a ello, aun hasta por los mismos indígenas, los que en la medida que acaten el poder y las leyes de la Nación están en condiciones de acceder a las mismas incluso con algunas ventajas pues les reconocen ciertos derechos por ser sus primitivos habitantes”⁷⁴.

El texto no menciona cuáles serían esas “ventajas” de los indígenas sobre los demás respecto a la posesión de la tierra, y acabamos de ver todas las dificultades que encontraron en el parlamento los proyectos de leyes sobre las colonias. La mención de esas “ventajas” entra también en colisión con un párrafo anterior que, al referirse a la posibilidad de ocupar las tierras ociosas, dice textualmente, “aun hasta por los mismos indígenas”.

La afirmación es falsa, aunque pretende resguardarse por su introducción, “a los ojos de esta misma sociedad”, la cual, a su vez remite a la frase de la página anterior, “para la mayor parte de la sociedad argentina”. Se trata de un sujeto siempre etéreo y para nada rigurosamente definido. Además, me encuentro nuevamente ante la disyuntiva siguiente: ¿es la mayoría de la sociedad de entonces la que opina eso, o es Mases? Por cómo continúa el relato en la página 228, todo me induce a concluir que está de acuerdo con esa supuesta mayoría y que, realmente, cree en el cambio de la mirada social sobre el destino final de los indígenas; ahora serían sujetos de derecho, y aun con “ciertas ventajas”, aunque no se mencionan cuáles y no se sabe si sobre los inmigrantes, los estancieros o quiénes.⁷⁵

Tampoco resulta creíble que, por aquella época, políticos, hombres de ciencia y militares (así, en general), “aboguen para que las comunidades indígenas vuelvan a estar en contacto con la tierra”, cuando los de su clase participaron a pleno del reparto del botín principal de la conquista, precisamente la tierra. Pero antes de abordar el tema de la “alternativa tierra”, Mases remata de forma sentenciosa:

El destino final de los indígenas estaba una vez más liberado al arbitrio de los funcionarios estatales, como inspectores de tierras, jueces y fiscales, cuando no a estancieros y hacendados convertidos en patrones de aquellos antes altivos guerreros, ya entonces devenidos en peones en algunos casos, o en simples delincuentes en otras circunstancias.⁷⁶

El apartado sobre la tierra parece retomar el tema de las colonias, que había quedado trunco en el capítulo anterior. Otra vez analiza los intentos fallidos de los salesianos para dirigir colonias indígenas, al estilo de las reducciones jesuíticas del pasado. El gobierno, nuevamente, no los alentó, y su único «éxito» fue obtener la concesión de unas 20 mil hectáreas en Tierra del Fuego para fundar “Nuestra Señora de la Candelaria”, dónde se concentraron selk’nam y alacalufes. Sin embargo, esta misión, que parecía significar el único éxito colonizador de los misioneros en el Sur, fracasó, según Juan Belza, “a causa del nomadismo de los indígenas y de epidemias como la gripe y la tuberculosis”⁷⁷. Otras fuentes mencionan también a la viruela, que asolaba a todas las concentraciones de prisioneros, colonos o reducciones, como Martín García, Colonia Conesa, Colonia Catriel y también los ingenios tucumanos.

El autor califica el relato de Belza (quien también estuvo en el congreso histórico-militar de Roca del 79) como “visión positiva”, cuando en realidad es un relato edulcorado que considera al nomadismo y a las epidemias como las únicas causas del fracaso y la extinción casi completa de la reducción salesiana. Por lo demás, el “nomadismo” no suele ser tal en ninguna parte del mundo, ya que, en general, se trata de determinadas migraciones cíclicas estacionales en procura de recursos vitales.⁷⁸ Aventuro que, en el caso de

⁷⁴ Mases, *op. cit.*, p. 228.

⁷⁵ Esa opinión pública de la “mayoría de la sociedad” se extrae de la prensa o de los informes de los debates parlamentarios. Sería la opinión de la prensa hegemónica y de los políticos de la época.

⁷⁶ Mases, *op. cit.*, p. 230.

⁷⁷ *Apud* Mases, en J. Belza, *En la isla del fuego*, Bs. As., Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, vol. 2, 1975, p. 232.

⁷⁸ Debo al brillante antropólogo brasileño Francisco Noelli esta visión *aggiornada* del nomadismo.

La Candelaria, su vaciamiento también podría significar una resistencia contra el encierro en una colonia regida por seres extraños a su cultura, creencias, costumbres, lengua y formas ancestrales de obtener recursos económicos.

Las epidemias fueron reales e influyeron en el fracaso de la misión, pero Mases omite una causa muy relevante de la desaparición de los selk'nam y otras etnias fueguinas: el genocidio practicado por envenenamiento de ovejas y ballenas por parte del bolichero gallego Menéndez, del judío lituano Braun, del chileno Behety, de los nuevos propietarios malvineros de origen británico, y de los argentinos y chilenos de ambos lados de la frontera.

En vez de una historia real sobre el destino de los selk'nam, el autor se desvía hacia otro debate de políticos e intelectuales de la época: esta vez, el que plantea el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche, quien postulaba que la República Argentina debía seguir el ejemplo de los Estados Unidos, creando grandes reservas para la población autóctona, sin intentar civilizarlos.⁷⁹ La idea del antropólogo y lingüista germano es una buena expresión de deseos, y propone grandes reservas: “sin ser sometidos a una llamada civilización de una raza distinta que para ellos es algo incomprensible”. Óptimo, una pena que esa frase fue pronunciada en un Congreso Científico Internacional en Buenos Aires hacia 1915, cuando ya no quedaban rastros de La Candelaria, y cuando los sel'knam y otras etnias fueguinas habían sido parcial o totalmente extinguidas por las pestes y la voracidad de los Menéndez, Braun, Behety y demás «pioneros».

Como en el capítulo anterior, la historia de las pocas colonias que se «concedieron» a los indígenas se basa más en los relatos y los debates parlamentarios que en las comunidades indígenas. No existe ningún trabajo de campo, investigación sobre tradiciones orales o algo por el estilo. Se habla, muy en general, sobre los innumerables pedidos de entrega de tierras por parte de los caciques, pero lo más importante de esto era el hecho de que simbolizaba el efectivo control del estado y “el respeto de los caciques por las leyes y la soberanía de la Nación y además resultaban indicativos del grado de civilización que habían alcanzado”. Por más que declare que esta posición era la del senador Del Pino, el autor la usa para argumentar que la actitud del parlamento argentino cambió, y que ya el peligro no eran los aborígenes sino los inmigrantes europeos. En un mismo sentido corre la concordancia con Mitre, quien ahora abogaba, en el Senado al menos, como acto de justicia reparador, que se les reconociera a los antiguos propietarios de la pampa sus derechos sobre la tierra.⁸⁰

Finalmente, Mases nombra en unas pocas líneas a los caciques de las comunidades que, a partir de 1890, resultan «beneficiados»: Curruhuinca, Namunkurá, Baigorrita,⁸¹ Pichiuhinca, Tripailaf y Sayhueque. Se menciona la creación de una reserva: la de Camusu Aike (Santa Cruz, 1898), destinada a los tewelche; y la fundación de la colonia pastoril de Cushamen (Chubut, 1899), para la comunidad del cacique Ñacuche Nahuelquir, también tewelche. Lo que quedaba de la fracasada Colonia Conesa fue finalmente ubicado en la Colonia Catriel, que dio origen al pueblo pampeano homónimo y fue –como Conesa– un fracaso estrepitoso.

La colonia Cushamen, aprobada en el segundo mandato de Roca, aparentaba más de lo que realmente era en los papeles y en el libro. 125 mil hectáreas, divididas en 200 lotes de 600 hectáreas, para sustentar a 200 familias. Sin embargo, al echar una mirada sobre los planos, más de la mitad del territorio son montañas

⁷⁹ Mases, *op. cit.*, p. 233.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 236. Hermosas palabras las de Mitre, pero estamos en 1894... La mayor parte de las tierras –y las mejores– ya habían sido apropiadas por los conquistadores y sus aliados.

⁸¹ En la historia de la conquista del «Desierto», el lonko rankulche Baigorrita de Leuvucó, aparece como muerto en combate en el norte de Neuquén hacia 1879. Este Baigorrita sería un descendiente, o nunca existió una colonia para esta parcialidad rankulche. Era de esperar, como lo hizo Martínez Sarasola, que el autor reprodujera en un mapa la ubicación de esas diez colonias y la reserva que menciona.

rocosas; y el resto, estepa semiárida. El diseño de un dibujante urbano de 600 hectáreas sobre un roquedal no permite el sustento de una familia numerosa. Así que los 200 lotes son una farsa.⁸²

También se menciona el traslado de la parcialidad de Nahuelpan al valle de Esquel. Así se llega a la suma de diez colonias y una reserva; a las cuales, en la mayoría de los casos, no se les dedica una descripción siquiera somera. Sólo sobre la reserva de Camusu Aike y las colonias de Catriel y Cushamen se da alguna información adicional. Sobre la reserva se dice que fue creada para que los tewelche suspendieran sus cacerías de guanacos y boleadas de choiques en las estancias vecinas. Pero el lector modal no llega a enterarse cuál fue el “destino final” de esos tewelche, mapuche y selk’nam en las colonias y la reserva, cómo eran sus condiciones de vida, sus relaciones con los vecinos o con las instituciones del estado. La historia de los pueblos originarios de la Pampa y Patagonia transcurre más en los fuegos de hojarasca de los debates parlamentarios que en las tolдерías y ranchos. Para E. P. Thompson, la clase obrera inglesa fue tan hecha por la Revolución industrial como autoconstruida por sus experiencias de lucha. Pero aquí, los demiurgos de la historia son los discursos de parlamentarios roquistas y mitristas, los infructuosos intentos salesianos de dirigir colonias propias, y los discursos y actuaciones de falsos héroes, como Clemente Onelli y el perito Francisco Pascasio Moreno.⁸³

Con respecto al conflicto que se plantea entre la Comisión Honoraria de Reducción de Indios del territorio de Santa Cruz –también llamada “Patronato”– y los aonikénk de Camusu Aike, concuerdo con el autor en que el fin último de ese organismo de políticos y hacendados era reducir a los aborígenes a la condición de peones y tomarles sus tierras de la reserva. Los zorros honorarios del Patronato cuidando del gallinero. Hasta el texto muestra un atisbo de rebeldía indígena al comentar que los aonikénk, o tewelche meridionales, se negaban a someterse a los hacendados de la vecindad.⁸⁴

Si bien no considero que los gobiernos de Roca, Juárez Celman o Pellegrini crearan las colonias y la reserva por filantropía, a favor de los pueblos ancestrales, los poderes locales regionales (y cuanto más lejos peor, como lo demuestran los casos de Tierra del Fuego, el Chaco y Formosa) eran aún más nefastos que el gobierno central para apresurar la instalación de un modelo de sociedad ganadera con los originarios como parte de la mano de obra barata, siendo que la otra parte eran las comparsas de esquiladores chilenos (muchos de ellos, de hecho, mapuches) de allende la cordillera.

Así como manifesté mi desacuerdo total con los modos de integración compulsiva de los originarios a la «civilización» de los vencedores de la campaña infame, y también con la supremacía del poder del estado por encima de los derechos humanos (tópicos que se asoman, de forma contradictoria, por todas las partes del libro), también reconozco que coincido con la postura de Mases de que el fin último de los hacendados santacruceños era disciplinar a una potencial fuerza de trabajo, sobre todo para la época de la esquila.⁸⁵ Sólo que extendiendo este no tan “velado propósito” a los objetivos de todo el proceso de conquista, comenzando con la “distribución” roquista y continuando con esas pobres colonias esteparias que la bondad de los conquistadores les dejó a los aborígenes, muchos de los cuales fueron a parar a las estancias vecinas o a los centros urbanos.

⁸² *Ibid.*, p. 239. Véase también nota 276 al pie. Según Casamiquela, *Cushamen*, en tewelche, significa «quebrado», aunque otros lo traducen como «lugar desierto». La precipitación anual no supera los 150 mm anuales. Agradezco al periodista Nelson Ávalos, de Chubut, el haberme mostrado el plano de la colonia Cushamen.

⁸³ Ídem. En la nota 276 se menciona que, hacia el año 1892, Moreno, Onelli y dos misioneros salesianos intercedieron ante Roca para la creación de la Colonia Cushamen en Chubut, entre estepas y rocas. Mejor le iría al perito Moreno cinco años más tarde, cuando recibió del estado 25 leguas cuadradas, aprox. 62.500 hectáreas, a elegir en Río Negro o Neuquén. En lugar de rocas y estepas, eligió una zona boscosa con lluvias, aunque –nobleza obliga– parte de esa concesión sería donada para formar el Parque Nacional Nahuel Huapi.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 241.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 242.

El énfasis en los “vicios” de los indígenas, sobre todo en la pereza, el alcoholismo y el ladronaje resultaba funcional a los propósitos de quitarles las tierras y proletarizarlos.⁸⁶ No es de extrañar los denuestos de los hacendados del perfil de José Hernández o Lucio V. Mansilla, pero en esta parte el autor involucra a sus antes admirados salesianos y su periódico *Flores del Campo*, cuyos artículos también cuestionan las concesiones de tierras hechas por el Congreso a las comunidades indígenas.⁸⁷ En efecto, en el artículo comentado los salesianos se muestran más preocupados por la no conversión al catolicismo (en Tierra del Fuego sufrían la competencia de los anglicanos), y por el orden constitucional, que por los derechos indígenas. Pero parece que no todos los salesianos pensaban lo mismo, y uno de ellos, Domingo Milanés, abogaba por tierras en garantía contra la exclusión social.

Los fracasos de la reserva santacruceña de Camusu Aike (“Lugar de pastos que ondulan”, un cañadón de 50 mil hectáreas) y Colonia Catriel son mencionados superficialmente, sin entrar en sus causas de fondo. Todo parece depender de funcionarios regionales inescrupulosos (Catriel) o de hacendados voraces (Camusu Aike) que echan a perder las buenas intenciones de los gobiernos que se suceden de 1878 a 1912. Así, la reserva de los aonikénk vio disminuir su población, y la mitad de sus tierras fueron expropiadas durante el gobierno de Perón en 1953, pero desde 2015 existen algunas políticas revitalizadoras. Por el contrario, en Catriel, hacia 1911 sólo cuatro familias tewelche cumplieron con los requisitos legales de los inspectores de tierras, de manera que los que quedaban fueron proletarizados y dispersados.

A medida que avanza la obra se ve más claro que el tema principal es la integración de los pueblos vencidos, y el agente de esa integración es el estado nacional, el cual, independientemente de los políticos que lo colonizan, tiene por suprema misión dominar a los habitantes del territorio, fijar sus fronteras e imponer su soberanía a originarios, inmigrantes y naciones rivales, como Chile. Los instrumentos de integración fueron la “distribución” y, bastante menos, los tibios intentos de crear colonias agrícolas en lugares por los cuales los hacendados, militares y especuladores no estaban interesados.

Después de despachar a las colonias, la siguiente sección analiza lo que denomina “Los últimos instrumentos de integración: la Escuela, la Justicia y otros agentes estatales”. Ahora bien, la escuela sarmientina siempre fue considerada como el instrumento por antonomasia de la nacionalización de niños inmigrantes, indígenas y de las fronteras. El autor señala con María Argeri que la justicia imponía la igualdad ante la ley, el matrimonio civil, la patria potestad y su orden jurídico, lo cual desintegró las ancestrales relaciones comunitarias indígenas.

En cuanto a la escuela pública, constata con Brígida Báez “que todos los potenciales alumnos debían abandonar sus propios modelos de socialización, así como sus ‘héroes’, y figuras míticas. El propósito homogeneizador debía aplanar las diferencias hasta convertirlas en invisibles y carentes de manifestaciones”⁸⁸.

Pero en el texto sobre la escuela, se produce un deslizamiento: de los aborígenes del Sur a los migrantes chilenos (mapuche o criollos) que iban poblando el territorio cercano a la frontera andina y la llamada “Línea Sur”, que corre de Fiske Menuko (vulgo, General Roca) a Esquel. La integración escolar trata entonces no tanto de argentinizar a los indígenas vencidos, sino a los migrantes chilenos. Por primera vez en el libro, el

⁸⁶ No se debe olvidar que «el vicio» del alcoholismo entre los indígenas fue fomentado por Rosas, y luego por Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, como una forma de mantenerlos dominados. Alcohol, pero también azúcar, yerba y algo de ganado para asentarlos y evitar que se llevaran la hacienda cimarrona allende la cordillera. Bien se lo dijo Mariano Rosas a Mansilla en 1870: “Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto: y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar, ni nos han hecho conocer a su Dios. Y entonces, hermano, ¿qué servicio le debemos?”. Lucio V. Mansilla, *op. cit.*, vol. II, p 199.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 243-244. *Flores del Campo*, Carmen de Patagones, 1905.

⁸⁸ Mases, en la pág. 248 de su libro, cita sin comentar una frase de un texto de Brígida Báez de 2008.

autor hace la diferencia entre mapuche “chilenos” y “argentinos”, cuando anteriormente no había hecho esa discriminación, utilizando la estrategia de nunca mencionar los nombres de las diferentes etnias: todos eran “indios del sur”.

A los contenidos impartidos por esa escuela nacionalizadora e integradora, nos los podemos imaginar: una frontera actual ya delineada por el destino, esperando el nacimiento de la patria en 1810; los héroes vernáculos del panteón patriótico, sujeto a pequeñas reformas; la grieta unitarios/federales; las relaciones políticas enconadas con Brasil, Paraguay y Chile; las inglorias guerras contra el Paraguay y los mapuche; y el proyecto económico agroexportador con capitales ingleses y mano de obra inmigrante.

El estado no pudo satisfacer la demanda de suficientes escuelas públicas en la Pampa y Patagonia, de modo que el vacío fue ocupado por las instituciones escolares salesianas (primarias, secundarias y agrotécnicas). Concluye Mases que tanto la educación pública como la confesional resultaron, en la práctica, “Un camino apto para la transformación cultural de los pueblos indígenas. Es decir, esta suerte de alianza educacional implícita sirvió para completar el proceso de homogeneización, condición primaria para la formación del ser nacional y objetivo prioritario en la constitución de la nación”⁸⁹. Más claro, echale agua.

En noviembre de 1979, Mases postulaba que la única solución para resolver “la cuestión indígena” hubiera sido la reducción salesiana, a la usanza jesuítico-colonial. En 2010, considera que la educación pública del estado oligárquico liberal, junto a la confesional salesiana, sirvieron para homogeneizar aborígenes, chilenos, criollos e inmigrantes en el crisol del ser nacional.

Entre las otras agencias estatales integradoras, se encuentran la justicia y el aparato policial. Como sucede muchas veces, su discurso es paradójico: susceptible de ser interpretado a favor de los siempre pasivos indígenas, a la vez que entreverado con las citas de fuentes primarias y secundarias, pero siempre atravesado por sus apuestas a favor de la ley, el estado y las necesidades económicas del proyecto agroexportador hegemónico. Júzguese por esta frase: “La necesidad de imponer un nuevo orden social y político a los pobladores originarios del sur del territorio argentino, tuvo en las instituciones judiciales y policiales instrumentos significativos para llevar adelante el proceso”⁹⁰.

No se entiende bien cuál es la actividad integradora de la justicia y la policía si su principal quehacer fue desintegrar y dispersar a las familias, reducir a sus miembros al trabajo servil y cobrar sobornos por la posesión de animales con o sin marca. En el contexto, el autor se esconde nuevamente detrás de una supuesta autoridad académica: esta vez, detrás de la ya citada Argeri, que menciona a “abogados imbuidos de concepción cívica (sin duda un oxímoron) que pretenden hacer del indio un trabajador o un propietario independiente y un *pater familias* con capacidad para controlar a los incapaces de su núcleo familiar. Sobre la base de estos objetivos se buscaba que aceptaran los principios de la propiedad privada y de la patria potestad”⁹¹. A continuación, Mases se manifiesta completamente de acuerdo con este elogio al orden y progreso de la civilización que combate a la barbarie.

No creo pecar de suspicaz al advertir en esta parte una marcada actitud anti-chilena, que en los capítulos precedentes no estaba presente. Mases comenta, por ejemplo, que en la región andina no moraban únicamente los sobrevivientes de los aborígenes que se salvaron de la deportación de Roca. A partir de 1885, la zona comenzó a poblarse no solo de aquellos mapuche que volvían de Chile después del *awkan*, sino también de originarios nacidos en Chile: “Un nuevo actor indígena se hacía presente y era aquel que, migrando desde el país trasandino o desde territorios aledaños se integró al mismo espacio rural, inicialmente

⁸⁹ *Ibid.*, p. 251.

⁹⁰ *Ibid.*

⁹¹ *Ibid.*, p. 252. La cita de Argeri es de su libro *De guerreros a delincuentes. La desarticulación de las jefaturas indígenas y el poder judicial. Norpatagonia 1880-1930*, Madrid, CSIC, 2005, p. 299.

como medieros y luego, con el pasar del tiempo, pasar a ser ocupante efectivo y manejar su propia hacienda”⁹².

La frase parece inocente, pero en el contexto de las citas sobre inspectores de tierras de la época, “indígenas chilenos que franquean la frontera en busca de campo argentino” parece fomentar el preconceito, todavía reinante en la Patagonia, del mapuche chileno contra el tewelche argentino. La nación mapuche es una sola y los intrusos no son los veraneadores de allende los Andes, sino aquellos a los que el estado les regaló leguas y leguas de tierras fiscalizadas. La cordillera no une sino separa al diferenciar entre indígenas locales y chilenos, cuestión mencionada en los casos de Comallo y Pilcaniyeu, y extensible a toda la Patagonia andina hasta el día de hoy. Esta discriminación no es gratuita. Los “mapuches chilenos” no tendrían derecho a la utilización de las tierras argentinas. Ya con los ingleses u otras nacionalidades no hay problema; y esto, nuevamente, hasta el día de hoy. El texto no llega a ser xenófobo, pero su debilidad consiste en aceptar, como un hecho natural, que hubiera mapuches argentinos y otros chilenos, cuando todos formaban parte del Puelmapu.

El último apartado del capítulo se denomina “La segunda alternativa: mano de obra disciplinada y barata o incorregible delincuente”. Esta segunda alternativa fue, a mi parecer, siempre la primera. Se practicó desde 1878 en la “distribución” de los prisioneros patagónicos, pampeanos y chaqueños, y tiene continuidad hasta el día de hoy a pesar de la fundación de las colonias esteparias ya mencionadas y de las ocupaciones fiscaleras andinas, las cuales no obedecían a un programa del gobierno sino a un movimiento poblacional espontáneo.

Esta segunda alternativa es ilustrada por el autor con la imposición del Código Rural bonaerense de 1865 en el territorio de Neuquén, que incluía la libreta de conchabo y jueces de paz corruptos, los cuales, de repente, dejaron de ser agentes estatales integradores. En 1894, comenzó a regir para todos los territorios nacionales el Código Rural nuevo con mecanismos similares al antiguo y su libreta de conchabo.

Los códigos trataban de evitar el robo de ganado, pero también prohibían la caza de guanacos y la boleada de choiques para que los indígenas, gauchos y demás desposeídos se vieran obligados a emplearse en las estancias de los civiles y militares, fuesen argentinos o ingleses. Todo esto me recuerda fuertemente la obra de Edward P. Thompson *Señores y cazadores* sobre la Inglaterra del siglo XVIII, en que los políticos y nobles consiguieron prohibir, mediante la *Black Act* de 1723, que la gente común (con la cara pintada con carbón para no ser reconocida) cazaran en los bosques reales o de la nobleza, que pescaran en los lagos, que juntaran leña o que disfrutaran de tierras comunales, para ir formando una fuerza de trabajo que entrara de cabeza agachada por las puertas de los talleres o por los portones de las incipientes fábricas.⁹³ Nada nuevo bajo el sol, en la Argentina de finales del siglo XIX. Se imitaban los modelos anglosajones y se trataba de impedir que los «carapintadas» vernáculos boleasen guanacos, ya que en la Patagonia todo indígena a caballo resultaba sospechoso para la agencia estatal integradora (léase: la policía).

Al final del capítulo aparece un elemento demasiado común en toda la historiografía de los pueblos originarios, sean aztecas, inkas, mayas, guaraníes o mapuche: considerarlos como una historia del pasado, algo que no existe más porque sus descendientes ya son mejicanos, peruanos, chilenos o argentinos. Una parcial excepción es lo que sucede en Paraguay –país orgulloso de su identidad guaraní– y Bolivia, cuya constitución declara la plurinacionalidad del estado (no menos de 26 naciones originarias). La curiosa excepción al hecho de la anacronización sucede con las toponimias. Vencido y despojado el guaraní, el mapuche o el tewelche real, se utilizan sus hermosas lenguas para designar provincias, ciudades, pueblos,

⁹² *Ibid.*, p. 254. Aquí no se advierte que tanto el mediero como el fiscalero o veraneador, manejaban su propia hacienda. Falta trabajo «de campo».

⁹³ E. P. Thompson, *Los orígenes de la Ley Negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, Bs. As., Siglo XXI, 2010.

ríos y montañas: Neuquén, Vuriloche, Trenque Lauquen, Camusu Aike, Chubut, Cushamen, Esquel, Limay, Epuén, Piltrikitron...

En las universidades, la historiografía de las naciones originarias se suele enseñar como “Culturas Antiguas” o “Historia Precolombina”. Después de la conquista española y/o republicana, tales naciones dejan de existir; y es un mérito del profesor Mases haber intentado describir qué es lo que pasó después de 1879, y haberles prolongado la existencia a los mapuche y tewelche, primero hasta 1910 y después hasta 1930. Pero sus luchas del siglo XXI no parecen interesar demasiado a la mayoría de aquellos que viven de esa historiografía.

El capítulo acaba con una frase memorable, cuya interpretación dejo al criterio del lector: “Pareciera entonces que, finalmente, tras un controvertido camino, los indígenas habían encontrado su destino final: aciago, miserable, marginal pero destino al fin”⁹⁴. Es la frase que sintetiza la obra.

Colofón

A mi juicio, no obstante la publicación de muchos artículos y monografías sobre la conquista del «Desierto» y sus consecuencias, falta todavía una obra que sintetice el proceso con una visión de conjunto y, sobre todo, reconociendo el protagonismo de las propias naciones dominadas, en vez de obras que colocan los intereses del estado nacional o del proyecto agroexportador de la Generación del 80 como principales focos de interés.

En este sentido, la producción de la obra de síntesis de Mases sobre las *consecuencias* de dicha conquista parecería constituirse en una iniciativa pionera, por más que el resultado final redundó en un trabajo contradictorio, ambiguo y, frecuentemente, en una velada legitimación de la campaña de Roca, justamente porque sus consecuencias no pueden ser explicitadas sin una caracterización adecuada de ese proceso conquista y sus antecedentes decimonónicos. *Estado y cuestión indígena* se asemeja más a un manual de historia de la década del 50 que a la prometida historia social-humanista.

Esta reseña, por llamarla de alguna manera, la hice con mucho disgusto y como obedeciendo a un mandato ético superior. El disgusto no era sólo por la lectura de este libro, o porque ningún académico mejor versado que yo sobre esta historia jamás se dispuso a hacer una crítica sincera, sino también porque siempre estuve contra los reseñistas ultracríticos que se complacen en destruir lo que otros construyeron. Así y todo, sentí como un deber ético desmontar las falacias de un libro que no cumple con sus promesas iniciales de devolverles su historia a los indígenas, cuando la mayor parte de lo presentado son debates parlamentarios estériles de mitristas y roquistas hipócritas en cuanto al rostro humano del mapuche, tewelche, rankulche o lo que fuere, que no aparece nunca. No hay historia social.

Aunque con grandes reparos, opino que las partes rescatables de la obra están en el capítulo III dedicado al sistema de “distribución”, y en el capítulo último, en la parte dedicada a “La segunda alternativa: mano de obra disciplinada y barata”, aunque no con el final del apartado, “o incorregible delincuente”.⁹⁵ Con respecto a la “distribución”, manifesté una y otra vez que su perversidad no consistía en los abusos de algunas autoridades menores o militares que malinterpretaron las órdenes del gobierno de Roca, sino que el sistema era perverso en sí, y que el autor tiene demasiada condescendencia con Avellaneda, Roca y demás ejecutores responsables. Lo que sí me pareció un acierto es el haber dedicado unas pocas páginas a las colonias indígenas y la reserva de Santa Cruz, aunque la importancia del tema ameritaba un espacio mucho mayor.

⁹⁴ Mases, *op. cit.*, p. 270.

⁹⁵ Lo de “incorregible delincuente”, aunque el autor lo toma con reservas y como opinión de una indefinida “sociedad” u “opinión pública” sin comprobar, o sólo comprobable en las falacias del lenguaje de los políticos, hace un flaco servicio a la comunidad en momentos que hay personas asesinadas y mujeres presas por querer recuperar las tierras que les pertenecen.

Una parte claramente deficiente y pobre es el capítulo I “Antecedentes”, donde nada se dice sobre las especificidades étnicas de los originarios del sur, sobre su cultura, su lengua, su organización económica o relaciones con sus hermanos de allende la cordillera. Tampoco aborda, ni con una alusión siquiera, la campaña de 1833-34 del otro genocida Juan Manuel de Rosas. La misma campaña de Roca de 1879 ni siquiera merece un apartado o una síntesis en “Antecedentes”, y sólo se comenta en forma fragmentaria y dislocada al final del capítulo sobre “las Alternativas”, y al comienzo del capítulo sobre “la Distribución”. Si el tema de la tesis era el “destino final” de los indígenas vencidos, las campañas deberían haber aparecido, siendo comentadas, explicadas y evaluadas. Aquí aparece una consecuencia sin causa, un resultado sin explicación. Destino sin conquista.

En cuanto a la bibliografía, hay que decir que es casi monolíticamente oficialista en sus fuentes primarias, lo cual, a pesar de ser el karma de todo investigador de la historia de los pueblos originarios, puede ser en parte remediada por su lectura *a contrapelo* y la procura de fuentes alternativas más antropológicas o sociológicas que obligan a salir del confinamiento del gabinete académico, teniendo, entre otras ventajas, el contacto con comunidades reales y el poder respirar un poco de aire puro. Por su parte, la bibliografía secundaria es abrumadoramente conservadora y nacionalista, aunque con la presencia de alguna «transversalidad académica» como Halperín Donghi, Garavaglia, Romero hijo, Hilda Sabato o algún otro referente relevante, y –en la última edición– algunos nombres del prestigioso grupo de antropólogos e historiadores de la Universidad del Río Negro. Pero la mayoría de los autores citados parecen haber salido del listado incluido en la bibliografía presentada en el congreso de Roca de 1979, donde no se podía citar a ningún socialista, progresista o, ni siquiera, a un nacionalista o peronista de izquierda (aunque yo no creo que esa variedad exista).

Y repito que las obras pioneras de Mariátegui, Portilla, Wachtel, Bayer y el *élan* social de Edward Thompson con el que chapea en la introducción, brillan por su ausencia. El historiador británico escribía desde el mundo de las experiencias de los artesanos, campesinos y nóveles obreros industriales de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Mases escribe desde los discursos de parlamentarios mitristas y roquistas, desde los informes del gobierno y desde la inasible “opinión pública” de una mítica sociedad porteña (su prensa hegemónica).

Con respecto al uso de las fuentes oficiales, tanto las del Ministerio de Guerra y Marina como las de los agobiantes debates parlamentarios, me pasó que muchas veces no conseguía identificar a la voz del que hablaba. Por la forma de glosar los documentos oficiales, daba la impresión que concordaba frecuentemente (o demasiadas veces) con ellos, y que encarnaba el pensamiento hegemónico de la época de la supremacía del estado nacional por encima de los derechos de los pueblos ancestrales. Notaba a menudo el deslizamiento –a veces sutil, en ocasiones burdo– desde la fuente al comentario –y viceversa– y me preguntaba: ¿habla Rosas o Mases? ¿Hablan Álvaro Barros, Estanislao Zeballos, Manuel Olascoaga, Francisco Josué Pascasio Moreno, o es la voz de Mases la que se escucha? ¿Es Roca o Mases quien nos interpela? Nuestro autor parece esconderse detrás de sus fuentes o testimonios, a las que glosa y parafrasea sin evaluarlas demasiado y justificando casi todo por un vaporoso “sentido común de la época”. Lo que no logré percibir casi nunca es la voz de los que deberían haber sido los protagonistas de su historia. ¿Problema mío? Tal vez. Porque eso nunca me pasa con Hobsbawm, Halperín Donghi, Di Meglio o Romero Jr., para citar algunos nombres al azar.

Considero que la obra no desmonta el esquema *civilización/barbarie* en la historiografía indígena de la Pampa y Patagonia, como él se ufana de haber logrado en la entrevista ante Torrenco. En realidad, queda flotando en algún punto intermedio de legitimación de los vencedores y cierta compasión o condescendencia para con los vencidos; entre la apología –implícita o explícita– de Roca y la crítica a sus generales o funcionarios subalternos.

No hay en el libro nada que relacione o identifique a las parcialidades originarias del Puelmapu, el Gullumapu y el Wallmapu todo, cuyos territorios se extienden a lo largo de buena parte de los actuales estados de Chile y Argentina. En la obra de Mases, como en la ideología nacionalista actual, la frontera de altas cumbres separa en vez de unir. La historiografía se divide en dos, según se localiza en una u otra de las repúblicas. El autor no incurre en la falacia de afirmar que los “mapuche chilenos” invadieron la Argentina para masacrar a los tewelche, mitema que intentó reforzar el paleontólogo Rodolfo Casamiquela en los últimos años de su vida.⁹⁶ Aunque sí menciona, como ya manifesté, una irrupción ilegal de chilenos y “mapuche chilenos” después de la conquista.

Siguiendo en la línea del pensamiento de Pedro Cayuqueo, se puede afirmar que lo que hace Mases en su libro es lo que le atribuye el historiador mapuche a Sergio Villalobos sobre el Chile del siglo XIX, y que muchos en Chile y Argentina siguen sosteniendo: el culto que se rinde al estado-nación. “Aquel de la nación chilena única e indivisible, el Chile de la unidad racial con fórceps. Allí se porfía de negar nuestra existencia como pueblo. La sola idea de un Estado plurinacional, lo usual hoy en el mundo moderno y desarrollado (*sic*), pareciera provocarle cortocircuitos”⁹⁷.

El libro de Mases me parece primario, nacionalista y elíptico, con intentos fallidos de adaptarse a las modas cambiantes de la época y tratando de acometer una misión imposible: defender los intereses del estado nacional del período, queriendo a la vez dar la impresión de estar del lado de sus víctimas. Condena los abusos y defiende el sistema. Pero el lenguaje lo traiciona. Nunca les da a los pueblos ancestrales el papel de protagonistas que merecen.

Igual, la lectura de su libro lleva a percibir mejor las características de esa historiografía, a la vez liberal y nacionalista, la cual, a pesar de sus esfuerzos de renovación, continúa rindiendo pleitesía a una patria esencialista y abstracta, enmarcada prolijamente en sus líneas fronterizas. Una patria que no tiene ricos y pobres, y que se representa no por sus clases sociales reales, sino por los próceres del pasado y del presente. Esa historiografía hace emerger, desde sus diferentes balcones, a San Martín desde Lima, a Rosas desde Palermo, a Roca de a caballo en un cuadro de Blanes, o a Perón desde el balcón de la Casa Rosada. Y siempre muestra una relación sesgada entre omniscientes de arriba y aplaudidores de abajo.

Ante esta entelequia, desaparecen parcialmente los ciudadanos y totalmente los indígenas o inmigrantes, los cuales no aportan nada a ese mítico ser nacional o a ese «pueblo» sin clases. Sólo tienen que estar dispuestos a recibir los inmensos beneficios que les brinda su nueva patria, mientras los dueños de la política, de las estancias, de las corporaciones nacionales y trasnacionales, y de las finanzas, junto con los burócratas sindicalistas millonarios, les hacen *bullying* desde un palco. Y a los indígenas, a los migrantes, a los pobres (o a los ayudantes de cátedra) se les aconseja lo mismo que en 1878 a los pueblos originarios: que se conviertan en ciudadanos disciplinados y civilizados, respetuosos de las leyes de la Nación; que renuncien a sus ideales juveniles, a su identidad, y se acojan bajo las alas del Poder.

⁹⁶ Véase Cayuqueo, *op. cit.*, pp. 35-8. El autor se refiere al libro más reciente de Rodolfo Casamiquela, *Qué pueblos indígenas poblaron la Patagonia y la Pampa*, Carmen de Patagones, Legislatura del Río Negro, 2007.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 34.

DIEGO ALEXANDER OLIVERA

LA GRECIA CLÁSICA COMO PARADIGMA EN LA MODERNIDAD OCCIDENTAL

Estados Unidos y toda la civilización occidental han sido profundamente moldeados por los extraordinarios logros del pueblo griego que se remontan a la antigüedad [...] Los poetas y filósofos griegos como Homero y Aristóteles han ayudado a la humanidad a perseguir la verdad, la virtud y la justicia. La antigua Grecia logró extraordinarias hazañas de arquitectura, geometría, creación de mapas y mucho más que han inspirado todas las maravillas del mundo. Y Grecia es el lugar de nacimiento de la democracia. ¿Habéis oído eso?

Donald Trump¹

Proximidad y distancia han sido, desde fines del siglo XVIII en adelante, las dos formas en que los modernos se han relacionado con el pasado griego clásico.² Por un lado, quienes, como Donald Trump en la cita que encabeza este trabajo, ven en los griegos antiguos un presagio de la modernidad, lo que los convierte en modernos *de facto*. Por otro, aquellos que entienden la Antigüedad como «otredad», como una cultura primitiva ajena a la actual. Para los primeros, el mundo griego sigue operando en el presente a través de su legado, que se expresa no solo en la democracia, sino, sobre todo, en el universo de valores y principios. Para los segundos, en cambio, las diferencias entre antiguos y modernos es tal, que cualquier intento de traer al presente los conceptos griegos está destinado al fracaso. En el medio de esas dos vertientes se ubica el marxismo que, si bien aceptó la premisa «primitivista», concuerda con los «modernistas» en tanto que la Antigüedad puede fungir de modelo para los contemporáneos.³

Los modos en que esas diversas formas de acercamiento al objeto griego movilizaron e incentivaron la acción política de determinados colectivos e individuos en el mundo contemporáneo es el propósito de este trabajo. Pero antes se precisa una aclaración.

¹ Discurso por el centenario de la Independencia de Grecia, en *Greek Reporter*, 18 de marzo de 2019, disponible en <https://greekreporter.com/2019/03/18/president-trump-celebrates-greek-independence-day-at-the-white-house>.

² Esta afirmación debe mucho al conocido trabajo de Pierre Vidal-Naquet y Nicole Loraux, “La formación de la Atenas burguesa. Ensayo de historiografía, 1750-1850”, en P. Vidal-Naquet, *La democracia griega. Una nueva visión. Ensayos sobre historiografía antigua y moderna*, Madrid, Akal, 1992, pp. 129-176. En especial, lo escrito en la pág. 145: “Atenas próxima y cercana. Y sin embargo un termidoriano típico, Volney, tuvo el valor de explicar, con energía sin igual, la idea de que lo próximo era ilusorio y que lo lejano era real”.

³ Los términos «primitivista» y «modernista» fueron usados por primera vez por Michel Austin y Pierre Vidal-Naquet, *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 1986. Se valieron de ellos para describir las disputas historiográficas a fines del siglo XIX sobre las características de la economía grecolatina clásica.

Más allá de sus divergencias, «primitivistas» y «modernistas» coinciden en la tesis de que Grecia representa el origen de la civilización occidental. Los primeros como etapa previa, superada por la modernidad, los segundos como presagio perfeccionado por los modernos. Pero ambos convienen en que esa abstracción que llamamos Occidente comienza con la *polis* griega. Esta idea, como han demostrado Jack Goody y Martín Bernal, es una invención decimonónica.⁴ Es decir, la exclusión del antiguo Oriente del campo histórico denominado Antigüedad fue una opción historiográfica atravesada por intereses ideológicos y políticos del momento. Una negación deliberada de los vínculos que sostenían las diferentes sociedades del Mediterráneo antiguo entre sí, en función de potenciar la dicotomía Europa-Asia. La Antigüedad clásica como cuna de la civilización occidental es una mitología del liberalismo del siglo XIX. Sin embargo, ha sido tan poderosa que proyecta su eficacia hasta el presente.

Muchos clasicistas actuales, incluso, siguen defendiendo este mito de origen del Occidente. Paul Cartledge, por ejemplo, catedrático de Historia Antigua en Cambridge, escribe, respecto de la importancia de estudiar la historia de Esparta, lo siguiente:

¿Quiénes eran los antiguos espartanos y por qué nos han de importar? A muchos de nosotros, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 nos impulsaron a reconsiderar qué había de característico y de característicamente admirable –o al menos defendible– en la civilización, los valores y la cultura occidentales. Algunos nos vimos incitados a preguntarnos en voz alta si alguna definición de esa civilización y sus valores culturales justificaría que muriésemos por ellos, y quizá incluso que matásemos por ellos. Los historiadores de la Grecia antigua pensamos en esto con especial intensidad, pues el mundo de la antigua Grecia es uno de los fundamentos primarios de la civilización occidental. Tal como dijo J. S. Mill, la batalla de Maratón, librada en 490 a.C. entre los atenienses, apoyados por los plateos, y los persas invasores, fue mucho más importante que la batalla de Hastings, incluso como acontecimiento de la historia inglesa.⁵

Sin embargo, quien escribe estas páginas descrea de afirmaciones como las de arriba. Los motivos son simples: siguiendo el ejemplo de Cartledge, habría que señalar que este es un historiador británico formado en Oxford, y que dictaba clases en Cambridge antes de jubilarse. Tanto Oxford como Cambridge, la unificación de las coronas inglesa y escocesa, así como la monarquía y el sistema constitucional de Gran Bretaña, son el resultado de un proceso histórico iniciado en la Edad Media, no en la Antigüedad. Medieval es también la fe religiosa dominante en la isla: el cristianismo. El mito de Grecia como origen de Occidente lleva implícito un juicio de valor que el historiador debe evitar, no por objetividad sino por responsabilidad. La Europa capitalista se configuró idealizando la Antigüedad y demonizando el Medioevo. A este último, como observa Falconieri, se lo concibe como lo contrario de lo moderno.⁶ En esa línea, todo lo que la modernidad niega de sí misma, se lo atribuye a la presencia «hauntológica» de la Edad Media, en el sentido que le da Marx Fischer al concepto.⁷ Allí donde se identifican comportamientos que se presumen bárbaros, violentos, incivilizados, atrasados, fanáticos y antimodernos, allí habría una actitud medieval. Pero los bárbaros y fanáticos del presente son productos del capitalismo, no del Medioevo. Por tanto, no se puede escindir el estudio de la recepción y los usos de la Grecia clásica en el presente de esos juicios de valor que obran en categorías tales como Antigüedad, Modernidad y Edad Media.

⁴ Jack Goody, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011, pp. 33-76. Martín Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993.

⁵ Paul Cartledge, *Los espartanos: una historia épica*, Barcelona, Ariel, 2009, p. 7.

⁶ Tomasso di Carpegna Falconieri, *El presente medieval. Bárbaros y cruzados en la política actual*, Barcelona, Icaria, 2015. Es cierto que esa noción de lo medieval como opuesto a lo moderno ha dado lugar a una idealización del Medioevo por parte de algunos sectores de la derecha, en especial, la que tiene vínculos con el tradicionalismo católico.

⁷ Mark Fisher, *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, Bs. As., Caja Negra, 2018.

Hecho el descargo, nuestro recorrido comienza en la independencia norteamericana, para continuar en las revoluciones de Francia y Rusia, pasando por la Alemania nazi; para retornar, finalmente, a los Estados Unidos, con el neoconservadurismo actual.

El momento polibiano

La censura al régimen democrático se remonta a la misma Atenas clásica. Una tendencia que podemos denominar «antidemocrática» se consolidó y tomó forma a partir de ciertos géneros discursivos, entre los que destaca la filosofía política. La reflexión sobre la política en Grecia se articula con una voluntad de deslegitimar el gobierno del pueblo, asociándolo al gobierno irreflexivo de la muchedumbre. La tradición occidental sobre el pensamiento político nació, pues, con una profunda vocación antidemocrática.⁸ En parte esto fue posible porque la propia democracia careció de un discurso propio, contentándose con ser “pura práctica sin discursividad”⁹. En consecuencia, la esfera del discurso escrito fue preponderantemente contraria al régimen democrático.

Un primer antecedente se encuentra ya en Tucídides y su lectura del demagogo acostumbrado a “someter los asuntos públicos al antojo del pueblo” (Th. II.65.10). Pero es en el pensamiento político del siglo IV donde se visualiza una mayor hostilidad hacia la democracia. La crítica se centra, en principio, en la igualdad aritmética que patrocina la democracia y que cuestiona las jerarquías sociales concebidas como naturales. En su lugar, sus detractores proponen una noción de igualdad proporcional que se adecue a diversos criterios jerárquicos, entre ellos, el económico. También se le adjudica al sistema el acostumbrar a los ciudadanos pobres a vivir a expensas del estado a través de la *misthophoría* y de promover la anarquía.¹⁰

Sin duda, fue Platón quien sistematizó la idea que asocia la democracia con el desorden o la anarquía. El orden supone para él la subordinación de lo inferior a lo superior, de los apetitos y ambiciones al conocimiento y la sabiduría. Sustentada en el poder irreflexivo del pueblo, la democracia basaba sus credenciales en elementos ajenos a la sabiduría (Rep. 492b-c).¹¹ En otras palabras, Platón niega que el pueblo pueda alcanzar el estatus de filósofo. Esa posición queda reservada para una minoría selecta, capaz de lograr una *tekhné politiké*.

Isócrates y Aristóteles adoptan una posición más moderada, al cuestionar la democracia contemporánea e idealizar la de sus antepasados. Es la *patríos politeía*, donde la soberanía popular reconoce ciertos límites, en tanto participa de los espacios deliberativos pero deja en manos de los nobles el control de las magistraturas. En el Estagirita, la democracia reciente (*nýn demokratía*) es producto de aquellos que “halagan al pueblo como a un tirano” (Pol. 1274a. 4. *hósper tyránnōi tōi démoi*). En el fondo, se trata de una ruptura con la situación preexistente, que se concibe como de concordia entre los intereses del *dêmos* con los de la nobleza. Pero la democracia reciente se caracteriza, según Aristóteles, por un desplazamiento de la soberanía que ya no radica en la ley, sino en el pueblo reunido en asamblea. De esa forma el pensamiento del Estagirita termina por acercarse al de Platón respecto de la dimensión anárquica del régimen.¹²

⁸ Jennifer Tolbert Roberts, *Athens on Trial. The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1994, p. 3.

⁹ Nicole Loraux, *La invención de Atenas. Historia de la Oración Fúnebre en la ciudad clásica*, Bs. As., Katz, 2012, p. 18. Opinión diferente en Domenico Musti, *Demokratía: orígenes de una idea*, Madrid, Akal, 2000.

¹⁰ Claude Mossé, *Las doctrinas políticas en Grecia*, Barcelona, Redondo, 1970, p. 65.

¹¹ Sheldon Wholin, “Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental”, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p. 51.

¹² Julián Gallego, *La anarquía de la democracia. Asamblea ateniense y subjetivación del pueblo*, Bs. As., Miño y Dávila, 2018, pp. 56-57.

Cuando Filipo de Macedonia conquistó Grecia tras la batalla de Queronea, la tradición antidemocrática estaba ya firmemente asentada. Las diversas teorías de la realeza desarrolladas en el mundo helenístico no se distanciaron de la *polis*, en tanto y en cuanto se vieron obligadas a reconocer el legado ideológico y cultural de la misma.¹³ La irrupción del poderío romano en el Mediterráneo oriental dio lugar a la indagación sobre los rasgos propios del sistema republicano que regía la ciudad de Roma. Polibio de Megalópolis, al describir la república como un tipo de constitución mixta en que la supremacía senatorial explicaba su éxito militar, contribuyó a su popularización entre sus contemporáneos y para la posteridad. La democracia ateniense quedaba vinculada con él a la oclocracia, el gobierno de una muchedumbre irracional.

Así, pues, la Roma republicana asumió el legado cultural de la Atenas clásica, pero rechazó su legado político. Los líderes de la democracia ateniense podían servir como modelos para los líderes políticos romanos. Sin embargo, el accionar del *dêmos* fue señalado como causa de la decadencia de la Atenas clásica. El filtro ideológico al que fue sometida la democracia por el pensamiento político romano moldeó la imagen del régimen en los siglos posteriores. La democracia, por tanto, fue relegada al olvido la mayor parte de los siglos que conforman la Edad Media europea.¹⁴

Su recuperación en la Italia renacentista estuvo mediada por los autores clásicos que sirvieron de guía: Plutarco y Polibio. Aunque el de Queronea fue quien dejó una impresión más profunda en las mentes renacentistas. No obstante, la experiencia de las comunas de centro y norte de Italia durante el período tardomedieval dio lugar a la recuperación de otro de los regímenes políticos de la Antigüedad como lo es la República.¹⁵ La disyuntiva entre república y monarquía colocaba a la política del lado de la primera en lugar de esta última. En síntesis, la comunidad cívica fue entendida en términos de organización republicana y no como democrática.¹⁶

Ahora bien, Rinesi ha señalado recientemente la existencia de dos modelos de república en el Renacimiento. El modelo veneciano, inspirado en Esparta, constituía un tipo de gobierno aristocrático u oligárquico. En tanto que el modelo florentino, inspirado en Roma, estaba basado en la idea de un gobierno popular.¹⁷ Oscilando entre uno y otro modelo, la república fue la opción política de los críticos de la monarquía por lo menos hasta el siglo XVI. En Inglaterra, donde existía una tradición anclada en el republicanismo clásico basada en la concepción de la propiedad como estatus político-militar, la misma fue cediendo lugar al constitucionalismo. En parte por que la propiedad estaba adquiriendo nuevas formas, pero también porque el Parlamento se instituyó como limitante de la Corona.¹⁸ En todo caso, hasta el siglo XVIII, Roma y Esparta, no Atenas, constituyeron los modelos clásicos sobre los que el pensamiento político europeo volvía la mirada.

Por tanto, no resulta extraño que los padres fundadores de los Estados Unidos rechazaran la democracia como opción política viable. Estaban influidos también por sus propias lecturas de los clásicos entre los que destacaban, otra vez, Polibio y Plutarco. La traducción de John Dryden de las *Vidas paralelas* fue muy influyente entre los patriotas norteamericanos. El hecho que los estadistas republicanos romanos fueran para Plutarco un mejor modelo de virtud que los líderes democráticos griegos inclinó la balanza a favor de Roma.

¹³ Ellen Meiksins Wood, *De ciudadanos a señores feudales*, Madrid, Paidós, 2011, p. 139.

¹⁴ Tolbert Roberts, *op. cit.* p.8. Como expresa Meiksins Wood, *op. cit.* p.256; “La teoría política medieval mantuvo una relación especialmente complicada con el legado de la Antigüedad clásica”

¹⁵ En este caso, los autores clásicos privilegiados fueron Salustio y Tito Livio.

¹⁶ Aunque Eric Nelson observa que la antigua Grecia ejerció cierta influencia en el pensamiento republicano inglés del siglo XVI con proyecciones en los dos siglos posteriores. Véase su libro *The Greek Tradition in Republican Thought*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, p. 17.

¹⁷ Eduardo Rinesi, “Una defensa del republicanismo popular”, en revista *Maíz*, n° 6, mayo 2016, pp. 12-15, disponible en <https://www.revistamaiz.com.ar/2016/06/una-defensa-del-republicanismo-popular.html>.

¹⁸ Ellen Meiksins Wood, *La prístina cultura del capitalismo. Un ensayo histórico sobre el Antiguo Régimen y el estado moderno*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018, pp. 94-95.

Excepto Pericles, Foción y Flaminio en las *Vidas*, pocos personajes griegos suelen ser más virtuosos que sus homólogos romanos. Por tanto, el republicanismo romano fue considerado el cénit de la cultura clásica y superior al modelo helénico.¹⁹

En general, la actitud de los independentistas norteamericanos fue, pues, la proximidad. Entendieron la historia antigua como *magistra vitae*, pero seleccionaron qué de ella era útil al propósito de fundar una nueva nación y qué no. En cierta manera, tenían la certeza de que estaban unidos a los griegos y romanos por una especie de afinidad imaginaria.²⁰ Pero si los griegos destacaban por su arte y cultura, dejaban mucho que desear como modelo sociopolítico. Roma, en cambio, tenía dos cosas que la hacían preferible a Grecia; una sociedad pastoril y una constitución política estable.

Entre los republicanos del período independentista –en especial la facción representada por Jefferson y Madison– tomó forma una idealización de la pequeña propiedad agrícola, que dio lugar al mito agrario todavía vigente en las formas con que los Estados Unidos se representan a sí mismos.²¹ En el centro de esa república agraria se encontraba el *farmer*, el granjero americano, que además había sido el pilar del Ejército independentista. El mito agrario estadounidense se nutrió del modelo romano que conjugaba la propiedad agraria con el servicio militar y los derechos políticos. Veremos más adelante que esta idea sigue vigente en lecturas historiográficas actuales sobre la Antigüedad.

A diferencia de los republicanos, los sectores asociados al proyecto centralista e industrialista tenían una opinión diferente de la política grecorromana. Aquí operaba aún la retórica antidemocrática que impugnaba el legado político clásico y hacía inviable, no solo la democracia ateniense, sino también la república romana entendida como república popular según el modelo florentino. En *El Federalista*, Alexander Hamilton señala el principal problema de los sistemas políticos de la Antigüedad clásica: el carácter volátil de la opinión popular.

Es imposible leer la historia de las pequeñas repúblicas griegas o italianas sin sentirse asqueado y horrorizado ante las perturbaciones que la agitaban de continuo, y ante la rápida sucesión de revoluciones que las mantenían en un estado de perpetua oscilación entre los extremos de la tiranía y la anarquía.²²

Sin embargo, los antiguos griegos todavía podían ser útiles para proponer modelos de organización confederada que inspirasen a las Trece Colonias. Hamilton y Madison alaban la Anficiónía de Delfos en cuanto su organigrama teórico, pero rechazan su puesta en práctica que resultó negativa. La Confederación Aquea, en cambio, destacaba por su moderación y orden:

Hay un hecho importante atestiguado por todos los historiadores que se han ocupado de los asuntos aqueos. El gobierno se administraba allí con infinitamente más moderación y justicia, y que había menos violencia y sedición por parte del pueblo, que en cualquiera de las ciudades que ejercían solas todas las prerrogativas de la soberanía. El gobierno popular, tan turbulento en cualquiera otra parte, no causó desórdenes entre los miembros de la república aquea, porque estaba moderado allí por la autoridad general y las leyes de la confederación.²³

¹⁹ Steele Band, *Killing for the Republic. Citizen Soldier and Roman Way of War*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2019, pp. 2-10.

²⁰ Clelia Martínez Maza, “Democracia ateniense vs. revolución americana: el rechazo al paradigma clásico”, *Potestas. Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, nº 3, 2010, p. 217.

²¹ Camila Arbué Osuna, “El *farmer* y los orígenes del republicanismo americano”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina*, nº 12, 2016, pp. 66-85.

²² *El Federalista*, IX.

²³ *Ibid.*, XVIII.

Esa visión positiva del sistema político aqueo no es casual. Después de Plutarco, el escritor griego más leído e influyente del período independentista norteamericano fue el aqueo Polibio de Megalópolis. Por un lado, Polibio destaca que la Confederación Aquea fue la democracia verdadera, la que mejor sintetizó las aspiraciones de igualdad política y libertad de palabra (Plb. 2.38.6). Por otro, la biografía que Plutarco dedica al líder de la Confederación, Filopemen, está influida por un encomio que escribió Polibio. Pero, por sobre todo, Polibio es el teórico de la constitución mixta. Fue por la mediación polibiana que los intelectuales norteamericanos independentistas accedieron a la república romana como modelo de estabilidad política y orden social.

La opinión dominante respecto del sistema de balances y equilibrios (*checks and balances*) de los padres fundadores de Estados Unidos es que la fuente principal de inspiración fue *El espíritu de las leyes* del barón de Montesquieu. Clelia Martínez Maza, no obstante, matiza la idea de que el filósofo francés fuese la fuente directa y exclusiva, y que su influencia haya sido cualitativamente decisiva. En su lugar, rastrea los fundamentos teóricos del sistema en los autores de la Antigüedad leídos y comentados por los independentistas, destacando la figura de Polibio y la constitución mixta.²⁴ Era particularmente significativo el influjo causado por la *anaciclosis* polibiana, esto es, la teoría de la sucesión de regímenes, como rasgo de inestabilidad de las constituciones políticas de la Antigüedad. John Adams, segundo presidente del país, advertía:

Toda forma de gobierno que sea simple, pronto degenerará en ese vicio que está aliado a él y naturalmente lo asistirá, sencillamente porque es inestable. Porque al igual que el óxido es la perdición natural del hierro y los gusanos de la madera, en cada forma simple de gobierno hay un cierto vicio implantado por la mano de la naturaleza, y por ella ordenada para acompañarlo. El vicio del gobierno real es la monarquía; el de la aristocracia, la oligarquía; y el de la democracia, la rabia y la violencia; y hacia ese vicio todos ellos necesariamente tienden a degenerar.²⁵

Frente al peligro de la *anaciclosis*, la constitución mixta descrita por Polibio en el libro VI se erguía como modelo de estabilidad política. La idea de un sistema que combinaba los tres elementos (democrático, oligárquico y monárquico) en uno solo, se presentaba en el pensamiento polibiano como la garantía para evitar la degeneración, y con ella el desorden civil. Dos eran los estados de la Antigüedad que, según el autor de Megalópolis, habían gozado de dicho sistema constitucional: Esparta, con la constitución que la tradición atribuía a Licurgo y que era conocida como Gran Retra; y Roma, durante el apogeo republicano anterior a la monarquía imperial. En ambos, la igual distribución de poder entre los tres elementos permitía que se ayudaran y se limitaran mutuamente, dando lugar a un mecanismo de control y equilibrio de poderes. Adams rescata esta idea cuando afirma en tono elogioso:

Cuando alguna de sus ramas se vuelve ambiciosa y, sobrepasando sus límites, pretende un poder injustificable, como está sujeta al control de las otras dos, no puede hacer gala de ningún exceso de poder o arrogancia, sino que las tres deben permanecer dentro de los límites señalados por la constitución.²⁶

En conclusión, fue a partir de un autor griego, Polibio, que la república romana vino a ser considerada como el más perfecto sistema político, y adoptado como modelo por los estadistas norteamericanos del período

²⁴ Clelia Martínez Maza, “La *anaciclosis* polibiana: principio de autoridad durante el período constituyente de los Estados Unidos”, en *Gerión*, n° 37/2, 2019, pp. 473-487. Entre los lectores de Polibio se encontraban T. Jefferson, J. Adams, J. Madison, J. Wilson, A. Hamilton, E. J. Randolph y J. Dickinson. Sin embargo, la influencia del megapolitano entre los independentistas norteamericanos estuvo mediada por la tradición inglesa, que veía en el sistema constitucional de la isla —con su monarquía y parlamento bicameral— una especie de sistema mixto. En EE.UU., el elemento monárquico, el rey, fue sustituido por el presidente; el elemento oligárquico, la Cámara de los Lores, por el Senado; y el elemento popular, la Cámara de los Comunes, por la Cámara de Representantes. Cf. Bernard Bailyn, *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Bs. As., Paidós, 1972, pp. 73-78.

²⁵ John Adams, “Letter XXXI (Polybius)”, cit. en Martínez Maza, *op. cit.*, p. 478.

²⁶ Adams, “Letter XXX (Polybius)”, cit. en Martínez Maza, *op. cit.*, p. 485.

revolucionario. La suya era una solución teórica para resolver, en el plano de las ideas al menos, los dos grandes problemas que trataban de solucionar los padres fundadores; el gobierno popular y la concentración del poder. Perfeccionada con la división de poderes y un funcionamiento eficaz del control, la república estadounidense incluso podría llegar a superar a su homóloga de la Antigüedad.

Si bien Grecia, con la posible excepción de Esparta, no ofrecía modelos sociopolíticos positivos, sí podía ofrecer otro tipo de ejemplos útiles para el contexto independentista. Uno de esos ejemplos eran las guerras médicas que enfrentaron a las *póleis* helénicas con el imperio persa. El conflicto facilitaba las analogías *repúblicas griegas/Trece Colonias y monarquía persa/monarquía británica*. La lección aprendida era que las repúblicas, cuando eran virtuosas, solían ser superiores a los reinos. Aunque la historia posterior de las ciudades griegas demostraba el peligro de la anarquía, el cual permitió la conquista de Grecia por parte de Macedonia primero, y Roma después. Hamilton extrae una enseñanza de todo lo anterior, que va de la mano con sus ideas centralistas:

Dice el abate Milot que si los griegos hubiesen sido tan sabios como valientes, la experiencia les habría enseñado la necesidad de una unión más estrecha y que se habrían valido de la paz que sucedió al triunfo sobre las armas persas para establecer esa reforma. En vez de seguir esta política tan natural, Atenas y Esparta, envanecidas por sus victorias y la gloria adquirida, se convirtieron en rivales primero y enemigas después, haciéndose una a otra mucho más daño que el inferido por Jerjes [...] Éstas fueron las consecuencias del erróneo principio en que aquella interesante organización estuvo fundada. Según afirma un sesudo observador del destino griego, si ese país se hubiera unido en una confederación más estricta y persistido en la unión, nunca sufriera el yugo de Macedonia, y quizás hubiese servido de barrera contra los vastos planes de Roma.²⁷

En consecuencia, si Roma constituía el modelo positivo a partir de su constitución mixta y aleccionaba respecto de las ventajas del equilibrio de poderes, Grecia representaba el modelo negativo que daba cuenta de las falencias de un gobierno descentralizado. No será hasta la generación posterior a la de los padres fundadores que Grecia, la democracia y Atenas se verán rehabilitadas como modelo sociopolítico. Más adelante, tuvo un papel central en esa rehabilitación la necesidad de justificar la esclavitud en el Sur. Aristóteles fue el autor predilecto para los esclavistas sureños que querían demostrar el carácter natural de la esclavitud.²⁸ Pero para ese entonces, ya estaba constituida una imagen de Atenas que era liberal y burguesa a la vez.

En cuanto a la etapa revolucionaria podemos concluir que la historia antigua fue entendida como portadora de experiencias que podían ser útiles para los propósitos políticos que la coyuntura exigía. Tanto los partidarios de un régimen confederado como los centralistas encontraron en ella evidencias que avalaban sus posiciones ideológicas. No era simple erudición, sino conocimiento práctico que dotaba de sentido y dirección determinadas ideas que pugnaban por volverse fundacionales en la nueva nación americana. La preferencia por Roma se justificaba por la información de las fuentes utilizadas. De Plutarco obtuvieron la necesaria instrucción sobre el patriotismo, la virtud y el liderazgo de dirigentes republicanos como Camilo, Fabio Máximo, Emilio Paulo, Catón o Marcelo, mientras que de Polibio adquirieron el conocimiento necesario para vincular la teoría moderna de la separación de poderes con el sistema político de la república romana. Por su parte, Grecia educaba desde el espanto que generaba la anarquía democrática –que Polibio llama oclocracia–, la crueldad de su imperio y la tendencia a las guerras intestinas. Como modelo, Grecia era lo que los padres fundadores no querían que los Estados Unidos fueran.

²⁷ *El Federalista*, XVIII.

²⁸ Clelia Martínez Maza, “El esclavismo antiguo en los Estados Unidos del período *antebellum* (1780-1860)”, en *Gerión*, n° 34, 2016, pp. 393-398.

El momento espartano

Durante el siglo XVIII, en Europa occidental, la opinión general sobre Grecia y la democracia ateniense era similar a la que se tenía en Estados Unidos. Excepto dos aspectos de la historia griega que fueron recuperados positivamente: el arte en Alemania y el imperialismo marítimo en Gran Bretaña. En el primer caso, fue central la figura de Johann Joachim Winckelmann y su *Historia del arte en la Antigüedad* (1757), texto en el que el arte helénico “constituye el objeto principal”, porque “se ha convertido en el tema más digno de nuestras reflexiones e imitación”. En esa dirección, el resto del arte antiguo –según Winckelmann– podía servir “para ampliar nuestras ideas y conocimientos”, pero ha de ser el arte griego el que “debe servirnos para encauzar nuestras concepciones hacia lo verdadero”²⁹. Sin embargo, la opinión sobre la democracia seguía la misma tónica que venimos desarrollando. En una carta fechada en la década de 1770, el rey Federico II de Prusia advertía que “cuando le imploré que reviva las finas artes de la antigua Grecia, no pretendía de modo alguno que reintrodujera la democracia del Ática; no tengo ningún amor por el gobierno de la muchedumbre”³⁰. En el segundo caso, el imperio marítimo de Atenas, así como el de Cartago, fueron recuperados como modelos imperiales por el Reino Unido, en reemplazo del Imperio Romano o la hegemonía espartana.³¹ Estos eran considerados imperios territoriales basados en el ejército terrestre, equiparables a Francia y España, los rivales de Gran Bretaña. El libro *The Spirit of Athens*, de Sir Alexander Young, publicado en 1777, asocia el imperio naval ateniense con el espíritu comercial, dando lugar a una útil analogía con el imperio colonial británico. Ese vínculo entre comercio e imperio será más fuerte aún en el siglo posterior, pues sobre él descansa la idea de la modernidad de los griegos.

En la Francia prerrevolucionaria, se coincidía en la actualidad de los griegos pero no en su espíritu comercial. Jean-Pierre de Bouganville proclamaba que “Grecia es un pequeño universo y la historia de Grecia un excelente compendio de la Historia universal”, pero Montesquieu indicaba que Atenas, “más atenta a extender su imperio que a disfrutar”, no fue en términos comerciales equiparable a los estados europeos modernos.³² Aquí también Roma y Esparta llevaban las de ganar. Si, para Winckelmann, Atenas representaba la perfección, en Francia fue Esparta el paradigma de sociedad ejemplar a partir de las leyes de Licurgo. Idea que ejerció enorme influencia en la etapa revolucionaria. Domenico Musti explica de la siguiente manera los motivos de esa predilección por Esparta y Roma entre los revolucionarios franceses:

El pensamiento histórico revolucionario presta mayor atención a Roma, porque transmite una imagen de solidez cívica, y dentro del mundo griego, a Esparta, que sugiere un cuadro de solidaridad cívica y de espíritu comunitario. Es natural que este marco ideológico no favorezca la reflexión sobre la especificidad de Atenas. Las estadísticas de las citas de los autores antiguos en los revolucionarios franceses confirman su predilección por Roma y Esparta, es decir, por marcos políticos compactos e imágenes de integración fuerte, casi totalitarias.³³

Para los dirigentes montañeses o jacobinos, Esparta transmitía una imagen de unidad y cohesión. En general, las referencias a la constitución espartana provenían de Plutarco, bastante traducido en ese siglo XVIII, en especial, la *Vida de Licurgo*. En la comparación con Solón, el legislador ateniense, Licurgo resultaba preferible porque Atenas volvió a caer en la conflictividad social apenas unos años después de las reformas

²⁹ Johann J. Winckelman, *Historia del arte en la Antigüedad*, Madrid, Orbis, 1985, p. 105.

³⁰ Cit. en Diego Paiaro, *Entre el gobierno de la muchedumbre y la dictadura del proletariado. La historiografía de la democracia ateniense frente al espejo de la revolución*, Córdoba, Tinta Libre, 2018, p. 109.

³¹ Akça Ataç, “Imperial Lessons from Athens and Sparta: Eighteenth-Century British Histories of Ancient Greece”, en *History of Political Thought*, 27.4, 2006, pp. 642-660.

³² Jean-Pierre de Bouganville era el hermano del famoso explorador. Las citas se encuentran en Vidal-Naquet, *La democracia griega: una nueva visión*, ob. cit., pp. 134 y 137, respectivamente.

³³ Musti, *op. cit.*, p. 317.

solonianas. En cambio, Esparta se mantuvo estable por siglos. El mito de la inmovilidad social espartana, que tenía antecedentes en la propia Grecia clásica, termina de forjarse en el siglo XVIII, e influye en los modos en que los montañeses imaginan la República francesa. Ese mito alcanzó también a la historiografía, pues, hasta bien entrado el siglo XX, aún se discutía si la Esparta clásica era una sociedad arcaica o arcaizante.³⁴ Entre los constituyentes, puede observarse la apropiación y modernización del mito espartano en Gérard de Lally-Tollendal; “En Esparta, la autoridad estaba dividida en tres ramas, y durante mucho tiempo los espartanos fueron denominados el pueblo más feliz de la tierra”³⁵. Nótese la similitud entre “tres ramas” y tres poderes, que permite vincular los cambios introducidos por la revolución a la autoridad de los antiguos. Lally-Tollendal era un moderado, pero el jacobino Jacques-Nicolas Billaud-Varenne podía expresarse en términos semejantes el 20 de abril de 1794: “Ciudadanos, la inflexible austeridad de Licurgo se convirtió en Esparta en la base inquebrantable de la república”. Y aun Robespierre dirá: “La libertad y la virtud apenas han descansado un instante en algunos puntos del globo. Esparta brilla como un relámpago en las inmensas tinieblas”³⁶.

Según Vidal-Naquet, tres conceptos facilitaron el acercamiento de los montañeses con el mito espartano: la virtud (concebida como rasgo característico de los republicanos), la igualdad y la transparencia.³⁷ Por tanto, no es casual que, donde mejor se observa la tentación de imitar a los griegos, es en la educación. Como señala Oswyn Murray, la modernidad ha descuidado, en tanto parte del pensamiento político griego, la importancia que tenía para los antiguos “la creación de virtud social a través de un control de la educación y la vida privada”³⁸. En eso, ninguna *polis* destacaba más que Esparta. En síntesis, los montañeses vieron en Esparta un paradigma de sociedad virtuosa, igualitaria, carente de conflictos de clases, estable y libre. Una ingeniería social única, que podía ser replicada en Francia. Por ello, afirma Vidal-Naquet que la Esparta de Robespierre y Saint-Just es el “rechazo de la historia y un loco rechazo de lo político”³⁹.

No obstante, no todos los montañeses eran filoespartanos. Camille Desmoulins, por ejemplo, opta por Atenas. En el marco de su polémica con Brissot, afirma: “magnífico legislador era ese Licurgo cuya ciencia no consistió más que en imponer privaciones a sus conciudadanos”. En cambio, “lee a Aristófanes que componía comedia hace tres mil años y te asombrarás del extraño parecido entre Atenas y la Francia demócrata”⁴⁰. De hecho, la reacción termidoriana al Terror impugnará el modelo espartano, a favor de una Atenas mercantil y moderada. Pero ese uso también generará, a su vez, un rechazo *a posteriori*. Ese fue el caso de Constantin François de Chasseboeuf, conde de Volney, quien señalará:

En Atenas, ese santuario de todas las libertades, había cuatro esclavos por cada libre: que no había una sola casa donde el régimen despótico de nuestras colonias de América no fuese ejercido por esos pretendidos demócratas; que de cerca de los cuatro millones de almas que debieron poblar la antigua Grecia, más de tres millones eran esclavos; que la desigualdad política y civil de los hombres era el dogma de los pueblos, de los legisladores, que estaba consagrada por Licurgo, por Solón, profesada por Aristóteles, por el divino Platón, por los generales y los embajadores de Atenas, de Esparta y de Roma que, en Polibio, en Tito Livio, en Tucídides, hablan como los embajadores de Atila y Gengis Khan.⁴¹

Es decir, la idealización revolucionaria coexistía con una crítica a los antiguos que comienza a ser más fuerte en la medida que la reacción a los acontecimientos de 1789 crece. En Gran Bretaña, entre la facción de los

³⁴ Oswyn Murray, *Grecia arcaica*, Madrid, Taurus, 1983 (1978), p. 147.

³⁵ Cit. en Vidal-Naquet, *op. cit.*, p. 192.

³⁶ *Ibid.*, pp. 193-194.

³⁷ *Ibid.*, p. 194.

³⁸ Murray, *op. cit.* p. 147.

³⁹ Vidal-Naquet, *op. cit.*, p. 194.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 196.

⁴¹ Volney, *Lecciones de historia pronunciadas en la Escuela Normal*, París, David, 1847, p. 141.

tories o conservadores, dicha reacción estaba representada por el libro de William Mitford *The History of Greece*. Con él, Mitford pretendía desacreditar a los jacobinos retomando los tópicos de la crítica antidemocrática (*anarchy, tyranny, mob rule* o «gobierno del populacho») para impugnar el sistema. Pero en el fondo, buscaba desacreditar la Revolución Francesa, y, en parte, también la norteamericana, al vincularlas con el régimen democrático y sus peligros. Como explica Luciano Canfora,

Sintomático de los efectos desorientadores derivados de la recuperación jacobina, pero también de la carga polémica de los antagonistas, es el paralelo que Mitford instituía entre el Comité de Salud Pública jacobino y el gobierno de los Treinta (Critias y compañía, líderes de la segunda oligarquía) en la Atenas de 404-403.⁴²

Mientras un sector nada despreciable de los jacobinos adoptó a Esparta como utopía revolucionaria, sus detractores cuestionaron el carácter democrático de sus reformas. Atenas, con su tiranía de la mayoría, era la *polis* más indicada para compararla con la Francia revolucionaria. Incluso, a pesar de los esfuerzos de los termodorianos por matizar el carácter popular de la revolución. No obstante, la etapa posrevolucionaria marcó un retorno al período precedente de cuestionamiento de la democracia. La moderna república francesa y la antigua democracia ateniense se percibían como dos expresiones del mismo mal: el poder popular. Será, a pesar de todo, en la propia Gran Bretaña donde la democracia de Atenas adquirirá su acepción positiva, para no abandonarla más.

El redescubrimiento de Atenas

La obra de Mitford tuvo una importante influencia en los círculos intelectuales y políticos del Reino Unido. Lo que en sí no sorprende porque los clásicos ocupaban un lugar relevante en la formación erudita de las élites británicas. Desde temprana edad, los aristócratas accedían a las lenguas, la historia y el arte grecolatinos como parte de su educación. El conocimiento de la historia de Grecia era de particular interés, por lo que se intuía que podía aportar a la instrucción política. Escribía Thomas Arnold en 1835:

La historia de Grecia y de Roma no es una indagación inútil sobre épocas remotas e instituciones olvidadas, sino un retrato vivo de las cosas presentes, apropiado no tanto para la curiosidad del estudioso, como para la instrucción del estadista y el ciudadano.⁴³

En consecuencia, para la década de 1820 los grupos más radicales entre los *whigs* reclamaban una lectura distinta de la democracia en Atenas, como respuesta a la versión de Mitford. En ese contexto, George Grote, un banquero y político, escribió su *History of Greece* (1846-1856) con el declarado objetivo de apuntalar las ideas democratizadoras de su facción política.⁴⁴ Después de Grote, fue muy difícil retornar a los prejuicios esgrimidos por siglos contra la democracia ateniense. Su obra fue un parteaguas. Como señala Kierstead,

La Atenas de Grote fue genuinamente revolucionaria. Derribó casi de un plumazo la imagen de una oclocracia ociosa y voluble, y al mismo tiempo agresivamente opresiva, que había sido construida durante siglos por una élite académica burlona (y seguramente defensiva). Rescató a los sofistas y demagogos del

⁴² Luciano Canfora, *El mundo de Atenas*, Barcelona, Anagrama, 2014, p. 44

⁴³ Thomas Arnold, *The miscellaneous works of Thomas Arnold*, Nueva York, D. Appleton & Co., 1845, p. 339. Arnold fue un reconocido pedagogo e historiador, director de la Universidad de Rugby en 1828-1841.

⁴⁴ Nacido en 1794, reemplazó a su padre como financista en la Prescott, Grote & Company, y fue miembro del Parlamento entre 1833 y 1841. Cercano a Jeremy Bentham y los dos Mills, James y John Stuart.

desprecio retrospectivo en el que habían sido tenidos durante gran parte de la historia posterior, y los devolvió a un lugar más creíble como ordinarios (incluso valiosos) intelectuales y políticos. Más importante aún, desplazó decisiva e irrevocablemente a Esparta como la utopía elegida por los aspirantes a ingenieros constitucionales, colocando a los demócratas antiguos y modernos en un solo linaje por primera vez, y transformando Atenas de una pesadilla conservadora a un recurso argumentativo para los liberales.⁴⁵

Pero la rehabilitación no fue gratuita. En dicha empresa, resultaba fundamental desligar a la democracia de la acusación de ser el gobierno de los sectores más bajos de la sociedad. Grote dio un primer paso en ese sentido al vincular el carácter de los atenienses a sus instituciones políticas. Es decir, les asigna a los atenienses virtudes morales que la Inglaterra victoriana reclamaba para sí y se las atribuye a las instituciones de la democracia⁴⁶. Es posible que esto sea lo que le da a su imagen de Atenas un rasgo tan moderno. Marcaccini observa que Grote y los liberales radicales ingleses le daban mucha importancia a la máxima platónica según la cual “la virtud política no es innata pero puede enseñarse”⁴⁷. De esa manera, Grote explica que el *dêmos* no era una multitud irreflexiva, sino una cuyo carácter, moldeado por las instituciones, resultaba virtuoso. La constitución clisténica (509 a.C.) termina por ser comparable a la de Licurgo en Esparta. Ambas sientan las bases para un orden constitucional ejemplar.

La idea, aunque novedosa, había sido esbozada entre los círculos liberales por Thomas Macaulay, y recuperada por Edwards Freeman en su reseña de la obra de Grote.⁴⁸ Lo interesante, en el caso de Freeman, es que el virtuosismo político deviene en signo de superioridad intelectual, lo cual hace a los atenienses de antaño mejores que los ingleses del siglo XIX:

...como ha demostrado Macaulay en un pasaje brillante que todo el mundo debería poder recordar, la vida común del ateniense era en sí misma la mejor de las enseñanzas políticas. Sospechamos que el ciudadano ateniense medio estaba, en inteligencia política, por encima del parlamentario inglés medio.⁴⁹

Difícilmente podría uno imaginar a esa “multitud de herreros, zapateros, braceros, mercaderes de todo tipo” que “no valían un dracma”, descrita por Mitford, con la inteligencia política que señala Freeman. En efecto, al equiparar el pueblo de Atenas con los parlamentarios británicos, los liberales ingleses dan lugar a una nueva fisonomía de la democracia, que implica el gobierno de una élite culta. Esto trajo como resultado una apropiación del concepto por una parte del liberalismo, lo cual, a su vez, dio lugar a la sociedad que impera hasta el día de hoy: la democracia liberal.

En Francia, el proceso de rehabilitación de la *polis* ática siguió un camino distinto. En un discurso pronunciado en el Ateneo Real de París hacia 1818, Benjamin Constant señalaba las características de la libertad moderna, tal como la pensaba la tradición liberal –en vías de construcción– por oposición a la libertad de los antiguos:

El fin de los antiguos era la distribución del poder político entre todos los ciudadanos de una misma patria: ellos llamaban a esto libertad. El fin de los modernos es la seguridad en los goces privados: ellos llaman libertad a las garantías acordadas por las instituciones para estos goces [...] Nosotros ya no podemos

⁴⁵ James Kirstead, “Grote’s Athens: The Character of Democracy”, en K. Demetriu (ed.), *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, vol. I, Leiden/Boston, Brill, 2014, pp.164-165.

⁴⁶ Kirstead, *op. cit.*, pp. 182-190.

⁴⁷ Carlo Marcaccini, “Democrazia e impero ad Atene nella History of Greece di George Grote”, en *Gerión*, n° 37 (2), 2019, p. 507.

⁴⁸ Thomas Macaulay, primer Barón Macaulay (1800-1859), fue un político, historiador y poeta miembro del partido *whig*.

⁴⁹ Edwards Freeman, *Historical Essays*, Londres, MacMillan & Co., 1873, p.147. Edwards Freeman (1823-1892) fue otro político e historiador liberal de la Gran Bretaña decimonónica.

gozar de la libertad de los antiguos, que estaba constituida por la participación activa y constante en el poder colectivo. Nuestra libertad en cambio debe estar constituida por el gozo pacífico de la independencia privada.⁵⁰

De esa manera, Constant marcaba una brecha entre la experiencia moderna y la antigua, en un aspecto tan sensible al pensamiento francés posrevolucionario como era la cuestión de la libertad. Sin embargo, reconocía también que la brecha se acortaba cuando la comparación se centraba exclusivamente en el caso ateniense. Por tanto, no duda en afirmar que de “entre todos los estados antiguos, Atenas es aquél que más se ha parecido a los modernos”⁵¹. Sintetiza así las dos vías potenciales de vinculación con el pasado grecorromano: por un lado, se reconoce la distancia que separa al mundo antiguo del moderno; por otro, se admiten ciertas semejanzas que dan lugar a una noción de cercanía.

En los años posteriores del siglo XIX, el campo académico francés optó por la primera opción en detrimento de la segunda. En parte, como respuesta al uso que había hecho de la historia antigua el periodo revolucionario, que veía a la Antigüedad como una colección de *exempla*. Durante la Restauración, se buscó orientar la historia antigua por un sendero diferente al de la Revolución. Una vez logrado esto, los estudios clásicos cobraron un nuevo impulso a partir de la década de 1830.⁵² Así pues, a diferencia de los montañeses, los historiadores franceses de mediados del siglo XIX negaban la posibilidad de extraer lecciones del mundo grecorromano. Foustel de Coulanges, por ejemplo, publica en 1864 su obra *La ciudad antigua*, que se vuelve un éxito con relativa rapidez. Allí se posiciona contra la tendencia a asociar el pasado con el presente. Según él, era preciso estudiar a los griegos “sin pensar en nosotros”, como si “fuesen perfectamente extraños”, pues “hoy ya no piensa el hombre lo que pensaba hace veinte siglos, y por eso mismo no se gobierna ahora como entonces se gobernaba”⁵³. Ese mismo tono utiliza François Laurent, en su *Historia del derecho de gentes*, cuando observa que la diferencia fundamental que separa a los antiguos de los modernos es la ausencia, en los primeros, de una conciencia de la unidad humana. Eso explica por qué, entre los modernos la paz es el estado natural, y entre los antiguos lo es la guerra; o que, para aquellos, la esclavitud sea un crimen y para estos una gracia.⁵⁴ En otras palabras, estos historiadores francófonos abordaron la historia antigua desde una noción de lejanía o distancia respecto de la experiencia moderna.

En ese contexto, la obra de Victor Duruy, *Historia de Grecia*, publicada en 1851, resultó un punto de inflexión dentro de los estudios clásicos franceses.⁵⁵ Influido por su homólogo británico George Grote, Duruy propuso una visión modernizante del pasado griego. Destaca su definición del régimen democrático, al que ve no como el gobierno del populacho, sino de una élite aristocrática. Una concepción compatible con el régimen instaurado por Luis Napoleón Bonaparte, como ha hecho notar Vincent Azoulay, y que constituye un verdadero uso del pasado en el presente.⁵⁶ Duruy, de hecho, integró el tercer gabinete del emperador francés, en calidad de ministro de Educación. En las páginas de su libro, se lee lo que sigue:

Es necesario representarse bien a los atenienses de aquella época, no como la plebe innoble de Roma, que solamente se preocupaba del pan y de los juegos, sino como una aristocracia que, por sus inclinaciones,

⁵⁰ Benjamin Constant, “Sobre la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos”, *Libertades*, n° 3, 2013, p. 88.

⁵¹ *Ibid.*, p. 85.

⁵² Carmine Ampolo, *Storie greche. La formazione della moderna storiografia sugli antichi greci*, Turín, Einaudi, 1997, p. 74.

⁵³ Foustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudios sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*, México, Porrúa, 2003, p. 4.

⁵⁴ Françoise Laurent, *Histoire du droit des gens et des relations internationales*, t. I, París, Hebbelynck-Merry, 1850, pp. 8-9.

⁵⁵ Víctor Duruy nació en París hacia 1811, en el seno de una familia obrera. Estudió en la Escuela Normal Superior, donde fue discípulo de Jules Michelet. Más tarde se dedicó a la enseñanza secundaria y a escribir libros de textos. El reconocimiento público le llegó con la publicación de su *Historia de los romanos* en la década de 1840.

⁵⁶ Vincent Azoulay, *Pericles of Athens*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2014, p. 209.

su elegancia, su cultura intelectual y la costumbre del mando, elevábanse sobre la condición ordinaria de los otros pueblos.⁵⁷

En esa dirección, se expresa también respecto de la economía antigua. Le asigna al comercio, la industria y la banca ser el origen de la riqueza ateniense, minimizando el rol de la propiedad agrícola.⁵⁸ Ampolo advierte que es el énfasis puesto en el binomio comercio/libertad de donde resulta una visión modernizante de la economía griega por parte de Duruy.⁵⁹ En síntesis, la afinidad entre antiguos y modernos es evidente en su obra. Así, encontramos que Pericles “transformó la constitución quedando tan liberal como prudente”, o que la asamblea no “era más que una *cámara de representantes*”⁶⁰. Imágenes que facilitan al lector un abordaje de la historia griega desde una percepción de proximidad. Un enfoque historiográfico sustancialmente diferente al reinante en la academia, pero que, sin embargo, fue muy exitoso. Los libros de Duruy se vendieron en toda Europa, incluyendo Rusia y Turquía, llegando hasta Argentina. Designado ministro de Instrucción Pública, miembro de la Academia Francesa e integrante de la American Philosophical Society; condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor, el título de Gran Oficial de la Corona de Italia y la Orden Otomana de los Medjidie, era, para fines del siglo XIX, toda una autoridad historiográfica en el mundo francófono.

Ahora bien, el liberalismo decimonónico rehabilitó no solo la democracia ateniense. También hizo lo propio con el imperio que Atenas supo construir en el siglo V a.C. En las centurias precedentes, en un plano estrictamente político, el imperio se asociaba al absolutismo monárquico. Existía la creencia de que el despotismo con que gobernaban los reyes había sido instituido para lograr el éxito en el gobierno de imperios muy extensos. Así, pues, no es de extrañar que la etapa revolucionaria, abierta tras la independencia norteamericana a fines del siglo XVIII, incorporara un nuevo elemento a la discusión, puesto que, en la tradición del pensamiento político republicano clásico, el imperio fue considerado lo opuesto a la república. En especial, a partir de Maquiavelo y su lectura de la historia de Roma. La ascensión de Augusto a la dignidad imperial supuso el fin de las libertades republicanas en la Ciudad Eterna. Por lo tanto, *imperium* podía fácilmente entenderse como el equivalente romano a la tiranía o el despotismo. Esto es lo que tenía en mente Montesquieu cuando observó aquello de que no puede practicarse la tiranía afuera y mantenerse la libertad en la propia patria.⁶¹

Los estadounidenses pudieron realizar una lectura similar en el caso de su guerra de independencia, legitimándola a partir de la idea de que el imperio británico constituía un tipo de gobierno despótico. Pero en EE.UU., según Geoff Kennedy, esta visión comenzó a cambiar muy pronto, desde fines del siglo XVIII, cuando la relación entre libertad política, poder económico y territorialidad se transformó.⁶² Thomas Jefferson consideró que el país debía de constituir un “imperio de la libertad” (expresado por primera vez en 1780), es decir, colonizar el Oeste norteamericano para así dar empuje a las virtudes republicanas que se identificaban con el trabajo y el esfuerzo. Pero se trataba de una confederación basada en el interés mutuo, no de un imperio propiamente dicho.⁶³ Para Alexander Hamilton, la expansión basada en el dinamismo

⁵⁷ Victor Duruy, *Historia de Grecia*, Madrid, Librería de San Martín, 1859, p. 126.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 337.

⁵⁹ Ampolo, *op. cit.* p. 75.

⁶⁰ Duruy, *op. cit.* pp. 341-342.

⁶¹ Anthony Pagden, *Lords of all the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1.500- c. 1.800*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 1995, p. 141.

⁶² Geoff Kennedy, “Republican Discourses and Imperial Projects: Liberty and Empire in American Political Discourses”, en *Spectrum: Journal of Global politics*, vol. 1, nº 1, pp. 69-84.

⁶³ Henry Nau, *Conservative Internationalism. Armed Diplomacy Under Jefferson, Polk, Truman and Reagan*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2013, pp. 81-109. Este autor considera la política exterior jeffersoniana como un “*conservative internationalism*”, en tanto la política exterior, cuando busca la expansión (caso de Luisiana), lo hace amparada en una opinión pública favorable. En ese sentido, Jefferson articulaba expansión con conservación de las libertades republicanas.

comercial daría lugar a un “imperio republicano”, organizado de forma tal que no amenazase las estructuras políticas internas.⁶⁴

Sin embargo, en vísperas de la independencia norteamericana, los nacientes imperios coloniales de Francia y Gran Bretaña habían encontrado un argumento contra la tesis republicana de que imperio y libertad eran antitéticos. El comercio fue el vector que permitió asociar la idea de imperio con los conceptos de civilización y libertad en un sentido moderno. En ese contexto, la historiografía sobre el mundo antiguo cumplió un rol trascendente al vehiculizar una serie de imágenes del pasado que permitían avalar las lecturas contemporáneas, a la luz de la autoridad reconocida en los clásicos. Para el pensamiento decimonónico, Atenas, con su combinación de democracia y poderío marítimo, constituía un claro ejemplo de un imperio que potenciaba las libertades cívicas y fomentaba la libre circulación mercantil por las rutas navales y los mercados exóticos. Al mismo tiempo, al exportar su democracia, su arte y su cultura, la dominación ateniense del Egeo portaba una clara misión civilizadora análoga a la que ingleses, franceses y –más tarde– alemanes realizaban en Oriente y África. En Francia, según Christophe Pébarthe, Atenas ofrecía la oportunidad de “defender el modelo asimilacionista de la colonización francesa, que entonces era dominante”. De esa manera, la misión civilizadora asumida por la Tercera República Francesa en Asia y África se hace presente en la recepción de la historia de la liga delio-ática.⁶⁵

En todo caso, para fines del siglo XIX, se ha establecido una imagen de Atenas como sociedad burguesa y liberal, cuya influencia se proyecta hasta la actualidad. Grecia en general, y Atenas en particular, se configuran como un pasado que presagia la modernidad capitalista. La proximidad es el camino escogido por el liberalismo para abordar ese pasado. Al contrario, los grupos conservadores tendían a optar por la distancia como medio para alejar el fantasma de la democracia popular. No obstante, una vez instalado el discurso que hace del mundo grecorromano el origen de la civilización europeo-occidental, y una vez aceptado el modernismo de los griegos, también los conservadores y tradicionalistas terminarán por incorporar a la Atenas liberal dentro de su espectro ideológico. De un extremo a otro, sin embargo, había una gama de posibilidades que habilitaban otras lecturas. Una de ellas fue la realizada por el marxismo.

Una democracia proletaria

¿Cuál fue la perspectiva adoptada por el marxismo ante la instrumentalización de la Atenas clásica por parte de la burguesía capitalista? En principio, impugnar la confusión creada por los revolucionarios franceses al asociar “la antigua república, realista y democrática, que reposaba sobre la esclavitud real con el Estado representativo moderno, espiritualista y democrático, que reposa sobre la esclavitud emancipada, la sociedad burguesa”⁶⁶. En tanto paradigma para el presente capitalista, Marx y Engels no pueden más que rechazar la Atenas clásica. Esa posición los obliga a coincidir con los conservadores en negar cualquier atisbo de modernidad en los antiguos. La Atenas de los marxistas es primitiva, no moderna. Su economía y clase mercantil no guardan ningún tipo de semejanza con la clase burguesa y la economía capitalista. Tampoco, como vimos, el régimen político conocido como democracia. La crítica a los jacobinos, de hecho, se centra

⁶⁴ Michael Hardt y Toni Negri, en su libro *Empire* (Cambridge, Harvard University Press, 2000), discriminan la Roma republicana de la imperial, y afirman que fue Polibio quien presentó ese modelo de Roma imperial. La separación Roma republicana/imperial, sin embargo, no es de Polibio, sino de Maquiavelo. Además, Polibio maneja un concepto de imperio que es helenístico, y lo proyecta sobre Roma. Para la mentalidad griega helenística, una diferenciación de ese tipo –república/imperio– no tendría sentido porque ninguna constitución política –sea monarquía, democracia, tiranía, oligarquía o república– podía ser considerada tal si no aspiraba a la conquista imperial.

⁶⁵ He abordado con mayor profundidad este asunto en Diego Alexander Olivera, “El imperio benevolente: la liga delio-ática en Victor Duruy y Donald Kagan”, en Álvaro Moreno Leoni, Agustín Moreno y Diego Paiaro (comps.), *La antigüedad tiranizada: libertad, imperio y civilización en la historiografía occidental sobre el mundo clásico*, Bs. As., Miño y Dávila, 2022, pp. 225-250.

⁶⁶ Karl Marx, *La sagrada familia*, cit. en Vidal-Naquet, *op. cit.*, p. 178.

en dos diferencias cruciales entre antiguos y modernos que Marx identifica: la libertad pública de los primeros y el individualismo burgués de los segundos, y la variación en las condiciones económicas que ignora el carácter esclavista de la economía antigua.⁶⁷

Pero en donde Marx se aleja de los conservadores y reaccionarios es en la opinión negativa de la política ateniense de época clásica. Puede que la Atenas clásica en nada se parezca a la sociedad burguesa capitalista, pero su sistema de gobierno, la democracia, no era eso que los conservadores habían definido como una tiranía de la mayoría o gobierno de la muchedumbre ociosa. Para Marx, la democracia de los antiguos sí es paradigmática. Por ello escribe, con Engels, en el *Manifiesto Comunista*, que “el primer paso de la revolución obrera será la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”⁶⁸. En otras palabras, para Marx y Engels la democracia burguesa es un oxímoron, pues la democracia solo puede ser proletaria. Entonces, aunque pertenezca al pasado, aunque sea una sociedad primitiva, Atenas puede ser un modelo para el futuro. En palabras de Carlo Marcaccini, “la construcción institucional de la democracia ateniense se convierte para Marx en un paradigma revolucionario”⁶⁹. Lo que cuestiona del uso liberal-burgués de Atenas es la disociación del poder popular del control del estado. Por tanto, la democracia solo puede pensarse en oposición a la modernidad capitalista:

Para Marx, la *polis* no puede compararse con el mundo moderno, sino que debe oponerse a él, más aún si es vista como una realidad primitiva. Y es precisamente esta imagen “negativa” la que sintoniza con su concepción revolucionaria. Mientras la Antigüedad sea un espejo del presente, Marx sólo puede darle la espalda [...] A esta Atenas liberal, Marx prefiere la Atenas bárbara de los conservadores, de los reaccionarios, para quienes ya no es un símbolo de progreso sino una realidad primitiva, a años luz de las falsas libertades de su tiempo [...] ya que presagia una condición social por alcanzar de nuevo, a la que se puede volver después de siglos de evolución en el sentido burgués [...] ⁷⁰

Sin embargo, en la actualidad, la opinión dominante –incluso entre los académicos– es que la democracia es, sobre todo, un fenómeno moderno y vinculado al liberalismo a partir de principios comunes como el estado de derecho, las libertades individuales o los derechos civiles. Como en su momento advirtió Antoni Domènech, para Marx y los comunistas del siglo XIX la democracia era un fenómeno antiguo y parte sustancial del proyecto revolucionario. Por el contrario, “La locución ‘democracia burguesa’, que hoy suena tan ‘marxista’, no se halla ni una sola vez en Marx o en Engels; a ellos, como al grueso del socialismo del siglo XIX, y no digamos del liberalismo burgués europeo continental, expresamente antirrepublicano y antidemocrático, les habría sonado a oxímoron”⁷¹. Aparece, sí, en Rosa Luxemburgo, Berstein y Lenin, pero nunca queriendo significar lo que significa hoy: una forma institucionalizada de gobierno típica de la coyuntura histórica dominada por el capitalismo.⁷² Para ellos, tenía más que ver con el ala pequeñoburguesa que participó del gran movimiento democrático derrotado en 1848;⁷³ movimiento del que los proletarios formaron parte. Será tras la Primera Guerra Mundial que la izquierda marxista «regaló» a un precio irrisorio la democracia a la burguesía liberal.

Para el marxismo, entonces, la democracia era opuesta al liberalismo, y a cualquier otro tipo de régimen ideado por la burguesía capitalista. Como paradigma, podía representar la aspiración que el comunismo

⁶⁷ Carlo Marcaccini, *Atene Sovietica: democrazia antica e rivoluzione comunista*, Pisa/Cagliari, Della Porta, 2012, p. 14.

⁶⁸ Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista*, Bs. As., Aleph, pp. 63-64.

⁶⁹ Marcaccini, *op. cit.*, pp. 13-14.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 16-17.

⁷¹ Antoni Domènech, “Democracia burguesa: notas sobre la génesis del oxímoron y la necesidad del regalo”, en *Viento Sur*, nº 100, 2009, p. 98.

⁷² Ni siquiera Weber usa la expresión en esa dirección.

⁷³ Antoni Domènech, *op. cit.*, p. 98.

ubicaba como horizonte de la revolución. En historiografía, nadie sintetizó mejor esta lectura de la democracia ateniense como democracia proletaria que el autor de *Demokratie und Klassenkampf im Altertum* (“*Democracia y lucha de clases en la Antigüedad*”), Arthur Rosenberg.⁷⁴ Discípulo del afamado historiador alemán Eduard Meyer, Rosenberg publicó el texto hacia 1921, en un contexto marcado por la Revolución Rusa y la República de Weimar. Su interpretación de los hechos hacía de la democracia “una victoria del partido del proletariado”; y del sistema implementado tras las reformas de Efialtes en 462 a.C., una “dictadura del proletariado”:

Un acontecimiento que contribuyó de manera decisiva a la consolidación de la dictadura del proletariado en Atenas es que la población pobre evitó las infamias inútiles. Al igual que mantuvo la infamia tras el asesinato de Efialtes, el proletariado ateniense tampoco se excedió cuando hubo de reprimir, en el 411 y 403, intentonas muy serias de contrarrevolución [...] Así pues, fue lo característico, bajo la dictadura del proletariado, que en Atenas se instaurase un ambiente de seguridad y confianza en la que todo el mundo se sentía a gusto.⁷⁵

Sin embargo, Rosenberg distinguía democracia de comunismo, en tanto “el proletariado puede ejercer en el Estado el poder político, pero con esto, no está todavía dicho que necesita efectuar la consecuente comunización de la propiedad”⁷⁶. El hecho de que en la Atenas clásica el gobierno del pueblo no hubiese significado la desaparición de la propiedad implica que, como modelo, es uno incompleto. Por eso, más adelante, en otro libro, Rosenberg matiza sus conclusiones sobre la Atenas clásica:

La ciencia griega del estado se ocupaba también de la cuestión de si todo estado era una democracia en que decide la voluntad de la mayoría de los ciudadanos, cómo se logra, o si corresponde a la democracia una determinada característica de clase. ¡Aristóteles! El más grande pensador en problemas de estado de la Antigüedad respondía a la pregunta diciendo que la democracia no era otra cosa que el gobierno de los pobres dentro del estado, así como la oligarquía lo era de los ricos.⁷⁷

Pero, para entonces, la brecha entre democracia y marxismo ya está bien establecida. El estalinismo terminará por finiquitar la relación. No obstante, entre los protagonistas de la Revolución Rusa también hubo espacio para el uso de Grecia como modelo. Marcaccini ha señalado que Aleksandra Kollontai delineó la emancipación femenina bajo el comunismo basada en modelos espartanos.⁷⁸ En 1921, Kollontai dictó “catorce lecciones” a las estudiantes de la Universidad de Sverdlov donde aborda la cuestión de la emancipación de la mujer.⁷⁹ El breve recorrido histórico que allí realiza la lleva por la Antigüedad clásica, donde destaca una mayor libertad entre las mujeres griegas de época homérica que en la etapa clásica. La Prehistoria, por tanto, ofrece evidencia de una sociedad matriarcal. Los ecos de esa Prehistoria se pueden observar en las mujeres griegas que lucharon por su independencia: las hetairas y las “mujeres de ciencia”. “La existencia de las hetairas –escribe– es una prueba de que ya en aquellos tiempos la mujer intentaba librarse de aquella cárcel agobiante que significaba su dependencia”⁸⁰.

⁷⁴ Nació en Berlín en 1889. Académico y político. Fue funcionario del Partido Comunista de Alemania (KPD) y diputado en el Reichstag.

⁷⁵ Arthur Rosenberg, cit. en Diego Paiaro, “Entre ‘el gobierno de la muchedumbre’ y ‘la dictadura del proletariado’”. La historiografía de la democracia ateniense frente al espejo de la revolución”, en Álvaro Moreno Leoni y Agustín Moreno (eds.), *Historiografía moderna y mundo antiguo (1850-1970)*, Córdoba, Tinta Libre, 2018, p. 129.

⁷⁶ A. Rosenberg, *Democracia y socialismo*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 12.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 17.

⁷⁸ Marcaccini, *op. cit.*, p. 23. Nacida en 1872, Aleksandra Kollontai fue una destacada revolucionaria marxista y feminista de Rusia, luego dirigente de la URSS.

⁷⁹ Aleksandra Kollontai, *La mujer en el desarrollo social*, Barcelona, Guadarrama, 1976.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 13.

Asamblea de mujeres, la comedia aristofánica, llama su atención porque, aunque reconoce que ridiculiza a las mujeres, la protagonista –Praxágora– propone la “propiedad común” como ley de la ciudad.⁸¹ Esta presencia de un comunismo primitivo en la escena cómica, puesto en boca de una mujer, es evidencia suficiente de un pasado matriarcal en Grecia. En otras palabras, Kollontai admite que la Antigüedad clásica es, en esencia, patriarcal y misógina, pero identifica en ella la huella de un comunismo pretérito en que las mujeres eran iguales a los hombres. Protagonistas como Aspasia de Mileto o Hipatia de Alejandría de alguna manera mantenían la llama de una era más igualitaria. Para consuelo de todas esas mujeres griegas, la Revolución de Octubre supuso el retorno al paraíso perdido del comunismo primitivo:

El sueño de una organización comunista que liberara a la mujer de su tutela debía de estar aceptado generalmente para que el inteligente satírico lo plasmara en los personajes de su comedia, universalmente comprensibles y conocidos. Es imaginable que las mujeres buscaran su liberación en un ideal de organización comunista, porque *por medio de la voz popular* se había transmitido el pasado feliz de la mujer en el comunismo primitivo [...] Antes que el sueño de Praxágora se convirtiera en realidad han pasado más de veinte siglos. La Rusia actual es, sin embargo, una prueba viva de que Praxágora tenía razón cuando creía que la liberación de la mujer sólo era posible por medio del comunismo, la libertad y la igualdad.⁸²

Así, pues, como primer paso de la revolución obrera, la democracia, esa “voz popular”, tiene el deber de devolver a la mujer su lugar dentro de la sociedad, en igualdad y libertad. Kollontai coincide con Marx en los rasgos «primitivos» del sistema democrático, presentes aún en una sociedad como la griega clásica, marcada por un sexismo patriarcal evidente. Es la democracia, no las prácticas sociales dominantes, lo que hizo posible que Praxágora pudiera soñar con la igualdad entre los sexos. Es el comunismo triunfante en el Octubre ruso de 1917 el que convirtió tal sueño en realidad.

La Grecia nórdica

Una variante de la proximidad se dio entre los años 20 y 30 del siglo XX, por parte del nacionalsocialismo alemán. El liberalismo había concebido la cercanía con Grecia y Roma desde una filiación sociológica, en que antiguos y modernos compartían rasgos culturales, económicos y políticos. En el nazismo, en cambio, la filiación era biológica. Griegos, romanos y germanos eran vástagos de una misma raza nórdica, representada como origen de toda civilización gloriosa. Acierta Johann Chapoutot al definir esa particular forma de apropiación como el «*Anschluss* de la Antigüedad», en el sentido de que Alemania anexionó la historia de Grecia y Roma creando una narrativa mitológica que fundaba y fundamentaba la superioridad racial germana.⁸³ Hans Frank, jurista nazi, lo sintetiza así:

Desde que sabemos que los germanos pertenecían de hecho a un pueblo nórdico original, al que pertenecían asimismo los indios antiguos, los persas, los antepasados de los griegos y de los romanos, los celtas [...], podemos comprender mejor el derecho alemán antiguo.⁸⁴

La tesis del origen nórdico de los griegos no es, específicamente, un invento nazi. Existía desde el siglo XIX, cuando se instaló la idea de que la invasión doria del siglo X a.C. –aproximadamente– provenía del norte.

⁸¹ Aristófanes, *Asamblea de mujeres*, parágrafo 590-597: “Os diré que es preciso que sean comunes los bienes de todos, que todos tengan parte del común y vivan de los mismos recursos, y no que uno sea rico pero el otro pobre. Que no posean unos grandes extensiones y otros no tengan ni para su fosa; que no tengan unos montones de esclavos y que otros carezcan de un mal ayudante. Pues bien, al contrario: yo establezco un único modo de vida, común e igual para todos”.

⁸² *Ibid.*, p. 14. La cursiva es mía.

⁸³ Johann Chapoutot, *El nacionalsocialismo y la Antigüedad*, Madrid, Abada, 2013.

⁸⁴ Hans Frank, cit. en J. Chapoutot, *La revolución cultural nazi*, Madrid, Alianza, 2018 (versión epub).

Frente a la tesis hasta entonces dominante, que hacía del oriente el lugar de nacimiento de toda civilización (idea fundada en la autoridad bíblica), el campo académico alemán del siglo XIX propuso la noción de un origen septentrional para la sabiduría cultural antigua y moderna. Los nazis no hicieron más que asumir esa tesis como verdad irrefutable, y ponerla al servicio de su programa ideológico. Porque si todas las grandes civilizaciones de la historia –Grecia, Roma, Persia o India– eran productos del espíritu germano-nórdico, entonces el alemán moderno está en su casa en cualquier lugar donde pise. Un argumento simple que justifica la conquista. A la anexión material de los territorios le precede la anexión simbólica del pasado. Dice Hitler en un discurso de agosto de 1920:

En los formidables desiertos helados del norte, vivía una raza de gigantes que habían adquirido fuerza y salud gracias a la selección racial [...] Ahora bien, estas razas que nosotros calificamos de aria en realidad fueron las que dieron vida a todas las grandes civilizaciones ulteriores [...] Sabemos que fueron inmigrantes arios los que proporcionaron a Egipto su elevada civilización, al igual que sucedió en Persia y Grecia; estos inmigrantes eran arios rubios de ojos azules y sabemos que, fuera de estos países, en la tierra no se ha fundado ninguna otra civilización.⁸⁵

El gran referente intelectual de la tesis nórdica era el biólogo y antropólogo Hans Friedrich Karl Günther, apodado *Rassengünther*, «Günther de raza».⁸⁶ Ajeno al campo académico alemán, la inserción de Günther en la universidad se da en paralelo a su afiliación al NSDAP en 1929. Un año después, el jerarca nazi Wilhelm Frick le otorga la cátedra de Raciología en la Universidad de Jena. Su tesis nordicista deviene en ideología oficial del estado alemán con el ascenso al poder del partido, entre los años 1933-1934. En *Raciología del pueblo alemán*, afirma que “los escritores de la Antigüedad llamaron al norte de Europa la matriz de los pueblos”⁸⁷. En verdad la expresión *vagina nationum* pertenece al escritor godo tardoantiguo Jordanes. Günther parte de ella para plantear una tesis que hacía de los germanos el tronco de un árbol genealógico cuyas ramas eran griegas, romanas, persas y egipcias.

El rechazo a la vieja tesis bíblica de Asia como origen de la civilización era, en el fondo, una negación de la tradición judeocristiana, entendida como racialmente semita. En ese sentido, se creía que el cristianismo tendía a corromper la raza al poner en un mismo plano espiritual al ario y el semita. Desde la perspectiva de un germanista, el cristianismo tiende a diluir las fronteras raciales en pos de una unidad en la fe. Para los ideólogos nazis, esto era peligroso y debía ser censurado. A diferencia del judío, el cristiano no era un enemigo racial, pero sí uno ideológico.⁸⁸ Heinrich Himmler, el jefe de las SS, define la religión cristiana como “la mayor peste que podía golpearlos a lo largo de la historia”, e insta a Hitler a desembarazarse de los valores judeocristianos:

¡El diabólico “debes, debes” y el estúpido “no debes”! ¡Tenemos que purificarlos la sangre de esa maldición del monte Sinaí! ¡Un veneno con el que los cristianos y los judíos han estropeado y ensuciado el instinto maravilloso y libre del hombre, un veneno con el que lo han rebajado al nivel de un pobre perro asustado!⁸⁹

En otras palabras, la moralidad cristiana era un obstáculo para las prácticas eugenésicas nazis que facilitaban la reproducción de la raza pura. Entre los rasgos propios de la germanidad destacaban “la prohibición de toda

⁸⁵ Adolf Hitler, “Warum sind wir Antisemiten”, cit. en Chapoutot, 2013, *op. cit.* p. 31.

⁸⁶ Nacido en Friburgo hacia 1891, Hans Günther estudió lingüística comparada en la Universidad de Friburgo, obteniendo su doctorado en 1914. Combatió en la Primera Guerra Mundial y luego vivió en Suecia y Noruega, donde desplegó una prolífica actividad editorial.

⁸⁷ Cit. en Chapoutot, 2013, p. 37

⁸⁸ Una máxima para la formación de miembros y dirigentes de las SS señalaba que “Estamos viviendo la época del enfrentamiento definitivo con el cristianismo. Una de las misiones de las SS es proporcionar al pueblo alemán, en los próximos cincuenta años, bases ideológicas propias y anticristianas para guiar su vida”, cit. en Chapoutot, 2013, p. 104.

⁸⁹ Cit. en Chapoutot, 2018, cap. 4.

exogamia y la eliminación de niños impuros o con malformaciones”⁹⁰. La moral cristiana, en cambio, censura la endogamia y fomenta el cuidado de los débiles. En esa línea, la antigua Esparta emerge como el modelo del estado racial de tipo nórdico.⁹¹ El eugenista alemán Fritz Lenz, miembro del NSDAP, recuerda que, entre “los antiguos espartanos, la eliminación de los hijos débiles era corriente”⁹², y aun Hitler afirma en uno de sus discursos:

Los espartiacos [sic] eran antiguamente capaces de tomar medidas tan sabias, contrariamente a nuestra pobre burguesía hipócritamente sentimental. La dominación de los seis mil espartanos sobre los trecientos cincuenta mil ilotas solo era imaginable debido al valor racial superior de los espartanos. Pero este era el resultado de una protección de la raza muy pensada, de tal manera que debemos considerar al Estado espartano como el primer Estado racista de la historia. La eliminación de los niños enfermos, débiles y deformes –entiendo con ello su eliminación– era mil veces más digna, mil veces más humana, en realidad, que la patética tontería de nuestro tiempo, que consiste en mantener con vida a los sujetos más enfermos –y mantenerlos con vida al precio que sea!– mientras se asesina a centenares de miles de niños mediante la disminución de los nacimientos o el aborto. A lo que se llega, simplemente, es a crear una especie compuesta por degenerados cargados de patologías.⁹³

César Fornis agrega la educación espartana –la célebre *agogé*– como otra de las prácticas idealizadas por el nazismo, y que inspiró a la *Hitlerjugend*.⁹⁴ Bernard Rust, ministro de Educación del III Reich, se dirige a la cúpula de docentes en Lauenburg con las siguientes palabras: “debemos educar una raza de espartiatas, y aquellos que no están preparados para entrar en esta comunidad espartiatas deberán renunciar para siempre a convertirse en ciudadanos de nuestro Estado”⁹⁵. Un manual destinado al curso de sexto, cuyo autor es Walther Gehl, dedica un espacio para *La protección de la raza en el Estado guerrero y social de los espartanos dorios*.⁹⁶ La poesía de Tirteo o el epitafio a los caídos en las Termópilas de Simónides también eran lecturas obligatorias de los libros de textos, pues fomentaban el espíritu heroico y el sentido comunitario del joven lector. La idealización nazi pretendía asimilar Alemania a la antigua Esparta: una élite de guerreros arios dominando a una mayoría racialmente inferior. En conversación privada, Hitler le comentó a Hermann Rauschning lo siguiente:

No se trata de suprimir la desigualdad entre los hombres, sino, al contrario, de ampliarla, de hacer una ley protegida por barreras infranqueables, como en las grandes civilizaciones de la Antigüedad. No puede haber derecho igual para todos [...]. Nunca reconoceré a las demás naciones el mismo derecho que a la nación alemana. Nuestra misión es subyugar a los demás pueblos.⁹⁷

La preferencia nacionalsocialista por lo dórico aparece igualmente en el arte. Campo Zeppelin, en Núremberg, construido para organizar allí los congresos anuales del NSDAP, es un buen ejemplo. Su constructor, Albert Speer –el arquitecto preferido de Hitler– se inspiró en el Altar del Templo de Zeus en

⁹⁰ Chapoutot, 2013, *op. cit.*, p. 114.

⁹¹ Es preciso aclarar que los jerarcas nazis tenían discrepancias respecto de qué parte de la Antigüedad valía la pena recuperar y cuál no. Himmler era partidario de desenterrar la Prehistoria de los germanos tanto tiempo desacreditada por la propaganda judeocristiana, pero Hitler se avergonzaba de la falta de cultura monumental y civilización avanzada entre los germanos de la Antigüedad, por eso prefería enfatizar en Grecia y Roma como antepasados de los alemanes.

⁹² Chapoutot, 2018, *op. cit.*, cap. 4.

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ César Fornis, “Apropiaciones de Esparta por el nacionalsocialismo: el Estado racial”, en Jordi Cortadella, Oriol Olesti Vila y César Sierra Martín (comps.), *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto*, Barcelona, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2018, pp. 586-587.

⁹⁵ Cit. en *ibid.*, p. 587.

⁹⁶ Chapoutot, 2013, *op. cit.*, p. 115.

⁹⁷ Cit. en Chapoutot, 2018, *op. cit.*, cap. 4.

Pérgamo. El Altar fue encontrado en Turquía hacia 1871, y llevado a Berlín a fines de esa década. En el exterior del Altar se representa la Gigantomaquia, un episodio de la mitología griega que relata la guerra entre los dioses y los gigantes. La Gigantomaquia fue una de las narrativas que los nazis adoptaron para representar la lucha entre arios y semitas. Speer compartía con Hitler el gusto por el arte helénico, en la más pura tradición winckelmanniana. En sus *Memorias*, escribe:

Movido por mi afición al mundo dórico, en mi primer viaje al extranjero, en mayo de 1935, no me dirigí a Italia para contemplar los palacios del Renacimiento y las colosales obras romanas, a pesar de que allí habría podido encontrar mucho antes mis modelos de piedra, sino a Grecia, lo cual resulta revelador sobre mi forma de ver las cosas en aquella época. Mi esposa y yo buscamos en este país sobre todo los testimonios del mundo dórico [...] me pareció que los monumentos de Delfos revelaban la rapidez con que las riquezas procedentes de las colonias jonio-asiáticas hicieron que degenerara la pureza del arte griego.⁹⁸



A la izquierda, Campo Zeppelin en Núremberg; a la derecha, el Altar de Pérgamo en Berlín. Fuente: *Wikipedia*.

Lo que Speer experimentó en aquel viaje con respecto al arte griego fue un preludio de lo que más tarde experimentarían las tropas alemanas. La Grecia contemporánea distaba mucho de ser digna de su herencia aria. La explicación no podía ser otra que el influjo racial proveniente de Asia que, por siglos, había degenerado la pureza aria de los griegos. En consecuencia, los griegos actuales eran indignos de usufructuar el legado histórico-cultural ario. Los alemanes eran los verdaderos herederos de la Grecia antigua. La anexión simbólica del pasado fungió de justificación material de la ocupación militar de la península iniciada el 6 de abril de 1941. Los tesoros de la Hélade retornaban, así, a sus legítimos propietarios, la raza indogermana. El discurso de la *nordicidad* de todas las grandes civilizaciones justificó también el expolio cultural y artístico en los países ocupados, pues de los arios era la civilización.

Hacia 1943, después de la batalla de Stalingrado y la contraofensiva soviética, la propaganda nazi recurrió una vez más a la antigua Esparta. La historia del rey Leónidas y los trescientos que murieron en Termópilas se convirtió en modelo de heroicidad y ejemplo del sacrificio que el III Reich esperaba de sus hombres. Nuevamente, la raza aria debía luchar contra un imperio venido del Oriente para lograr sobrevivir. Tenía que resistir como los trescientos en el desfiladero de las Termópilas, a la espera de aquella batalla decisiva –una nueva Salamina o Platea– que finalmente guíe a los arios de hoy a la victoria final, como antaño en las guerras médicas.

⁹⁸ Albert Speer, *Memorias*, Barcelona, Acantilado, 2001, p. 117.

En síntesis, el uso nazi de la historia de Grecia sirvió, primero, para dar forma a la versión nacionalsocialista del mito ario, al convertir a germanos y griegos en integrantes de una misma raza superior; segundo, para apuntalar las ideas organicistas, totalitarias y eugenésicas, al erigir a Esparta como paradigma del estado racial; tercero, para justificar la conquista territorial y el expolio del patrimonio histórico de las naciones ocupadas; y cuarto, para conformar una mitología, que a modo de religión pagana, pudiera dar lugar a un nuevo ser ario, imbuido de los atributos éticos y estéticos que definían la germanidad.

El momento *neocon*

Tras la experiencia del nazismo, y en reacción al uso que había hecho del pasado, el mundo occidental fue más cauto a la hora de acercarse al objeto griego desde una noción de cercanía. El campo de la historiografía antigua asistió a un renacer del primitivismo, impulsado por el empleo de enfoques antropológicos que hicieron de la civilización griega clásica una «alteridad» respecto de la modernidad. Fue la era de lo que Nicole Loraux llamó *la Atenas de los antropólogos*, en oposición a *la Atenas de los politólogos*.⁹⁹ Esa Grecia antropológicamente construida huía de cualquier forma de asimilación con el presente. Su apogeo entre los años sesenta y setenta del siglo pasado coincidió con la difusión internacional de la escuela de *Annales*, lo que contribuyó a su éxito. Pero la Atenas de los politólogos se abrió paso nuevamente a fines de los años ochenta con una agenda más preocupada por lo que la Grecia clásica podía aportar al presente que por sus diferencias con este. Autores ideológicamente enfrentados, como el liberal Josiah Ober y la marxista Ellen Meiksins Wood, recuperaron el viejo tópico decimonónico de la Atenas paradigmática. En otras palabras, Atenas y su democracia volvían a estar en el centro de las reflexiones sobre la política contemporánea.

Ese clima intelectual fue propicio para que, en Estados Unidos, confluyeran las aspiraciones políticas de un grupo de académicos con las expectativas desarrolladas por un sector del funcionariado, vinculado a la política exterior, respecto del fin de la guerra fría. El mundo unipolar se presentaba como una etapa ideal para moldear el mundo a imagen de Estados Unidos, y sentar las bases de un futuro de hegemonía sin límites temporales o espaciales. Un grupo en particular asumió la tarea de tamaño empresa: los neoconservadores.

El «fundador» del movimiento, Irving Kristol, había prestado atención a la historia y la filosofía griegas de manera marginal. De hecho, fue su esposa, la historiadora Gertrude Himmelfarb, quien lo conectó con la obra del filósofo Leo Strauss, y de allí con la filosofía antigua.¹⁰⁰ Pero a principios de los años noventa, la segunda generación de neoconservadores fue más receptiva a la historia, como herramienta para instruir a sus miembros y al público en general. Entre sus miembros se encontraban historiadores de la talla de Francis Fukuyama y Donald Kagan. Este último, docente en Yale, era ya todo un referente dentro de los círculos neorrealistas en materia de relaciones internacionales, merced a su trabajo sobre la guerra del Peloponeso y su conocimiento de Tucídides. Pero la amistad de su hijo mayor, Robert Kagan, con William Kristol, el hijo de Irving, lo puso en la senda de los *neocons*. En 1997, los Kagan, Fukuyama y Kristol, junto a John Podhoretz, Dick Cheney, Paul Wolfowitz, Donald Rumsfeld y Jeb Bush, se encontraban entre los firmantes del Project for the New American Century, un *think tank* creado con el propósito de contribuir a que el siglo XXI sea también un siglo de hegemonía estadounidense. La presidencia del grupo recayó en Robert Kagan.

⁹⁹ Nicole Loraux, *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*, Madrid, Akal, 2008, pp. 29-49.

¹⁰⁰ Según John Bloxham, fue Himmelfarb –alumna de Strauss– la conexión entre los neoconservadores y el straussismo. Es decir, se trató de una influencia indirecta. Véase J. Bloxham, *Ancient Greece and American Conservatism. Classical Influence on the modern Right*, Londres/Nueva York, Tauris, 2018. En cambio, Pedro López Barja se decanta por una influencia directa, que se refleja en la crítica al multiculturalismo, la idea de cambio de régimen, usada en Irak, y la exaltación de la guerra. Cfr. P. López Barja, “Leo Strauss y la Antigüedad *neocon*”, en L. Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 187-210.

El gobierno de George Bush hijo marcó el ascenso de los *neocons* y la institucionalización de su programa en política exterior. En esa coyuntura, los Kagan consolidaron su posición dentro del movimiento. Robert fue designado asesor presidencial; su esposa, Victoria Nuland, asesora de Seguridad de la vicepresidencia; el hermano menor, Frederick, se desempeñaba como docente en West Point; mientras el patriarca cosechaba el reconocimiento público por su labor como helenista. De hecho, en 2002, Bush le entrega a Donald Kagan la Medalla Nacional de Humanidades, la máxima condecoración para un académico. El galardón, de algún modo, exhibía la trascendencia que la obra de Kagan tenía en los postulados neoconservadores, en especial el libro *Sobre los orígenes de la guerra y la consecución de la paz*, donde compara una serie de conflictos bélicos –entre ellos la guerra del Peloponeso– para concluir que la paz no es el estado natural de la humanidad y que, por tanto, a menos que se haga algo al respecto, la guerra nos consumirá.¹⁰¹ Ese *algo* resulta ser la preparación militar y la diplomacia. Retoma dicha idea en otro libro, coescrito con su hijo Frederick, donde aboga por un rearme militar y una actitud más ofensiva en política exterior.¹⁰²

En el marco de la guerra contra el terrorismo y la invasión a Afganistán e Irak, Donald Kagan reedita su clásico libro *La Guerra del Peloponeso*. En el prólogo, afirma lo que sigue:

Desde la perspectiva de los griegos del siglo V, la guerra del Peloponeso fue percibida en buena manera como una guerra mundial, a causa de la enorme destrucción de vidas y propiedades que conllevó, pero también porque intensificó la formación de facciones, la lucha de clases, la división interna de los estados griegos y la desestabilización de las relaciones entre los mismos, razones que ulteriormente debilitaron la capacidad de Grecia para resistir una conquista exterior. También fue causante de un retroceso en la implantación de la democracia. Mientras Atenas gozó de poder y éxito, su constitución democrática tuvo un efecto magnético sobre el resto de los estados. Sin embargo, su derrota fue un factor decisivo en el desarrollo político de Grecia, y la situó en el camino de la oligarquía.¹⁰³

Al comparar esta cita con el libro publicado a principios de siglo junto a su hijo, se hace evidente la similitud. Sólo basta reemplazar Atenas por Estados Unidos, y el mensaje político resulta notorio. Comparar el desenlace de la guerra ático-lacedemonia, donde la derrota de Atenas dio lugar al triunfo de la oligarquía, con la Segunda Guerra Mundial, donde el triunfo de la alianza angloamericana evitó –según la tesis *neocon*– que el mundo sucumbiera ante el totalitarismo nazifascista, apunta a extraer una lección: la necesidad de no relajarse y mantener una política exterior agresiva. Ahí es donde entra en juego el imperio como medio para sostener la libertad y la seguridad. Esta es una idea defendida por los *neocons* que, llevada al caso griego, da como resultado afirmaciones como esta: “Atenas necesitaba el imperio para mantener su propia seguridad y respaldar la creación y el mantenimiento de la gran sociedad democrática que Pericles tenía en mente”¹⁰⁴.

El binomio imperio/democracia es fundamental en el pensamiento *neocon*. El primero es necesario para asegurar la defensa de la segunda. Esto queda en evidencia cuando las ideas de Donald Kagan resultan apropiadas para que su hijo Robert explique la coyuntura actual:

Nos gusta creer que el triunfo de la democracia es el triunfo de una idea y la victoria del capitalismo de mercado es la victoria de un sistema mejor, y que ambos son irreversibles. Es un pensamiento agradable, pero la historia cuenta un relato diferente. El progreso democrático y la economía liberal han sido y

¹⁰¹ Sobre la familia Kagan, el uso de la historia y el pensamiento *neocon*, he escrito el artículo “Los Kagan: historia y pensamiento político neoconservador”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina*, n° 19, 2020, pp. 124-144.

¹⁰² Donald y Frederick Kagan, *From While America Sleeps. Self-Delusion, Military Weakness, and the Threat of Peace*, Nueva York, St. Martin Press, 2000.

¹⁰³ D. Kagan, *La Guerra del Peloponeso*, Barcelona, EDHASA, 2009, p. 7.

¹⁰⁴ D. Kagan, “Pericles, Tucídides y la defensa del imperio”, en Victor Davis Hanson (ed.), *El arte de la guerra en el mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 56. Según Giovanni Arrighi, la recuperación del término «imperio» en el discurso político estuvo principalmente influida por el uso que los *neocons* hacían de él. Véase G. Arrighi, “Comprender la hegemonía”, en *New Left Review*, jul.-ago. 2005.

pueden revertirse y deshacerse. Las antiguas democracias en Grecia y las repúblicas de Roma y Venecia cayeron en manos de fuerzas más poderosas o por sus propias fallas. El orden económico liberal en evolución de finales del siglo XIX y principios del XX colapsó en las décadas de 1920 y 1930. La mejor idea no tiene que ganar solo porque es una mejor idea. Se requieren grandes poderes para defenderla [...] Sin embargo, la gran expansión de los gobiernos democráticos ha sido un atributo esencial del orden mundial estadounidense. Independientemente de los intereses específicos que se hayan sacrificado, se han compensado los intereses más amplios de los estadounidenses en un mundo más pacífico y un sistema económico más abierto.¹⁰⁵

En otras palabras, para los *neocons* norteamericanos, Atenas es próxima en tanto constituye una experiencia histórica similar o análoga a la de Estados Unidos, una *democracia imperial*.¹⁰⁶ Establecida la cercanía, van a buscar lecciones o ejemplos a ella. Tales lecciones, tales ejemplos, están en relación con la necesidad de mantener una política exterior agresiva y expansionista que evite el surgimiento de cualquier posible rival al poderío estadounidense. Conocer la historia de Grecia, entonces, resulta útil para comprender el mundo actual.

No es casual que la principal punta de lanza del neoconservadurismo actual sea la subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos, la ya mencionada Victoria Nuland, esposa de Robert Kagan, nuera de Donald. Durante la administración Obama, Nuland se desempeñó como subsecretaria de Estado para Asuntos de Europa del Este, y como tal fue responsable de lidiar con el Euromaidán y sus consecuencias, coordinando, en primer lugar, la participación de los senadores John McCain y Christopher Murphy en las protestas. Más tarde, fue la propia Nuland quien hizo acto de presencia en Kiev (a principios de diciembre de 2013, cuando fue recibida por Yanukovich). En esa reunión, exigió al gobierno ucraniano que retomase las negociaciones con la UE y con el FMI. Posteriormente, se la vio junto al embajador Geoffrey Pyatt en la plaza, repartiendo sándwiches a los manifestantes como “símbolo de simpatía ante la horrible situación” que Yanukovich había creado. Volvió a Ucrania dos meses después, en febrero de 2014. Esta vez, lo hizo para dar el tiro de gracia al régimen prorruso de Yanukovich. Dos días antes de ese segundo viaje, en una conversación telefónica con Pyatt –interceptada por la inteligencia rusa y subida a YouTube con el título “Las marionetas del Maidán”– Nuland decidió al sucesor de Yanukovich. En la mencionada conversación, se la escucha decantarse a favor del banquero Arseni Yatseniuk, al que con afecto llama “Yats”, en detrimento del boxeador Vitali Klitschko, favorito de Angela Merkel, y del líder de extrema derecha Oleh Tyahnybok. Casualmente, Yatseniuk se autoproclamó primer ministro de un nuevo gobierno ucraniano, dejando a Oleksandr Turchínov la presidencia interina. La difusión de la conversación con Pyatt pasó factura al Departamento de Estado. Irritada por las vacilaciones de la UE, Nuland exclamó “*fuck the European Union*”. Lo que la obligó a pedir disculpas ante las autoridades de la UE. Aquella expresión, sin embargo, dejó en evidencia la filiación de Nuland con uno de los credos del neoconservadurismo; la doctrina de la unilateralidad. La idea de que los Estados Unidos pueden, y deben, actuar de forma unilateral si eso conviene a sus intereses.

En paralelo a D. Kagan, otro helenista con voluntad de intervenir en la esfera pública fue ganando terreno entre los círculos neoconservadores: Victor Davis Hanson. Como académico, Hanson saltó a la fama a fines de los ochenta, con su tesis sobre el modo de hacer la guerra en Grecia y su vínculo con el igualitarismo agrario. Más adelante, su nombre adquiere relevancia como columnista de opinión en diversos medios de comunicación, llegando a obtener el Premio Eric Breindel a la Excelencia en periodismo de opinión. Sus

¹⁰⁵ Robert Kagan, *The World America Made*, Nueva York, Alfred Knopf, 2012, versión *epub*, cap 2. La traducción es mía.

¹⁰⁶ Profundizo este tema en Diego Alexander Olivera, “El imperio benevolente: la liga delio-ática en Victor Duruy y Donald Kagan”, en Álvaro Moreno Leoni, Agustín Moreno y Diego Paiaro (comps), *La Antigüedad tiranizada. Libertad, imperio y civilización en la historiografía occidental sobre el mundo clásico*, Bs. As., Miño y Dávila, 2022. Sobre la predilección por el modelo griego de imperio, frente al modelo romano, véase mi artículo “Tucídides en Bagdad: el imperio ateniense y la Guerra de Irak”, en *Argos*, n° 48, 2023 (en prensa).

posiciones a favor de la guerra contra el terrorismo y la idealización de la hegemonía estadounidense terminaron por ubicarlo dentro del sector *neocon* de la intelectualidad norteamericana.

En 2002, con toda la intención de apuntalar la guerra contra el terrorismo, Hanson publica su libro *Matanza y cultura*, donde la tesis del modo griego de hacer la guerra se extiende a todo Occidente, a lo largo de más de tres milenios, y en oposición –vaya casualidad– al Oriente. El mensaje final de la obra es claro: si Occidente –que por cierto es una abstracción– superó a Oriente, fue sólo porque desarrolló una cultura bélica mucho más devastadora, sustentada en la defensa de la libertad y los modos de vida ligados a ella. Por tanto, la guerra contra el terrorismo se inscribe dentro de una larga lista de conflictos entre Occidente y Oriente, que comienza con la invasión persa a Grecia en el siglo V a.C., y donde Occidente siempre ha ganado. Por ende, no hay que dudar que esta vez sea igual. Dejemos que Hanson nos lo explique:

Lo que la *Anábasis* prueba, por el contrario, es que los griegos luchaban de forma muy distinta a la de sus adversarios y que sus singulares características combativas –conciencia de la libertad personal, superior disciplina, armas sin parangón, camaradería igualitaria, iniciativa individual, flexibilidad táctica, adaptación al terreno, preferencia por las batallas de choque con tropas de infantería pesada– constituían los mortíferos dividendos de la cultura helénica en general [...] La civilización occidental ha dado a la humanidad el único sistema económico que funciona, una tradición racionalista que por si sola nos permite el progreso material y tecnológico, la única estructura política que garantiza la libertad del individuo, un sistema ético y una religión que extraen lo mejor de la humanidad, y la guerra mas letal que sea posible concebir.¹⁰⁷

Como Grote, Hanson ubica en un mismo linaje a griegos y modernos, pero ampliando la similitud, que ya no radica solo en el régimen político, sino que abarca la propiedad privada y la guerra. Se trata del mito agrario nacido en época de la Revolución para asociar al *farmer* con el soldado-campesino-ciudadano romano. Pero ahora, ese campesino-soldado no ha fundado solamente una república. También ha creado una forma mortífera de combatir que le ha dado superioridad a Occidente a lo largo de los siglos.

Con el mundo de Hesíodo arranca la noción de agrarismo, que al poco tiempo habría de convertirse en el fundamento de la ciudad-estado griega y más tarde abría de arraigar en Occidente como modelo de sociedad democrática: una cultura de pequeños campesinos independientes, que viven vinculados a la tierra, hacen sus propias leyes, pelean sus propias batallas y crean una comunidad formada por individuos rudos con opiniones semejantes.¹⁰⁸

Hanson experimentó el mito agrario en carne propia. Hijo y nieto de granjeros veteranos de la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, su familia posee viñedos en California, que él mismo administró antes de ingresar al programa de Estudios Clásicos de la Universidad de California, Fresno. En 2007, recibió el Premio Nacional de Humanidades de manos del presidente Bush hijo, consagrándose como el sucesor de D. Kagan dentro del movimiento *neocon*, en lo que a historia antigua respecta. Ese papel se hizo evidente en su defensa de la guerra de Irak, tanto en medios masivos de comunicación como en el campo académico. En 2010, en un artículo sobre la guerra preventiva en la Antigüedad, se explaya con una apología de la ocupación de Irak:

Antes de Epaminondas, el Peloponeso era en gran parte oligárquico y estaba a merced de la influencia espartana, cien mil ilotas mesenios o más estaban esclavizados, y Esparta tenía un estimable récord de

¹⁰⁷ Victor D. Hanson, *Matanza y Cultura: batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Madrid, Turner, 2002, pp. 20 y 510. Acerca de la obra historiográfica de Hanson, he escrito “Igualitarismo y *polis* griega: sobre el concepto de oligarquía de base amplia en Victor Davis Hanson”, en *Anuario*, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, n° 38, 2023.

¹⁰⁸ Hanson, cit. por López Barja, *op. cit.*, 2015, p. 199.

invasiones a estados democráticos del norte de Grecia. Tras nueve años de prolongada y costosa guerra (no tenemos datos del número total de beocios muertos y heridos), el Peloponeso acabó siendo en general democrático, los ilotas de Mesenia gozaban de un estado autónomo y democrático. Esparta quedó permanentemente emasculada, y las ciudades-estado griegas del norte quedaron libres de los ataques espartanos.

A finales de 2008, la larga y terrible experiencia de Irak había costado trágicamente más de 4.200 americanos muertos, junto con centenares de aliados heridos, casi un trillón de dólares, y miles de heridos más. Al parecer, había conducido a un Irak relativamente tranquilo y democrático, cuyo pueblo asediado era libre, y eligió un gobierno tan amigo de Estados Unidos como hostil a los terroristas islámicos radicales. Mucho después de que el furor político contemporáneo sobre Irak se haya apaciguado, solo la historia juzgara en este caso moderno, como lo ha hecho con el antiguo, si esta costosa apuesta preventiva justificó el gasto.¹⁰⁹

En síntesis, Hanson usa la historia de Grecia como laboratorio donde ir a comprobar las afirmaciones que luego realiza sobre el presente, de ahí su particular gusto por la analogía como artilugio retórico.¹¹⁰ Ese es un proceder que comparte tanto con otros historiadores como políticos neoconservadores.¹¹¹ El senador de Arkansas, Tom Cotton, en una entrevista a *Fox News*, resume de la siguiente manera la relación de los *neocons* con el pasado: “La naturaleza humana es atemporal e inmutable. Por lo tanto, somos propensos a cometer los mismos errores si no aprendemos de las lecciones de la historia”¹¹².

En consecuencia, no se trata de un pasado inerte, sino de un pasado vivo. Un pasado cuyo influjo se hace sentir en el presente. Esto ayuda a crear una sensación de proximidad entre el objeto griego y la modernidad estadounidense, y convierte a la democracia imperial ateniense en un paradigma para la hegemonía de Estados Unidos en el siglo XXI.

Durante los años recientes, en el campo académico, ha ganado fuerza otra variante de ese par proximidad/distancia: el llamado *anacronismo moderado*. Pretende, sin renunciar a la distancia que separa a los griegos de los modernos, plantear al pasado problemas que son propios de nuestro presente, para luego volver a él con utensilios que facilitarán nuestra comprensión.¹¹³ En ese caso, la sensación de cercanía la genera el hecho que los problemas tienen un origen en el hoy, aunque se busque respuestas para ellos en el ayer. En otras palabras, la modernidad capitalista y sus detractores seguirán por mucho tiempo más buscando entre los griegos las respuestas que parecen no encontrar en la contemporaneidad. Cumpliendo, una vez más, aquel viejo anhelo de Tucídides: que su *Historia de la guerra del Peloponeso*, ese pedazo trascendental de la Grecia clásica, sea “una adquisición para siempre” (*ktêma te es aiei*).

¹⁰⁹ Hanson, “Epaminondas el tebano y la doctrina de la guerra preventiva”, en Victor D. Hanson (ed.), *El arte de la guerra en el mundo antiguo. De las guerras persas a la caída de Roma*, Barcelona, Crítica, pp. 95-118.

¹¹⁰ Sarah Spring, “The Uses of History: Deliberative Analogy and Victor Davis Hanson”, en *Contemporary Argumentation and Debate*, vol. 28, pp. 91-115.

¹¹¹ Niall Ferguson, *Civilización: Occidente y el resto*, Bs. As., Debate, 2012, p. 24. El autor afirma que “el pasado es nuestra única fuente de conocimiento fiable sobre el efímero presente y los múltiples futuros que nos aguardan”.

¹¹² Véase <https://www.foxnews.com/media/biden-weakness-led-brazil-egypt-uae-china-over-america-senator>.

¹¹³ Loraux, *op. cit.*, pp. 201-217.

FEDERICO MARE

UN OFICIAL ARGENTINO EN LA GUERRA DE SECESIÓN LAS CARTAS DE EDELMIRO MAYER AL *HARPER'S WEEKLY* ¿ABOLICIONISMO U OPORTUNISMO?

Se presenta, en los Estados Unidos, al gobierno de Lincoln. Organiza allá un regimiento de libertos, de «pardos y morenos», y participa en la campaña nordista. Por entonces era ministro argentino en Washington [...] Sarmiento, quien transmitió informes sobre la heroica conducta de Mayer en los combates de Norte contra Sur. En el ejército federal se le llamaba “el Cow-Boy argentino”, y se admiraba su gran destreza de jinete. En cierta batalla, en que mueren sucesivamente dos abanderados, Mayer recoge la insignia desde su caballo, la enarbola y cae herido de gravedad. Participa entre los federales al mando de Grant, contra los confederados que capitaneaban Johnson y Beauregard. [...] Al finalizar la guerra, desfilaron por las calles de Washington los ejércitos victoriosos del Potomac y de Tennessee; entre ellos, el regimiento de negros, con Mayer a la cabeza.

Alfonso Reyes¹

En las izquierdas, con orgullo justificado, solemos asociar el *internacionalismo* a nuestra tradición socialista, al marxismo y al anarquismo. Pero olvidamos que el liberalismo, nuestro histórico rival, supo también traducir –sobre todo en su etapa inicial más «heroica», cuando la burguesía todavía era revolucionaria o revoltosa– su utopía universalista y su *ethos* cosmopolita en exilios lejanos de lucha solidaria y confraternal: emigraciones ultramarinas, peripecias intercontinentales de pluma o espada, diásporas de camaradería militante e intervenciones políticas y militares en los países anfitriones (complots, revoluciones, guerras civiles, etc.). Así como hubo trotamundos socialistas –un León Trotski, un Enrico Malatesta, una Louise Michel, un Víctor Serge, un Mijaíl Borodin, una Emma Goldman, un Che Guevara–, hubo asimismo trotamundos liberales: el marqués de La Fayette, Casimiro Pulaski, Thomas Paine, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José de San Martín, Thomas Cochrane, Giuseppe Rondizzoni, Louis-Michel Aury, Francisco Javier Mina, Lord Byron, Francesco Anzani, Lajos Kossuth, Domingo Faustino Sarmiento, Carl Schurz, Francisco Bilbao, José Martí, Adam Jerzy Czartoryski... Tampoco para ellos el destierro significó un *impasse* en su activismo. Eran fervientes patriotas, sí. Pero no mezquinamente patriotereros.

¹ Norte y Sur, 1944. Cita extraída de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, t. IX, México, FCE, 1996, pp. 102-103.

Sería una arbitrariedad, un anacronismo, reducir la actuación político-militar de personajes tan errabundos como Garibaldi a sus patrias de origen, a estados nacionales que ellos nunca consideraron universos cerrados y absolutos, comunidades esencializadas, ídolos contrapuestos a los ideales ilustrados –necesariamente ecuménicos– de libertad, igualdad y fraternidad. Tanto más cuanto que tales estados nacionales ni siquiera existían aún, o recién empezaban a formarse. Nobleza obliga, no deberíamos olvidar el internacionalismo de aquella burguesía liberal dieciochesca y decimonónica que aún era capaz de pergeñar y protagonizar revoluciones, cuando las circunstancias históricas objetivas todavía no la habían vuelto una cancerbera del orden, celosamente preocupada por la conservación del *status quo*.

El presente ensayo versa sobre uno de aquellos quijotes vagamundos, caballeros andantes al servicio de lo que un historiador denominó, figuradamente, «Internacional liberal»². Hablaremos de un hombre de armas –e ideas– con esa *pasión militante* sin fronteras que otro historiador llamó, también metafóricamente, «síndrome de Garibaldi»³.

Edelmiro Mayer y sus cartas al *Harper's Weekly*

Estados Unidos, albos del verano de 1863. El país se hallaba en medio del gran drama histórico de la guerra de Secesión (1861-65), la cruenta guerra civil entre el Norte abolicionista, leal al presidente Lincoln, y el Sur esclavista rebelde, separado de la Unión bajo el nombre de Estados Confederados de América.⁴ Aún no se había librado la decisiva batalla de Gettysburg. Aún era incierto, por consiguiente, el desenlace de la contienda fratricida.

Un popular semanario de tendencia nordista y republicana publicó dos cartas muy llamativas de un ignoto militar de Sudamérica, argentino, recientemente incorporado al Union Army como oficial de infantería: Edelmiro Mayer, un joven unitario porteño con ideas liberales y antecedentes de periodista, veterano de las guerras civiles rioplatenses, quien había combatido con distinción en Cepeda y Pavón, y también intervenido en la campaña mitrista al Interior contra las montoneras federales, durante 1861-62. Frustrado por la poca heroicidad de esta «guerra de policía» –como la llamó facciosamente Sarmiento–, y disgustado con Mitre porque le había denegado su ascenso a teniente coronel, Mayer había resuelto, por esas y otras razones más íntimas (un amor imposible, la muerte violenta del hermano menor), abandonar la Argentina y emigrar a Nueva York, donde tenía un pariente y esperaba poder proseguir su carrera marcial, poniendo en valor su talento y formación, su mediana veteranía, ciertos contactos influyentes y su excelente conocimiento del idioma inglés (era hijo de un marino británico).⁵

² Maurizio Isabella, *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford University Press, 2009. Véase también Mario I. Etchechury Barrera, “Aventureros, emigrados y cosmopolitas: hacia una historia global de las guerras en el Río de la Plata (1836-1852)” en *PolHis*, año X, n° 20, jul.-dic. 2017, pp. 20-52.

Existe hoy una Internacional Liberal, con sede en Londres. Pero su creación fue muy tardía: data de la segunda posguerra (1947). En el siglo XIX no había, formalmente, ninguna organización equivalente a la Internacional Socialista, aunque la masonería muchas veces fungió, de hecho, como una suerte de «Internacional Liberal».

³ Evan Christopher Rothera, *Civil Wars and Reconstructions in America: the United States, Mexico, and Argentina, 1860-1880*. Disertación dada en la Universidad del Estado de Pensilvania, en agosto de 2017. Disponible en <https://etda.libraries.psu.edu>.

⁴ Por su vastedad, la bibliografía sobre la historia de la guerra de Secesión es todo un universo en sí mismo. Para una buena y actualizada síntesis divulgativa, véase Cole C. Kingseed, *The American Civil War*, Westport (CT), Greenwood Press, 2004. En castellano, lo mejor de lo más reciente es Jesús Hernández, *Norte contra Sur. Historia de la guerra de Secesión (1861-1865)*, Barcelona, Inédita, 2008.

⁵ No hay mucho escrito sobre Mayer, fuera de unas cuantas semblanzas en medios periodísticos que repiten la misma información sumaria (no siempre exacta ni fidedigna, por otra parte). La biografía más completa sigue siendo Juan Lenci, *Vocación y destino. Vida y hazañas de Edelmiro Mayer, soldado de Mitre, Lincoln y Juárez*, Bs. As., Peuser, 1961. Existe otra más reciente, pero inédita: Horacio Lafuente, *Quijote sin escudero. La vida de Edelmiro Mayer*, disponible en <https://hlafuente.wordpress.com>. En inglés, vale la pena leer Rothera, *op. cit.*, la cual incluye bastantes datos y observaciones sobre Mayer. El escritor mexicano Alfonso Reyes reseñó su vida en “Americanería andante”, dentro de su libro *Norte y Sur*, ob. cit., nota 1. En cuanto a fuentes primarias, pocas relevadas por

Las cartas vieron la luz el sábado 27 de junio en el periódico neoyorquino *The Harper's Weekly*,⁶ dentro de una sección llamada “The Lounger”, a cargo del periodista y escritor George William Curtis (1824-1892). Curtis era un republicano del ala radical, oriundo de Rhode Island, Nueva Inglaterra. Ardiente partidario de Lincoln, militaba en el movimiento abolicionista y defendía la causa unionista sin medias tintas. No solo eso: bregaba también por los derechos civiles y políticos de la comunidad afroamericana, igual que por la emancipación de las mujeres y la igualdad de género.⁷

Las misivas de Mayer aparecen juntas en el periódico, una debajo de la otra. Cada epístola incluye una breve presentación de Curtis, que permite ponerlas en contexto. La primera se titula “Colored Troops”; la segunda, “Barcala”. En ellas, Mayer defiende la política de Lincoln de enrolar a libertos negros y mulatos en el Ejército de la Unión para combatir a los confederados en la guerra de Secesión; política que algunos sectores nordistas –incluso abolicionistas– cuestionaban y repudiaban con vehemencia, por considerarla una caja de Pandora que podía destruir el *status quo* de la sociedad estadounidense.

La estrategia retórica de Mayer ante el público lector *yankee* fue ingeniosa: rescatar los precedentes históricos sudamericanos de la guerra de Independencia, las guerras civiles rioplatenses y la guerra contra el Imperio del Brasil, donde los afroargentinos habían tenido una participación masiva y decisiva, en especial, el mulato cuyano Lorenzo Barcala⁸. Si allá, en las latitudes más australes del continente, la leva de *pardos* y *morenos* había resultado tan beneficiosa, ¿por qué aquí no también? Tal era, en pocas y simples palabras, el planteo de Mayer.

No hay razones para dudar de las convicciones progresistas, democráticas y antiesclavistas de Mayer, al menos si se sitúa al personaje en el contexto de su época, sin caer en anacronismos o simplificaciones retrospectivas. Mayer no solo habría de combatir en la guerra de Secesión por la causa abolicionista de Lincoln, contra los confederados, liderando tropas afroamericanas, sino también, luego, en México, por la causa republicana e independentista de Juárez, contra el imperialismo francés, su monarca marioneta europeo, sus mercenarios extranjeros y los conservadores mexicanos. Él mismo diría en sus memorias:

Muchas veces le he hablado [se refiere a su esposa] de la colosal lucha y sangrienta guerra de los Estados Unidos, en la que tomé parte por el Norte contra la esclavitud; de la gloriosa y heroica contienda de México contra los ejércitos de Napoleón III, Maximiliano, sus austríacos y belgas, y sus auxiliares mexicanos, el clero y los conservadores, y en la que también tuve mi participación activa a favor de la república y la democracia. Asimismo, le he hablado con especial cariño y satisfacción del ejército de mi patria, en activas filas me formé como militar; de sus luchas legendarias por la libertad e instituciones democráticas. [...]

Allá por el año 1865 se hacía la guerra al invasor francés en México [...]. Se operaba con dificultad en las sorpresas que se intentaban contra el enemigo, pues el invasor contaba con el importante auxilio que lo facilitaba el clero y los *mochos*, como se llamaba a los conservadores antes que entregasen a Napoleón III la autonomía de la patria, movidos por el despecho producido por la pérdida en la guerra de la Reforma de los fueros eclesiásticos y militares por los que tan tenazmente habían combatido. Durante la guerra nacional sólo se les daba el título que en opinión de los patriotas les correspondía legítimamente: el de traidores.⁹

ahora, la más importante son las memorias del propio Mayer: *Campaña y guarnición*, Bs. As., s/e, 1892. Hay una reedición relativamente «reciente» de esta obra, al cuidado de Rosendo Fraga y la Embajada de México: Bs. As., Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, 1998. No está de más mencionar que Sarmiento le dedicó algunas líneas significativas –que citaremos oportunamente– de su *Vida de Abraham Lincoln*, Nueva York, D. Appleton y Cía., 1873 (2ª ed.), disponible en Google Libros.

⁶ N° 339, vol. VII, pp. 402-403, disponible en <http://www.sonofthesouth.net/leefoundation/civil-war-1863.htm>.

⁷ Vid. <https://15thamendment.harpweek.com/HubPages/CommentaryPage.asp?Commentary=06Bios05>.

⁸ La única biografía sobre Barcala es José Canale, *El coronel Don Lorenzo Barcala*. Bs. As., El Inca, 1927. En este último tiempo, los investigadores Orlando Gabriel Morales –historiador del CONICET– y Luis César Caballero –genealogista independiente– han publicado un par de artículos sobre dicho personaje histórico, con datos y enfoques novedosos que vale la pena conocer, por ej., “Movilidad social de afroestizos movilizadas por la independencia y las guerras civiles en el Río de la Plata. Lorenzo Barcala (1795-1835)”. *Historia y Memoria*, n° 16, enero-junio de 2018. Disponible en <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n16.2018.6123>.

⁹ Mayer, *op. cit.*, pp. 31 y 35.

Así y todo, parece claro que su postura no dejaba de tener un componente de interés personal: deseaba intervenir en la guerra de Secesión. Anhelaba poder comandar tropas y probar su valía en la que era la mayor conflagración de ese momento en el mundo, y los regimientos afroamericanos que se estaban creando contra reloj en el Union Army (el verano del 63 era una coyuntura adversa para el Norte) representaban una excelente oportunidad, al menos para un oficial extranjero –y tan joven– recién llegado al país. Lo cierto es que Mayer tenía algo pertinente y oportuno para contar sobre la experiencia histórico-militar de su patria, y sobre la valía de los afrodescendientes como soldados; y Curtis, evidentemente, vio con muy buenos ojos sus aportes, tan en sintonía con la línea editorial del *Harper's Weekly* (abolicionismo e igualdad racial).

Es muy difícil calibrar cuánta eficacia o impacto tuvieron las cartas de Mayer. Cuando salieron publicadas, la política de crear regimientos afroamericanos ya estaba en marcha desde hacía meses, aunque todavía era incipiente, tímida. Es un hecho que, más o menos desde entonces, las *colored troops* no cesaron de multiplicarse y ganar protagonismo en los campos de batalla. Pero sería temerario, sin embargo, dar por hecho que esta coincidencia obedeció directa o mayormente al éxito discursivo de Mayer, y no a las propias necesidades y urgencias de la guerra civil. Guerra civil que estaba complicada para el Norte, y a la cual Lincoln le había dado ya (antes incluso que Mayer pisara suelo estadounidense) un giro revolucionario con su *Emancipation Proclamation*. Además, debe recordarse que el prominente intelectual negro abolitionista Frederick Douglass –escritor, periodista, orador– venía insistiendo en la necesidad de habilitar el reclutamiento de soldados afrodescendientes desde el inicio mismo de la conflagración, comentando irónicamente que hasta los ejércitos confederados estaban haciendo eso (en realidad, un falso rumor). No obstante, es posible que las misivas del oficial argentino hayan tenido alguna incidencia en las autoridades civiles y castrenses de la Unión, puesto que el *Harper's Weekly* era el periódico más leído en Norteamérica por aquel entonces, gracias a su detallada cobertura del conflicto semana a semana y –no menos importante– sus magníficas y profusas ilustraciones, todo un hito en la historia del periodismo gráfico.

¿De qué modo Douglass había abonado el terreno en el que Mayer dio a conocer sus cartas? En mayo de 1861, al mes siguiente de que estallara la guerra civil, el periodista y escritor negro había publicado un artículo titulado “How to End the War”, “Cómo terminar la guerra”, que decía así:

En nuestra opinión, sólo hay una manera fácil, corta y eficaz de suprimir y poner fin a la guerra desoladora que los esclavistas y sus secuaces rebeldes están librando ahora contra el gobierno estadounidense y sus ciudadanos leales. El fuego debe ser combatido con agua, la oscuridad con luz, y la guerra por la destrucción de la libertad debe ser combatida con la guerra por la destrucción de la esclavitud. La manera sencilla, entonces, de poner fin a la guerra salvaje y desoladora que ahora libran los esclavistas, es acabar con la esclavitud misma, la causa primordial de esa guerra.

La libertad del esclavo debería proclamarse ahora desde el Capitolio, y debería verse sobre el humo y el fuego de cada campo de batalla, ondeando en cada bandera leal. El tiempo de las medidas suaves ha pasado. [...] Cualquier guerra es una calamidad; pero una paz que sólo puede engendrar guerra es una calamidad mucho mayor. Una guerra larga y mansa, librada sin objetivo ni espíritu, paraliza los negocios, detiene los engranajes de la civilización, entorpece el sentimiento nacional, corroe el corazón nacional y difunde su nefasta influencia universalmente. [...] Cuanto antes se ponga fin a esta rebelión, mejor para todos. Una guerra indulgente es una guerra prolongada, y por lo tanto la peor clase de guerra. Detengámosla, y detengámosla eficazmente, detengámosla antes de que sus males se difundan por todos los Estados del Norte, detengámosla en el suelo en el que se originó, y entre los traidores y rebeldes que originaron la guerra. Esto puede hacerse de inmediato, «llevando la guerra a África». Que los esclavos y la gente de color libre sean llamados al servicio, y formen un ejército liberador, para marchar al Sur y levantar la bandera de la Emancipación entre los esclavos. Habiendo traído el Sur la revolución y la guerra al país, y habiendo elegido y consentido jugar a ese temible juego, no tiene derecho a quejarse si de sus propios actos y acciones resultan tanto bienes como calamidades.

Los esclavistas no han dudado en emplear los brazos de sable de los negros en el Sur para erigir las fortificaciones que silenciaron los cañones de Fort Sumter [...] No tienen escrúpulos en emplear a los negros para exterminar la libertad y derrocar al gobierno. [...] No dudamos en afirmar que diez mil soldados negros podrían ser reclutados en los próximos treinta días para marchar sobre el Sur. Un solo regimiento negro sería, en tal guerra, igual a dos blancos. [...] Todas las consideraciones de justicia, humanidad y política sensata confirman la sabiduría de llamar a los hombres negros a tomar las armas en nombre de su país.

A menudo nos preguntan, tanto por carta como por la calle, qué hará nuestro pueblo en la severa crisis actual de los asuntos del país. Nuestra respuesta es: ¡ojalá nos dejarais hacer algo! Sólo nos falta vuestro consentimiento. Estamos listos e iríamos, considerándonos felices de que se nos permita servir y sufrir por la causa de la libertad y las instituciones libres. Pero no nos dejáis ir. [...] Hasta que la nación se arrepienta de esta debilidad e insensatez, hasta que haga de la causa de su país la causa de la libertad, hasta que derribe la esclavitud, fuente y centro de esta gigantesca rebelión, no merecerá el apoyo de un solo brazo de marta, ni logrará aplastar la causa de nuestros problemas actuales.¹⁰

Habiendo leído estas elocuentes y lúcidas palabras de Frederick Douglas, queda claro que las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* lejos estuvieron de ser lo primero que se redactó o dijo en el Norte estadounidense a favor de la abolición general de la esclavitud y el enrolamiento de libertos negros y mulatos. Pero no hay que bajarle tanto el precio a los escritos del joven oficial argentino. Su aporte al debate público yanqui del momento fue habersele ocurrido, y haber sabido, transmitir la experiencia práctica sudamericana (la rioplatense sobre todo) de los regimientos de *pardos* y *morenos* en las guerras de independencia contra España, en la contienda contra el Brasil y en las guerras civiles de unitarios contra federales.

Antecedentes biográficos

Pero, ¿quién era Edelmiro Mayer? ¿Qué había hecho este joven militar argentino antes de emigrar a Estados Unidos, escribir las cartas al *Harper's Weekly* y combatir en la guerra de Secesión comandando tropas nordistas de afroamericanos libertos?

Una década antes de arribar al puerto de Nueva York, allá por 1853, después de la batalla de Caseros (derrota que había arrebatado al dictador Rosas su poder y precipitado su destierro en Inglaterra), el adolescente porteño Edelmiro Mayer arribó a la ciudad de Mendoza. Venía en cumplimiento de una misión familiar que lo marcaría para siempre, algo así como un desafío y rito de pasaje que la vida le ponía por delante para apurar, completar y explicitar su tránsito a la adultez. Tránsito que había comenzado un año antes con la muerte de su progenitor, y con su bautismo de fuego como soldado de artillería al servicio de la separatista Buenos Aires en guerra contra Urquiza, líder supremo del partido federal y director de la Confederación Argentina.

¿La misión cuyana de Edelmiro? Repatriar los restos de su hermano mayor Federico, un joven médico de filiación masónica e ideas liberales cuya militancia unitaria lo había obligado a emigrar de la urbe porteña cuando todavía gobernaba Rosas. Camino a Chile, en Mendoza, había conocido a Aurelia Godoy Cruz, hija del exgobernador Tomás Godoy Cruz, de quien se enamoró y con quien se casó. La suegra, disgustada con su yerno porque a su criterio no poseía suficiente alcurnia, o por despecho, si fuera cierto que lo amaba (hay distintas versiones sobre lo ocurrido), había contratado a unos sicarios para que lo asesinaran.

La Mendoza a la que llegó Edelmiro era la ciudad donde 18 años atrás (1835) el caudillo federal José Félix Aldao había ordenado el fusilamiento de Lorenzo Barcala, un coronel mulato con pasado unitario que había

¹⁰ Frederick Douglas, "How to End the War", en *Douglass' Monthly*, mayo de 1861, disponible en <https://rbscp.lib.rochester.edu/2494>. La traducción es mía.

descollado en la guerra contra el Imperio del Brasil y las guerras civiles. Barcala se cuenta entre los pocos militares afroargentinos (otros fueron Domingo Sosa y José María Morales), que alcanzaron el rango de coronel en toda la historia de nuestro país. Será el gran protagonista de las cartas que Mayer escribirá algún día en Norteamérica, para el *Harper's Weekly* de Nueva York, en medio del fragor de la guerra de Secesión.

Edelmiro había nacido en Buenos Aires 16 años atrás, el 27 de mayo de 1837, aquel año crucial en que Echevarría, Alberdi y otros jóvenes intelectuales críticos del rosismo fundaron la Asociación de Mayo, germen de la llamada *Generación del 37*. El padre de Edelmiro, John Andrew Mayer, era un marino inglés de ascendencia germana que había combatido para la Royal Navy en las guerras napoleónicas, y que se había radicado en Buenos Aires a comienzos del decenio de 1820 por invitación de Rivadavia, amasando cierta fortuna como comerciante. Esa fortuna le permitió casarse con la patricia porteña Dolores Posadas, hija de Gervasio Posadas (el que fuera director supremo de las Provincias Unidas en 1814-15). Mr. Mayer era liberal y masón, y abrazó con entusiasmo la causa unitaria, igual que haría luego su primogénito Federico.

Edelmiro se crió, pues, en un hogar acomodado e ilustrado de la élite porteña, fervientemente opositor a Rosas. Recibió una esmerada instrucción: ciencias, literatura, música, inglés y otras lenguas extranjeras... Pero hacia 1851, en el tránsito de los 14 a 15 años, Edelmiro tuvo que crecer de golpe: su hermano mayor debió exiliarse, y muy poco después falleció su padre. Él y su mamá debieron hacerse cargo de la familia, en medio de grandes dificultades económicas: ingresos mermados, deudas crecientes...

Cuando en septiembre de 1852, luego de Caseros, Buenos Aires se rebeló contra Urquiza escindiéndose de la Confederación Argentina, Edelmiro se enroló como voluntario en la milicia porteña, comandada por el Gral. Pirán. Tenía, a la sazón, apenas 15 años. Fue destinado a la guarnición de artillería de la isla Martín García. Sus meritorias actuaciones le permitieron ascender con celeridad, alcanzando el rango de teniente primero en cuestión de meses. Hacia 1853, sitiada Buenos Aires por las tropas confederadas del Gral. Lagos, Edelmiro participó de la defensa, destacándose por su valentía.

Concluido el asedio y asegurada la independencia porteña, el joven Mayer retomó sus estudios, aunque primero tuvo que repatriar –como ya hemos narrado– los restos de su hermano mayor asesinado en Cuyo, y traer desde allí a su cuñada viuda. Comenzó a desempeñarse como redactor de varios periódicos liberales, al tiempo que se iniciaba en la masonería e incursionaba en la militancia política, primero en las filas del alsinismo y luego del mitrismo.

Cuando en 1859 recrudece el conflicto entre la Confederación y Buenos Aires, Mayer se reincorpora al ejército porteño, esta vez bajo el mando de Mitre. Combate en Cepeda como oficial de artillería. El resultado adverso de esta batalla no le impide destacarse y ganarse un nuevo ascenso: ayudante mayor. Apremiado por la situación material de su familia, aunque contrariando la opinión de su madre, que temía por su vida, Mayer decide entonces abandonar el periodismo y dedicarse de lleno a la carrera militar, mejor remunerada.

A mediados de 1860, Mayer fue apostado en la frontera austral del Estado de Buenos Aires, en la pampa profunda, donde se habían intensificado los malones de ranqueles y otros pueblos indígenas. Habría de desempeñarse como oficial de caballería en varios fortines: Bragado, Rojas, San Nicolás... Fue ascendido a capitán. La experiencia fortinera le permitió desarrollar sus habilidades ecuestres y marciales.

En septiembre de 1861, Edelmiro combate para el bando porteño en Pavón, batalla decisiva de la historia argentina que sella definitivamente la reunificación de nuestro país bajo el liderazgo centralista de Buenos Aires y Mitre. Mayer capitanea un regimiento de caballería, el cual logra resistir con disciplina y firmeza las furibundas cargas de los lanceros entrerrianos de Urquiza. Es una actuación eficiente, descollante, que su jefe Wenceslao Paunero sabrá apreciar y recompensar, pues la mayoría de los regimientos de caballería bonaerenses –en contraste con los de infantería– se desbandaron con las embestidas enemigas.

Luego de Pavón, los ejércitos de Mitre se emplean a fondo en la «pacificación» del Interior. La violencia de los invasores porteños es brutal, sangrienta, como si la Argentina profunda fuese un enemigo extranjero. Las milicias provinciales son aniquiladas. Los gobernadores de lealtad federal van cayendo uno a uno, *manu militari*. Hay fusilamientos en masa y masacres a degüello de prisioneros, como en Cañada de Gómez, provincia de Santa Fe. Las montoneras federales del Chacho Peñaloza son combatidas, perseguidas y diezmadas con ferocidad.

Mayer participa de estas campañas en el Interior. Sigue los pasos de Paunero, su jefe, por Córdoba y las provincias del Norte. No es una guerra convencional, épica. Es una carnicería represiva (Sarmiento la llama cínicamente «guerra de policía», como ya señalamos). Luchar contra gauchos montoneros mal armados que gozaban de amplio apoyo popular local, guerrilleros rurales huidizos que evitaban toda batalla decisiva y apostaban por el desgaste de las emboscadas, era algo que no podía agradar a Edelmiro, un oficial joven sediento de gloria que soñaba con dirigir heroicas cargas de caballería como las de las guerras napoleónicas de la vieja Europa, la gesta sudamericana sanmartiniana-bolivariana y la guerra contra el Imperio del Brasil.

Un poco por esta decepción, y otro poco por una acumulación de infortunios personales, Edelmiro decidió darse de baja en el Ejército de Buenos Aires y marcharse a los Estados Unidos en 1863, donde tenía un familiar viviendo en Nueva York que le prometía techo y trabajo, y donde esperaba poder continuar con éxito su carrera militar combatiendo para la Unión –el bando nordista– en la guerra de Secesión, la mayor conflagración del mundo en aquella época. Los infortunios personales que lo llevaron a emigrar hacia Norteamérica fueron varios. En primer lugar, una frustración amorosa: el padre de la joven porteña que tanto amaba y que correspondía su amor, un acaudalado estanciero rosista, se oponía cerrilmente a que su hija se casara con un soldado errante sin riqueza, pendenciero y duelista, guitarrero y juerguista, de familia unitaria y, para colmo, entreverado en la política. En segundo lugar, el dolor y la culpa por la pérdida de Carlos, su hermano menor, quien se había enrolado en el ejército porteño a instancias suyas, y que había caído en Córdoba combatiendo a la montonera de Chumbita.

Pero hubo otra razón más detrás del éxodo de Mayer a los Estados Unidos de Lincoln. Un infortunio de índole profesional, que resultó decisivo. Paunero había ascendido a Mayer al rango de teniente coronel, pero Mitre desconoció esta promoción. Mayer, desairado, decidió abandonar el Ejército y emigrar a Norteamérica.

Más precisiones biográficas, más coordenadas históricas

Edelmiro Mayer llegó en barco a Nueva York con 25 años de edad, a principios de 1863, cuando promediaba la guerra de Secesión. Consiguió empleo en la tienda de su tío, pero al poco tiempo ingresó al Ejército de la Unión con el rango de mayor, y comenzó a trabajar como instructor –acaso favorecido por su membresía masónica y la recomendación de Sarmiento– en la academia militar de West Point, no lejos de la *Gran Manzana*, donde se graduaban –igual que hoy– los mejores oficiales de Estados Unidos. En esta institución conoció a Robert Todd Lincoln, el hijo del presidente Abraham Lincoln, y trabó amistad con él.

La guerra civil entre el Norte y el Sur se había vuelto demasiado larga, costosa y destructiva, y singularmente cruenta (los muertos, heridos y lisiados se contaban de a centenares de miles). Los estados de la Unión, mayormente abolicionistas y leales al gobierno republicano de Lincoln, no conseguían quebrar la resistencia armada de los rebeldes separatistas sureños, que se habían aglutinado en los Estados Confederados de América para salvaguardar la esclavitud.

El 1° de enero, Lincoln había hecho una jugada arriesgada, que generó muchas críticas y oposiciones, incluso en el Norte: decretar la manumisión de la población negra del Sur, salvo en los estados fronterizos que

habían permanecido fieles a la Unión (como Kentucky y Maryland), y en las zonas ocupadas por las fuerzas nordistas durante el transcurso de la guerra (como la Baja Luisiana y Virginia Occidental). Tres millones y medio de personas afrodescendientes –más del 80% de la esclavatura del Sur Profundo– fueron declaradas en libertad, en lo que se conoce como *Emancipation Proclamation* o «Proclama de Emancipación». La medida desató una ola de desacatos, revueltas y fugas en masa, dañando severamente el régimen esclavista de plantación, columna vertebral de la economía y sociedad confederadas. La apuesta de Lincoln por la guerra revolucionaria estaba dando sus frutos.¹¹

Pero la contienda no estaba ganada, y la Unión necesitaba más soldados. Los sectores abolicionistas propusieron crear regimientos de infantería con los afroamericanos libertos del Norte, o aquellos que migraban del Sur al Norte huyendo de las plantaciones. Pero los sectores más conservadores, movilizadas por sus prejuicios racistas, se oponían. La perspectiva de multitudes armadas de *freedmen* (ex esclavos negros) mayormente desarraigados y sin empleo, acuartelados o marchando por campos y ciudades, les asustaba. Temían que eso socavara el orden social y provocara excesos de violencia revanchista contra la población blanca nortea. A Lincoln no le tembló el pulso y autorizó la formación de las USCT.¹² Pero la polémica no cesó, demorando los avances de esta política inclusiva.

El debate en cuestión interesó sobremanera al mayor Mayer, quien, en tributo a sus convicciones liberales y anhelos profesionales, tomó partido por la causa antiesclavista y la leva de afrodescendientes. Su experiencia periodística en Buenos Aires, sumada a su conocimiento del idioma inglés, hicieron que se resolviera a tomar la pluma. El 27 de junio, *The Harper's Weekly* publicó –como ya se señaló– un par de cartas suyas, donde el argentino manifestaba estar “muy sorprendido de que la capacidad, y podría decir la suprema excelencia de los negros como soldados, sean cuestionadas”. En ellas celebraba los progresos de la abolición de la esclavitud en las dos Américas, al tiempo que elogiaba sin retaceos las cualidades marciales y civiles de la «raza negra»: coraje, fuerza, fiereza, resistencia, disciplina, abnegación, lealtad, patriotismo, amor por la libertad...

Para fundamentar su apología, Mayer tuvo la sagacidad de invocar precedentes históricos sudamericanos: la destacada participación de negros y mulatos en las guerras de independencia, la guerra contra el Imperio del

¹¹ Para mayor información, este libro es una excelente opción: Allen C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation: The End of Slavery in America*, Nueva York, Simon & Schuster, 2006. Quienes busquen algo más somero y divulgativo en castellano, pueden leer este artículo mío: “La *Emancipation Proclamation* de Lincoln”, en *Comercio y Justicia* (Córdoba), 5 de noviembre de 2014, disponible en <https://comercioyjusticia.info/blog/opinion/la-emancipation-declaration-de-lincoln>.

Una aclaración importante: tal como se indicó, la Proclama de Emancipación entró en vigencia el 1° de enero de 1863; pero su anuncio oficial –por bando militar, a modo de ultimátum– fue hecho unos cien días antes, el 22 de septiembre de 1862. De ahí que la efeméride de la *Emancipation Proclamation* se corresponda con esta última fecha, y no con la primera. El 22 de septiembre de 1862, el presidente Lincoln conminó a los estados rebeldes del Sur a cesar sus hostilidades y reincorporarse a la Unión, dándoles como plazo máximo el 31 de diciembre. Pasada esa fecha, la sanción por incumplimiento sería la manumisión en masa de toda la esclavatura, sin resarcimiento. Más allá de su poder disuasivo a mediano plazo (cien días), bastante incierto, la Proclama de Emancipación respondía a un objetivo inmediato mucho más factible: soliviantar o agitar a la población afrodescendiente esclava con la promesa de libertad, generándoles a los Estados Confederados –tan pronto como se hiciera el anuncio– una crisis económico-social en retaguardia que minara su capacidad militar. La historia demuestra que la estrategia de Lincoln fue correcta. Y fue precisamente en función de esa estrategia que los *Border States* (los cuatro estados sureños esclavistas que lindaban con el Norte) quedaron exceptuados de la *Emancipation Proclamation*, puesto que eran leales a la Unión, y por nada del mundo se quería perder su apoyo mientras la guerra contra el Sur Profundo confederado no terminara. La abolición general de la esclavitud en todos los EE.UU. recién se concretaría en diciembre de 1865, ya concluida la guerra de Secesión, con la XIII Enmienda a la Constitución.

¹² *United States Colored Troops*, «Tropas de Color de Estados Unidos» (USCT, por sus siglas en inglés). Eran los regimientos afroamericanos del Ejército de la Unión, integrados por *freedmen* (libertos) negros y mulatos. Su creación data de 1863, luego de que entrara en vigencia la Proclama de Emancipación de Lincoln, aunque hubo algunos antecedentes en 1862 a nivel estadual (por ej., un cuerpo de voluntarios afrodescendientes en la milicia de Kansas). Las USCT llegaron a tener 178 mil soldados, repartidos en 175 regimientos comandados por oficiales blancos. Al final de la guerra civil, representaban la décima parte del Union Army.

Existe un estupendo libro sobre esta materia: William Dobak, *Freedom by the Sword. The US Colored Troops, 1862-1867*. Washington, Centro de Historia Militar del Ejército de EE.UU., 2011. Incluye un pasaje sobre Mayer –ilustrado con un retrato fotográfico de este oficial– en la pág. 439. Las y los lectores cinéfilos seguramente recordarán la película *Tiempos de gloria* (1989), de Edward Zwick, protagonizada por Matthew Broderick, Denzel Washington, Cary Elwes y Morgan Freeman. Cuenta la historia del 54° Regimiento de Infantería de Voluntarios de Massachusetts, íntegramente conformado por afroamericanos libertos, y comandado por un oficial blanco (aunque no extranjero como Mayer, sino nativo), unidad que tuvo una destacada actuación en la guerra de Secesión.

Brasil y las guerras civiles rioplatenses. Recordó que la Asamblea del Año XIII había proclamado la libertad de vientres y prohibido la trata exterior, que San Martín había reclutado a miles de libertos y afrodescendientes para sus batallones de infantería, y que en la dura lucha contra el imperio esclavista brasileño –que había invadido y tiranizado la Banda Oriental– volvieron a descollar muchos veteranos negros y mulatos de las guerras de Independencia, que nada tenían que envidiar a los aguerridos mercenarios europeos contratados por Pedro I.

Mayer evocó a los soldados afroargentinos que habían sacrificado o arriesgado su vida por la libertad de su tierra, combatiendo a los realistas. Un nombre propio se reitera en su relato: Lorenzo Barcala, el coronel mulato “*was born in the city of Mendoza, where his parents were slaves*”. Destacó de él no solo sus atributos y proezas militares (como su contribución a la decisiva victoria de Ituzaingó, en la guerra contra el Brasil), sino también su adhesión al partido unitario y su férrea oposición al «tirano» Rosas, postura política que caracterizó en términos sarmientinos como *civilización contra barbarie* (Edelmiro era amigo y protegido del sanjuanino, quien llegaría a ser el embajador de la Argentina mitrista en los Estados Unidos, hacia 1865).

El panegírico de Mayer sobre Barcala no está exento de errores y omisiones: le atribuye haber integrado el Ejército de los Andes y combatido en Chacabuco y Maipú, cuando en realidad nunca cruzó la cordillera; y nada dice sobre su tardía lealtad al caudillo federal Facundo Quiroga luego de la batalla de La Ciudadela (1831), donde fue derrotado y capturado. Se aleja de la verdad, también, cuando afirma que toda la población afroargentina se hizo unitaria, cuando la mayoría era federal, al menos en la Buenos Aires de Rosas y varias provincias del Interior leales al *Restaurador*. De todo esto se hablará con más detalle oportunamente. Mayer remata su semblanza con estas palabras: “El coronel Barcala es uno de los personajes más bellos de la historia argentina, la historia más heroica de Sudamérica. [...] Ningún tirano doméstico o extranjero profana la tierra que él amó tan bien, y todo argentino libre atesora la memoria de Barcala”.

Las cartas de Mayer al *Harper's Weekly*, el periódico más influyente del Norte, no cayeron en saco roto. Se le encomendó pronto la tarea de entrenar reclutas de las USCT, y fue designado capitán de una compañía de infantería totalmente integrada por voluntarios negros y mulatos. Hacia mediados de octubre, lo hallamos en la ciudad de Baltimore. Tendrá una actuación meritoria en la decisiva batalla de Chattanooga (Tennessee), la accidentada campaña de Florida –donde es gravemente herido– y el largo sitio de Petersburg (Virginia), llegando a dirigir un regimiento entero de afroamericanos: el 45° de Infantería. En virtud de todo esto, el 31 de diciembre de 1864 Lincoln firma su promoción a teniente coronel, el rango militar que Mitre –enemistado con el comandante Wenceslao Paunero– le había negado en su patria.

Al parecer, Mayer contaba con la admiración y estima de sus subalternos afroamericanos. Era un oficial intrépido, avezado y culto, no carente de bonhomía y simpatía. Tenía carisma y gozaba de popularidad. Oscar W. Norton, uno de esos subalternos, le comentó por carta a su hermana: “la mayor excitación aquí es causada por la llegada de un nuevo comandante de regimiento, el mayor Edelmiro Mayer. Es un sudamericano, y ha servido por diez años dentro del ejército, en el extranjero. Habla varias lenguas... y con su inagotable cantera de comentarios mantiene a todos con el mejor humor posible”. Mayer “llegó al fondo de las cosas, y nuestro regimiento va a mejorar bajo su dirección”¹³.

Sarmiento, quien también simpatizaba con la causa abolicionista de la Unión, dirá de él poco después, en el cap. XIX de su *Vida de Abraham Lincoln* (1866), cuando ya había asumido el cargo de embajador argentino en Washington, DC:

En cuanto a la aptitud de los negros para la guerra, sobre lo que existían muy fuertes dudas, no debieron ser del todo ineficaces los escritos de un joven Mayer, de nación argentino, quien pudo con justicia y

¹³ Cit. en Rothera, *op. cit.*, p. 56.

oportunidad citar los hechos históricos, que desde la guerra de la Independencia de Sud América habían dejado establecida fuera de disputa la aptitud de las gentes de color para la guerra; puesto que ya en las batallas tan célebres de Chacabuco y Maipú, en Chile, bajo las órdenes del General San Martín, como en las de Junín y Ayacucho, bajo las órdenes de Bolívar, los batallones negros compartieron en igual grado la gloria de la jornada. La defensa de Montevideo, por espacio de diez años, por la que se hizo llamar la Nueva Troya, fue sostenida por tropas de línea, entre las cuales había batallones de negros,¹⁴ que también lucieron en la batalla de Caseros que derrocó la sangrienta tiranía de Rosas. El joven Mayer tomó servicio, para hacer buenos sus asertos, al mando de tropas negras; y mui buenos resultados debió ofrecer su plan, pues que en breve de capitán ascendió a Teniente Coronel, con el mando de un regimiento de color. Así la temprana experiencia de la América del Sud venía a ayudar a la emancipación de los negros, ennobleciéndolos por las armas.¹⁵

Al terminar la guerra de Secesión en abril de 1865, Mayer y sus veteranos *freedmen* participaron de los desfiles triunfales en Washington, la capital de la Unión. Pero la noche del viernes 14 ocurrió una tragedia inesperada en el Teatro Ford: Lincoln recibió un disparo en la cabeza, muriendo pocas horas después. El asesino fue el actor sudista John Wilkes Booth. Mayer, amigo de la familia presidencial, asistió a los funerales. Al momento de producirse el magnicidio, se encontraba con el hijo de Lincoln en una fiesta.

El teniente coronel Mayer se marcharía a México para alisarte en el Ejército republicano de Benito Juárez, que libraba una guerra popular antiimperialista contra las fuerzas de Napoleón III, su monarca títere Maximiliano I –el archiduque de Austria– y los conservadores mexicanos que le eran adictos: la guerra contra la Segunda Intervención Francesa en México (1862-67). Comandó el batallón Zaragoza en numerosas batallas por la independencia: Monterrey, Santa Gertrudis, Querétaro... En virtud de su meritoria actuación, fue ascendido a general.¹⁶ Pero las andanzas mexicanas de Mayer –que él narra en sus memorias– exceden la

¹⁴ No está de más recordar que, durante el Sitio Grande de Montevideo (1843-51), los colorados uruguayos contaron con el apoyo de los unitarios argentinos emigrados al Uruguay, y también con el auxilio de la Legión Italiana: el legendario revolucionario Giuseppe Garibaldi y sus bravos *camicie rosse*. Como bien destaca Sarmiento, la larga inexpugnabilidad (ocho años) de Montevideo mucho le debió a la férrea tenacidad de los batallones de infantería de *pardos* y *morenos* comandados por el general Paz. Esa tenacidad hubiese sido impensable si los colorados, el 12 de diciembre de 1842, al optar por replegarse en la capital uruguaya para resistir el inminente asedio de los blancos y Rosas (vencedores en Arroyo Grande), no hubieran abolido la esclavitud, promulgando una ley que decía: “...Considerando [...] que en ningún caso es más urgente el reconocimiento de los derechos que estos individuos tienen de la naturaleza, la Constitución y la opinión ilustrada de nuestro siglo; que en las actuales circunstancias en que la República necesita de hombres libres, que defiendan las libertades y la independencia de la Nación; [...] NO HAY ESCLAVOS EN TODO EL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA”. Cit. en Francisco A. Wright, *Montevideo. Apuntes históricos de la defensa de la República*, Montevideo, Imprenta Nacional, 1845, pp. 32-33, disponible en Google Libros. Mayúsculas en el original.

¹⁵ Sarmiento, *op. cit.*, p. 222. En nota al pie, el sanjuanino acota esta anécdota: “el Comandante Mayer, celebrado en el Ejército como buen jinete, se distinguió en la batalla de Olustee, en la Florida. Muerto el abanderado de su regimiento, otro oficial con el mismo fin le sucedió. Entonces Mayer, tomó en sus manos la bandera, cayendo traspasado por dos balazos, de cuyas heridas apenas sobrevivió”. Sarmiento habló también de Mayer, simultáneamente y en términos muy similares a los de su *Vida de Lincoln*, en su informe al ministro de Instrucción Pública de Argentina, Dr. Eduardo Costa, *Las escuelas: base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos*. Nueva York, E. Davison, 1866, pp. 184-185, disponible en Google Libros.

¹⁶ Con respecto a la Segunda Intervención Francesa en México, este libro ofrece una buena panorámica histórica: Patricia Galeana, *Juárez en la historia de México*, México, Porrúa, 2006.

Una digresión: a mediados de 1867, terminada la guerra de Intervención en México, Mayer intentó conseguir un puesto de oficial en el Ejército Argentino que luchaba contra el Paraguay en la guerra de la Triple Alianza. Eso no era nada sencillo, debido a la reyerta que había tenido con Mitre, a la sazón, presidente de nuestro país. Mayer escribió una carta a sus influyentes amigos Adolfo Alsina, Héctor Varela y Nicolás Avellaneda, con la esperanza de que estos intercedieran ante el jefe de estado. La gestión no tuvo éxito, de modo que Mayer no pudo participar en la guerra de la Triple Alianza. En la misiva, Mayer no ocultó su desacuerdo con la invasión fratricida que Argentina, Brasil y Uruguay habían lanzado contra el Paraguay. ¿Por qué quería entonces combatir en el Ejército Argentino, de todos modos? Porque entendía que, como ciudadano y soldado, como patriota y profesional, debía anteponer los valores de lealtad nacional y disciplina militar a sus opiniones políticas personales (panamericanismo). Su carta dice así:

“Estimados amigos y compatriotas:

“En este día tan glorioso para México [...] me dirijo a ustedes siempre recordando esa patria querida, de la que hace tanto tiempo me separé.

“Con cuánta ansiedad vivo por ella, fácilmente se lo podrán imaginar, si consideran que rara vez llevo a saber algo de ella y de su ejército que opera sobre el Paraguay, y que cuando algo leo o me refieren, siempre es en favor de esta última República, cuyo amor a su independencia, hace hasta del último de sus hijos un héroe. [Sigue en la otra página]

finalidad de este artículo, igual que sus últimos años de repatriado en el Río de la Plata y la Patagonia, donde intervino en la represión del levantamiento mitrista de 1874 y en el alzamiento bonaerense de Tejedor contra la federalización de la ciudad de Buenos Aires (1880), últimas guerras civiles de la Argentina; y donde, además, llegó a desempeñarse como gobernador del territorio nacional de Santa Cruz hasta su muerte, en 1897.

Las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* nunca fueron traducidas al castellano. La presente publicación viene a llenar ese hueco historiográfico. Sin más preámbulos, comparto mi traducción, a la cual juzgué conveniente suplementar con notas bibliográficas y aclaratorias, o bien, de carácter crítico o digresivo.

TROPAS DE COLOR

La discusión militar de mayor interés en este momento¹⁷ es sobre el valor de las tropas de color. Hasta ahora en la guerra, cada vez que han estado en acción,¹⁸ han demostrado el heroísmo, la subordinación, la serenidad y la inquebrantable resolución que son esenciales para el soldado exitoso. Pero un más interesante capítulo testimonial sobre la materia ha sido confiado a nosotros por un amigo¹⁹, quien lo recibió del mayor Edelmiro Mayer, un soldado de la República Argentina que ha entrado al servicio de este país,²⁰ habiendo sido ampliamente recomendado al presidente y distinguidos personajes civiles y

“Ignoro de una manera explícita y positiva los motivos que hayan podido compeler a nuestra patria a lanzarse a una guerra tan absurda, a una alianza tan contraria a los intereses no solo de nuestra República, sino de todas las repúblicas hispanoamericanas. Sin averiguación alguna me hubiera determinado a ir a incorporarme al ejército nuestro si hubiera creído por un instante que la guerra había de durar tanto. Sin los datos necesarios no quería quebrantar el propósito con que salí de Buenos Aires en 1863; pero hace pocos días me han dicho personas que están algo informadas, que el estado de nuestro ejército no es el más brillante o halagüeño: debo pues prestar allí mi espada, antes que en otra parte.

“Deseo y suplico a ustedes que a mi nombre ofrezcan mis servicios como militar a la autoridad correspondiente, no porque crea necesarios estos mis servicios como soldado de infantería, pues supongo que todavía existen los Conesa, E. Mitre, Rivas, Cano, Facio, Roseti y tantos otros excelentes oficiales, sino porque creo poder ayudar en algo con la experiencia que he adquirido en mi activa carrera en la colosal guerra de los Estados Unidos y en la heroica y desesperada de México.

“A pesar de mi juicio y sentir sobre la guerra contra el Paraguay, en la que según sólo obtendremos una página gloriosa para nuestra historia militar y de que por cierto bien pueden pasar sin nuestros muy gloriosos anales –suponiendo que gloria puede haber cuando se combate contra los grandes intereses futuros de la Nación– creo que no dudarán ni el pueblo ni el Gobierno, por contrarios que sean a mis opiniones, que si me dan una misión militar la sabré cumplir estrictamente.

“Espero una pronta contestación [...]. Deseando toda grandeza y mejores días a nuestra patria, me despido de ustedes afectuosamente. Edelmiro Mayer”.

La carta fue publicada por el periódico uruguayo *La Tribuna* de Montevideo, con fecha 31 de agosto y 1° de septiembre de 1867. Aparece íntegramente reproducida en el prólogo a la edición mexicana de *Campaña y guarnición*. México, Departamento del DF, 1985, pp. 9-10 (las cursivas son mías). Debo el conocimiento de esta carta al periodista Ernesto Castillo, integrante de la Red de Radios Socioeducativas de Río Gallegos (Santa Cruz), quien investiga desde hace años la vida de Edelmiro Mayer.

¹⁷ El momento, tal como se informa en ese mismo número del *Harper's Weekly*, no podía ser más crítico. Hacia fines de junio de 1863, el ejército confederado acababa de invadir Pensilvania, en lo que sería el máximo avance territorial logrado por el Sur en toda la guerra de Secesión (1861-65). Nunca hubo tanta alarma en el Norte como durante esos días, en que las tropas del general Lee llegaron a estar a solo 170 kilómetros de Filadelfia. La calma, con todo, empezaría a volver pronto, a principios de julio, merced a la decisiva victoria de la Unión en Gettysburg, gran punto de inflexión en la guerra civil norteamericana.

En julio, sin embargo, el rechazo a la guerra y el resentimiento racista alcanzaron un gran pico de intensidad en el Norte: los *Draft Riots*. Pocos días después de Gettysburg, la plebe neoyorquina –en gran medida conformada por inmigrantes irlandeses pobres– se amotinó contra el reclutamiento forzoso de nuevos contingentes por sorteo y contra la continuidad de la guerra, y también contra la Proclama de Emancipación, la migración negra del Sur al Norte y la contratación de trabajadores «de color» en industrias y servicios. Más de cien personas afrodescendientes fueron brutalmente linchadas o ahorcadas en las calles de la *Gran Manzana* entre el 13 y 16 de julio de 1863, masacre que ha sido recreada en la escena final de *Pandillas de Nueva York* (2002), la película de Martin Scorsese. Véase Dupree A. Hunter y Leslie H. Fishel (Jr.), “An Eyewitness Account of the New York Draft Riots, July, 1863”, en *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 47, n° 3, dic. 1960, pp. 472–79.

En síntesis, Mayer publica sus cartas en un contexto donde la Unión necesitaba más reclutas que nunca para la guerra, pero donde, al mismo tiempo, el racismo todavía imperante en el Norte entorpecía el reclutamiento de las USCT.

¹⁸ Por ej., en el combate de Mound Island, Missouri, el 29 de octubre de 1862, donde el 1^{er} Regimiento de Infantería de Voluntarios de Color de Kansas consiguió una notable victoria para la Unión al dispersar un contingente confederado de la Guardia del Estado de Missouri, el cual tenía la doble ventaja de la sorpresa (había tendido una emboscada) y del número (350 contra 250).

¹⁹ ¿Sarmiento, quien tenía muchos contactos en los Estados Unidos desde que lo visitara allá por 1847? ¿O tal vez Robert Lincoln, el hijo del presidente, de quien Mayer se había hecho amigo cuando arribó a Nueva York pocos meses atrás?

²⁰ Mayer había ingresado al Union Army con el grado de mayor. Aún no tenía tropas a cargo, ni había tenido su bautismo de fuego en la guerra de Secesión. Se desempeñaba como instructor en la academia militar de West Point, no muy lejos de la ciudad de Nueva York.

*militares por eminentes personas de su propio país.*²¹ *Haremos solo aquellos cambios en sus expresiones que sean absolutamente esenciales. El mayor escribe en inglés:*²²

Estoy muy sorprendido de que la capacidad, y podría decir la suprema excelencia de los negros como soldados, sean cuestionadas.²³ Pero recuerdo que, cuando el Nuevo Mundo fue descubierto, los europeos dudaron de si los indios eran hombres o no, hasta que el papa Alejandro VI emitió una bula declarándolos dotados de inteligencia y descendientes de Adán...²⁴

¿Qué fundamento hay para creer que el negro no es un buen soldado? En mi opinión, no carece de ninguna de las cualidades de un soldado; y esta opinión mía está fundada en rigurosas pruebas de su valor, vistas y conocidas por mí en una larga experiencia con ellos en las guerras de la República Argentina.²⁵

La rama principal del ejército es la infantería. Permítasenos entonces considerar al negro como un soldado de a pie.

Para ser un buen soldado de infantería es necesario que el hombre sea robusto y sobrio, y capaz de soportar privaciones y fatiga. Debe estar dotado del coraje pasivo del artillero y el marino, y debe también poseer la intrepidez que, cuando la ocasión lo exija, lo lance a la carga con la impetuosidad de un jinete. Para luchar de día y de noche, en verano e invierno, sobre tierra y sobre agua, en todos los climas, y en todo tipo de suelo; resistiendo la fatiga, el frío y el hambre, él necesita una inteligencia acorde al tipo de guerra que practica –una continua perseverancia, destreza, energía y fuerza moral para participar en todos los combates–.

Eso sí: la infantería no será buena hasta que esté compuesta de individuos que reciban codo a codo el bote de metralla, sin esquivar los disparos ni cambiar de posición; que reciban o ataquen al enemigo con bayoneta o bala; que hagan largas marchas sin calzado y acampen sin agua en verano, sin ropa en invierno y comiendo poco; que luchen sin descanso.

Encuentra una raza de hombres con tales cualidades, y habrás encontrado la mejor infantería del mundo. En general, los negros son robustos; pero los esclavos lo son mucho más, porque están habituados al trabajo incesante y son capaces de soportar las privaciones y fatigas de las campañas con admirable resignación, y podría decirse también con una impassibilidad estoica.

Que el negro es valiente está demostrado por la historia de mi país, en la que están escritos los nombres de muchos héroes negros.²⁶

²¹ Entre otros, Domingo Faustino Sarmiento –por entonces gobernador de San Juan– y William Goodfellow, pastor de la congregación metodista norteamericana de Buenos Aires. En la Librería del Congreso de los Estados Unidos, entre los numerosos documentos del archivo de Lincoln (serie 1), está la carta de recomendación que el Rev. Goodfellow le dirigió al presidente norteamericano, fechada en la capital argentina el 20 de enero de 1863: “Mi querido Señor: el portador, mayor E. Mayer, va del Ejército Nacional argentino a ofrecerse por la causa de la Unión. [...] Habla fluidamente inglés y alemán, y ha ganado distinciones en los campos más cruentos de Sudamérica. [...] Podría asignarle una plaza en el *staff* de uno de nuestros generales...” (la traducción es mía). Puede leerse la misiva completa en <https://www.loc.gov/resource/mal.2126300/?st=gallery>.

²² Mayer era hijo de un oficial británico de la Royal Navy radicado en Buenos Aires, y había recibido clases de inglés desde niño. Tenía, por ende, un muy buen dominio de esa lengua.

²³ La opinión pública del Norte estaba dividida respecto a las USCT. Dar armas e instrucción militar a los *freedmen* era considerado peligroso, subversivo, por los sectores blancos más conservadores de la Unión, fuertemente racistas. Incluso la abolición de la esclavitud seguía siendo materia de controversia. Una parte de la población blanca nordista no había acogido bien la *Emancipation Proclamation*, sobre todo en los estados fronterizos esclavistas que se habían mantenido leales a Lincoln y que –todavía– no habían sido afectados por la política revolucionaria de manumisiones en masa.

²⁴ Mayer incurre aquí en una confusión. La bula en cuestión, la *Sublimis Deus* (1537), fue promulgada por el papa Pablo III, no por Alejandro VI. No obstante, podría alegarse que en las bulas alejandrinas (1493) ya estaba implícita, en germen, la doctrina pontificia según la cual los pueblos indígenas eran parte del género humano, de momento en que se planteaba la necesidad misional de evangelizarlos. Lo cual no significaba, claro está, reconocer que su racionalidad fuese plena, equiparable a la de los conquistadores europeos. Lo dicho vale no solo para las bulas alejandrinas, sino también para la *Sublimis Deus* a la que parece aludir Mayer.

²⁵ Mayer había intervenido en la guerra civil entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina (1852-61), luchando para el bando porteño. También participó en las campañas de Mitre contra las montoneras federales del Interior, luego de Pavón, entre 1861 y 1862. Le tocó en suerte, asimismo, una experiencia fortinera en el sur bonaerense, luego de Cepeda, donde combatió contra pampas y ranqueles (1859-61). En todas estas guerras, Mayer había tenido subalternos afrodescendientes.

²⁶ Los tenientes coroneles Inocencio Pesoa, Nicolás Cabrera y Agustín Sosa; el capitán Andrés Ibáñez; los sargentos José Cipriano Campana y Juan Bautista Cabral, el soldado Batallón, etc. Acaso también (se discute su existencia) el cabo segundo Antonio Ruiz, alias *Falucho*.

En la guerra sudamericana de Independencia, el ejército de la República Argentina contribuyó a liberar cinco otras repúblicas (Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay),²⁷ y en el ejército había muchos batallones de negros.²⁸ Los ejércitos españoles, que venían recientemente de combatir contra las legiones de Napoleón el Grande,²⁹ sabían muy bien de qué metal estaban hechos los negros, porque los españoles fueron derrotados por ellos en muchas batallas.³⁰

En la guerra que la República Argentina tuvo contra el Brasil, en 1825, los brasileños tenían 8.000 soldados extranjeros en su infantería,³¹ quienes, en la decisiva batalla de Ituzaingó (donde las armas argentinas fueron victoriosas)³², terminaron muertos, heridos o hecho prisioneros por un número inferior de negros, comandados por un coronel negro llamado Barcala, quien había sido ascendido a ese alto grado en el ejército regular debido a su heroísmo, talento militar y maneras caballerescas.³³

En la larga y cruenta guerra civil de la República Argentina, en la cual pugnaron dos elementos opuestos –civilización y barbarie–,³⁴ los negros siempre estuvieron del lado del partido civilizado, y siempre fueron

²⁷ Hablar de “República Argentina” para esa época (guerra de independencia) es inexacto. En aquel entonces, la denominación era Provincias Unidas del Río de la Plata. Este anacronismo de Mayer pudo haberse debido a su deseo de allanar la comprensión del público norteamericano, que poco conocía la realidad rioplatense.

En cuanto a la liberación de “cinco repúblicas”, debe matizarse ese número. Originalmente, el Alto Perú, la Banda Oriental y el Paraguay eran parte de las Provincias Unidas. Por otro lado, en el caso particular del Paraguay, la expedición de Belgrano de 1810-1811 no contó con un apoyo local significativo. Al contrario, fue objeto de una resistencia casi unánime. La independencia paraguaya poco le debe a las armas rioplatenses. Harina de otro costal son Misiones y Corrientes, pero estos territorios no habrían de engrosar la República del Paraguay. Mayer podría haber añadido Ecuador a su lista, debido a la participación de tropas rioplatenses –un escuadrón de granaderos a caballo comandado por el coronel Juan Lavalle– en la expedición que San Martín envió a Quito desde Perú, en auxilio de Sucre (1822). Pero hasta 1830, la antigua Presidencia de Quito integraría la Gran Colombia.

²⁸ Casi la mitad del Ejército de los Andes estaba integrado por negros y mulatos, fuertemente concentrados en los batallones de infantería. Por otra parte, hacia 1813, un 38% del Ejército del Norte estaba conformado por libertos afrodescendientes. Cfr. Alejandro Morea, “Negros, pardos y morenos en el Ejército Auxiliar del Perú (1810-1820)”, en *Historia Caribe*, vol. XIV, n° 35, jul.-dic. 2019, pp. 39-40.

²⁹ Mayer hace referencia a la guerra de Independencia española, librada en la Península Ibérica contra la invasión napoleónica, entre 1808 y 1814. En ella combatió José de San Martín antes de retornar al Río de la Plata en 1812.

³⁰ En una carta de 1816 a su amigo y colaborador Tomás Godoy Cruz, San Martín escribió: “No hay remedio mi buen amigo, solo nos puede salvar el poner a todo esclavo sobre las armas, por otra parte, así como los americanos son lo mejor para la caballería, así es una verdad que no son los más aptos para infantería, mire usted que yo he procurado conocer a nuestro soldado, y sólo los negros son los verdaderamente útiles para esta última arma...”. Cit. en Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de Independencia*, Bs. As., Sudamericana, 2013, pp. 42-43.

San Martín nos da una pista sobre su parecer en otro escrito: “el esclavo tiene principios de disciplina que es más difícil inculcar en los blancos”, en obvia alusión a los hábitos de obediencia férrea que se le han inculcado desde su infancia o captura. Cit. en Marta Beatriz Goldberg, “Coraje Bantu en las guerras de independencia argentina”, en *Revista del CESLA*, n° 7, 2005, p. 203.

³¹ El autor alude al *Corpo de Estrangeiros*, compuesto mayormente de mercenarios alemanes.

³² Se libró el 20 de febrero de 1827, en Río Grande do Sul. Ituzaingó fue una batalla clave, puesto que aceleró los acuerdos de paz y aseguró la independencia definitiva del Uruguay, subyugado por Brasil desde 1817. Cabe destacar que Brasil era un imperio, una monarquía, no una república como las otras naciones de la América independiente. Asimismo, su política abiertamente expansionista en el Plata parecía remedar el colonialismo de las potencias europeas. Y dos cosas más, no menos importantes: primero, los soldados imperiales eran mayormente mercenarios extranjeros, no ciudadanos/patriotas en armas como los rioplatenses; y segundo, Brasil constituía uno de los mayores baluartes del esclavismo, en el continente y en el mundo. De ahí que Mayer no pierda oportunidad de ensalzar la victoria de Ituzaingó. La guerra contra el Brasil monárquico e invasor, contra el Brasil «esclavócrata» de las *fazendas* cafetaleras y los ingenios azucareros, fue una causa profundamente libertaria, cimentada no solo en el republicanismo y el antiimperialismo, sino también en el abolicionismo (más allá de todas sus limitaciones y contradicciones: gradualismo, paternalismo, racismo). Esto explica la popularidad que gozó entre los afroargentinos y afrouruguayos, y la conmovedora vehemencia con que los batallones de *morenos* y *pardos* combatieron por la emancipación de la Banda Oriental. En el imaginario republicano de la época, que no había perdido del todo la herencia jacobina de Mayo, Ituzaingó y Juncal fueron algo así como *la Maratón* y *Salamina del Río de la Plata*. Añádase que muchos esclavos brasileños fugados de las plantaciones y los *engenhos* habían hallado refugio –y redención– en las Provincias Unidas, reforzando con su presencia la hostilidad afroargentina hacia el Imperio de Pedro I, país donde la trata estaba legalizada sin restricciones y la libertad de vientres brillaba por su ausencia. Aunque en las Provincias Unidas la esclavitud subsistía (y subsistirá hasta mediados del siglo XIX), ya estaba en marcha un importante proceso de abolición gradual. Vid. Magdalena Candioti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2021. En la prensa afroporteña decimonónica hay múltiples evidencias de solidaridad internacionalista con los hermanos y hermanas del Brasil en situación de esclavitud. Véase Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos: afroporteños, Estado y Nación*, Rosario, Prohistoria, 2010, pp. 198-202.

³³ Mayer se exploya sobre Barcala en su otra carta (véase *infra*). En realidad, este oficial afroargentino consiguió el rango de coronel con posterioridad a la guerra contra el Brasil. Lo consiguió en 1830, luchando para el bando unitario en la batalla de Oncativo (Córdoba). Barcala tuvo una actuación rutilante, que cimentó la victoria del general Paz sobre el caudillo federal Facundo Quiroga.

³⁴ Recuérdese que Mayer era liberal y amigo de Sarmiento, y que se había criado en el seno de una familia porteña fervientemente unitaria. No sorprende entonces que reprodujera la retórica maniquea *civilización vs. barbarie*.

sublimemente leales al mismo. Los líderes del partido bárbaro nunca fueron capaces de persuadir a esos negros de servirles. Ellos prefirieron en todo momento las torturas del tirano J. M. de Rosas y una muerte segura por traición.³⁵

Nunca desertaron de la bandera de la libertad.

Cuando el ejército de la libertad fue diezmado por Rosas,³⁶ y la República Argentina se había vuelto un vasto cementerio para todos aquellos que amaban la libertad –cuando nuestro ejército había sido privado de sus líderes más necesarios y los hombres habían perecido por hambre, sed y la fatiga de tales campañas–, los negros se distinguieron por la perseverancia, destreza y fuerza moral con que afrontaron todas las pruebas y superaron todas las dificultades.

Los negros jamás se insubordinan, y la subordinación es el alma de un buen ejército. Además, son muy leales a sus comandantes y oficiales.

Les relataré un hecho ocurrido en 1854. El partido retrógrado había tomado posesión del gobierno de la República del Uruguay.³⁷ Los liberales resolvieron entonces derrocarlo,³⁸ y se unieron a algunos

³⁵ Esto es ostensiblemente falso. Una enorme cantidad de afrodescendientes –con toda seguridad la mayoría, al menos en la Buenos Aires rosista– simpatizaba con el partido federal y combatió por él en las guerras civiles. Juan Manuel de Rosas, por ejemplo, llegó a contar con una amplísima y fervorosa adhesión de la plebe afroporteña merced a sus políticas clientelistas, demagógicas y paternalistas, algo que sus enemigos unitarios no se cansaron de denunciar con acritud, incurriendo a menudo en estigmatizaciones racistas como las de *Amalia*, la novela de José Mármol. Numerosos afroporteños militaron en la Sociedad Popular Restauradora, engrosaron las milicias bonaerenses y fueron parte de la temida Mazorca. Con todo, es un hecho que Rosas nunca quiso abolir la esclavitud (hubo que esperar a su derrota y caída en la batalla de Caseros para que eso ocurriera, Constitución Nacional mediante), y que, durante gran parte de su gobierno, permitió –e incluso alentó– la trata: volvió a legalizarla (1831) luego de que la Asamblea del Año XIII la prohibiera, pero finalmente restableció su proscripción (1839). También es un hecho que el unitarismo no carecía de apoyos al interior de la comunidad afrodescendiente, como lo prueba la presencia de nutridos contingentes de negros y mulatos en los ejércitos de Lavalle, Paz y Lamadrid; y también la trayectoria biográfica no solo de Barcala, sino también de otros suboficiales y oficiales *pardos o morenos*: el coronel José María Morales, el sargento José Cipriano Campana, el coronel Pablo Irrazábal, el mayor Celestino Barcala (el hijo de Lorenzo Barcala), etc. Por lo demás, los intelectuales liberales antirrosistas de la generación del 37 solían tener opiniones abolicionistas. Desde luego que el antiesclavismo no era incompatible con el racismo (como lo ilustra crudamente el caso de Sarmiento), pero esto vale por igual para unitarios y federales, algo que el revisionismo histórico tiende a pasar por alto.

Un historiador estadounidense especialista en la materia ha escrito: “el apoyo de la comunidad [negra y mulata] a Rosas de ningún modo era unánime. Algunos afroargentinos, en especial aquellos que estaban ubicados más confortablemente en la sociedad de la ciudad [Buenos Aires], se unían a los unitarios contra el dictador. El coronel José María Morales, el oficial de color de más alto rango de la Argentina, inició su carrera militar luchando en el bando unitario en el Sitio de Montevideo. Doña Encarnación repetidamente advertía a su esposo de los complots para asesinarlo; el sospechado instigador de uno de ellos fue un mulato Carranza, ‘muy unitario’. Otro mulato de nombre Félix Barbuena se decía que había sido el líder de la revuelta antirrosista de 1839 en el sur de la provincia [el movimiento Libres del Sur, aplastado en Chascomús]. Los enemigos del gobernador hacían todo lo posible por socavar el apoyo de los afroargentinos al dictador. En 1836, un informante le escribió al jefe de policía que ex oficiales de una antigua unidad militar negra, el Cuarto Batallón de Cazadores, se habían infiltrado en las naciones africanas y estaban difundiendo la subversión unitaria”. George Reid Andrews, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Bs. As., Ed. de la Flor, 1989, p. 119.

Lavalle, en su campaña contra Rosas de 1839, interpeló a los afroargentinos como compatriotas y pares, y como viejos compañeros de armas: “Hombres de color y de casta por quienes he peleado en cien combates, puesto que he peleado por la igualdad de todos los hombres. ¡Yo vengo en defensa de vuestra causa, soy vuestro amigo y vuestro defensor! ¡Os brindo un rango en mis filas para pelear contra el salvaje que os asesina y os vende, so pretexto hipócrita de amigo de los pobres!” (cit. En Francisco Morrone, *Los negros en el Ejército: declinación demográfica y disolución*, Bs. As., CEAL, 1995, p. 71). En su proclama, Lavalle parece denunciar el esclavismo de Rosas, quien no solo había preservado la esclavitud, sino también rehabilitado la trata exterior, alguna vez prohibida por la Asamblea del Año XIII.

La prensa afroporteña es otro buen indicador de que la población negra y mulata distaba de ser unánimemente federal en sus preferencias políticas. Luego de la caída del rosismo en 1852, que acabó con la persecución y censura contra los unitarios, circularon en Buenos Aires varios periódicos que combinaban una orgulloso reivindicación de la identidad racial/étnica afrodescendiente con posiciones ideológicas liberales y mitristas que iban de la mano, en el plano de la *política de la memoria*, con la línea Mayo-Caseros (por ej., *El Artesano* y *La Juventud*). Véase Geler, *op. cit.*, pp. 201 y 283.

³⁶ Esta referencia histórica de Mayer resulta poco clara. Podría tratarse de la seguidilla de cruentas derrotas sufridas por los unitarios en 1831, que derivaron en la disolución de la Liga del Interior; o bien, de las desastrosas batallas de Famaillá (Tucumán) y Rodeo del Medio (Mendoza), en 1841, que hicieron añicos a la Coalición del Norte y la Legión Libertadora de Lavalle. Para mayores precisiones sobre el unitarismo y sus vicisitudes en las guerras civiles rioplatenses, véase Ignacio Zubizarreta, *Unitarios. Historia de la facción política que diseñó la Argentina moderna*, Bs. As., Sudamericana, 2014.

³⁷ Mayer parece hacer alusión al gobierno del caudillo colorado Venancio Flores, cuya política de conciliación con los blancos no agradó al sector más intransigente de su partido: los colorados *conservadores*.

³⁸ La llamada *Rebelión de los Conservadores*, que no estalló en 1854 como afirma Mayer, sino en 1855 (agosto).

regimientos de la Guardia Nacional de Montevideo, la capital de la república. La revolución fue aplastada, y los instigadores fueron desterrados para siempre del país.³⁹ En ese momento, hubo tres batallones de negros que rogaron a sus jefes que les permitieran acompañarlos a su destierro. Sus comandantes consintieron. Vinieron a Buenos Aires, y siempre han sido devotos a sus principios, y ayudaron a sus jefes a intentar derrocar el gobierno despótico de su país en 1857, desdichada expedición donde la mayor parte del ejército de la libertad pereció por el filo lacerante de la espada del enemigo.⁴⁰

He tenido algunos de estos soldados negros, y los he conducido a la lucha. Ojalá quiera Dios que yo pueda volver a obtener el mando sobre soldados como esos. Sé que aun si no fueran victoriosos, ¡al menos nunca abandonarían el campo sin honrar nuestras armas y bandera!

BARCALA

En una carta ulterior, el mayor Mayer ofrece el siguiente reporte de un célebre jefe negro cuya fama sobrevive en la República Argentina de modo similar a la de Toussaint Louverture⁴¹ en Santo Domingo. Junto al valiente coronel Barcala, otros negros se han distinguido en las guerras de Sudamérica. Borros, el historiador portugués de Brasil, dice que en su opinión los soldados negros son preferibles a los suizos, quienes en su día fueron considerados la mejor infantería del mundo.⁴² De hecho, uno de los personajes más distinguidos de la historia brasileña es Henrique Diaz, un negro, que de esclavo se convirtió, como Barcala, en coronel de un regimiento de soldados de su mismo color. En 1637, al frente de sus soldados, les arrebató a los holandeses el fuerte y la ciudad de Recife.⁴³ En 1645, en una de sus batallas, una bala destrozó su mano izquierda. Para evitar el retraso de curar la herida, hizo que se le amputara en el acto, diciendo que cada dedo de su diestra valía en batalla la totalidad de su zurda. El historiador Meneses⁴⁴ elogia su consumada habilidad, y la devoción e intrepidez de sus seguidores:

Deseas saber más del coronel Barcala, cuyo nombre has visto en la carta que escribí. Sé perfectamente bien que tu interés en él no es una mera curiosidad ociosa, sino que nace de tu profundo amor por la buena causa, y de tu anhelo de poner en acción lo que podría contribuir de algún modo a elevar a la raza negra oprimida.⁴⁵

³⁹ En realidad, la «revolución» resultó exitosa: Flores renunció. El destierro de los colorados *conservadores* al que apunta el autor ocurrió, en efecto. Pero algún tiempo después, a comienzos de 1856, cuando su líder, el general César Díaz, perdió las elecciones presidenciales frente al candidato blanco Gabriel Antonio Pereira. La extrema inestabilidad política del Uruguay decimonónico –por momentos una vorágine de caos– le jugó una mala pasada a Mayer, quien –como él mismo se excusa en su otra carta– no tenía a mano fuentes que le permitieran refrescar su memoria, por hallarse tan lejos del Río de la Plata.

⁴⁰ Mayer se refiere a la *Hecatombe de Quinteros*: la desastrosa expedición del general Díaz al Uruguay desde Buenos Aires, contra el gobierno blanco de Pereira. Los expedicionarios fueron vencidos, y muchos de ellos (se estima que un centenar y medio) masacrados sin miramientos en cautiverio. Este hecho luctuoso no sucedió en 1857, como afirma Mayer, sino en 1858.

⁴¹ Político y militar afrocaribeño de Saint-Domingue, nacido en 1791, la cual, luego de asegurar la abolición de la esclavitud, derivó en una revolución independentista exitosa, la primera de toda América Latina.

⁴² Curtis cometió una errata. No es “Borros”, sino Barros. João de Barros (1498-1590), el *Tito Livio portugués*, es el primer historiador lusitano de fuste. Vivió un tiempo en el Brasil, y escribió sobre él. Durante su tiempo (siglo XVI), los mercenarios suizos, con sus largas picas, seguían siendo considerados por muchos la mejor infantería del mundo occidental, aunque los tercios españoles –mejor adaptados a las nuevas tácticas de combate con armas de fuego– ya habían empezado a disputarles seriamente su primacía, que se remontaba a la Baja Edad Media, cuando la pólvora no había revolucionado aún el arte de la guerra.

⁴³ Henrique Dias fue un miliciano afrobrasileño liberto del siglo XVII, oriundo de Pernambuco, que desarrolló una brillante carrera militar como soldado y oficial. Cuando Holanda invadió el Nordeste del Brasil, Dias se enroló como voluntario en las fuerzas portuguesas de Albuquerque que luchaban contra la ocupación, convirtiéndose en uno de los grandes héroes de la Insurrección Pernambucana de 1645-54, en la cual llegó a comandar como maestro de campo (rango equivalente a coronel) el Tercio de Negros y Mulatos del Ejército Patriota. Descolló en las decisivas batallas de los Guararapes (1648 y 1649), recibiendo en recompensa el título nobiliario de hidalgo. En su breve panegírico, Curtis omite un dato biográfico comprometedor: Dias intervino también en la represión de los *quilombos*, las comunas clandestinas creadas por la esclavatura que se había fugado de las plantaciones.

⁴⁴ No sabemos a qué Meneses se refiere Curtis. ¿El cronista y marino portugués Manuel de Meneses? No podría ser, porque falleció en 1628, dos años antes de que Holanda invadiera el Brasil, hecho detonante de la Insurrección Pernambucana donde actuó Dias. Probablemente Curtis se haya confundido de autor. Meneses sí escribió sobre la primera invasión holandesa al Brasil: la de 1624-25, a la capitanía de Bahía.

⁴⁵ Mayer sabía que Curtis era partidario de Lincoln y abolicionista, y que apoyaba con fervor –como él– la creación de las USCT.

Piensas que podría ser útil e interesante conocer algo de este compatriota mío, un hombre eminente por sus talentos, virtudes y acciones heroicas. Bien, entonces te haré un bosquejo de ese negro, tan noble y valiente como el Bayard de Francia⁴⁶. Solo temo que ese bosquejo será imperfecto, porque estoy lejos de quienes podrían darme datos, y debo depender solamente de mi memoria. Pero los pocos detalles que puedo relatarte de este mártir de la libertad te permitirán hacerte un juicio de él.

El coronel Barcala nació en la ciudad de Mendoza, donde sus padres eran esclavos. El propietario de su amado negrito, viéndolo tan inteligente, le dio una buena educación.⁴⁷ La guerra de Independencia revolucionó la sociedad del virreinato de Buenos Aires,⁴⁸ y cuando el primer congreso se reunió, en 1815, declaró libres a todos aquellos que nacieran después de ese día en la República Argentina, y también prohibió la introducción de esclavos.⁴⁹ El amor a la libertad inspiró los corazones de la mayoría de los ciudadanos, quienes dieron inmediatamente la libertad a sus negros, reclamándolos solo para ayudar a mantener la libertad e independencia de la nueva república.⁵⁰

Muchos negros marcharon hacia los campamentos y se ofrecieron como soldados, entre ellos Barcala. Fueron organizados en batallones con oficiales blancos.⁵¹ El general San Martín cruzó con ellos los Andes, la más espléndida hazaña de la historia militar de Sudamérica, y combatieron en la memorable batalla de Chacabuco, tan desastrosa para los españoles. En esta batalla, Barcala fue ascendido a cabo por su distinguida gallardía.⁵²

Poco tiempo después el ejército emancipador fue sorprendido en la noche, y, desafortunadamente, casi todos se dispersaron.⁵³ El cabo Barcala fue ascendido a sargento por la actividad e inteligencia que desplegó en esta ocasión.⁵⁴ Siete días después,⁵⁵ el ejército español fue atacado, para su gran sorpresa, en el campo de Maipú, por el ejército que creían haber destruido en la reciente acción, y que ahora se reducía a un tercio del número del enemigo.

⁴⁶ Pierre Terrail de Bayard (1476-1524). Fue un noble y militar francés del período renacentista, que adquirió gran notoriedad por su bravura y heroísmo en las guerras de Italia: la defensa del puente de Garellano, la batalla de Marignano, etc. Se trata del personaje histórico que dio origen a la leyenda del «caballero sin miedo y sin tacha», canto del cisne de la nobleza feudal tardomedieval en Europa.

⁴⁷ En su relato sobre Barcala, Mayer parece basarse en Sarmiento, quien habló elogiosamente del oficial mulato mendocino –aunque con varias imprecisiones biográficas– en *Facundo* y *Vida de Aldao*, libros publicados en 1845. Recientemente, Orlando Gabriel Morales y Luis César Caballero demostraron con evidencias documentales que el oficial mulato mendocino nació libre, y que su patrón, el criollo Cristóbal Barcala, escribano del Cabildo de Mendoza entre 1797 y 1821, fuese probablemente su padre biológico y –como se decía en la época– *de crianza*. Véase “Lorenzo Barcala: ¿esclavo, «hijo de la Revolución» y «civilizador de masas»? Una discusión de las mitificaciones historiográficas de los afroargentinos”, en *Tiempo Histórico*, n° 16, Santiago de Chile, enero-junio de 2018, pp. 39-59.

⁴⁸ El Virreinato del Río de la Plata era llamado alternativamente *Virreinato de Buenos Aires*, incluso en documentos oficiales españoles del período colonial.

⁴⁹ La proclamación de la libertad de vientres y la prohibición de la trata exterior de esclavos son disposiciones que datan de 1813, no de 1815. Fue la Asamblea del Año XIII, y no el Congreso de Tucumán (que recién empezó a sesionar en 1816), el órgano legislativo que las aprobó.

⁵⁰ Mayer romantiza en exceso el proceso revolucionario. No pocas familias de la élite criolla –realistas y no realistas– se negaron a manumitir y/o donar a sus esclavos, por lo que las autoridades patriotas debieron recurrir al rescate y la confiscación para poder engrosar la infantería con libertos negros y mulatos. Aun así, buena parte de la esclavatura no fue alcanzada por la emancipación de guerra. En el Cuyo sanmartiniano que se aprestaba para el Cruce de los Andes, donde las levadas de afrodescendientes resultaron más masivas que en cualquier otra región del Río de la Plata, un tercio de los esclavos permanecieron en su estatus. Por lo demás, la libertad del liberto no era inmediata, automática, sino supeditada al cumplimiento de un largo, penoso y riesgoso servicio militar fuera del país, del que muchos nunca regresarían, o regresarían inválidos.

⁵¹ No siempre. De hecho, como bien explica uno de los historiadores ya mencionados, “las tropas de pardos y morenos libres del ejército revolucionario eran comandadas en gran parte por hombres de color” (no así los batallones de libertos, de esclavos recientemente manumisos, donde predominaba abrumadoramente la oficialidad blanca). “Parece haber sido una regla tácita que a ningún afroargentino se le podía permitir que llegara al rango de general, pero al menos once se elevaron al grado de coroneles o tenientes coroneles”, entre ellos Barcala. “Si bien muchos afroargentinos se elevaron al rango de oficiales en las fuerzas armadas, el paso entre coronel y general resultaba una barrera infranqueable, y el número de negros y mulatos que se convirtieron en oficiales de ningún modo era proporcional a su representación en el ejército”. Andrews, *op. cit.*, pp. 156-157, 152-153 y 70.

⁵² Aquí es donde Mayer, confundido, más se aparta de la verdad histórica: Barcala no acompañó a San Martín en el Cruce de los Andes. Por orden suya permaneció en Cuyo como instructor de las tropas patriotas, en el Cuerpo de Cívicos Pardos de Mendoza. Su rutilante carrera militar la hizo en las guerras civiles y la guerra contra el Imperio del Brasil, no en la guerra de Independencia.

⁵³ Mayer alude aquí, sin dudas, a la derrota de Cancha Rayada, ocurrida el 19 de marzo de 1818.

⁵⁴ Id. nota 52.

⁵⁵ No siete, sino diecisiete días después (la batalla de Maipú aconteció el 5 de abril de 1818).

La batalla de Maipú fue una de las más sangrientas y desesperadas de todas las que libraron los españoles en el continente sudamericano, y al perderla, perdieron la posesión de Chile. En esa batalla los batallones negros⁵⁶ hicieron proezas similares a aquellas que distinguieron a los regimientos de Rhode Island bajo el mando del general Burnside en Antietam⁵⁷.

Por su desempeño en la batalla, Barcala fue ascendido a teniente. Fue el primer oficial negro en nuestro ejército,⁵⁸ y tenía para esa época tres condecoraciones en su pecho.

Batallando constantemente, sin tregua, el ejército emancipador siguió a los españoles a Bolivia y Perú.⁵⁹ Retornó a Buenos Aires en el año 1823.⁶⁰ Barcala había hecho ocho años de continuas campañas, y cuando regresó a su patria, de la que se había ido como soldado raso, lo hizo como coronel de un regimiento, cubierto de gloria, con 15 condecoraciones, y con el amor y la estima de todo el ejército.⁶¹

Téngase en cuenta que los comandantes y oficiales del ejército provenían de los sectores más notables y selectos de la sociedad, precisamente para poder apreciar el mérito de Barcala, un esclavo negro emancipado,⁶² quien se elevó tan alto en su rango debido a sus talentos, heroísmo, conocimientos y virtudes.

En la guerra contra el Brasil, en 1825, tú conoces la talla de lo que hizo, porque has leído la carta que te he escrito.

En 1828 estalló nuestra guerra civil,⁶³ y Barcala, como todos los negros, estuvo con el partido de la libertad.⁶⁴ El ejército liberal, estando en la provincia de Córdoba, libró la batalla de La Tablada, bajo el mando del general Paz (el único general sudamericano que no ha perdido una batalla, a pesar de que luchó muchas y muy notables, entre ellas esta, la más sangrienta en la historia sudamericana), contra el general Facundo Quiroga, el Atila argentino.⁶⁵

Tras dos días de lucha, durante los cuales se desplegó, de un lado, mayor estrategia y valor, y del otro, mayor impetuosidad en las furiosas cargas de caballería, y mayor tenacidad, el general Paz se mantuvo como dueño del terreno; y en la orden general que dio el día siguiente, ensalzó el conocimiento y talento

⁵⁶ Batallones 7° y 8° de los Andes, y también el batallón chileno Infantes de la Patria.

⁵⁷ Antietam (Maryland, 17 de septiembre de 1862) fue la primera gran batalla de la guerra de Secesión librada en territorio de la Unión. Fue muy cruenta: más de 3.600 muertos. No tuvo un resultado concluyente. Las tropas sudistas del general Lee se replegaron a Virginia sin ser hostigadas por las fuerzas nordistas de McClellan, demasiado cauteloso. Detenido el avance confederado, Lincoln se sintió en una posición lo suficientemente fuerte como para lanzar, pocos días después, la Proclama de Emancipación. En la batalla de Antietam tuvo una actuación sobresaliente el mayor general Ambrose Burnside (bando unionista), al frente del Noveno Cuerpo del Ejército del Potomac.

⁵⁸ Mayer exagera. Antes de Barcala, hubo otros oficiales afrodescendientes en las fuerzas patriotas rioplatenses. Por ej., el mulato brasileño Agustín Sosa, del Regimiento de Pardos y Morenos de Buenos Aires. Luchó en las Invasiones Inglesas –donde obtuvo el grado de teniente coronel– y en muchas campañas de la guerra de Independencia: expediciones al Paraguay, a la Banda Oriental y al Alto Perú.

⁵⁹ Las tropas rioplatenses que acompañaron a San Martín a Chile, se embarcaron luego con él hacia Perú. Esto es exacto. Lo que no es exacto es que ulteriormente hayan marchado con Sucre al Alto Perú. Desde Perú, los últimos remanentes –ínfimos en número– retornaron al Río de la Plata vía Chile.

⁶⁰ En realidad, la repatriación desde Perú de los últimos soldados rioplatenses de San Martín –los pocos granaderos que habían sobrevivido a tantas batallas de la Independencia sudamericana– fue por tandas. Lavalle y otros oficiales regresaron a Buenos Aires hacia 1823, luego de la desastrosa campaña de Puertos Intermedios. Un remanente bastante mayor, encabezado por el coronel Bogado, lo hizo en 1826, luego de combatir en Junín y Ayacucho a las órdenes de Sucre.

⁶¹ Id. nota 52.

⁶² Mayer vuelve aquí a hacerse eco de un error biográfico de Sarmiento, que muchos otros han reproducido hasta hoy: que Barcala nació esclavo, y que obtuvo la libertad *a posteriori*, con la presunción tácita de que su manumisión estuvo asociada al proceso revolucionario iniciado en 1810, y apuntalado por la gobernación cuyana de San Martín (donaciones, rescates y confiscaciones de esclavos como reclutas del Ejército de los Andes). Véase Morales y Caballero, *op. cit.*, nota 47.

⁶³ Se refiere a la segunda guerra civil entre unitarios y federales, tras el fusilamiento de Dorrego (1828). Las provincias de la Liga del Interior se enfrentaron a las signatarias del Pacto Federal. La guerra concluyó con la victoria federal de La Ciudadela (1831), donde las huestes de Quiroga hicieron trizas al ejército de Lamadrid.

⁶⁴ El partido unitario. Mayer falta a la verdad cuando dice que toda la población afroargentina simpatizaba con el unitarismo. *Vid.* nota 35.

⁶⁵ La batalla de La Tablada se libró en las afueras de la ciudad de Córdoba, los días 22 y 23 de junio de 1829. Fue muy cruenta, es cierto: mil muertos. Pero Mayer exagera mucho al decir que fue la más sangrienta de toda la historia sudamericana. Varias batallas de la Independencia igualaron o superaron esa cifra. Algunas, incluso, la duplicaron, como Maipú y Ayacucho. De hecho, muchas otras batallas de las guerras civiles rioplatenses provocaron una mortandad mayor: Arroyo Grande, Caseros, Pavón...

de su jefe del estado mayor, y declaró que le debía la mayor parte de la victoria. El jefe del estado mayor del general Paz –el más estratega e instruido de todos los generales sudamericanos, y el más austeramente parco en elogios– era el coronel Barcala.

Te relataré dos o tres sucesos que echen un poco de luz sobre su carácter.

Estando el ejército liberal en la ciudad de Córdoba, la alta sociedad de la ciudad ofreció un grandioso banquete a los comandantes y oficiales. En los batallones negros había algunos oficiales con grado de coronel, quienes habían sido promovidos por sus méritos. Ahora bien: ninguno de estos oficiales iría al banquete, pero agradecieron sinceramente la invitación. Hace dos años, conocí a uno de esos oficiales; y cuando le pregunté por qué razón habían declinado la invitación, me dijo: *“en el ejército sabíamos bien lo que éramos como oficiales, pero también conocíamos nuestra posición en la sociedad, porque así nos lo enseñó nuestro coronel Barcala”*. Porque, habiendo sido esclavos, carecían, por supuesto, de una gran cultura.

Pocos días después de esto, se le ofreció un baile a los generales y comandantes. Era costumbre abrir estos bailes con un minué en el que intervenían el comandante general y su jefe de estado mayor. El coronel Barcala, quien, por orden de su general, estaba presente, y se hallaba en las habitaciones adyacentes, no quiso entrar al salón a bailar, diciendo que no sabía cómo hacerlo. Entonces, una de aquellas damas designadas para bailar el minué, a la que conozco, y quien, hoy avanzada en años, preserva el aire aristocrático que era característico de sus modales, se le acercó y dijo: *“te guiaré; ahora ya no te negarás a bailar”*. Barcala bailó con toda la gracia y libertad de un cortesano. El minué terminó, él se retiró del salón y se marchó. Luego le dijo a esta dama: *“aunque tratase de honrarme, realmente me mortificaste”*.⁶⁶

Poco después, cayó en manos de Quiroga (un famoso bandolero)⁶⁷, quien ordenó que fuese fusilado. Pero media hora antes del tiempo indicado, Quiroga ordenó que se lo trajeran y le preguntó:

—¿Qué hubieras hecho conmigo si me hubieras tomado prisionero?

Hubiera ordenado que te colgaran en el primer árbol, porque no mereces ser fusilado.

Coronel Barcala, lo dejaré en libertad si entra a mi servicio.

El coronel Barcala –le replicó– no se degradará sirviendo a los líderes de la barbarie.

Y Quiroga, el feroz Quiroga, rendido ante la nobleza de este hombre, le dio la libertad; y esta fue la primera y última vez que él le concedió la vida o libertad a un enemigo.⁶⁸

Pero a Barcala le estaba reservado el destino del mariscal Ney⁶⁹. En un viaje de Mendoza a Chile⁷⁰ fue capturado por el fraile general Aldao. Ordenó que fuera fusilado, y Barcala solo pidió permiso para dar la

⁶⁶ Al contar esta anécdota del modo en que la cuenta, Mayer deja en evidencia, sin proponérselo, que no era inmune a los prejuicios raciales de su tiempo. De ser verídica, ella demostraría también que Barcala había asimilado –parcialmente al menos– el racismo de la élite criolla, algo no infrecuente entre las personas afrodescendientes, especialmente en el caso de la minoría mulata de clase media, particularmente expuesta a lo que se denomina *síndrome del Tío Tom*.

⁶⁷ Esta criminalización de Quiroga sin sutilezas, con rencor faccioso, constituye otra muestra más del influjo sarmientino en el pensamiento de Mayer.

⁶⁸ Mayer se equivocó en demasía, o no pudo resistirse a la tentación de «novelar» la historia para llevar agua a su molino: el oficial mulato Barcala como héroe-mártir impoluto –sin claudicaciones, sin pragmatismos– de la causa unitaria. Porque lo cierto es que, a cambio del indulto, Barcala sí aceptó ser el edecán de Quiroga, y en 1833 se lo vio participar en la Campaña al «Desierto» de Rosas, a las órdenes del comandante federal José Ruiz Huidobro. Fue fiel al *Tigre de los Llanos* mientras este vivió, por gratitud o necesidad. Y cuando Quiroga, su poderoso protector, fue asesinado en Barranca Yaco, Barcala debió marcharse raudamente de Mendoza a San Juan, para no caer en las garras de Aldao, quien lo tenía entre ceja y ceja desde hacía mucho tiempo. Pero desde su exilio, Barcala comenzó a conspirar contra el caudillo federal mendocino, y habiendo sido descubierto el complot, el gobierno sanjuanino lo extraditó. De vuelta en la provincia de Mendoza, fue juzgado y condenado a la pena capital. Murió fusilado el 1° de agosto de 1835.

⁶⁹ Michel Ney, *el Rubicundo* (1769-1815). Fue un célebre militar francés que combatió en las guerras de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, con actuaciones rutilantes (Neuwied, Eylau, Borodín, etc.) que le cimentaron un ascenso meteórico en el escalafón del Ejército, hasta convertirse en Mariscal de Francia, cúspide de la gloria marcial. Su intrepidez, pericia, carisma y proezas lo volvieron inmensamente popular entre los soldados y oficiales de la *Grande Armée*, y merecieron el aprecio y los elogios del

orden de fuego a aquellos que debían dispararle. Cuando lo trajeron de prisión, apareció vestido con su uniforme de gala, y con sus diecisiete condecoraciones. Y con voz nítida y fuerte les dijo a quienes estaban alrededor las siguientes palabras, muy notables y difíciles de olvidar: “*moriré con la única pena de ver a mi patria oprimida por tiranos*⁷¹; pero moriré con la satisfacción de que mi nombre será recordado en la historia argentina; y así como la Cristiandad atesora la memoria de sus mártires, así la libertad recordará a aquellos de sus hijos que se han sacrificado por ella”. Después de esto, exclamó “¡Viva la República Argentina libre de tiranos!” y, con perfecta confianza, ordenó a los rifleros que hicieran fuego.

El coronel Barcala es uno de los personajes más bellos de la historia argentina, la historia más heroica de Sudamérica. Sus últimas palabras se hicieron realidad. Ningún tirano doméstico o extranjero profana la tierra que él amó tan bien,⁷² y todo argentino libre atesora la memoria de Barcala.

Consideraciones finales

Las opiniones antiesclavistas de Mayer, igual que su apasionada defensa del enrolamiento de afroamericanos para la causa unionista, son las de un liberal decimonónico que, al menos en teoría, intentó hacerse cargo de los principios ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad proclamados por la Revolución Francesa, la Independencia norteamericana y la Revolución de Mayo, y también por la Constitución argentina del 53 y el gobierno republicano de Lincoln. La pregunta que se impone, entonces, sería la siguiente: ¿qué tan consecuente fue Mayer en sus cartas al *Harper's Weekly*? Aquí se presume que, más allá de todo interés particular o afán pragmático de índole profesional (algo que parece innegable), el oficial rioplatense también actuó *con arreglo a valores* ético-políticos sinceros. Pero, ¿fue coherente? La respuesta al interrogante es: *no del todo*. Su apología de los soldados negros y mulatos no está exenta de sesgos racistas, eurocéntricos y paternalistas, como ya se ha constatado.

En las cartas de Mayer aflora con mucha fuerza un tópico no menor de la retórica sarmientina, que reaparecerá con frecuencia en la Historia oficial de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y otros cronistas laureados de la república liberal parida –*manu militari*– en Caseros y Pavón: el tópico de los afroargentinos como *héroes-mártires de la Revolución*, uno de los mitos fundantes de la nación argentina. De acuerdo con esta leyenda rosa, los esclavos habrían alcanzado unánimemente –merced al proceso independentista iniciado en mayo de 1810– la ansiada libertad e igualdad, asumiendo su enrolamiento en los ejércitos patriotas siempre con gratitud, valentía y abnegación, nunca como una imposición o un salvavidas de plomo. Su mortandad en las sucesivas conflagraciones de «su» patria (guerra de Independencia, guerra contra el Brasil, guerras civiles contra la «barbarie del caudillaje», etc.) sería el tributo que habrían de pagar por el beneficio de haberse sacudido el yugo de la esclavitud.

Hoy sabemos que las cosas no fueron tan idílicas: la Asamblea del Año XIII proclamó la libertad de vientres y prohibió la trata exterior, pero la esclavitud no fue abolida y la trata dentro de las Provincias Unidas siguió

propio Napoleón (cuando no lo desafiaba ni desobedecía, algo que sucedía a menudo). Caído en desgracia luego de Waterloo, y habiéndose consumado en Francia la restauración monárquica de los Borbones, Ney fue juzgado por traición y condenado a muerte. Llevado al paredón, se negó altivamente a que le vendaran los ojos y pidió que se le dejara dar la orden de fuego al pelotón. Concedido este último deseo, exclamó antes que lo fusilaran: “¡Soldados, rechazo ante Dios y ante la Patria el juicio que me condena! He luchado cien veces por Francia y nunca contra ella. Apelo ante los hombres, ante la posteridad, ante Dios. Apuntad directo al corazón. ¡Viva Francia!”.

⁷⁰ No hubo tal viaje. Barcala estaba en San Juan y fue extraditado a Mendoza. Véase nota 68.

⁷¹ Los «tiranos» en cuestión eran, claro está, los caudillos federales Juan Manuel de Rosas –líder de la Confederación Argentina– y José Félix Aldao –gobernador de la provincia de Mendoza–.

⁷² Es claro aquí el guiño a Caseros (1852) y Pavón (1861), fin de las «tiranías» federales de Rosas y Urquiza. Recuérdese que Mayer creció en un hogar fervientemente unitario, y que combatió para el bando porteño en la segunda de dichas batallas, igual que en Cepeda (1859).

siendo un negocio legal. El principio de *suelo libre* fue pronto restringido: por presión de Brasil, los esclavos fugitivos que cruzaran la frontera, deberían ser devueltos a sus propietarios brasileños; y aquellos que ingresaran al país no como cargamento de buques negreros, sino acompañando a sus amos como personal de servicio, no tendrían derecho a la emancipación. Además, solo una parte de la esclavatura fue reclutada por los ejércitos patriotas, consiguiendo por ese conducto la manumisión. Apagadas las últimas brasas revolucionarias, la trata con el extranjero volvió a ser permitida. Añádase que el estatus legal de liberto no equivalía al de «ingenuo» o *ingenuus* (nacido libre). Era una categoría intermedia entre la esclavitud y la plena libertad, a la sombra del odioso *patronato*, un régimen de semiesclavitud transitoria que podía extenderse por varios o muchos años. Por lo demás, los prejuicios y las discriminaciones racistas persistieron durante todo el siglo XIX (y más allá), aun después de que la Constitución del 53 declarara abolida la esclavitud en su art. 15, y de que Buenos Aires hiciera suyo ese precepto (1860). Persistieron en todos los ámbitos, incluso en las fuerzas armadas, donde la segregación racial de las tropas –vieja herencia colonial– continuó siendo una práctica generalizada durante las guerras civiles, igual que la tendencia de relegar a los *pardos* y *morenos* en la infantería, la infrarrepresentación de los hombres «de color» en la oficialidad y el *techo de cristal* en los ascensos: ningún oficial afroargentino pasaba de coronel (el generalato estaba, *de facto*, reservado a los militares blancos). Los afrodescendientes *ingenunos* no podían votar, a menos que sus padres también hubieran nacido libres.⁷³

Todo esto es muy cierto, y las cartas de Mayer al *Harper's Weekly* constituyen un buen botón de muestra. También parece advertirse en ellas otra reminiscencia sarmientina: la opinión –implícita más que explícita– según la cual la *plebe* afrodescendiente de las Américas era parte de la «civilización» en la medida que supiera aceptar la tutela moral de sus antiguos amos, que renegara de su etnicidad ancestral («supersticiones», «vicios», «vulgaridades», etc.), y abrazara *in totum* los valores y las costumbres de una civilidad ilustrada que se confunde tácitamente con la cultura de la burguesía blanca (como por ejemplo, en el relato de Mayer, la destreza para bailar un vals o comportarse con galantería). La libertad e igualdad, la ciudadanía, solo resultaban accesibles a las personas «de color» si estas optaban por la *asimilación*, por la aculturación. Mayer no lo dice expresamente, pero lo da a entender entre líneas.

Jamás alude a ningún aspecto *étnico* de la afrodescendencia. Solo ve en ella dos cosas: por un lado, una *condición racial*, que se manifiesta principalmente en la tez de la piel; y por otro, una *experiencia histórica de esclavitud* que, más allá de toda iniquidad, les otorgaría a sus víctimas –según su parecer– una superior capacidad (disciplina, resistencia, etc.) para combatir en el arma de infantería, como ya argumentaran, entre otros, el general San Martín, una opinión que podría ser impugnada –o al menos discutida– como prejuicio o estereotipo de *racismo benevolente*⁷⁴, de modo análogo a lo que sucede hoy con los elogios al presunto

⁷³ En relación con la crítica del mitologema épico de los afroargentinos como paladines y mártires de la patria naciente (el cual está muy ligado, desde luego, al mitologema trágico del *blanqueamiento* durante la guerra del Paraguay y las epidemias de fiebre amarilla en Buenos Aires, *vid.* Morales y Caballero, *op. cit.*, nota 47. Véase asimismo Lea Geler, “‘¡Pobres negros!’: Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos”, en Pilar García Jordán (ed.), *Estado, región y poder local en América Latina, siglos XIX-XX*. Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2007. Con respecto a la Argentina del “tiempo de los libertos”, la semiesclavitud del patronato y la persistencia de la discriminación racial aun en el caso de los afrodescendientes «ingenunos», el libro más completo y actualizado es el de M. Candioti, *Una historia de la emancipación negra*, *ob. cit.*, *passim*.

⁷⁴ *Vid.* Rashed Araeen, “The Art of Benevolent Racism”. En *Third Text*, n° 51, verano de 2000, pp. 57-64. Aunque el intelectual pakistaní se refiere al campo artístico posmoderno, su concepto de *racismo benevolente* no deja de tener cierta validez general, pudiendo ser extrapolado a otros contextos histórico-culturales, como el que aquí nos ocupa. Cito el pasaje más relevante de su artículo: “William Macpherson dice que la ‘discriminación’ es realizada a través de ‘estereotipos racistas’, por lo que representa algo negativo y malévolo; y, por lo tanto, algo que ‘perjudica a las minorías étnicas’. Lo que no menciona o discute es que esa discriminación también ocurre a través de otra forma de estereotipo, que es ‘positivo’ y benevolente. No se lo ve como discriminación porque parece no generar una desventaja. Por el contrario, el estereotipo ‘positivo’ es especialmente colocado en una posición ventajosa para ser admirado y celebrado, lo que beneficia a él o ella y le da un sentido de (falso) logro. El estereotipo ‘positivo’ se basa en una fascinación por la diferencia de quienes se consideran *outsiders*: ‘Ellos no son como nosotros; por lo tanto, no pueden hacer lo que hacemos. Pero debemos admirar y valorar lo que hacen dentro de sus propias culturas, ya que son parte de nuestra sociedad’” (p. 59). La traducción es mía. Aclaremos al pasar que existen personas y grupos humanos con ventajas físicas

talento «innato» de las personas negras para el básquet u otros deportes (talento que, desde luego, no se les reconoce en otras disciplinas, como el ajedrez o la ciencia, implícitamente asociadas con la «raza blanca»). Para Mayer, los negros y mulatos son *soldados de la patria* y nada más, vale decir, *ciudadanos en armas* abstraídos de toda identidad o filiación étnicas, sin candombe, sin carnaval, sin cofradía de San Baltasar, sin *naciones* (Congo, Cambundá, Benguela, Lubolo, Angola, etc.), sin culto a las ánimas, sin charanda, sin sociedades de socorro mutuo, sin periódicos comunitarios, sin conciencia ni lazos de minoría diaspórica, sin intereses de clase en tensión con la tradición republicana liberal de Mayo-Caseros... Son afrodescendientes *blanqueados*.

Pero quizás estemos juzgando con excesiva severidad a Mayer. Su vivo interés por la música popular rioplatense,⁷⁵ y su apertura mental a reconocer la raigambre africana de la misma, nos podrían estar hablando de un criollo patricio que no fue tan cerrilmente hostil ni indiferente a la cultura de la plebe negra y mulata. En su obra *El intérprete musical* (1888), un extenso diccionario técnico consagrado al arte de los sonidos y su terminología –libro muy estudiado, dicho sea de paso, por quienes han investigado la historia de la música popular argentina–, Mayer nos dejó una de las definiciones más antiguas que se conocen sobre el tango, y una de las primeras formulaciones de la tesis *africanista* respecto a la génesis de este género: “Canción y baile originado por los negros esclavos de la América Española. La música es de compás 2/4 y el baile se divide en dos partes”⁷⁶. Como es sabido, la musicología siempre ha debatido la genealogía del tango, *vexata quaestio* si las hay. En el marco de esa controversia, nunca faltaron aquellos que minimizaron la crucial importancia del sustrato negro-mulato (candombe, milonga, etc.), desde perspectivas eurocéntricas muy sesgadas (teorías unilateralmente criollistas, hispanistas o inmigracionistas).⁷⁷ A la luz de todo esto, puede apreciarse mejor la valía de la tesis *africanista* defendida por Mayer, de la cual fue un precursor, o uno de sus pioneros.

Aun con sus limitaciones y contradicciones ideológicas, aun con su racismo benevolente y su paternalismo «civilizador» frente a la plebe negra y mulata (que tanto nos recuerdan al pensamiento de su amigo Domingo Faustino Sarmiento y otros unitarios o liberales del siglo XIX), lo cierto es que Edelmiro Mayer rompió lanzas, como militar y como periodista, por la causa abolicionista y la utopía de una «ciudadanía en armas» interracial, en un tiempo donde la mayoría de los americanos blancos de ambos hemisferios todavía defendían encarnizadamente la esclavitud y la desigualdad de razas, o no hacían nada para erradicarlas del continente. Sería un anacronismo histórico no reconocerle al subalterno argentino del presidente Abraham Lincoln, al oficial rioplatense de las USCT, ningún crédito por su lucha contra la *esclavocracia* en la guerra de Secesión, y contra la exclusión de los afrodescendientes en el Union Army. Lucha marcial, en los campos de batalla donde miden sus fuerzas los ejércitos, pero también intelectual, en esa otra forma de *polemos* que siempre –desde la Grecia antigua cuanto menos– ha sido la polémica, la confrontación de ideas a través de las palabras.

innatas –de base genética– que son objetivamente ciertas, como se evidencia, por ejemplo, en algunos deportes olímpicos. Reconocer esta verdad científica no constituye, *per se*, racismo, como plantean, por ejemplo, muchos académicos posmodernistas o decoloniales. Pero es evidente que, en no pocos casos, tales ventajas «raciales» son inventadas o exageradas culturalmente desde premisas racistas, ya se trate de prejuicios malevolentes o benevolentes. El uso masivo de soldados negros y mulatos como «carne de cañón» en las guerras decimonónicas, alegando una superioridad física «innata» como infantería (y una *tácita* «incapacidad natural» para la caballería), claramente se trata de un caso de racismo benevolente.

⁷⁵ Mayer era melómano. Estudió música en su infancia y adolescencia, y cosechó cierta notoriedad como guitarrista y pianista aficionado tocando en fiestas, bailes y otras reuniones sociales. Durante su madurez, ya repatriado y retirado de su carrera militar, llegó a participar en conciertos de profesionales, por ej., el que dio su amigo Clementino del Ponte –un célebre pianista italiano– en el salón Coliseum, allá por noviembre de 1879. Incursionó en el periodismo musical, la enseñanza musical y la musicología, publicando artículos y libros, entre ellos *El intérprete musical* –que acabamos de citar– y su *Plan progresivo y completo de enseñanza del piano* (1884) para la Escuela de Música de Buenos Aires, institución de la cual fue directivo. Vid. Pola Suárez Urtubey, “La musicografía después de Caseros (II)”, en *Revista del Instituto de Investigación Musicológica Carlos Vega*, n° 7, 1986, pp. 51-52 y 72-73.

⁷⁶ Cit. en Ricardo Horvath, *Esos malditos tangos: apuntes para la otra historia*, Bs. As., Biblos, 2006, p. 172.

⁷⁷ Véase Omer Freixa, “La herencia africana del tango”, en *Todo es Historia*, n° 625, dic. 2019, pp. 44-51.

POST SCRIPTUM

Tras la guerra de Secesión, luego del magnicidio y funeral de Lincoln, su hijo Robert, quien era abogado como su padre, le propuso a Mayer que se fuera con él a Springfield (Illinois), su ciudad natal, para trabajar juntos en el estudio jurídico que alguna vez fuera de Abraham Lincoln, y que este pensaba reabrir cuando terminara su presidencia. Pero el teniente coronel Mayer prefirió continuar su carrera en el Ejército de EE.UU., y fue enviado a Brownsville, sur de Texas, en la frontera con México, donde se temía una agresión francesa.

Recuérdese que la Francia imperial de Napoleón III, tres años atrás (1862), aprovechándose de que los EE.UU. estaban inmersos en una guerra civil, había instalado en México, *manu militari*, un monarca títere con apoyo de los conservadores mexicanos: el archiduque austríaco Maximiliano de Habsburgo. El bando liberal republicano, liderado por Benito Juárez, tomó las armas para combatir la invasión y usurpación. La aventura imperialista de Napoleón III recibe el nombre de *Segunda Intervención francesa en México*, porque no era la primera vez que Francia atacaba este país (ya lo había hecho en 1838-39, en lo que se conoce como guerra de los Pasteles).

Cuando concluyó la guerra de Secesión, los Estados Unidos dieron un decidido apoyo a Juárez, pues no querían que ninguna potencia europea extendiera su influencia en América Latina, y menos aún que tuviera injerencia directa en México, país vecino al Tío Sam. Fue así como Mayer se incorporó a las tropas juaristas, junto a otros voluntarios estadounidenses, todos dándose de baja previamente en el Ejército de la Unión. Cruzaron el río Bravo llevando armas, municiones, caballadas y otros pertrechos.

Mayer tiene a la sazón 28 años de edad. Lo recibe el general Reboredo, quien –apreciando su veteranía como oficial y su perfecto dominio del castellano– lo pone al frente del Batallón Zaragoza, con el grado de coronel. En la ciudad fronteriza de El Paso, conoce al presidente Juárez, masón como él. Integrarán la misma logia.

La primera tarea de Mayer será transformar a sus guerrilleros mexicanos en soldados de línea, capaces de enfrentar en batalla campal a las avezadas huestes imperiales, que incluyen numerosos legionarios europeos: franceses, austríacos, belgas. El oficial argentino tiene éxito en su misión, como pronto se comprobará.

A lo largo de 1866, Mayer y sus hombres combaten con bravura en Puerto Bagdad, Monterrey, Somosa, Sinalva, San Jacinto y Santa Gertrudis. Son batallas importantes, que le permiten a la División Norte avanzar hacia el centro del país.

En marzo de 1867, Mayer y su batallón se suman al sitio de Querétaro, hecho de armas culminante de la Segunda Intervención francesa en México. El asedio dura más de dos meses y resulta muy cruento: no menos de 11.000 muertos y heridos. El propio emperador es ejecutado. Mayer tiene una actuación descollante, por lo que es ascendido a general. Interviene luego en la toma de la Ciudad de México, último reducto imperial. México vuelve a ser una república independiente, presidida una vez más por Benito Juárez.

La fortuna le sonríe a Mayer, pero el militar rioplatense toma una mala decisión: apoya la conspiración del general Porfirio Díaz contra el presidente Juárez. El complot es descubierto. Mayer cae bajo arresto. La intercesión de Sarmiento y EE.UU. le salvan del paredón de fusilamiento. Juárez le conmuta la pena de muerte por la de destierro.

Mayer retorna a Nueva York, pero no permanecerá mucho tiempo allí. Visita La Habana, regresa a México (luego de la muerte de Juárez), viaja a Londres...

Durante su estadía inglesa, Mayer conoce a una compatriota, oriunda de Buenos Aires como él: Manuelita Rosas, la hija del exdictador Juan Manuel de Rosas, exiliado en Southampton. Con ella intercambia noticias y comparte añoranzas sobre la Argentina, su terruño, al que hacía tantos años que no visitaban.

Cuando Mayer desembarcó en Buenos Aires el 28 de diciembre de 1873, una década después de su éxodo a Norteamérica, tenía 36 años de edad. Su primera batalla sería legal: conseguir que el Congreso le restituya su ciudadanía, que había perdido porque una ley de 1869 estipulaba que todo argentino que hubiera servido como funcionario en el extranjero quedaba excluido de dicho derecho (Edelmiro había servido como oficial en el Union Army y el Ejército Mexicano). Mayer alegó que la ley en cuestión era ulterior a su expatriación, que no había tenido noticias de su sanción por hallarse demasiado lejos (en Norteamérica), y que sus actuaciones militares en el exterior no habían tenido nada de antiargentino ni de deshonoroso: luchó en Estados Unidos contra el esclavismo sureño, y en México contra la tiranía imperialista y monárquica de Francia, dos causas muy justas; siempre como soldado de la libertad y nunca como mercenario, y sin que nada de eso supusiera ningún perjuicio para su patria. A mediados de 1874, el Congreso trató su petición, la cual fue aceptada sin oposición por ambas cámaras, y ratificada por el presidente Sarmiento. El hecho representa algo totalmente excepcional en nuestra historia: fue la única vez que un argentino vio reconocida su ciudadanía por una ley especial, sancionada y promulgada *ad hoc*.

En septiembre de 1874, se produce en Buenos Aires el alzamiento mitrista contra el gobierno sarmientino, ya que Mitre no acepta su derrota en las elecciones presidenciales frente a Avellaneda, el candidato oficialista. Sarmiento le encomienda a Álvaro Barros, gobernador de Buenos Aires, la defensa de la ciudad capital del país. Barros convoca a Mayer para la milicia, ya que habían sido compañeros en las guerras civiles posteriores a la caída de Rosas, donde lucharon para el bando porteño contra la Confederación Argentina de Urquiza en Cepeda (1859) y Pavón (1861), y luego contra las montoneras federales del Interior (1862). También habían estado juntos en los fortines de la frontera sur bonaerense, combatiendo contra pampas y ranqueles (1860).

Mayer es designado jefe de la 1ª División de Reserva, con el grado de coronel. Pero él y sus milicianos poco y nada participan de los enfrentamientos armados que sellan la derrota del mitrismo. No combaten en La Verde (Bs. As.), ni tampoco en Santa Rosa (Mendoza). Solo intervienen en algunas escaramuzas.

En 1875, Mayer consigue una banca de diputado en el Congreso, representando a Buenos Aires. No tendrá una actuación lucida. Hombre de acción, no logra encajar con la labor parlamentaria: paciente elaboración de proyectos de leyes, largas deliberaciones, arduas negociaciones con la oposición, etc.

En 1879, el gobernador bonaerense Carlos Tejedor lo incorpora a la milicia provincial –la Guardia Nacional de Buenos Aires– como jefe del Estado Mayor. Al año siguiente, estalla una nueva guerra civil, la última de la historia argentina. La provincia de Buenos Aires se oponía a la federalización de su ciudad capital, que lo era también del país todo (una superposición que daba pie a todo tipo de rispideces y altercados entre las autoridades nacionales y bonaerenses). Abril de 1880 fue un mes clave, porque Tejedor –enemigo de la federalización– y Roca –partidario de la misma– se enfrentaron como candidatos en las elecciones presidenciales, uno como rival del presidente Avellaneda y otro como su delfín. ¿Quién ganó? Roca.

Tejedor se negó a aceptar su derrota, alegando que hubo fraude. Buenos Aires volvió a rebelarse contra la Nación, igual que en 1852-61. El ejército nacional de Roca y la milicia bonaerense de Tejedor –comandada por el general Hilario Cuadros– se enfrentaron en varios combates muy sangrientos: Olivera, Barracas, Puente Alsina y Corrales Viejos. Las hostilidades se desarrollaron durante junio de 1880, en la ciudad de Buenos Aires y alrededores. Dejaron un saldo de al menos 4.000 muertos. También hubo combates en Corrientes. Roca resultó vencedor. Tejedor debió renunciar a la gobernación bonaerense. La capital de Argentina sería federalizada muy poco después, el 20 de septiembre de 1880, a través de una ley del Congreso (la provincia de Buenos Aires se vería obligada a fijar una nueva capital, para lo cual construiría La Plata).

En la guerra civil del 80, al coronel Mayer le tocó el bando perdedor. Fue el jefe de la artillería porteña, dentro de una milicia provincial que –pese a sus numerosas tropas y calificados mandos– no pudo igualar el

poderío del ejército nacional de Roca, más experimentado y mejor equipado debido a la reciente puesta en marcha (1878) de la conquista del «Desierto», la guerra de despojo y exterminio contra los pueblos originarios de la Pampa central y Patagonia.

Al disolverse la milicia bonaerense luego de la decisiva derrota de Corrales Viejos, Mayer vio acabada su carrera militar, pues quedó excluido también del Ejército Argentino. Probó suerte en el mundo de los negocios, promoviendo la realización de obras de infraestructura y oficiando de enlace entre las autoridades nacionales y los capitales extranjeros (británicos y estadounidenses). Volvió también a incursionar en el periodismo, colaborando como redactor con los periódicos *El Nacional*, *Los Debates* y *La Tribuna*. Asimismo, se desempeñó como traductor, siendo Edgar Allan Poe (cuya obra había conocido, gozado y admirado en EE.UU. durante los vivacs de la guerra de Secesión) uno de los autores que más difundió en castellano.

En 1888, publica un libro de su autoría: *El intérprete musical*, diccionario muy valorado por los historiadores de la música argentina porque allí figura –ya lo consignamos– una de las definiciones más antiguas que se conocen del tango; y acaso la primera formulación de la tesis africanista: el tango como género popular autóctono asociado a las danzas y los cantos de la población negra y mulata del Río de la Plata (una tesis que, por lo demás, estaba en sintonía con sus convicciones políticas antiesclavistas). Recuérdese que Mayer había recibido de joven una esmerada educación musical, y que siempre fue guitarrista aficionado.

Hacia 1892, publica su segundo libro: *Campaña y guarnición*. Son, básicamente, sus memorias como oficial veterano del ejército republicano de México. Por desgracia, poco y nada habla allí de sus andanzas marciales previas en Estados Unidos y Argentina.

En marzo de 1893, con 53 años de edad, Mayer se embarca en un vapor con destino a la Patagonia austral, su última aventura. Aunque ya no como militar, sino como civil. Será el tercer gobernador del territorio nacional de Santa Cruz, designado por el presidente Carlos Pellegrini. Allí, en la estepa patagónica, vivirá otros cuatro años, hasta su muerte por enfermedad, acaecida el 4 de enero de 1897.

* * *

A lo largo del siglo XIX, el capitalismo de la Revolución industrial –con sus acuciantes necesidades de materias primas y mercados de exportación– se desarrolló y expandió por el mundo. Lo hizo con gran dinamismo disruptivo, socavando y destruyendo el Antiguo Régimen y otras formas de sociedad tradicional. A veces para bien (abolición de la monarquía absoluta, del feudalismo, de la esclavitud, de los estamentos privilegiados, del estado teocrático o confesional, de la Inquisición), otras para mal (proletarización del campesinado y artesanado, guerras y conquistas coloniales, genocidios y etnocidios, vaciamiento y degradación del medio ambiente). Hablar de desarrollo y expansión mundial del capitalismo es hablar de privatización, mercantilización, industrialización, colonización, acumulación... Procesos todos con un altísimo y traumático costo social.

Pero a medida que se consolidaba el ascenso triunfal del moderno modo capitalista de producción e intercambio, los tiempos juveniles y heroicos del liberalismo, con sus Luces y revoluciones atlánticas en Europa y las Américas (los Voltaire y Rousseau, los Paine y Jefferson, los Sièyes y Robespierre, los Washington y Napoleón, los Miranda y Bolívar, los Moreno y Castelli, los Belgrano y San Martín, los Mazzini y Garibaldi) fueron quedando atrás. La burguesía fue experimentando una gran metamorfosis de

inversión: pasó de ser una clase social de actuación transformativo-progresiva (en términos *relativos*, es decir, en función del contexto histórico-objetivo existente y de lo que ella hizo en esas circunstancias, con esas circunstancias, contra esas circunstancias y más allá de esas circunstancias), una clase donde muchos de sus miembros tenían ideas y aspiraciones revolucionarias –aunque no todos, y a veces ni siquiera la mayoría–, a ser una clase social estructuralmente más *conservadora*, en el sentido amplio o lato de esta palabra; vale decir, una clase dominante y hegemónica, crecientemente involucrada, en virtud de sus intereses materiales y valores cosmovisionarios, en la defensa del *orden* vigente; una orden donde la igualdad formal ante la ley ya no podía disimular más la escandalosa desigualdad real de clases. Los ecos de la *Marsellesa* se fueron apagando y sobrevino una época de hierro donde el «tercer estado» se convirtió más que nunca –ya sin contrapesos de altruismo principista o idealismo humanitario– en una plutocracia mezquina y opresora (clasista, racista, imperialista) que amasaba fortunas obscenas explotando a las mayorías trabajadoras y despojando a los pueblos colonizados en el despiadado marco de la segunda Revolución industrial y la división internacional del trabajo. Una minoría egoísta y rapaz, que acabó por expulsar totalmente de su horizonte «civilizadorio» a las utopías filantrópicas para entronizar el *status quo* de la crematística, del afán de lucro puro y duro.

Como bien señalaron Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, “la burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario”⁷⁸, lo cual no quiere decir que haya sido benéfico, ni tampoco que haya sido consciente y deliberado (la mayoría de los burgueses no tenían escrúpulos humanitarios y no militaban en política). Pero ese rol transformativo-progresivo, como Marx y Engels explicaron en su formidable opúsculo, tendió a perderlo a lo largo del siglo XIX, primero en Europa occidental (*El Manifiesto* data de 1848, y en él, los padres del materialismo histórico ya consideraban perimido el «revolucionarismo» de la burguesía en los países capitalistas pioneros más desarrollados del oeste europeo, como Gran Bretaña y Francia), y luego también en las Américas, a diferentes ritmos (en Estados Unidos, por ejemplo, la burguesía siguió siendo revolucionaria hasta la guerra de Secesión y la era de la Reconstrucción, o sea, hasta bien entrado el decenio de 1870. En otros continentes y regiones, como África y la India, es muy discutible que alguna vez haya existido una burguesía colonial de actuación progresiva).

Entonces irrumpiría el «cuarto estado», la clase obrera, el proletariado. Y con él, el movimiento sindical de masas y el socialismo en sus distintas expresiones, todavía incipientes en el ciclo revolucionario del 48, pero ya protagónicos en la Comuna de París, precursora de las revoluciones rusas en los albores de la siguiente centuria. El siglo XIX se cerró así, pues, con una nueva clase y una nueva ideología revolucionarias (aunque no todos los obreros eran socialistas, desde luego, y aunque la *intelligentsia* socialista provenía mayormente de las clases medias o altas). El liberalismo se había «aburguesado», si se me permite este juego de palabras. Se había desjacobinizado y plutocratizado como nunca. La llamada *Belle Époque* solo fue bella para la burguesía, la nueva clase dominante, no para el proletariado y los pueblos avasallados por el gran capital y el imperialismo.

La vida americana y errante de Edelmiro Mayer, que transcurre a lo largo de los sesenta años comprendidos entre 1837 y 1897, acaso haya seguido en lo micro la gran parábola histórica del liberalismo decimonónico. Un joven principista y militante, que luchó contra la dictadura conservadora de Rosas en Argentina, contra la esclavitud y la discriminación racista en Estados Unidos, y contra la monarquía y el imperialismo en México, acabó incursionando, de regreso al Río de la Plata, en el mundillo oportunista y codicioso de los negocios, codeándose con inversores ingleses y yanquis. En el 80, puso su veteranía militar al servicio del porteñismo recalcitrante, oponiéndose a la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Y acabó sus días como

⁷⁸ *El Manifiesto Comunista*, 1848, cap. 1, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>.

gobernador de un amplio territorio patagónico (Santa Cruz) que, pocos años atrás, había sido usurpado a los pueblos originarios mapuche y tehuelche mediante una guerra genocida: la conquista del «Desierto».

Edelmiro Mayer, hombre de luces y sombras. Las mismas luces y sombras de la burguesía liberal a la que pertenecía desde la cuna.

F. Mare
sep. 2023

ENTREVISTA A ROBERTO GARGARELLA

“RAWLS TE ESPERA, COMO EL TANGO”
MARXISMO, IZQUIERDA LIBERAL
Y DIÁLOGO ENTRE IGUALES

Socialista, marxista, rawlsiano de izquierda y, sobre todo, igualitarista radical, Roberto Gargarella es una de las voces más potentes, eruditas y sofisticadas en el campo académico del derecho constitucional, y también en los debates públicos sobre temas de coyuntura y asuntos de espesor estructural. En la UBA se recibió de sociólogo y abogado; se graduó como Doctor en Leyes por la Universidad de Chicago y realizó estudios posdoctorales en el Balliol College de Oxford. Es profesor en la Facultad de Derecho de la UBA y en la Universidad Torcuato Di Tella. En una entrevista para *Corsario Rojo*, realizada vía Zoom, recorrimos algunos de los temas centrales de sus obras que, vale decirlo, van mucho más allá del constitucionalismo, el derecho penal y la democracia. Gargarella ha sido uno de los principales promotores de la traducción y difusión de la obra de Gerald Allan Cohen (G. A. o Jerry), su maestro en Oxford, como así también de los principales referentes del marxismo analítico. Además, sus intervenciones sobre la protesta social, como *Carta abierta sobre la intolerancia*, fijaron una doctrina que, en varios casos, hizo que activistas sociales no fueran condenados por haber ejercido el súper-derecho a la libertad de expresión. Coherente con su visión de que la constitución, o el derecho en general, deben ser resultado de una *conversación entre iguales*, Gargarella también participó activamente en las audiencias por la ley del aborto en Argentina y en el diseño de la nueva constitución de Chile. Sus principales intervenciones en la prensa gráfica, además de diarios de viaje, notas sociológicas, apuntes teóricos y hasta críticas de cine, pueden leerse y disfrutarse en <http://seminariogargarella.blogspot.com>.

Queremos expresar, desde *Corsario Rojo*, nuestra gratitud con Roberto Gargarella por haber aceptado nuestra invitación. Valoramos profundamente su predisposición y gentileza. Va también un agradecimiento, por supuesto, a nuestro camarada Fernando Lizárraga, por haber realizado y desgrabado con tanta seriedad y esmero la entrevista, y por haber escrito las líneas de presentación que preceden a este párrafo.

Una aclaración final: en la edición de la entrevista, hemos procurado respetar el espíritu de la oralidad todo lo posible. Hicimos algunas correcciones o retoques de estilo aquí y allá, pero siempre tratando de no extralimitarnos. Más que la fría perfección, hemos buscado una cálida recreación.

Fernando Lizárraga: Antes de meternos con tu obra *El derecho como una conversación entre iguales* (2021), nos gustaría remontarnos a aquel libro de 1999, *Las teorías de la justicia después de Rawls*, que con mucha modestia subtitulaste *Un breve manual de filosofía política*. Esa obra es, a nuestro juicio, una de las primeras en introducir en Argentina, de manera integral, el repertorio de temas que venía discutiendo el marxismo analítico. Para muchos, seguramente, ese libro fue el primer contacto con esta modalidad del

marxismo. Allí, nos enteramos de los debates e ideas de autores como G. A. Cohen, Jon Elster, John Roemer, Erik Olin Wright... Fue, además, una apertura decisiva para conocer y continuar con el giro normativo que experimentaba el marxismo. Vos mismo promoviste la traducción y difusión de la obra de Cohen, en particular. Entonces, con este marco, y habiendo trabajado con varios de los principales exponentes del Grupo de Septiembre, ¿qué balance hacés de aquella experiencia, ahora que algunos de sus principales protagonistas –como Cohen y Wright– ya fallecieron y otros –como Elster y Roemer– están casi retirados? ¿Hay alguna segunda generación? ¿Cuál es el principal legado?

Roberto Gargarella: Yo había conocido la existencia del marxismo analítico de un modo similar, porque me había vinculado con la gente que hacía la revista *Zona Abierta* en España. Entre ellos, había intelectuales del PSOE que venían de la izquierda marxista, y que después pasaron a una posición social democrática muy moderada. Pero lo más importante es que, durante la primera etapa de la Transición española, publicaron varias revistas espectaculares. Entre ellas *Leviatán* y la que era más interesante: *Zona Abierta*. Y *Zona Abierta* traducía regularmente trabajos importantes de los marxistas analíticos. Un día conseguí un número que editaron Andrés de Francisco Y Fernando Aguiar (que siguen siendo queridos colegas), y se trataba de toda una compilación y traducción de textos del marxismo analítico. Ahí aparecían textos de Elster, de Cohen, de Roemer. ¡Yo no lo podía creer! Fueron al menos dos números dedicados enteramente al marxismo analítico. Y después se publicaron más aisladamente algunos textos de Erik Olin Wright y Joshua Cohen, entre otros. Debo mencionar, además, a un juez liberal-conservador, argentino, muy lector, que tuvo un rol importante en el diseño del juicio a las Juntas: Martín Farrell. Es un hombre cuya función judicial estuvo siempre al servicio de su curiosidad académica. Y aunque tengo muchas diferencias con él, si algo le destaco es que era un tremendo lector. Cuando, para muchos de nosotros, era imposible estar al tanto de las discusiones de afuera, él compraba regularmente libros, que muchas veces luego resumía o criticaba en sus propias publicaciones. En este caso, escribió un librito que se llamaba *El marxismo analítico*. Y ese fue mi segundo refuerzo, porque allí Farrell presentaba un panorama exhaustivo y vinculaba textos que yo había recibido de manera aislada.

En esos días, yo estaba por irme a estudiar a Estados Unidos. Y, a diferencia de la gente con la que estudiaba, en el grupo de Carlos Nino, que iba en general a Yale; yo varío el eje y me voy a estudiar a Chicago, porque ése era el lugar en donde se habían juntado los marxistas analíticos. Entre ellos estaban Jon Elster y Adam Przeworski. Ahí conocí a fondo ese mundo; me pareció deslumbrante, y a varios de ellos les seguí la trayectoria. Después me fui a Inglaterra a estudiar con G. A. Cohen. De la gente que conocí más y que, según me parecía, tenía un rol centralísimo, creo que los dos pilares del grupo eran Przeworski y Elster. En los 90, ambos me dijeron más o menos esto: *Ya está; se terminó. Nuestra intervención cumplió un rol y esa es una etapa superada. Hicimos el aporte que teníamos que hacer*. Ellos ya no se consideraban más marxistas analíticos, sino que se consideraban personas de formación marxista que habían aportado la mirada crítica que merecía el marxismo, al que habían tamizado a través de herramientas analíticas. Y también habían sido vanguardia en los estudios de psicología para pensar la alienación, o de nuevas teorías económicas para pensar la explotación. Eso es lo que llamaban marxismo sin *bullshit*; marxismo sin tonterías. Ellos decían, de modo modesto, que habían ayudado a limpiar el marxismo de varias cuestiones que no sirven más, que no se sostienen más. Y, en todo caso, hay muchas otras cosas interesantes que se mantienen y sobre las que sí merece que sigamos pensando.

Hay un libro de Elster que a mí me gusta mucho, al que considero una obra monumental: *Making Sense of Marx*. Fue una obra muy criticada por el marxismo tradicional. Pero para mí es un librazo, que me interesó muchísimo, porque ahí hay una cantidad infinita de herramientas analíticas, que nos ayudan a pensar más limpiamente sobre Marx. Más allá que uno pueda estar de acuerdo o desacuerdo en cómo cierra algunos temas, es una obra espectacular, de una erudición increíble, al punto de que es de lo mejor que ha hecho

Elster. Después escribió *An Introduction to Karl Marx*, que terminaba con un capítulo en el que desarrollaba una especie de resumen: qué quedaba vivo y qué no en la filosofía de Marx. Es un texto muy interesante, incluso para publicar como separata. Me parece muy lúcido, sobre todo en torno a cómo algunos estudios contemporáneos podían ayudar a respaldar mucho de lo que decía Marx. Es un gran aporte para seguir pensando. Y esto es consistente con la trayectoria de actores centrales del grupo. Uno de los que no renunció al marxismo, Gerald Cohen, también tiene un escrito que habla del *partial demise*, el abandono parcial del marxismo, y su puente hacia John Rawls. Y termina considerándose un rawlsiano marxista o rawlsiano de izquierda.

FL: En efecto. Cohen pasa de un marxismo ortodoxo –en el sentido de afirmar la primacía de las fuerzas productivas, allá por finales de los años 70– a considerarse un semi-marxista a mediados de los 90, cuando se lanza a la discusión contra Robert Nozick y luego contra algunos aspectos de la teoría de John Rawls. Después toma una posición que recupera algo del costado anarquista de Marx y el igualitarismo radical de la propia tradición socialista. Justamente a propósito de su libro de 2008, *Rescatando a la Justicia y a la Igualdad*, ya en tu libro sobre la justicia después de Rawls habías anticipado –porque tenías acceso a los borradores– las tres grandes críticas de Cohen a Rawls: la de la estructura básica, la de los incentivos y la del argumento Pareto. Y también en el libro que compilaste con Félix Ovejero, *Razones para el socialismo* (2001), hiciste acaso la primera traducción del artículo sobre el modelo campamento, que recién apareció como libro en 2009.

RG: Sin duda es un librito hermoso el del modelo campamento, esto es, la idea del socialismo a través de los principios que operan en un campamento. Esto, me parece, es una parte del legado del marxismo analítico, en relación con algunos actores y temas centrales. Estos actores que ya no se consideraban a sí mismos marxistas, de todos modos pensaban que había mucho de importante que quedaba de aquella tradición, y que era una herramienta que seguía sirviendo para pensar y criticar el presente. El caso de Cohen, si se quiere, expresa una actitud más militante todavía dentro del marxismo, pero con una idea que podría ponerse en estos términos: *yo [Cohen] me he mantenido dentro del materialismo histórico y sigo viendo cosas muy importantes en el centro de esa tradición, aun cuando reconozco que esa tradición que reivindico merece ser repensada; yo, que estoy entre los obstinados, tengo que seguir reconociendo que hay que incorporar matices importantes en esa tradición, particularmente en línea con el pensamiento de gente como Rawls*. De hecho, Cohen hizo una crítica completa a Rawls en su tremendo libro, *Rescuing Justice & Equality* (2008).

FL: El igualitarismo radical coheniano –aunque no sólo éste– parece haber impactado decisivamente en tu obra, porque sos fundamentalmente un pensador igualitarista. También, en un sentido muy cotidiano, abrazás una forma de comunitarismo, en tanto la relación de diálogo fraterno que proponés se da en la comunidad de iguales. Y, según es evidente en tus escritos, sos un pensador socialista. La “Introducción” a *Razones para el socialismo* se titula “El socialismo, todavía”, y está en línea con ese otro texto que elaboraste con Jahel Queral, “Por una vuelta a Cohen” (2014), donde se advierte tu adhesión al socialismo coheniano. Dicho esto, ¿cómo te ubicás dentro del legado coheniano con tus propias ideas de comunidad, igualdad, y crítica al capitalismo?

RG: A mí me encanta hablar de esta biografía de Cohen porque son cosas que tengo en las vísceras, yo lo hago contento. Me considero igualitarista, sin duda; socialista también. Comunitarista sí, en un sentido. Sobre el igualitarismo, y aunque no sé si quedó visible, en el último libro que publiqué sobre el diálogo entre iguales [*El derecho como una conversación entre iguales*, 2021], en una de las primeras notas a pie de página digo que voy a presentar un ejemplo imaginario sobre un grupo de inmigrantes. Ahí pensaba en mi familia, llegando en un barco a las nuevas tierras, a su tierra prometida. Y aun cuando son todos ignorantes, no han terminado la primaria, etcétera, dicen: *Nosotros ahora llegamos juntos a la nueva tierra, nos organizamos y nos damos nuestras propias normas. Y tenemos todo el derecho del mundo de hacerlo; no importa si no*

tenemos un título, no importan las distinciones de género, no importa nada de eso. Este ejemplo imaginario tiene que ver con casos bastante cercanos a la realidad, o que tienen paralelo fuerte en la realidad, como el del pacto del *Mayflower*. Pero la verdad, como digo en esa nota, es que mi ejemplo está mucho más emparentado con el que presenta Cohen en el campamento. En mi libro sobre el diálogo igualitario, el modelo de campamento está muy presente. Pienso en los mismos términos; uso el mismo tipo de aproximación que hace Cohen porque tengo devoción por ese modo de pensar, porque creo que es posible hacer eso. Y creo que este modo de pensar, si se quiere, puede dar fundamento normativo a una sociedad diferente y mejor. Tengo muy asentado este igualitarismo y, además, es crucial en mi aproximación al constitucionalismo, porque entiendo básicamente la constitución como lo que la constitución se asume que es y nos promete que es, es decir, un pacto entre iguales. Después, la constitución, y sobre todo su interpretación, pueden generarnos montones de problemas. Pero el constitucionalismo necesita –y lo ha practicado siempre así– hacer una promesa como ésta: *todos estamos situados en pie de igualdad, y este documento es de todos y para todos*. Es la frase número uno de la constitución norteamericana, que arranca con *We, the People*. Hay entonces un compromiso igualitario radical desde el minuto uno: *todos nosotros*. Luego, como diría Elster en *Ulises desatado*, el que redacta, abusa; queda en condiciones de beneficiarse a sí y a su grupo o clase, antes que al resto. Pero el constitucionalismo no puede moverse de ese lugar igualitario inicial. De otro modo, no es aceptable lo que está haciendo; no se justifica, y eso quedó claro aun en sociedades medio autoritarias. La sociedad norteamericana era una sociedad tremendamente elitista como lo era la argentina en 1853, cuando no votaba nadie. Pero en ambos casos, el compromiso declarado era: *¡Ojo que esto es de todos, de todos por igual!* Entonces creo que el constitucionalismo, el comunitarismo y el igualitarismo están íntimamente ligados.

En cuanto al comunitarismo, me veo en una trayectoria similar a la de Michel Sandel, en el sentido en el que él arrancó con un pie en el comunitarismo en los años 90, con el famoso debate comunitarismo-liberalismo, y que tiene su expresión maravillosa en el libro de Stephen Mullhal y Adam Swift [*Liberals & Communitarians*, 1992]. Si alguien quiere retomar ese gran debate de los noventa, creo que tienen que leer ese libro porque nadie lo ha hecho mejor que ellos. Seguí la trayectoria de Sandel desde lejos y ahora me interesa menos, pero en su momento yo tenía un pie en el comunitarismo y un pie en el socialismo. Y un pie, diría también, en el republicanismo. Y pensaba bajo estas ideas de comunidad, de virtud cívica, de compromiso participativo; un compromiso participativo que no salía de la mera voluntad, sino que salía de las condiciones materiales que hacían que uno se sintiera y tuviera razones para sentirse comprometido con su comunidad. Esto a mí me atrae. No así la vieja versión del comunitarismo que, además, ha prohiado vertientes muy conservadoras, opresivas, antipluralistas y sospechosas frente a la diversidad, versiones ante las cuales por supuesto que me escapo. Pero reconozco eso que estaba sugerido en la pregunta de que la idea de comunidad tiene que ver con algunos supuestos que son acaso inescapables a una sociedad igualitaria, en cuanto a que van de la mano. Ya está en Rousseau la idea de que necesitamos sentirnos parte de un mismo emprendimiento, de que estamos todos en un mismo barco. ¿Por qué? Porque si estamos en barcos diferentes, en términos de Rousseau, no va a haber *voluntad general*, en el sentido de que no va a haber un compromiso de todos para ir hacia el mismo lugar. El bien común no va a estar porque va a haber distintos bienes que vamos a reconocer como tales. Ahora bien, cuánto de eso puede reproducirse en sociedades esencialmente pluriculturales, es un tema a pensar. Cómo puede hoy pensarse el compromiso común a partir de una base tan heterogénea es un gran desafío para reflexionar. Yo no creo que sea para nada imposible pensarlo, pero sí es obvio que, en la actualidad, el punto debe ser no el de la homogeneidad, que ya es imposible en la práctica, sino cómo se piensa el bien común en este marco de heterogeneidad, de multiculturalismo radical. Y esto tiene que ver con algún tipo de igualdad material inescapable, y allí entra mi socialismo.

FL: Precisamente sobre este punto, nos interesaba –sabiendo que las etiquetas son incómodas, reduccionistas y tal vez inevitables– saber algo más sobre tu visión del socialismo, conocerla mejor. ¿Podríamos decir, por

ejemplo, que estás más cerca de un socialismo democrático o liberal al estilo rawlsiano, o quizás también más próximo a un marxismo republicano que es lo que se está empezando a elaborar un poco más ahora, como en el libro de William Clare Roberts, *Marx's Inferno* (2018)? Además, en tu obra *Castigar al prójimo* (2016) asumís una visión republicana sobre la pena, mientras que *Carta abierta sobre la intolerancia* (2006) puede leerse como un libro más liberal en el sentido dworkiniano, con esa concepción de los derechos individuales como «cartas de triunfo» que no pueden ser conculcados en nombre del bien común, el bienestar general, etc.

RG: Creo que es generosa y justa esta lectura de *Carta abierta sobre la intolerancia*. Sucede que necesito siempre que lo que escribA esté íntimamente vinculado con mis convicciones. Lo que sí hago, y *Carta abierta...* es un ejemplo –y muchos de mis artículos en los diarios también– es preguntarme primero para quién estoy escribiendo, es decir, pensar en el lector de un cierto modo. Es la gran pregunta que me enseñó a hacerme Joseph Raz, y creo que fue su gran enseñanza. Y *Carta abierta...* y muchos de los artículos que escribo están dirigidos a la comunidad judicial. Me parecía siempre muy importante –y esto es algo que pude desentrañar después de mucho tiempo de escribir sobre protesta social– entender que muchos jueces no tomaban o no se animaban a tomar ciertas decisiones frente a la protesta social porque las veían imposibles o porque tenían miedo. El juez siempre es alguien que tiene miedo de ser detectado por el radar, porque es una figura que necesita defender ciertos privilegios y demás cuestiones. Entonces, la gran mayoría de ellos busca estar por debajo de la línea del radar; quieren pasar desapercibidos, no llamar la atención. Lo que más temen, la gran mayoría de ellos, es aparecer en el foco de una crítica en un diario, o que les hagan un juicio, o los detecte el Consejo de la Magistratura. Muchos no se animaban a tomar decisiones porque tenían miedo de que los acusaran de rojos o revolucionarios, o lo que fuere. Ser timorato, ser conservador en la decisión, tiene que ver con no llamar la atención. Para mí, la función de este tipo de textos fue –a partir de las convicciones teóricas que tenía– decirles en el lenguaje más tranquilo posible: *Escuchá, si vos hacés esto no solamente no sos un rojo, sino que estás haciendo algo que es muy normal en Estados Unidos, en la jurisprudencia de acá y de allá. No pasa nada. Es más, estás haciendo algo muy inteligente si vos, por ejemplo, reconocés que acá no se trata simplemente de unos locos en la calle, en la ruta, sino que esto quizás tiene que ver –y es dable esperar– con reclamos en nombre de los distintos derechos sociales reconocidos en la Constitución. Son personas que están ejerciendo derechos muy básicos, que la Constitución reconoce como centrales: la expresión, la manifestación, la crítica y demás.* Por eso es que, en estos textos, hay como un lenguaje algo diferente, y no tengo empacho en transitarlo.

Ahora, volviendo al socialismo, una cosa que puedo confesar es que me veo en el mismo tránsito de Cohen; es decir, cuanto más viejo me hago, más cariño le tomo a Rawls. Yo también me sentí desde un comienzo –y creo que en el propio libro de 1999 se ve bien– como un crítico amigable a Rawls y ahora me considero, digamos, cada vez más amigo. Cuando fue el homenaje por los cincuenta años de *Teoría de la Justicia* y cien del nacimiento de Rawls, escribí algunas cosas que eran como las cartas a un amigo [“John Rawls. Un siglo del pensador que soñó con la posibilidad de una «sociedad justa»”]. Veo mucha riqueza en su obra, en su modo muy honesto e igualitario de pensar. Entonces, como en ese tránsito que hizo Cohen al final de su vida, yo veo algo que me decían mis antepasados: a vos no te gusta el tango, pero el tango te espera. Uno podría decirle a un filósofo político: *Rawls te espera; tranquilo, no te hagas problema, no te apures; Rawls te espera.* Y a mí me estaba esperando, yo lo encontré. Si algo me acerca a Rawls desde la tradición de la que vengo es el hecho muy claro y central de que en el primer Rawls ya están presentes unos compromisos igualitarios radicalísimos. Por eso el trabajo de gente como Martin O’Neill y otros de esa línea ha sido muy importante. Aunque no se lo ha querido poner en primera línea y es algo así como su conclusión, Rawls dice de modo muy explícito que su teoría de la justicia es compatible con sólo dos arreglos económicos posibles: una democracia de propietarios y un socialismo de mercado o socialismo liberal. Esto es centralísimo, no es algo que se le escapó o dijo sólo al pasar.

FL: Esto es coherente con su afirmación, ya en *Teoría de la Justicia* y reiterada en la reformulación de 2001, de que la propiedad privada de los medios de producción y la libertad contractual del *laissez-faire* no están incluidas en la lista de libertades básicas.

RG: Totalmente, eso es espectacular. ¡Me parece un pensamiento tan limpio! Pongo nota al pie de página: gente como Rawls a mí me seduce mucho, como me sedujo Carlos Nino. Nino era un tipo que, en un punto, era como el juez Enrique Petracchi, quien se definía como un liberal inglés. Y Nino, en un sentido, era un liberal oxoniense; es decir, un liberal muy radical, pero un liberal. Lo interesante, y lo que a mí me atraía de esta gente, es que en nombre de pensar bien y no tramposamente, tomaba las consecuencias e implicaciones que se seguían de sus principios, o de los principios a los que adherían. Entonces, a Nino yo lo veía en el día a día aceptando, por ejemplo, en materia de derechos sociales, tesis radicalísimas que él, en el minuto uno, no querría aceptar. El liberal inglés no se lleva muy bien con los derechos sociales, pero era algo derivado necesariamente de sus teorías, entonces lo aceptaba. Lo mismo en términos de democracia. Nino no creía en que la participación significaba salir todos a la calle, pero las implicaciones que traía su teoría deliberativa eran radicalísimas. Y eso también lo veo en Rawls.

Yo me siento parte de esa tradición liberal rawlsiana; muy a la izquierda, en el sentido de que me interesa muchísimo afirmar los supuestos igualitarios y republicanos que están en la teoría. Esto último merece una aclaración. El propio Rawls, que en sus inicios parecía mostrar una cierta incomodidad con la teoría republicana, en los *Collected Papers* [editados por Samuel Freeman] incluye un texto donde explica que el republicanism que él rechaza es el republicanism aristotélico, ya que sí le parecen necesarias las otras versiones del republicanism no aristotélico. Y esto es un componente que él reconocía como propio de su teoría. Y en Rawls también hay cosas muy radicales en materia de protesta.

FL: Escribiste un artículo especial, a propósito del aniversario del nacimiento de Rawls, sobre los métodos de protesta que Rawls avala y, en particular, la acción militante. [“John Rawls y la «resistencia militante» como categoría inexplorada”, 2021].

RG: Exacto. Aunque Rawls es un filósofo de cúpula, de Harvard, no niega sino –por el contrario– afirma todas las implicaciones de su teoría. Y cuando trata la objeción de conciencia y la desobediencia civil, dice que eso no implica negar que hay otra forma de resistencia violenta que puede estar justificada. Es algo increíble, me parece, en un pensador liberal. Y en este sentido es como Locke, que era liberal-conservador pero que aprobaba el derecho de rebelión.

FL: Un punto fundamental del liberalismo rawlsiano es que las libertades sólo pueden limitarse en obsequio de mayores libertades. Pero en un fragmento muy poco citado, afirma que la prioridad de las libertades básicas puede alterarse o suspenderse cuando es necesario cambiar las condiciones de civilización. Es su modo muy recoleto de abrir la puerta a acciones radicales, revolucionarias, que puedan poner fin a un estado civilizatorio injusto.

RG: Sí, de eso se trata, justamente; y es algo que me interesa muchísimo en su pensamiento. La justicia sobre la equidad. *Una Reformulación* (2001) para mí es un libro muy impresionante porque también ahí, cuando habla de capitalismo, dice esto mismo que acabás de señalar. Rawls es claro al sostener que no está hablando de reformismo, no está hablando de socialdemocracia. La socialdemocracia le parece lamentable. ¿Por qué? Porque permite la persistencia de las condiciones de trasfondo de la injusticia, las que permiten la reproducción de la desigualdad; entonces, eso le parece inaceptable. A la gente que toda la vida lo acusó o lo quiso correr por izquierda con la idea que su teoría era una defensa del capitalismo norteamericano con impuestos, Rawls les replicaría más o menos esto: *Si vos me decís socialdemócrata europeo, yo me río. ¿Por qué? Porque me parece nada; me parece una vergüenza, porque permite la persistencia de condiciones de*

trasfondo inaceptables. Esto no lo diría como provocador, sino porque es lo que se ajusta a su modo profundo de pensar.

FL: En la *Reformulación*, en efecto, Rawls insiste en que el capitalismo del estado de bienestar produce víctimas y las recoge al final de cada período con algún sistema asistencial. Y luego las vuelve a producir, en un ciclo interminable. Es explícito su rechazo del estado de bienestar, a contramano de la habitual acusación que se le hacía con ligereza.

RG: Realmente es fantástico tener gente como vos, que pueda militar en esa lectura que yo creo la lectura correcta; tal como como lo tenemos a Martin O'Neill en Inglaterra. Menos mal que hay gente que viene trabajando en esa línea que honra completamente el pensamiento de Rawls, evita la ridiculización de esa manera de pensar sobre qué significa ser igualitario.

FL: Rawls y el constitucionalismo también se llevan muy bien. Él pensó una forma de idear un régimen constitucional a partir de la posición original, una asamblea constituyente, una etapa legislativa y la etapa de la judicatura y administración. Y en tu libro sobre el derecho como conversación entre iguales, analizás y buscás alternativas a la tensión entre el constitucionalismo y la democracia. Y, en definitiva, apostás por la democracia por sobre el constitucionalismo, que suele ser rígido y contramayoritario desde sus orígenes.

RG: Exacto, pienso en un constitucionalismo al servicio de la democracia. En un texto que escribí hace poco, y está inédito, reviso la trayectoria de los últimos ciento cincuenta años de esa tensión (*Cuatro lecturas sobre la relación constitucionalismo-democracia. En defensa de la «conversación entre iguales»*). Todavía tengo que completar una genealogía, pero estoy pensando en visiones que yo conocí cuando estudiaba sociología. Eran las de Joseph Schumpeter, Robert Dahl, Samuel Huntington. Todas ellas veían tensiones entre el constitucionalismo y la democracia, y su respuesta era que había que cerrar la democracia. Era interesante lo que decía esta gente, porque era un pensamiento conservador pero lúcido. ¿Por qué decían esto? Porque había una sobrecarga de demandas, en un sistema que se estaba encendiendo; un sistema sobrecargado de exigencias democráticas, que llegaban ahora a partir del sufragio universal, a partir de la educación masiva, etcétera. Y el sistema no podía resistir esta sobrecarga. Entonces, lo que había que hacer era apagar la llave de la participación democrática. Ese era el discurso conservador de Schumpeter y Huntington, por lo menos. Y hay muchas reverberaciones contemporáneas. Está el libro de Jason Brennan, que se titula *Against Democracy* (2016), con una parte muy conservadora con la que la mayoría de nosotros está muy en contra. Hay un aspecto que resisto en particular, y que es el que defienden con más fuerza algunos de los teóricos del constitucionalismo contemporáneo. Es la idea de que, como la democracia está erosionada, entonces, lo que hay que hacer básicamente es volver a ajustar las tuercas y tornillos de los *checks and balances* que los líderes autoritarios han desarmado. No me parece del todo mal, pero es una idea tremendamente incompleta. En la tensión entre constitucionalismo y democracia, se suele decir algo importante pero incompleto: que hay que ayudar a restablecer al constitucionalismo sin pensar demasiado en la cuestión democrática. Por supuesto este paso puede ser necesario porque los líderes autoritarios –los Trump, los Bolsonaro– han desmantelado los controles del sistema y hay que volver a ajustarlo. Este es un paso primero que no nos lleva todavía a la cuestión democrática, que es la urgencia.

Y luego tenemos otra gente, muy inteligente por cierto, como Martin Loughlin, quien escribió ya no un *Against Democracy* como Brennan, sino un *Against Constitutionalism* (2022). En este texto, Loughlin no dice estrictamente –más allá de que el título exagere un poco– que en nombre de la democracia deba proclamarse la muerte del constitucionalismo, pero lo cierto es que está presente la idea de que se termine el constitucionalismo tal como lo conocemos. Si bien estamos en un mismo proyecto, pues coincidimos en que esta época lo que más necesita es reactivar la cuestión democrática (necesidad ante la cual la cuestión constitucional está actuando muchas veces como camisa de fuerza), yo no estoy de acuerdo con que uno se tenga que cargar el constitucionalismo. Y mucho menos en la vertiente que él y su grupo defienden, que es una versión que reclaman populista y schmittiana. Por supuesto que estoy a favor del principio democrático,

pero no contra el constitucionalismo en esos términos, ni acuerdo con los términos democráticos que él propone. Lo que me interesa es la reivindicación de la democracia entendida como *conversación*; no como enemiga del constitucionalismo, sino con un constitucionalismo al servicio del diálogo democrático, un diálogo fundamentalmente inclusivo.

Hay otro punto que me parece centralísimo. Aun la gente más progresista que encuentro en la academia, sobre todo en el campo del derecho constitucional, es bastante conservadora. Pienso en autores como Mark Tushnet, que están en los orígenes de los *Critical Legal Studies*, o como Jeremy Waldron mismo. Es muy impresionante para mí observar cómo no pueden salir del «cuadrado» de las tres ramas de gobierno. Yo les digo que el viejo esquema de los tres poderes por supuesto que es infinitamente preferible frente a cualquier riesgo de populismo autoritario; pero es un sistema que estalló en mil pedazos, y que no se va a recuperar nunca más. El viejo sistema representativo no tiene más salida. Entonces, la gran angustia de hoy, la angustia democrática, pasa por ver cómo recuperamos la vitalidad democrática, cómo incluimos. No puede ser que la gente progresista en derecho constitucional esté viendo, al modo en que lo hace Waldron, cómo podemos reforzar el parlamento frente a los poderes enormes que ganó la justicia (por ejemplo, en Estados Unidos). Mucho menos, por supuesto, sirve reivindicar al Ejecutivo o al líder poderoso, como a veces se proclama en la Argentina o en la región, ante la crisis que afecta al constitucionalismo. Porque lo verdaderamente importante está totalmente por fuera de esas tres viejas ramas del poder: estamos hablando de un sistema que está muerto en buena medida, y que nos deja a todos afuera. Me parece increíble que lo mejor del constitucionalismo contemporáneo a nivel internacional –más allá de Argentina, donde es un desastre la discusión– no pueda ver otra cosa que la versión tradicional.

FL: Aunque hablás desde cierto escepticismo y con algo de desencanto, de todos modos decís que hay dos cosas que están claras de cara a una nueva visión del derecho constitucional: el *quiénes*, que es la comunidad de iguales; y el *cómo*, que es la conversación entre iguales. Eso nos abriría el camino hacia otro constitucionalismo, al servicio de la democracia. En este contexto, citás a Marx como ejemplo de una decidida apuesta por el autogobierno o la autodeterminación del pueblo, como algo que no se agota en tener legislaturas y constituciones. ¿Cómo pensás que tu propuesta del diálogo entre iguales puede alimentar a las actuales organizaciones socialistas que tenemos en nuestra inmediatez, ya sean partidos, ya sean movimientos sociales? Si estuviéramos en un momento revolucionario, dado que allí lo típico es que se llame a una constituyente, ¿podríamos decir que tu teoría del diálogo es un punto de partida?

RG: [Ríe] Háganlo, pero sin invocar mi nombre; porque me he involucrado demasiado en discusiones públicas de Argentina, y entonces uno termina indebidamente contaminado. Pero tomando muy en serio lo que me preguntan, digo que creo que por ahí está el camino. No sé si llamarlo revolucionario, pero es el camino de salida. Es un camino que empieza a ser posible, o por lo menos visible: el de la intervención ciudadana completa, que no merece ser vista nunca más en los términos tradicionales en que se miró la participación democrática, donde nosotros somos –como decía José Nun– los actores secundarios de un coro que está adormecido y que quieren que siga adormecido. Así, cada tanto nos convocan a decidir: ¿esto sí o no? Esta constitución de quinientos artículos, ¿sí o no? Entonces, alguien podría decir que le interesa decir algo sobre el artículo 1, negar el 2, matizar el 3, agregar algo al 4, sacar el 6. Y la respuesta sería: *No; es a todo sí, o a todo no*. Eso es una tomadura de pelo, y es el modo tradicional de pensar la participación democrática: votando sí o no a paquetes cerrados, perdemos la voz, la capacidad de pensar, de decir, de matizar. Me he involucrado bastante en las discusiones de Chile, con actores muy cercanos, y me sacude enormemente que aún la gente más lúcida dice cosas muy toscas, muy primitivas sobre la participación democrática.

Yo creo que los arreglos tradicionales están muertos por varios lados. Por un lado, la forma de pensar la participación democrática, esto es, la gente asintiendo o, en el mejor de los casos, yendo a votar masivamente un cierto día, por sí o por no, a un proyecto de quinientas hojas o a una constitución de cuatrocientos

artículos. Eso es una ofensa a nuestro compromiso democrático. Por otro lado, están muertos los viejos modos tradicionales de la representación, en virtud de cómo han cambiado las sociedades. Mi predicción, que tiene mucha base, es la siguiente: vos podés hacer la reforma del sistema electoral que quieras, la reforma del sistema político que quieras, hacemos democracia interna en los partidos políticos, pero eso ya está muerto. ¿Por qué? Porque, entre otras cosas, como decía Pirandello en *Uno, ninguno y cien mil*, una persona ya no es una única dimensión, y eso es súper importante para pensar el marxismo. Yo soy obrero, entonces, si veo un obrero en el congreso, digo *ahí estoy yo*. Pero no es así, porque soy obrero, soy partidario de la despenalización del aborto, anti-armas, pro-medio ambiente, y otras tantas cosas. Soy mil cosas. Y además voy cambiando. Entonces, cuando alguien me dice que toca una de mis dimensiones y que por eso estoy representado, me muero de risa. Lo que pasa, en consecuencia, es lo que pasó en Chile: una asamblea constituyente salida de las bases, al segundo día ya está separada de sus bases. Y la gente, sus bases, no le creen más. Tenemos que pensar ese fenómeno. La vieja forma de representación se murió. ¿Cómo pensar en este el contexto una salida democrática popular? Hay que pensar arreglos mucho más flexibles, no permanentes como el Congreso, y en donde cada uno pueda ser tomado en su agencia, en su relevancia, en su identidad múltiple. Por ejemplo, a mí me entusiasmó –y lo digo en el libro sobre la conversación entre iguales– la discusión que se dio en Argentina sobre aborto, y también las discusiones que se dieron en las asambleas ciudadanas elegidas por azar, sin los partidos tradicionales, en Irlanda. Estas experiencias permitieron, en contextos desiguales y dominados por la Iglesia, tomar decisiones muy radicales, completamente impensadas, y que las ciencias sociales habían anunciado que jamás ocurrirían. ¿Por qué decían esto? Porque Argentina e Irlanda están llenas de conservadores; porque a la gente, cuando le tocan la religión, no se mueve; porque la gente no se informa. Todo eso resultó falso. Eso me entusiasma. Esta es la única luz de esperanza que yo veo, y que es mucho más acotada que lo que parece que es. No es que vamos directo a las asambleas ciudadanas, aunque ojalá así sea. Lo que digo es que vamos a modos completamente inclusivos en donde la decisión, la voz, la palabra y el intercambio estén con nosotros. Ya no se trata de que me inviten a decir sí o no. Tengo el derecho de hablar, confrontar con el otro, discutir y pelearme, enojarme; pero la decisión es nuestra. Esto comienza a ser concebible, aunque es incierto todavía qué forma institucional lo hace posible y, sobre todo, qué lo puede transformar en algo estable. Entre otras cosas –y eso ha sido para mí un punto importante en mi trayectoria de escritura– siempre está aquello de lo viejo que tiende a impedir lo nuevo. Lo viejo que no termina de morir. Las viejas instituciones, los viejos partidos, el viejo poder judicial, te van a hacer la vida imposible para impedir que lo nuevo funcione, o para colonizarlo. Es muy complicado, pero al mismo tiempo hay una luz de esperanza. ¿Cuál es esa luz de esperanza? Que existe un hartazgo, que es un hartazgo democrático interesante y que hay un montón de alternativas que se están probando en esa dirección. No sé si alguna logrará estabilizarse, pero hay algo interesante dando vueltas en ese panorama general desolador.

FL: Sobre el proceso de escritura de tu obra *El derecho como una conversación entre iguales*, nos llamó mucho la atención una nota autobiográfica en la que decís que tenías el libro en la cabeza, completo, y que el libro iba por delante y tu escritura lo iba corriendo detrás. Nos hizo acordar a *El Perseguidor*, de Julio Cortázar, donde el saxofonista persigue una música inalcanzable.

RG: ¡Qué buena cita, qué buena! Te la voy a robar; es extraordinaria. Y sí, escribir *El derecho como una conversación entre iguales* fue una experiencia particular, mística en un sentido. No una cuestión de magia, porque es un libro completamente basado en décadas de estudio y enseñanza, pero sí que se trató de un libro que nació y completé de modos muy peculiares. La anécdota que cuento en el prólogo es real. Me desperté con una idea y enseguida abrí los ojos; me quedé desvelado y la idea se iba acoplando con otras. No lo podía creer porque era como que salí de la cama y tenía realmente el libro escrito. Me agarraba la cabeza, no lo podía creer. Uno lo puede poner en términos de musa o de magia. Quizá sí, en parte, pero era esto: muchos años dando clases y escribiendo cosas en temas que parecen distintos, pero que están muy vinculados entre sí.

En la época en que trabajé con Nino, yo había escrito sobre la crítica a la concentración del poder y al presidencialismo. Mi tesis doctoral fue sobre la *judicial review* y la crítica mayoritaria. Luego trabajé sobre participación asamblearia; después, sobre las teorías de la democracia. Todas las piezas estaban ahí. Este libro, en particular, fue producto de una noche de desvelo, pero ya estaba completo y, en ese sentido, ya lo tenía. Se habían consolidado treinta o cuarenta años de trabajo y veía muy claro que estaban todas las piezas juntas. Nunca me sentí saltando de tema en tema. Siempre sentí que hablaba de una sola cosa. Es por eso que no siento que haya renunciado al marxismo, como tampoco siento que haya renunciado al socialismo, ni al rawlsianismo. Lo de este libro, *El derecho como una conversación entre iguales*, fue una circunstancia agraciada: porque fue una escritura feliz, y –si se me permite– hecha en estado de gracia, de satisfacción interna.

* * *

“¡Que conste en actas!”

Al finalizar la entrevista, Roberto Gargarella pidió especialmente que «constara en actas» el siguiente comentario (algo que agradecemos profundamente):

“Quiero agradecer a gente como ustedes el trabajo que vienen haciendo, la seriedad y el compromiso con que asumen tareas como ésta. Es algo que agradezco al infinito porque me parece, además, excepcional en todo sentido: excepcional por lo único, excepcional porque no pasa nunca, excepcional por las lecturas que han hecho, previas a la entrevista, excepcional por el compromiso que muestran con el estudio, con la tarea que asumen. Para alguien como uno, hoy como entrevistado, es lo mejor que le puede pasar”.

ARIEL PETRUCCELLI

EN LOS ORÍGENES DE LA ECOLOGÍA POLÍTICA RESEÑA DE *EL JARDÍN DE BABILONIA*, DE BERNARD CHARBONNEAU

Al igual que las corrientes marinas que llevan masas de agua caliente a la superficie y sumen volúmenes de agua fría en el silencio de las profundidades, la vida de los libros está estructurada por este movimiento que sumerge o mejora las creaciones del espíritu según los tiempos y las sensibilidades. Los textos de Bernard Charbonneau (1910-1996) pertenecen a esa clase de peces de los fondos marinos, de libros «fríos» que se zambullen en su expresión material y se elevan luego desde los abismos para presentarse en la flor de la vida (...) con la frescura de las nuevas ideas, que sin embargo fueron enunciadas hace setenta años.

Quentin Hardy¹

La ecología está de moda. No necesariamente la ecología política, aunque sí infinidad de propuestas políticas que, en nombre de la causa ecológica y la épica de la salvación del planeta, ofrecen soluciones que resultan insuficientes en el mejor de los casos, y erradas e incluso disparatadas en el peor. Como sea, el *sentimiento de la naturaleza* que Charbonneau expusiera con toda su fuerza y toda su debilidad –y al que sometiera a crítica hace ya más de setenta años– aflora hoy en las páginas de la prensa, en libros *best sellers*, en películas de Netflix, en *Discovery Channel* y –¡cómo no!– en los discursos escolares. Ante la última oleada de nuevos amantes de la naturaleza que se encaminan inconscientemente con una ingenuidad pavorosa a terminar de destruir al que proclaman objeto de su amor, conviene volver a leer –o, mejor dicho, leer a secas, dado que pocos le han leído en el pasado– a una de las personas que más y mejor ha pensado el vínculo entre nuestra humanidad doliente y esa naturaleza de la que formamos parte.

El Jardín de Babilonia es de esos libros que todos deberíamos leer y casi nadie ha leído.² Pero no es un libro fácil. Y no lo es porque resulte oscuro, esté repleto de referencias eruditas o recurra a una jerga

¹ Quentin Hardy, “La Escuela de Burdeos de la crítica de la técnica: un pensamiento en el origen de la ecología política”, estudio introductorio a Bernard Charbonneau y Jacques Ellul, *Somos revolucionarios a nuestro pesar*, España, Ed. El Salmón, 2020.

² Publicado en España, por lo demás, es sumamente difícil de conseguir en América Latina, y ello justifica la abundancia de citas textuales que emplearemos en esta reseña que es, a la vez, un resumen. Otro texto clave de Charbonneau, aún no traducido al castellano, es *The Green Light. A Self-Critique of the Ecological Movement*, Bloomsbury Academic, 2018 (la ed. original en francés data de 1980).

incomprensible. Al contrario: es un libro sumamente claro, bellamente escrito. Quien conserve un mínimo de capacidad de asombro, ciertamente lo sabrá apreciar. Pero es un libro difícil porque, después de haberlo leído, no queda ningún remedio más que pensar todo de nuevo. Las «almas bellas» que hoy reconfortan su espíritu separando la basura, haciéndose vegetarianas o veganas, se preocupan por el cambio climático y no dejan de hablar de ecología, se encontrarán en estas páginas con un verdadero terremoto intelectual y práctico. Ese *sentimiento de la naturaleza* que experimentan con tanto deleite y fruición ya fue desnudado hace décadas, y analizado y criticado como parte del problema al que intenta enfrentar. Los cambios necesarios son más radicales y profundos de lo que supone el progresismo ecologista. Charbonneau nos confronta con la necesidad no sólo de cuestionar el «mito del progreso», sino también de asumir que la defensa de la naturaleza es inviable sin la defensa de la libertad humana, y que el confort aumentado indefinidamente es incompatible con una libertad creciente. A mayor confort, más dependencia, menos libertad y más destrucción de la naturaleza. Pretender «salvar» a la naturaleza por medio de organización, burocracia, restricciones y prohibiciones es un contrasentido. Y, sin embargo, ese contrasentido domina un accionar ecologista impulsado por gobiernos que se consideran sensibles, y por corporaciones *ecofriendly*; incluso por algunos movimientos sociales que se consideran disruptivos. Sin embargo, de poco vale engañarse: el ecologismo actual mayoritario no ha logrado superar el estadio infantil del *sentimiento de la naturaleza*. No ha alcanzado la madurez de la *conciencia de la naturaleza* y, por ello, permanece atrapado en ensoñaciones románticas e idealizaciones del pasado o de lo «primitivo», y sigue anclado en respuestas que apelan fundamentalmente a la conducta individual, sin proponerse seriamente la transformación radical del sistema social e, inclusive, el desmonte al menos parcial de la sociedad industrial.

En nuestros tiempos de superficialidad digital, chatura intelectual, urgencias teledirigidas y ansiedad por los cielos, conviene no cifrar expectativas demasiado altas respecto a la cantidad de lectores que podría tener esta obra maestra, ni de la capacidad de los mismos para asumir verdaderamente lo que allí se dice. Pero, si es así, ello simplemente nos habla de lo mal que estamos a la hora de abordar seriamente los problemas que nos amenazan como humanidad. Y lo primero que deberíamos hacer es no engañarnos respecto de los mismos. Las páginas de Charbonneau parecen haber sido escritas ayer, pero la edición original de esta obra data de 1966, y pasajes enteros de la misma fueron escritos en 1937-38 y en 1944. Todo lo que aquí se dice, pues, habla tanto de la lucidez de su autor cuanto de la ceguera de nuestra civilización industrial y su mitología del progreso.

Antes de ofrecer una reseña de la obra, permítasenos brindar una breve semblanza del autor y su contexto. Bernard Charbonneau nació en Burdeos, Francia, el 28 de noviembre de 1910. Por formación era geógrafo e historiador, pero su vida fue un incesante filosofar y un apasionado actuar. Junto a su amigo Jacques Ellul (1912-1994) son los representantes más destacados de la llamada “Escuela de Burdeos de crítica de la técnica”. Entre ambos han escrito unos ochenta libros de filosofía, ecología y política. Libros que van de lo muy bueno a lo sobresaliente. Pese a una precocidad notoria (publicaron juntos *Somos revolucionarios a nuestro pesar* en 1935, cuando tenían respectivamente 25 y 23 años), una escritura excelsa y una capacidad analítica admirable, sus obras siguen siendo hoy piezas poco menos que desconocidas, incluso en su Francia natal. Como escribiera Quentin Hardy, Charbonneau “fue el crítico despiadado de un siglo cuyos resortes había comprendido bien, y esta época ingrata le pagó con la misma moneda: entre los pueblos civilizados, se mata en silencio”³. En los textos de Charbonneau y de Ellul, la ecología política halla un origen muy alejado de las botas nazis. Lo cual no es menor; y no habría que olvidar, como suele ser habitual hoy en día, que el nazismo tuvo importantes corrientes naturistas, animalistas y ecologistas. La posibilidad de formas de ecofascismo no es una ensoñación trasnochada: se halla inscrita en los orígenes mismos, tanto del ecologismo como del fascismo.

³ Q. Hardy, *op. cit.*

Charbonneau adhirió a una perspectiva filosófica que fue muy fuerte en los años veinte y treinta: el personalismo. Se trataba de desarrollar individuos muy conscientes y autoconscientes, y, en consecuencia, a diferencia del individualismo asocial de muchas corrientes liberales, el personalismo tomaba nota debidamente de las condiciones sociales que facilitan o dificultan el desarrollo de las personas y de la libertad. Crítico de la sociedad industrial como totalidad, supo ver los ocultos vasos comunicantes entre liberalismo, fascismo y comunismo: todos por igual creyentes en el mito del progreso. Sin embargo, esto no le impidió apreciar también sus diferencias (su ecologismo, en términos clásicos, fue siempre un ecologismo de izquierdas), ni le llevó a un maximalismo intelectualmente estéril. La crítica de la sociedad industrial no podía fundarse en un retorno a las cavernas. Se trataba, más bien, de crear las condiciones materiales e intelectuales para poner esas potencias bajo humano control. Mucho antes de que se popularizara la idea de “pensar globalmente, actuar localmente”, Charbonneau intentó desarrollar grupos de acción que actuaran en estrecho contacto con su entorno y por medio de sólidos vínculos humanos. Lejos de ser una crítica meramente intelectual, su vida y su obra nos hablan de una actitud activista y militante; que se negó siempre, empero, a comulgar con las ruedas de molino de ilusiones sin sustento: ilusiones que muchas veces son el precio que los activistas pagan para mantener su tesón. Prueba de ello, entre otras muchas, es su rol en la creación de organizaciones ecologistas pioneras, como por ejemplo el Comité de Defensa de la Costa de Aquitania. Activistas incansables, Charbonneau y Ellul fueron siempre tremendamente lúcidos. Críticos modernos de la modernidad, asumieron un realismo intransigente sumamente inusual en sus tiempos, y en los nuestros.

* * *

*El Jardín de Babilonia*⁴ comienza recordándonos dos verdades evidentes, pero mal asumidas. La primera es que somos parte de la naturaleza; la segunda, que tomar conciencia de la naturaleza es un acto civilizado por antonomasia. De ello se desprende un corolario: no hay naturaleza sin civilización, y es vana e ingenua la idea de pretender preservar la naturaleza aislándola de la sociedad. Lo sensato es hallar un equilibrio entre el costado artificioso de nuestra humanidad social y los aspectos más propiamente «naturales» del mundo que nos rodea. “La naturaleza –sostiene Charbonneau– es una invención de los tiempos modernos. Para el indio de la selva amazónica, o (...) para el campesino francés de la III República, esa palabra carece de sentido. Porque tanto el uno como el otro siguen ligados al cosmos” (p. 23). Por consiguiente, debemos tener muy presente que “no hay naturaleza sin civilización: hay que vivir en el cemento de las ciudades para maravillarse del cielo y los árboles. Pero tampoco hay civilización sin naturaleza” (p. 29). Hay que asumir sin hesitación una realidad que puede solazarnos o podemos deplorar, pero que en la sociedad industrial es ya un hecho: “la naturaleza ha sido vencida, por eso tomamos conciencia de ella” (p. 41). Charbonneau, por supuesto, no se solaza. Para él, el aire, el tiempo, la soledad, la tranquilidad y el espacio son necesidades humanas esenciales que todos nuestros artificios técnicos no pueden satisfacer adecuadamente y que, en ocasiones, directamente impiden su satisfacción.

El cielo azul sobre nuestra cabeza, y el agua clara corre entre nuestros dedos; nuestro corazón late y nuestros ojos se abren. ¿Qué más podríamos pedir? Lo más hermoso y lo más intenso de nuestra existencia, de lo más sencillo a lo más sublime, no lo ha inventado nadie: las nuevas invenciones, en el mejor de los casos, no son sino nuevos pretextos para viejas alegrías. Beber cuando se tiene sed y comer en el momento en que se tiene hambre; meterse en la ola y atrapar un pez, bromear con el amigo o besar los ojos de la amiga. Todo lo que podemos adquirir es un añadido, lo esencial nos fue dado el día en que nacimos. (p. 36)

⁴ B. Charbonneau, *El Jardín de Babilonia*, España, Ed. El Salmón, 2016. Trad. de Emilio Ayllón.

Consideraciones antropológicas al margen, Charbonneau constata que la «gran muda», el gran cambio que ha alterado patrones milenarios, es sumamente reciente: ocurrió, por decirlo así, en el último segundo. Los cambios que están descoyuntando a la humanidad se fueron gestando desde los siglos XVII y XVIII, pero estallaron y crecieron exponencialmente recién luego de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces la oposición campo-ciudad, sociedad industrial-sociedad tradicional, era más profunda incluso que la oposición de clases, y junto a unas cuantas grandes urbes, subsistía un mundo rural todavía vital. En los últimos decenios, sin embargo, el mundo entero se ha convertido en una gran urbe, en un gigantesco suburbio. El campo ha sido aniquilado: en su lugar hay un desierto de personas y una industria agrícola que parece todopoderosa, pero que en el fondo es frágil. Los antiguos habitantes rurales se han convertido en urbanitas de segunda categoría. La extensa y meditada crítica de la aglomeración urbana y la destrucción del campo que acomete combina, en partes iguales, capacidad analítica, perspicacia en la previsión y una enorme sensibilidad humana. Así, por ejemplo, apunta con mucho tino que “la aglomeración no tiene forma, ni límites ni estilo, se desarrolla, así lo parece, de manera desordenada”. Pero en realidad “obedece a determinaciones implacables: el precio del suelo, la facilidad del transporte”. Las megalópolis contemporáneas son un caos determinista: obra enteramente humana que los humanos no controlan. “La ciudad es un hecho, los dioses ya no pueden hacer nada; los hombres, menos aún” (p. 53). Su descripción de esta urbanidad degradada semeja a la ofrecida por Mike Davies en años recientes, pero fue puesta sobre el papel hace sesenta años, cuando todos los urbanistas creían –querían creer, deseaban creer– que se trataba sólo de males pasajeros que el progreso superaría más temprano que tarde. Lejos de ello, esta es la realidad desgraciada y degradada en la que hoy viven miles de millones de seres humanos:

Cuando uno recorre a pie el suburbio, la impresión de monótona confusión alcanza su paroxismo. Se trata en primer lugar, y eso es lo que impresiona en general al viandante, de la manifestación de la miseria: el suburbio-vertedero. (...) Un mundo vencido, atareado, hurga en el montón de basura para arrancarle alguna brizna de carne al hueso de la miseria. Una humanidad que apenas se eleva por encima del nivel del suelo, salvo en los cruces donde se alza el sólido edificio del bar, lugar de encuentro y evasión. El suburbio de chabolas hechas de cajas de galletas o bidones de petróleo, construido con todos los residuos que vomita la ciudad. (pp. 55-56)

En ese “océano humano que se traga a las personas”, los seres humanos conforman una masa despersonalizada y manipulada por el poder político y corporativo. En una curiosa y paradójica inversión histórica, el habitante de la ciudad que se liberó aislándose del cosmos “puede acabar perdiendo la libertad”. Y lo peor de todo es que el urbanita alienado “lo sabe bien, puesto que para él, ser libre –esto es, tomar vacaciones– es huir de la ciudad”. Así, aunque “la libertad nació en las ciudades, actualmente, para vivir, tiene que huir de ellas” (pp. 66-67). Sin embargo, Charbonneau también nos advierte:

Hoy como antaño (...) la ciudad sigue fabricando el único ser que puede justificarla, la sola fuerza que puede ponerla en cuestión: el individuo consciente. En algún sitio, entre la multitud se le ve pasar. Ningún signo exterior lo distingue, salvo para aquellos capaces de leer la mirada. La misma ciudad que fabrica ese ejército de autómatas cultiva los tipos humanos más refinados, es por eso que ha podido presentarse unas veces como sede de una nueva barbarie y otras como foco de civilización. (p. 67)

Pero como a la realidad es preciso mirarla en todas sus aristas, tomando todos sus cabos, por más contrastantes que resulten, por muy contradictorios que parezcan, nuestro autor también puede escribir:

Si el individuo de la gran ciudad moderna es más lúcido, más refinado, intelectualmente más libre que los tipos humanos que lo han precedido, eso tal vez se explique por la multiplicidad de las impresiones, por las mayores posibilidades de cultura. Pero lo esencial no es eso; esa intensidad de la vida interior se debe

al estremecimiento interno, a la quemazón sorda de un ser que no está integrado en su medio: las estadísticas de locura y suicidio en las ciudades son testimonio de ello. Lo que mantiene en vilo al habitante de la ciudad es el malestar, la angustia. Su lucidez es fruto de la desesperación y se alimenta de inquietud. (p. 69)

La gran ciudad actual produce un tipo de hombre en los que el pensamiento y la conducta están disociados al máximo. Seres cada vez más sensibles, inteligentes, capaces de las diversiones más sorprendentes en el dominio de las ideas o de los sueños. Individuos cuyo pensamiento, para sobrevivir, debe separarse de su acción; que pagan el refinamiento absoluto con la impotencia absoluta. Otros han conseguido dejar de pensar. Los individuos más terriblemente solos –en medio de las masas más terriblemente masivas. (p. 70)

¿Cómo no vernos reflejados en este espejo? ¿Cómo no reconocer que “el resultado del individualismo urbano es su propia negación”? (p. 149). Parece imposible no aceptar que este retrato es un retrato nuestro: el de los habitantes de las grandes urbes que, hoy en día, conforman más de la mitad de la población mundial. Los mismos que, zambullidos en un curso histórico que nos arrastra, solemos justificar todo lo que hacemos o no hacemos en nombre de lo inexorable, de los hechos, de la necesidad, del progreso. “¿Cómo recusar la lógica, la Historia, la necesidad?”, se pregunta Charbonneau. Pero concluye que habrá que recusarlas, dado que “no queda más remedio, si todavía hay razones más altas”. Y hay, desde luego, razones más elevadas. Sobran.

El mundo industrial/urbano que hemos construido se vuelve cada día más inhumano, y amenaza con destruir el planeta. La expansión de las ciudades es, para el autor de *El Jardín de Babilonia*, “un hecho social, humano y hasta religioso, tanto como económico y técnico”. “La ciudad crece porque debe crecer, en el sentido ético del término” (p. 122). Así, la explosión urbana es al mismo tiempo “signo de una victoria del hombre sobre las cosas y de una derrota frente a sí mismo” (p. 123). Aunque se hable de razón, de racionalidad, de humana voluntad, “el fenómeno es demasiado grande y sobre todo demasiado rápido como para ser fruto de una voluntad; se trata de una convulsión geológica, como el plegamiento alpino. Sólo se puede hacer una cosa: ‘adaptarse’, esa palabra clave del nuevo Prometeo” (p. 124). Los fragmentos que se citan a continuación retratan una realidad que ya está ante nuestros ojos y nuestras narices, imposible de ocultar. Pero fue retratada, y sus consecuencias fueron predichas, hace seis décadas. Seis décadas durante las cuales, obnubilada por el progreso, nuestra sociedad continuó su huida hacia adelante, su vertiginosa carrera hacia el abismo sin mirar hacia atrás ni hacia los costados:

Esta vieja loca que es la sociedad industrial, simpática en otros aspectos, todavía no se ha dado cuenta de que, con la ayuda del automóvil, está perdiendo su hez a la buena de Dios y corre el peligro de manchar su bonita lencería de nailon. (p. 129)

Si bien toda producción conlleva subproductos, la nuestra los multiplica, especialmente porque generaliza la práctica del “envase no retornable”. (p. 129)

El precio que hay que pagar por el grifo es la alcantarilla (...) la civilización de la higiene es una civilización de la basura. (p. 130)

Si la evolución actual sigue como hasta ahora, la época de los ríos habrá terminado y dará comienzo la de las cloacas. (p. 133)

La presencia humana alcanza hoy una escala cósmica y muy pronto los océanos se habrán convertido en una charca saturada de desechos. (p. 134).

Los mares son ya una charca poblada de desechos. El plástico y el nilón ya lo inundan y contaminan todo. Uno puede viajar al interior profundo del desierto del Sahara: allí verá pasar volando una bolsa de nilón indestructible. Hemos construido alegremente la civilización de la basura. Desde luego, no todos hemos

contribuido por igual a este desastre: Charbonneau lo sabe bien. Pero, aun así, no se le escapa que los movimientos críticos del capitalismo –principal fuente impulsora de la industrialización desenfrenada que amenaza destruirnos–, al haber quedado prendados del mito del progreso, colaboraron también en el desarrollo de un mundo atroz e insostenible. En cualquier caso, algo habrá que hacer: entre otras cosas, habrá que “aprender a considerar los medios (la industria, por ejemplo) como secundarios con respecto a los fines: la vida y la felicidad; y reconocer, por escandaloso que resulte, que pasear a la orilla del río es tan vital como el trabajo en la oficina. ¿Para qué queremos un coche que nos permite escapar de la ciudad si sólo puede llevarnos a la orilla de otra cloaca?” (pp. 135-36). Habrá que reconsiderar los patrones de racionalidad con los que hemos venido operando, porque esas estadísticas por las que nuestras autoridades y nuestros planificadores sienten tanto orgullo, “no tienen en cuenta ciertas riquezas, como por ejemplo el espacio, el tiempo, el silencio, el aire y la libertad” (p. 142). Debemos entender que “el aumento del delirio sigue al progreso del confort”, y que “hemos sacrificado lo esencial a lo superfluo” (pp. 144-45). Charbonneau nos advertía de lo desesperada que es nuestra situación en momentos en que todas las autoridades políticas, casi la totalidad de la clase capitalista, e incluso la mayor parte de los científicos, bebían *champagne* alegremente, sin sospechar siquiera que navegaban en el *Titanic*. El escenario que atisbó tempranamente, hoy se yergue inocultable ante nuestros ojos todavía somnolientos:

Si nos descuidamos, y suponiendo el mejor de los mundos, uno sin crisis ni guerras, acabaremos viviendo en una caverna climatizada, aislada en medio de sus propios residuos, en la que tendremos lo necesario: televisión en color y en relieve, y en la que nos faltará únicamente lo superfluo: el aire puro, el agua limpia y el silencio. Este mundo cerrado, sistemáticamente organizado para garantizar la supervivencia del hombre a pesar de sí mismo, se antoja inevitable a corto plazo. La marea de residuos del crecimiento económico y demográfico nos dejará ante una alternativa, cada vez más rígida, entre una anarquía forzosamente insostenible a la larga y el orden igualmente totalitario que permitirá evitarla. (p. 135)

La industria, manifestación del poder humano, amenaza con destruir nuestra casa y nuestra especie. Las ciudades, sede del individualismo y de la libertad, a punto están de convertirnos en un rebaño inconsciente gobernado por fuerzas totalitarias que se presentan como democráticas, pero no lo son:

Sede del individualismo, de revoluciones intelectuales, morales y políticas, la ciudad bien podría convertirse en su contrario: el lugar en el que la presión alcanza su máxima intensidad, y la vida la máxima impersonalidad. Así pues, los muros de la ciudad, que durante mucho tiempo han protegido al hombre de la opresión de la naturaleza, permitiéndole vivir en un lugar a su medida, acabarían siendo los muros de su cárcel. Y de esa cárcel, que cubriría la Tierra, ya no le sería posible escapar. (p. 151)

Con realismo y sensibilidad, nuestro autor nos recuerda dos cosas de suma importancia que deberíamos tener muy presentes, siempre:

La libertad humana no es un absoluto, está atrapada en un dilema: sólo escapa a las determinaciones naturales sometiendo al determinismo de la organización social, que la protege absorbiéndola. En el límite, si no tenemos cuidado, sólo cambiamos unas cadenas por otras, más temibles porque están dentro. (p. 151)

Sobrepasado cierto tamaño, la ciudad amenaza con destruir una libertad que nace, por lo demás, en ella. (p. 152)

Esta crítica descarnada de los conglomerados urbanos y de la sociedad industrial no se asienta, con todo, en ninguna añoranza mitológica por las selvas vírgenes ni por ninguna imagen mítica de un mundo rural idílico.

“El Edén no es una selva virgen, el edén es un jardín, reconquistado sin desmayo gracias al trabajo del jardinero”, pero el urbanita olvida que el campo no es una jungla y que el Edén terrestre tampoco es un regalo de Dios. Es, en verdad, el fruto del esfuerzo y la pobreza. Esfuerzo y pobreza a los que difícilmente podríamos renunciar sin destruir nuestro mundo. Mucho antes de que se hablara de “decrecimiento”, Charbonneau estaba sentando las bases de un ecologismo tan igualitario como austero, tan consciente como práctico. Es también el defensor de una clase campesina que casi todas las fuerzas políticas del siglo XX se empeñaron en destruir y desarraigar: “si bien el campesino se ha sometido a la naturaleza, también la ha vencido, y su victoria es la más completa porque es la más moderada”. Pero su defensa del campesinado no es ciega ni se basa en ilusiones:

En el siglo de la división del trabajo, el campesino es el hombre de los múltiples cultivos y trabajos. La propiedad es una isla que ha de resistir tempestades, y el dinero todavía un excedente. (p. 102).

Para bien y para mal, el campesino es el contrapeso que frena la Historia: pagano en la Cristiandad, cristiano en una época de ateísmo. ¿Obstaculiza nuestro impulso o modera nuestros desenfrenos? ¿Qué le deben nuestras guerras y nuestras revoluciones, nuestras ciencias y nuestras artes? Aparentemente, poca cosa; el campesino siempre forma parte de la tropa, sigue tan mudo como en los tiempos de Descartes y Turenne. (p. 103)

Consciente de que habrá que buscar un nuevo equilibrio, que el campo deberá ser reconstruido luego de que fuera destruido, de que habrá que desurbanizar luego de haber urbanizado sin freno, Charbonneau expone con pesar la muerte del mundo rural: “las costumbres sobreviven, pero ya no evolucionan; las cosas duran, pero han dejado de nacer. Definitivamente petrificadas, las formas brillan con un último esplendor antes de que dé comienzo la descomposición”. Su reflexiva crónica de la desaparición de un mundo tiene pasajes contundentemente lúcidos, como los siguientes:

Mientras que la Iglesia, ante la falta de sacerdotes, retira al cura, la escuela se lleva al maestro y organiza un sistema de transporte escolar para los últimos niños del pueblo. Un motivo más que tendrán para no quedarse allí. El automóvil, que tenía que vivificar al campo, termina de vaciarlo. (p. 177)

El monocultivo, que lo vuelve completamente dependiente de los caprichos de las temporadas, lo pone además, y esta vez sin escapatoria posible, en manos de los del mercado. (p.177)

En cuanto a las máquinas, le ahorran algunos esfuerzos al agricultor, pero sólo para darle otros. Pues si el tractor permite trabajar tres veces más deprisa, lo cierto es que hay que trabajar tres veces más para pagarlo. Antiguamente, el campesino penaba del alba a la puesta del sol. Afortunadamente, hoy en día los faroles son tan cómodos que permiten seguir la faena incluso de noche. Ahora el campo se anima a la caída del sol, en ciertas épocas se ve por todas partes el resplandor de los focos; al igual que el habitante de la ciudad, el campesino ya sabe lo que son las noches en vela. La curva de las neurosis, signo de desarrollo material e intelectual, va a ascender. (p. 178)

El campesino está siendo integrado en la cultura urbana, pero no es de sus formas superiores de las que participa: está en el extrarradio, también culturalmente; y su suburbio, el más periférico, es el peor comunicado. Si bien los aldeanos siguen leyendo pocos libros y pocos periódicos, ven, por el contrario, mucha televisión, que amenaza con generalizarse, puesto que la antena es, como el tractor, un signo exterior de riqueza que todo el mundo tiene que tener: una casa sin antena representa un desdoro para el pueblo. (p. 179)

El mundo rural que se conformó a lo largo de siglos, que perduró a través de las más variadas civilizaciones, hoy es cosa del pasado. La cultura popular se muere también, junto con él. “Atiborrado hoy de trabajo, y mañana de diversiones, ¿para qué iba el campesino a inventarse una cultura?” (p. 181). Y lo más grave es que

si bien la cultura popular ha desaparecido, “la clase campesina apenas participa en la otra. Va siempre en la zaga y sólo le llegan las sobras de la ciudad” (p. 182). No va mejor, podríamos agregar por nuestra cuenta, la cultura obrera. Una industria cultural mercantilizada y alienante se encarga de entretener al moderno proletariado –y de evitar que piense–. Ya no es «pan y circo»: ahora es «subsidios e internet». El mito del progreso, en cualquier caso, sigue operando. Todavía hoy, decirse «progresista» suena bonito y hay quienes lo dicen con mucho orgullo. Pero habría que pensar todo de nuevo. ¿Es progreso lo que experimentamos?

Hacer progresar el campo no puede consistir en destruirlo, sino, al contrario, en desarrollarlo; ¿cómo hablar de progreso si éste consiste en hacer desaparecer su objeto? Pero para eso hace falta amarlo. Hay que intentar llevar a cabo todo al mismo tiempo, lo cual no es fácil: la mejora material, el mantenimiento de la explotación familiar. Sólo que las mejoras humanas no se aceleran por encargo, como sí ocurre con la producción de la fundición. (p. 185)

El campo desaparece engullido por una industria rural que agota el suelo, destruye el paisaje, expulsa a las personas y lo uniformiza o estandariza todo. Pero el mundo urbano no sale mejor parado. El individualismo (no está demás repetirlo una y otra vez) nació de las ciudades, pero las megaurbes contemporáneas amenazan destruirlo. ¿*Nos estamos convirtiendo en zombis digitales?*, es una buena pregunta que Charbonneau seguramente se haría, si viviera hoy. Lo haría, cabe suponer, con el mismo desparpajo con el que en su momento se preguntó: “¿cómo soportar la tensión entre los valores de la libertad y la democracia y las exigencias del progreso?”. A lo que respondió con ironía: “basta con no pensar en ello” (p. 165). Ante individuos frenéticamente activos, pero en verdad paralizados por un tsunami que les pasa por encima –el cual, sin embargo, es entero producto de su sociedad–, nuestro autor constata que “el impacto del progreso estalla como una bomba, y no deja tras de sí más que el vacío y el caos característicos de una violación o de una guerra”. La verdad es que “la máquina va demasiado deprisa para el pensamiento: su utilización precede siempre a la conciencia de sus efectos” (p. 170). ¿Cómo no darle la razón a Bernard Charbonneau?

* * *

El crecimiento exponencial de las ciudades, el desarrollo industrial sin freno, la destrucción del campo... Todo ello generó un profundo malestar cultural, que se expresó en lo que Charbonneau llama el *sentimiento de la naturaleza*, el cual “nace en Inglaterra en el siglo XVIII con la revolución industrial, en las ciudades y no en el campo. Y dentro de esas ciudades, entre la aristocracia y la burguesía rica, no entre el pueblo; esto es, en medios alejados, por desahogo y cultura, de la naturaleza” (p. 189). Expresión de un malestar, protesta ante una situación insoportable, el sentimiento de la naturaleza está sin embargo plagado de contradicciones e insuficiencias. Es una rebelión, cuando lo que se necesita es una revolución.

Para el hombre de la ciudad, vivir, tanto física como espiritualmente, es volver a la naturaleza. (...) Abrumados por la ropa y el artificio, nos tendemos desnudos sobre la arena; pero como somos artificiosos por naturaleza, convertimos la desnudez en nudismo. (...) Nos gusta todo lo que sea producto natural, sobre todo el hombre natural: el buen salvaje o el individuo espontáneo, el héroe de novela que sólo conoce los impulsos de su instinto. (pp. 191-92)

(...) sentimos pasión por esta naturaleza que destruimos. Somos técnicos a la vez que bucólicos; normalmente, primero lo uno y después lo otro. Nuestra hostilidad práctica y nuestro amor teórico son igualmente desmesurados. (p. 192)

En buena medida, el sentimiento de la naturaleza, por tener mucho de sentimiento y poco de razón y de conciencia, se traiciona a sí mismo y colabora en la destrucción de aquello a lo que pretende proteger. A la naturaleza, señala Charbonneau,

la hemos inventado al destruirla y esta invención contribuye a su destrucción. (...) el Edén en el que los lobos conviven con los ciervos, en el que los osos comen de la mano del hombre, es el parque nacional de Yellowstone. El Edén original está en el país más organizado. La época moderna se caracteriza por una violenta contracorriente naturista, pero la violencia de dicha contracorriente es secundaria, está en función de la gran corriente de organización que la engendra. Y si va en sentido contrario, es en el seno de la marea que la arrastra. (p. 193)

Así, los parques nacionales, el turismo hacia lugares naturales, los clubes de montañismo, todas esas instituciones que se presumen preocupadas por la naturaleza y su destino, colaboran consciente o inconscientemente con su destrucción. Charbonneau no tiene dudas: “el parque nacional es un absoluto artificio”. Hay que estar ciegos para no verlo. “El parque nacional no es naturaleza”. “También en él está prohibido tocar las flores, pisar el césped –y hasta caminar por los senderos”. “Pero esta naturaleza protegida por un caparazón, aislada del resto del universo, ¿puede seguir siendo naturaleza viva?” (pp. 230-31). Si los parques nacionales estatales fracasan en su cometido, no les va mejor a los clubes privados y a los individuos:

la vanguardia de los montañeros, como todos los pioneros, huye de una civilización técnica a la que prepara el camino. Los paseantes solitarios se agrupan en clubes alpinos: lo llaman “defender la montaña”. El grueso de la tropa sigue los pasos de los exploradores y, como ocurre siempre en estos casos, el comercio y la industria, seguidos por los poderes públicos, acompañan a la multitud. Para evitar accidentes, los clubes marcan los senderos con señales rojas y azules, pero suprimen así el placer por excelencia del paseante: descubrir el camino. Le ahorran el riesgo, el trabajo y la necesidad de elegir, y pronto el esfuerzo físico. (...) La montaña se pone así al alcance de las masas que pueden pagar. Pero, ¿sigue siendo la montaña? (...) La montaña se atrapa en el cuerpo a cuerpo. Quienes rechazan el riesgo y el esfuerzo total que exige, no captan más que una sombra: un espectáculo. (pp. 255-56)

Tampoco ignora nuestro autor el costado oscuro del ecologismo. Después de todo, “los clubes alpinos de Alemania y Austria fueron focos de hitlerismo”; y no deberíamos sorprendernos si el día de mañana dan origen a “cualquier empresa colectiva que se alimente de la desesperación individual” (pp. 258-59). Sea como fuere, lo que parece indudable es que convertir a la naturaleza en objeto de deseo –en destino turístico– es arruinarla, convertirla en lo opuesto: playas y montañas convertidas en discotecas al aire libre. ¿De qué nos sorprenderíamos? La sabiduría popular ya sabía desde siempre que “el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones”. Los pasajes que cito a continuación exponen muy bien esta contradicción:

Al individuo le gusta la naturaleza porque tiene necesidad del aire y del agua de la libertad, pero también porque la naturaleza está de moda: ¿cuántos irían a la montaña o al mar si no fueran los demás? Los pioneros del naturismo iban a las playas en busca de soledad: sus epígonos van en busca de la multitud. (p. 195)

En la sociedad burguesa, la naturaleza ocupa el lugar del lujo; es del orden del excedente espiritual, y, por consiguiente, no del orden de lo material. (...) El sentimiento de la naturaleza es profundo y, a la vez, exterior a la vida de los individuos; se alimenta de apariencias, pertenece al mundo de la imagen y del espectáculo. Salvo excepciones, nos gusta la naturaleza, pero nos da miedo vivir en ella. (p. 195)

Así, al expulsar la naturaleza al terreno de la cultura, resulta posible destruirla sin dejar de amarla. (p. 196)

La difusión del sentimiento de la naturaleza entre las masas de las sociedades industrializadas no ha modificado su esencia; simplemente ha extendido al conjunto de la población algo que era propio de una minoría burguesa. (...) La naturaleza es lo superfluo indispensable para la sociedad industrial. Lo real, lo concreto, es el cohete que va a la luna: eso es lo necesario. ¿El aire? ¿El espacio? ¿El silencio? Reivindicaciones de poeta, que prueban la sutileza del alma, pero también la falta de realismo de quien las plantea. (p. 196)

La crítica que ofrece del turismo también es demoledora: “el turista que pasa a toda velocidad por la carretera mira el paisaje, pero no capta su sentido; el paisano por todas partes descifra signos”. La pasión por los viajes es fruto de un desbarajuste: “a medida que el hombre rompe sus vínculos con el cosmos, parte a la deriva, a la búsqueda de una orilla. Nada más lejos a los pueblos primitivos y a los campesinos que viajar” (p. 234). Por consiguiente, “la aparición del turismo se debe, al mismo tiempo que al progreso técnico, a las consecuencias sociales que acarrea: es un cataclismo espiritual (...) lo que arroja a la gente a las carreteras” (p. 235). Y, así, “el turista no vive, viaja... El turista está encerrado en la organización (...) el turismo y la verdadera vida no mezclan mejor que el agua y el aceite” (p. 238). Pero esto no es todo. Así como Russell Jacoby señaló que la fascinación por lo multicultural se desarrolla al tiempo que la sociedad y la economía se globalizan y uniformizan, Bernard Charbonneau reparó con igual tino en que:

El amor por lo exótico (...) se extiende en el momento en que la Tierra se uniformiza, y precisamente porque se vuelve uniforme. Y el turismo precisa esa nivelación. Hordas de ricos invasores inundan los países más bellos, porque son los países más pobres. Salen con su uniforme, con sus Leicas a modo de metralletas y sus dólares como munición. (p. 238)

Al turista le gusta lo sorprendente, pero detesta que lo sorprendan. (...) Pero el confort que nos exime del esfuerzo del viaje es lo que nos impide penetrar en el mundo extraño que es su razón de ser. (p. 239)

El turismo, tan destructivo como la industria del petróleo, es, sin embargo, otra manifestación de una dinámica social más profunda, a la que no se podrá poner freno ni con acciones puramente individuales, ni convirtiendo a la naturaleza en un puro objeto estético. El sentimiento de la naturaleza es, en el fondo, producto de la imposibilidad para tomar conciencia, lo cual “implica la incapacidad de emprender la lucha contra la realidad económica y social”. Paralelamente, “el rechazo de la razón y de la moral por parte del artista en nombre de la naturaleza conlleva el rechazo de toda acción colectiva” (p. 208). Pero lo que se necesita es mucha acción colectiva.

Amar a la naturaleza no implica mitificarla. Amarla es saber vivir en ella, por ella, con ella; tomándola como es: ni buena ni mala. La naturaleza, nos dice nuestro autor –tan sabiamente como escandaloso puede resultar para muchos ecologistas de última hora– no es buena: “porta, como nosotros, la marca de lo inconcluso y de la muerte” (p. 328). Y amarla es amarnos en lo que tenemos de natural, de ser biológico. Amarla es amar a nuestros instintos tanto como a nuestra razón. Nada hay más artificioso que un respeto tan grande a la madre naturaleza como para rehusar tocarla.

Durante miles de años el hombre ha sido pescador o cazador. La pesca y la caza son uno de los escasos ámbitos en los que los hombres pueden confraternizar más allá de las barreras de nacionalidad o de clase. (...) En la pesca y en la caza pervive, reducido a las dimensiones irrisorias de una actividad de recreo, un instinto fundamental: lanzar, disparar; uno de los últimos gestos primitivos del hombre, junto con el acto amoroso. El pescador que ve cómo la trucha sube hacia su mosca se siente sobrecogido en lo más profundo. (pp. 231-32)

La caza y la pesca son las últimas acciones que pueden unimos por completo al cosmos. El turista sobrevuela la naturaleza, el pescador y el cazador penetran en ella. La naturaleza deja de ser un espectáculo. (p. 232)

Hoy en día se tarda una hora en llegar al Ecuador, pero sigue haciendo falta toda una vida para conocer un río: al menos si uno quiere descubrirlo por sí mismo, pues es preciso inspeccionar cada metro, y el río cambia todos los días, a todas horas. Por aquí no basta con pasar, hay que vivir. (pp. 232-33)

El sentimiento de la naturaleza, comprensible y encomiable, no ha logrado alterar la dinámica social que destruye al mundo natural y, con él, la libertad humana, al mismo tiempo que pone en riesgo la supervivencia. ¿Por qué ha fracasado esta revuelta contra los costados más oprobiosos de la civilización urbana e industrial? La respuesta que se nos proporciona es mesurada, atinada, convincente. El fracaso se explica porque el sentimiento de la naturaleza,

cómplice de la sociedad que lo cultiva al tiempo que se defiende de ella, se ha dejado encerrar en el dominio artificial y anodino de la poesía y el ocio, de lo superfluo y lo frívolo. La rebelión naturista ha generado una literatura, pero no una revolución. No ha llegado a hacerse conciencia, razón, acción; no se ha hecho adulta. (p. 264)

Esta revuelta romántica abandonó demasiado deprisa y demasiado tajantemente una irrenunciable herencia ilustrada. En la naturaleza humana está la razón, y no será renunciando a la razón como nos reconciliaremos con el cosmos. Lejos de cualquier síntesis estable, lo único que cabe hacer es lograr precarios equilibrios dentro de un campo irremediabilmente conformado por contradicciones: naturaleza/cultura, individuo/sociedad, libertad/organización, confort/autonomía. Nuestro mundo, nuestra realidad, es una contradicción. Sin embargo,

el naturismo moderno está lejos de ser consciente de esta contradicción. Reacción instintiva contra el mundo actual, rechaza sus vicios, pero sobre todo sus virtudes: la razón, la crítica metódica; y, jugando en los dos tableros, elude la elección entre naturaleza y antinaturaleza. Por eso el “sentimiento de la naturaleza” está embaucado, integrado en la totalidad que lo engendra. Hecho individual, acaba convirtiéndose en hecho económico y social, en una industria y una institución; y en una de las más activas fuerzas de destrucción de la naturaleza, puesto que la naturaleza es directamente su objeto. (p. 266)

Conviene reparar, además, en que la noción de antinaturaleza es específica en Bernard Charbonneau. Aclara al respecto nuestro autor:

La antinaturaleza no es la sociedad industrial, es el simulacro y la mentira de la naturaleza: el suburbio consagrado al ocio. (...) A un lado el ocioso: el «bañista»; al otro el trabajador: el «indígena». Una sociedad aún más profundamente dividida que la otra en clases antagónicas que se ignoran o se desprecian. (p. 270)

Y esto no es algo menor por la siguiente circunstancia. Sucede que, a la hora de juzgar a una sociedad, es mucho mejor “hacerlo en función de sus fines que según sus medios”. Así como el individuo se muestra mucho más en sus diversiones que en su trabajo –nos dice–, debemos evaluar una sociedad por lo que hacen sus miembros cuando disponen de tiempo libre. Por consiguiente, en Francia al menos (pero se podrían colocar ejemplos parecidos en todos los países), juzgar la Costa Azul es juzgar a la sociedad industrial ideal. El resultado es una completa decepción: bullicio, contaminación, alienación, pose, mentira, explotación y desigualdades flagrantes. En vacaciones, la Costa Azul, supuesto Edén, “se convierte en un infierno, al menos para quien conserve, si no un espíritu, al menos unos sentidos” (p. 276). Juzgada en el que debería ser su terreno más favorable, la sociedad actual se descascara. Hay que mirar la realidad de frente y asumir las consecuencias. Por consiguiente, nos dice Bernard Charbonneau, “tenemos que revisar nuestros conceptos de

necesario y de superfluo; dándole la vuelta a la proposición, podría decirse que en muchos casos la organización moderna nos garantiza lo superfluo privándonos de lo necesario” (p. 288). Aunque pocos lo vieran a mediados de los sesenta, nuestro autor ya advertía con pesadosa sensatez: “Corremos en primer lugar el riesgo, nada despreciable, de que el hombre sea destruido por la destrucción de su medio; y es que una buena perspectiva no debe olvidar que un siglo de sociedad industrial no es nada, y que ésta acaba de nacer” (p. 323).

* * *

Literariamente sublime, analíticamente riguroso, descriptivamente implacable, críticamente impecable, el punto flaco de *El Jardín de Babilonia* reside en su faz propositiva. Pero siendo real, este reproche debe ser matizado. En primer lugar, porque su autor vio tempranamente, y vio muy bien, tendencias que casi nadie pudo ver hace seis o siete décadas. Supo ver los problemas y sus raíces, ¿con qué derecho podríamos reclamarle también las soluciones en sus detalles? En segundo lugar, porque su autor es consciente del asunto. Y en tercer lugar, porque en los últimos lustros es casi un lugar común que los grandes textos de análisis crítico de nuestra realidad culminen con propuestas que dejan sabor a poco. Aun así, cabe mencionar algunas de las propuestas que nos ofrecía hace más de diez lustros. Podrán ser insuficientes, pero casi todas ellas conservan actualidad.

Para comenzar, cabe apuntar que Charbonneau nos proporcionó un rumbo, una dirección en la que marchar. No nos dio un mapa detallado de caminos, por lo demás inexistentes; y sin dudas pocos fueron más conscientes que él de los imponderables y los obstáculos que se interpondrían en la travesía. Pero nos instó apasionadamente a emprender la marcha. El sentimiento de la naturaleza, nos dijo con claridad meridiana, “no tiene ningún motivo para negar la razón”. Por ello:

Sin renunciar al lado carnal y concreto de la realidad, del cual es expresión, debe poner en práctica un análisis metódico basado en su propia crítica. Ya no puede contentarse con el irrisorio sucedáneo de un lirismo bucólico (...) la ciudad y sus máquinas son hoy nuestro destino; para rechazarlos hace falta aceptarlos en cierto sentido. (p. 329)

A partir de estas premisas generales, esbozó algunas propuestas concretas. Entre ellas, por ejemplo, una reorganización radical del turismo en tiempos en que pocos podían siquiera imaginar sus devastadores efectos en el futuro: un futuro que el autor de *El Jardín de Babilonia* pudo ver muy bien. Esa reforma del turismo –su abolición, podríamos decir, en tanto que negocio o empresa, en tanto que «industria»– es hoy más imperiosa que hace medio siglo, y nos parece aún más difícil de alcanzar que entonces. Las revoluciones, claro, nunca son fáciles. Pero hay ocasiones en que son necesarias. Y una revolución contemporánea debería meditar muy seriamente sobre pasajes como los que siguen:

La libertad no es sólo un deber individual, sino un principio colectivo. Implica, pues, una organización completamente distinta del turismo que se basaría en los derechos eminentes de aquellos para quienes el contacto con la naturaleza es una vocación que están dispuestos a pagar con los sacrificios que haga falta. Aunque la libertad de viajar pertenece a todo el mundo sin distinción de clase, no es menos cierto que el turismo masivo y organizado quita su razón de ser al viaje, al acelerar la destrucción de las culturas y de la naturaleza. Así, pues, no más inversiones inútiles destinadas al aburguesamiento del tiempo libre, cuando lo esencial consiste en la reducción del tiempo de trabajo de los individuos, y que quede a su cargo encontrarle un uso a ese tiempo. (p. 332)

¿Qué sentido tiene la propaganda turística? ¿Para qué gastar enormes sumas en convencer a las masas de que vayan a lugares en los que por sí mismas no estarían a gusto? (...) ¿Por qué destruir a la naturaleza convenciendo a la gente que no quiere vivir en ella de que la visite? (pp. 332-33)

Por supuesto que Charbonneau no imagina ningún futuro natural y humanamente sustentable sin una reducción importante de la industria y sin un grado considerable de desurbanización. No es que esté en contra de las ciudades: pero es radicalmente hostil a las megalópolis, a las conurbaciones gigantescas. Hay que construir ciudades a escala humana: esa es su orientación. Todo esto implica, desde luego, políticas profundamente anticapitalistas; lo cual no es óbice para que Charbonneau sea crítico de los dos modelos sociales que se opusieron al capitalismo liberal en el siglo XX: el socialismo estatal y el fascismo. Su modelo de sociedad es una confederación cooperativa, sobre la que ofrece sin embargo pocos detalles.

Si propone una modificación radical del turismo –dejar de hacer de él un negocio–, también propone un cambio sustancial de las actividades al aire libre. Él no es un ecologista puritano que quiere que la naturaleza conserve una virginidad que nunca tuvo. Es más bien un hombre de la razón que, por ser tan razonable, sabe que hay una parte instintiva que nos constituye. Su horizonte no es la imposible abolición de los instintos o la generalización de las prohibiciones. No se trata tanto de elegir entre blancos o negros, cuanto de saber vivir con medida. No se trata de abogar por un veganismo generalizado, cuando no obligatorio: inviable, por lo demás, en un mundo de agricultura ecológica que requerirá de abundante ganado como fuente de abono (y por ende, de abundante tierra fértil para pastoreo y no para cultivo). Ganado que será necesariamente parte del consumo alimenticio, como lo fue en todas las sociedades agrícolas a lo largo de la historia, en todo el mundo. Tampoco es cosa de hacer proliferar las prohibiciones y los castigos en nombre de una buena causa. Se trata, más bien, de hallar la manera de no hacer estupideces y, ante todo, de no incentivar conductas nocivas ni hacer un negocio de cualquier cosa. Su mirada sobre el turismo es, así, coherente con su visión del futuro de la caza y la pesca.

Lo mismo ocurre con la pesca y la caza. La única posibilidad de salvarlas de la avalancha de las masas pasa por eliminar cualquier tipo de organización superflua. (...) hay que poner fin a la propaganda relacionada con la pesca. Todo lo que tenga que ver con ella debería ser del orden del secreto individual, de la comunicación boca-oreja. La publicación de guías de pesca (...) sería equiparado al delito de destrucción masiva de peces y considerado una vulneración del placer de los pescadores, que consiste primeramente en la búsqueda de la presa. Puesto que dicho placer consiste igualmente en ir superando los obstáculos, para apartar de ella a las masas que no tengan una verdadera vocación habría que prever también una organización encargada de dismantelar las carreteras que permiten a los coches acceder a las mismas orillas de los ríos. (pp. 333-34)

Pero más allá de los ejemplos de medidas concretas que se podrían adoptar (y Charbonneau nos ofrece unos cuantos ejemplos adicionales), es básico y fundamental no perder la perspectiva de conjunto. Las medidas parciales que esboza, u otras que se podrían imaginar, sólo son posibles, nos dice, si “van acompañadas de un cambio de sentido del conjunto de la sociedad”. Y por ello pudo escribir con claridad y cordura:

El peor error sería reducir la defensa de la naturaleza a un naturismo que perdería de vista que dicha defensa es sólo un aspecto de la “revolución” –del giro– que debe llevar a cabo la humanidad actual si quiere salirse de los raíles que la conducen a su perdición.

Hoy, como ayer, deberíamos tomar nota. Y obrar en consecuencia.

Corsario Rojo ya está navegando. Ha zarpado en mal momento. Con marejada alta, anuncio de tifones, tempestades por doquier y sin ningún puerto a la vista. Las poderosas flotas del capital, los cañones del autoritarismo y las fragatas del dogma acechan por todos lados.

Pero no habiendo puerto seguro, mejor hacerse a la mar: respirar el fresco viento de la rebeldía, en vez de apoltronarnos en la engañosa comodidad de una tierra firme que, de firme, no tiene nada. Como el barco de Neurath, nuestro navío se construirá y reconstruirá con los materiales disponibles, y en alta mar.



corsario rojo

REVISTA TRIMESTRAL DE LA PÁGINA KALEWCHE

<https://kalewche.com>